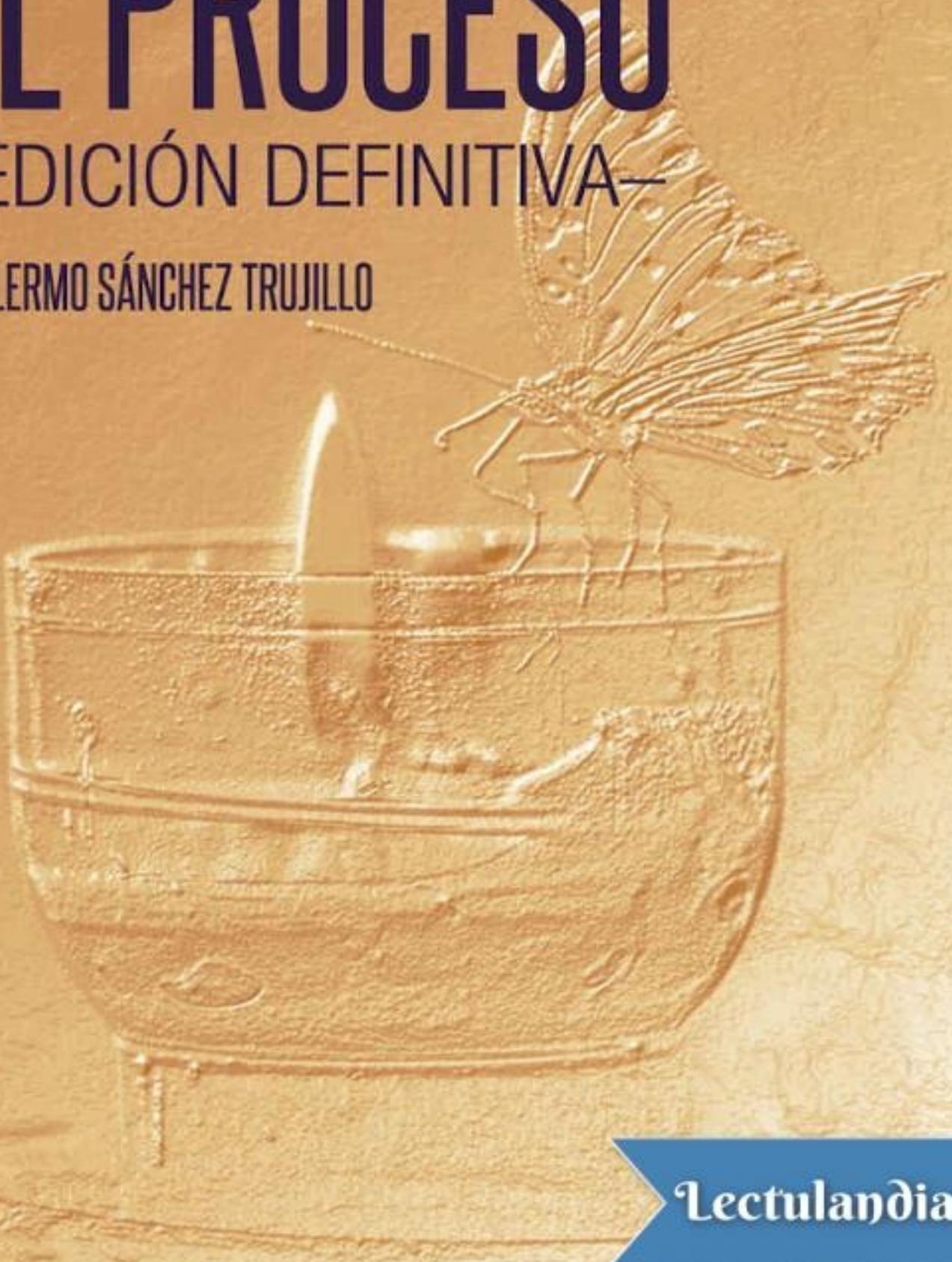


Franz Kafka

EL PROCESO

—EDICIÓN DEFINITIVA—

GUILLERMO SÁNCHEZ TRUJILLO



Lectulandia

Desde que apareció por primera vez *El proceso* (1925), la novela fue un absoluto misterio, sospechándose que estaba escrita en clave. Sin embargo, en esta edición, y luego de una investigación de más de 30 años, la novela aparece por primera vez ordenada y completa, como en el plan inicial de Kafka, y se resuelven varios de los principales enigmas que permanecieron sin resolver durante casi un siglo. Sin duda, es una edición histórica que abrirá las puertas del laberinto kafkiano hasta el presente hermético, y hará florecer los estudios sobre la obra y vida del autor bajo una nueva luz.

Franz Kafka

El proceso

Edición definitiva

ePub r1.0
Titivillus 08.01.2024

Título original: *Kafka. Der Process*
Franz Kafka, 2019
Traducción: Guillermo Sánchez Trujillo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A la ciudad de Medellín,
bella Villa de la Candelaria.

Las opiniones expresadas en el presente texto no representan la posición oficial del Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM), por lo tanto, son responsabilidad del autor, quien es igualmente responsable de las citaciones realizadas y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no será responsable ante terceros por el contenido técnico o ideológico expresado en el texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DEFINITIVA DE *EL PROCESO* DE FRANZ KAFKA

La presente edición de *El proceso* es el resultado de un lúcido análisis que revela, por primera vez, el orden de los capítulos tal y como Kafka los concibió. Más allá de la ya demasiado conocida polémica sobre el carácter fragmentario e inacabado de la obra, la novela como tal está constituida como un relato metaficcional en el que se articulan distintos estratos de sentido, partiendo de la técnica del palimpsesto y la autoconsciencia narrativa.

Esta nueva edición, no solo se distancia de la perspectiva canónica, que le otorga condición de enigma irresoluble, sino que la confronta según una novedosa metodología analítica que, si bien implica la crítica literaria, la absorbe con un análisis de orden estadístico el cual aporta luces, no solo para revelar sentidos o significados de la obra, sino también para entender las formas de creación y composición no convencionales que ya habían sugerido, en función de Kafka, autores como Gilles Deleuze, Felix Guattari y Milan Kundera.

Hasta ahora la obra de Kafka siempre ha sido entendida como un circuito cerrado del que parecen haberse perdido las claves de acceso con la temprana muerte de su autor. En general, ante los ojos críticos, Kafka realizó un ejercicio críptico y laberíntico sobre el funcionamiento burocratizado de su época, combinándolo con una crítica profunda de implicaciones teológicas. De cierta manera, la búsqueda de rastros originarios en las temáticas kafkianas ha llevado a la exploración de opiniones aventuradas y entrecruzadas que dan luces más sobre los ojos revisores que sobre la obra misma. De manera pasmosa, la obra de Kafka mientras más se revisa aparece más incólume y nos da la impresión de mayor hermetismo. El último de los grandes analistas, Rainer Stach, de hecho, ha decretado como insoluble el enigma-Kafka. Pero quizás el problema ha sido analizado desde perspectivas inadecuadas. Tal vez, el problema en Kafka no son los significados sino el funcionamiento general de su obra. Quizás las novelas y los cuentos solo sean elementos funcionales dentro de una gran estructura de sentido que multiplica

el valor hermenéutico en la pululación de capas de sentido. Es, precisamente esa, la perspectiva analítica que llevó en esta edición a las conclusiones que permitieron la organización definitiva de los capítulos, tal y como el propio Kafka los concibió y, con ello, el desciframiento de la técnica compositiva kafkiana, determinada por el ejercicio precursor de la meta-literatura.

La metaliteratura es un modelo creativo autoconsciente en el que el relato se fabrica por capas de sentido, enhebrando distintas regiones entre la realidad y la ficción. Aunque, sobre este aspecto algunos analistas habían logrado reconocer el valor precursor de Kafka, el entramado de su obra combinada entre novelas, cuentos, cartas, diarios y dibujos solo orientaban hacia aspectos generales de lo que podría denominarse una «máquina literaria» (como lo nombraron lúcidamente Deleuze y Guattari), definiendo las formas constructivas de la obra, pero no insertándose en los aspectos referenciales desde los que el propio creador obtenía sus ideas. Cuando Deleuze y Guattari hablan de «máquina literaria» se refieren al funcionamiento, a que toda obra de arte más allá de expeler sentidos dentro de un universo simbólico requiere de una composición tal que, su estructura interna, la mantenga activa. Es decir, la obra de arte debe entenderse como una mega-estructura de funcionamiento concreto que se inserta en el universo de sentido real.

Es justo esto lo que logra hacer Kafka, siguiendo la estela de otras obras auto-reflexivas como *Las meninas* de Velázquez o el *Quijote* de Cervantes, logrando insertarse dentro de la maquinaria interna de la obra, para devenir personaje mientras parece fungir de autor. En suma, lo que consigue Kafka es rebatir la propia condición de «autor» al volverse maestro en el «arte de desaparecer», tanto en el mundo de la realidad perceptiva, como en el universo literario de su obra. De lo que se trata, entonces, es de lograr un funcionamiento tal de la obra, que la propia realidad se inserte en la ficción, colmándola de sentido y devenga una alternativa real dentro del universo ficticio, con lo cual sea imposible determinar los límites entre ambos universos. Hoy, este efecto de metaficción, el cine lo ha logrado de manera cada vez más sofisticada: trabajos como los de Welles (*F for fake*), Resnais (*El año pasado en Marienbad*), Lynch (*Twin Peaks*, *Mulholland Dr.*), Kaufman (*Synechdoche NY*), dan cuenta de la claridad, tanto a nivel técnico como ontológico, acerca del fenómeno de la metaficción que, como decíamos, estaba ya inserto en la propia construcción del relato kafkiano. Es curioso que esta condición de precursor de la metaficción, por parte de Kafka, no se hubiera revisado de manera profunda, pues todos los directores de cine que mencionamos han declarado su devoción por el escritor checo. Esto, cuando

menos, debería alertarnos acerca de la noción de metaliteratura o metaficción, como una más de las consecuencias que su obra tuvo en el devenir artístico del siglo xx. Su obra, más allá de su acepción simbólica en tanto profecía del devenir político, social y psíquico de nuestra era, también revela profundos conocimientos técnicos relativos a la composición cinematográfica, tanto en el montaje como en la edición, para conseguir la superposición de estratos del tiempo y universos contiguos de sentido.

Por supuesto, la estela de Kafka en el cine metaficticio debe asumirse en el plano de las afinidades electivas inconscientes que recorren los impulsos creativos de cada época, y no tanto en el conocimiento concreto de estos autores acerca de las estrategias de composición detectables en Kafka. Para entender estas estrategias, es necesario revisar meticulosamente su obra como máquina, más allá de concentrarse en cada elemento funcional. Es decir, el problema en la obra de Kafka no se agota en la hermeneusis de cada novela o cuento sino en la detección de dicha novela o cuento, de acuerdo con el funcionamiento general de la obra. Y es por ello que, se requiere de un tipo de complicidad especial en el lector, propia de las exigencias narrativas contemporáneas, para reconocer no solo el sentido de una obra sino su propio funcionamiento. Y es eso lo que nos aporta el estudio realizado por el editor de esta versión de *El proceso*, Guillermo Sánchez Trujillo, y por lo cual nos permite acceder, no solo al sentido o significado (siempre subjetivista) de la obra sino a la estructura funcional de ella. Veamos con cierto detalle la importancia de esta aproximación investigativa y la consecuente obtención de resultados que, derivan en esta *Edición definitiva de El proceso*.

Hasta el momento, en torno a Kafka, han sido pocos los estudios que emprendieron la tarea de introducirse en la maquinaria funcional de su obra, prefiriendo apelar a formas simbólicas, metafóricas o alegóricas que hacen del autor una suerte de profeta iluminado, que usaba la literatura para proferir sus visiones. Quienes más cerca estuvieron de concluir lo que Sánchez Trujillo propone, insistiendo en un estudio no metafísico de Kafka, son los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari, en su excepcional análisis llamado *Kafka, por una literatura menor*. Deleuze y Guattari revelaron que, en vez de preocuparse por una reflexión de tinte teológico, a Kafka le interesaba la literatura como fenómeno funcional de implicaciones ontológicas, y que su trabajo se entregaba por completo a la fabricación sistemática de engranajes que permitieran la funcionalidad de sus obras dentro del movimiento general del mundo. Abundan, de hecho, las referencias de Kafka a la relación

Literatura-Vida, destacaremos dos de las que le escribió a su novia de entonces Felice Bauer:

La totalidad de mi ser se orienta hacia el hecho literario, hasta cumplir 30 años he venido manteniendo rigurosamente dicha orientación; si la abandonara dejaría de vivir. (Kafka, 1977. p. 395)

Yo no tengo interés alguno por la literatura, lo que ocurre es que consisto en literatura, no soy ninguna otra cosa ni puedo serlo. (Kafka, p. 446)

Estas declaraciones revelan su crónica preocupación al respecto, aunque dicha preocupación no se viera reflejada de manera evidente en su propia obra, pues Kafka hábilmente supo discretizar los elementos provenientes de su realidad inmediata dentro del sistema global de la obra, a partir de experimentos técnicos y fabriles en la composición general. Su meticuloso trabajo trajo réditos evidentes, dado el destino que le esperaba, en términos analíticos, a su obra en el tiempo posterior a su muerte. Su obra se ha leído casi de manera unánime como una colección de alegorías, sueños y absurdos, remitidos al mundo de la burocracia totalitaria, según su profundo compromiso, como autor judío-europeizado, con las preocupaciones metafísicas y teológicas.

Por supuesto, solo hasta hace muy poco se conocieron los documentos que permitieron resignificar la obra de Kafka. Desde la aparición de sus cartas y sus diarios, hasta los manuscritos originales de sus novelas, especialmente los de *El proceso*, novela implicada en incontables peripecias que pusieron en riesgo su propia existencia, se han fabricado todo tipo de interpretaciones que siempre terminan en nudos ciegos, solo subsanables con nuevas especulaciones que reviven la necesidad de metáforas y alegorías. Fue lo que le ocurrió en su momento a Elias Canetti y que pareció cerrarse en el dictamen del más reciente y reputado especialista de Kafka, Rainer Stach. A mediados de los años 70, sin embargo, Deleuze y Guattari rescataron la imagen de Kafka de la ciénaga teológica en la que lo habían metido desde los mismísimos análisis de Max Brod. Esta estela abierta por los pensadores franceses ha sido poco transitada, quizás por su visión revolucionaria de reintegración del universo kafkiano al contexto materialista de la filosofía, arrebatándoselo tanto a la teología como al psicoanálisis. Esta estela, como decía, había sido poco transitada, hasta la presente edición. Y no propiamente

porque el autor de esta versión definitiva de *El proceso*, Guillermo Sánchez Trujillo, sea deleuziano o revele alguna influencia del filósofo francés, sino porque el método empleado, afín a la estadística y el probabilismo, apunta más a entender el funcionamiento de la obra dentro de un sistema abierto, que a los posibles sentidos o significados de tendencia subjetivista, teológica o psicoanalítica. Esto hace que el investigador pueda abordar los elementos de la manera más objetiva posible para comprender no lo supuestos «intereses» de Kafka sino la manera de uso de los elementos con que contaba para la creación de su obra. Lo cual deriva en una cascada de datos analíticos comprobables, gracias al cotejo de información directa.

Podríamos decir que Sánchez logra demostrar a Kafka desde la literatura misma, cuando revela la escritura del autor checo como una «máquina literaria», según lo enseñaran Deleuze y Guattari. Desde esta idea Sánchez busca las intensidades, las tendencias, las series y los bloques que conforman la máquina a partir de la estadística, o sea a partir de lo más maquinal de la obra propiamente. El trabajo de Sánchez apunta a revelar el funcionamiento rizomático de la obra y la configuración serial que remite a bloques de intensidades (tendencias de repetición). El análisis, pues, nos obliga a leer de manera kafkiana la obra de Kafka, quizás como no podríamos en algún estudio precedente. Podríamos decir que el revelador y apreciable aporte de Deleuze y Guattari se detiene cuando la «máquina literaria» ya está lista para andar. Sánchez no duda en activarla. Por eso los descubrimientos de su maquinal estudio de la máquina nos encuentra impreparados para reconocerlos de manera categórica, pues tantas cosas salen a flote que en algún momento quisiéramos que la máquina parara y nos diera un respiro. De aquí la adecuada decisión del editor de ubicar al final de la novela todas las referencias, de carácter intra y metadiegético, que articulan el funcionamiento general de la obra y van desvelando sistemáticamente los enigmas, tanto del relato en cuanto tal, como de las técnicas de composición.

El mayor enigma que presenta Kafka ante la crítica es la materia prima que usó para sus temas literarios, dado que estos, como ya se ha dicho, no tienen soporte real demostrable, razón por la cual el análisis de su obra nunca puede desembarazarse de la esfera especulativa. Pues Sánchez nos lo muestra vivamente: podemos apreciar a Kafka desde sus decisiones propiamente literarias que, en consonancia con lo que el propio Kafka decía, lo demuestran en toda claridad como un «ser hecho íntegramente de literatura y no más que de literatura». Desde estos análisis, se hace evidente que la fuente de extracción para la composición de *El proceso* es otra novela: *Crimen y*

castigo de Fiodor Dostoievski, lo cual habilita la recomposición del orden regulado de la historia, tal como puede concebirse desde un montaje cinematográfico, que no coincide necesariamente con su manera de realización. Es decir, se colige que Kafka no escribía linealmente, sino que fabricaba las escenas de acuerdo con la aparición de personajes, escenarios y temáticas para luego ensamblarlos. Con *El proceso*, el ensamblaje nunca ocurrió realmente, aunque en el camino quedan los grabados para una película, pero organizados según la clasificación inicial del orden de rodaje, y después nos encontraremos el guion de esa misma película, ahí sí ordenados según la secuencia de las escenas. Es justo esto lo que detectó el autor de esta edición definitiva y lo que avala la propuesta de organización de los capítulos que quedaron por fuera en las ediciones canónicas. Lo que teníamos hasta ahora eran solo los rollos según el orden de rodaje, es decir, los legajos que Kafka le heredó a Brod. Faltaba el guion que le diera orden estructural al relato. Sánchez lo encontró en *Crimen y castigo*.

Ahora bien, allí no acaba el problema. Durante la composición de la novela, se van imbricando tanto los relatos referenciales provenientes de la novela de Dostoievski, como elementos de su propia vida, detectables en sus cartas y diarios, para incidir directamente en la propia biografía de Kafka quien, al insertarse en su propio relato, proveniente de otro relato, logra la doble creación de la obra como vida y la vida como obra. Es decir, es un juego de saltos entre capas del relato, entre las cuales están *Crimen y castigo*, los personajes y situaciones de *El proceso* y la propia vida de Kafka. Este juego activa la máquina literaria para incidir directamente tanto en la composición general de la novela como en la propia vida de Kafka y los seres cercanos, a quienes él mismo usaba como potenciales personajes para su relato. Es algo muy similar al juego metaficcional que podemos ver en la historia del director Caden Cotard, en la película *Synecdoche New York* de Charlie Kaufman, pero con la salvedad de que Kaufman, no se implica en su obra, mientras que Kafka sí hace parte de su propio relato. Pensemos también en *Las Meninas*, donde Velázquez se pinta a sí mismo dentro del cuadro que él mismo está pintando, con lo cual trastoca totalmente los límites de la representación y del autor. Con Kafka el caso es muchísimo más radical, pues obliga a que la máquina funcione más allá de su propia obra, integrando al universo de lo real, sus intereses narrativos que dependen, a su vez, de la estructura tomada de *Crimen y castigo*. Es simplemente, una genialidad. Precisamente la que nos descubre Sánchez Trujillo.

Así, el sentido de la obra de Kafka, y en este caso especialmente *El proceso*, se mueve entre regiones tanto del tiempo de composición como del tiempo de experiencia del autor, el cual impregna de realidad la ficción y de ficción la realidad, consiguiendo una mixtura compleja de tiempos y significados que es virtualmente indescifrable. Por lo menos lo había sido hasta ahora. Se requería un tipo de trabajo especial, más allá de la tentación analítica simbólica, estructuralista o ligada academicista, para acceder a otros aspectos de la creación kafkiana. Por eso conectamos el trabajo de Sánchez con el de Deleuze y Guattari: Sánchez apunta al desencriptamiento, para revitalizar la obra, no para domesticarla. En este sentido, Deleuze hablaba de un tipo de *Crítica* que permitiera el flujo de la vida, que sanara y curara: hablaba de «*Crítica y clínica*», es decir, antes de fraccionar y diseccionar estérilmente las obras, había que propender lograr una síntesis con ellas, entrar en composición con el flujo de sentido que ellas promueven. Y es esto lo que hace Sánchez Trujillo y lo que le permite, precisamente, llegar a las conclusiones adecuadas para la presentación de la edición definitiva de *El proceso*.

Por ello, este libro no es para nada convencional. En él confluyen de manera intensiva cinco dimensiones paralelas e imbricadas que expanden el universo metaficcional compuesto por Kafka:

El primero son las dos novelas: *El proceso* y *Crimen y castigo*, que funcionan como un palimpsesto; el segundo, es la vida de Kafka, revelada en sus cartas y diarios, la cual dota de ambigüedad al palimpsesto y lo vuelve críptico; el tercero, es la vida del propio investigador (Guillermo Sánchez), quien se convierte en una suerte de interfaz de modulación entre las interpretaciones canónicas de sentido simbólico y la activación de la máquina literaria; el cuarto, es el relato canónico sobre Kafka, que mantiene en vilo la posibilidad de revitalizar la novela *El proceso*, con lo cual se la pueda reintegrar en el flujo compositivo del propio Kafka —aspecto ya resaltado por Deleuze y Guattari—; y el quinto, somos nosotros mismos como lectores del canon y de esta nueva versión, que deberemos decidir si insertarnos en el funcionamiento maquínico o refugiarnos en la hermeneusis tradicional.

Este es un libro que puede combinar todas las preposiciones. Es a la vez un libro *de* y *sobre* Kafka. Algunos lo tomarán desde perspectivas críticas y podrán decir incluso que es *contra* Kafka. Si lo miramos de manera precisa es un libro *a*, *ante*, *bajo* y *en* Kafka. Algunos que hemos tenido la fortuna de conocer el trabajo de Sánchez Trujillo, podríamos decir que ha sido escrito *con* y *desde* Kafka. Lo cierto es que trae consigo la exigencia de introducirse

en Kafka, a través de su novela, no solo como escudriñador o intérprete, sino casi como cómplice de un crimen.

Este es un caso típico en el que el investigador termina identificándose con el asesino. Tanto que, luego de un tiempo de solo pensar en el asesino y el crimen, quien investiga reconoce, para seguir con las preposiciones, que la ruta no se rige por el *hacia* o el *hasta*, sino por el *según*. La vida se convierte en una persecución sin rumbo definido, sometida a las variaciones y desviaciones del perseguido. Como el propio K. en su periplo por el Castillo, cuando para ser avalado como agrimensor debía seguir la ruta del funcionario Klamm. Así mismo, Sánchez ha emprendido una búsqueda *tras* las desviaciones concéntricas de Kafka, durante más de 30 años, en laberintos eternos que obligaban a entrar en la obra mientras ella se encargaba de expulsarnos. La persecución a Kafka a través de *El proceso*, y como se revela en sus análisis, le llevó constantemente, en sintonía con Elías Canetti, a descubrir referencias de su propia biografía sin que ello representara alguna luz sobre el sentido de sus elecciones, tanto temáticas como técnicas a nivel narrativo. La obra llevaba a la vida y esta inmediatamente giraba hacia la obra de nuevo, dejando la sensación de autismo irredento. Casi todos los analistas de Kafka se han encontrado con este problema. Faltaba algo, una pieza que diera forma a la figura entera, una clave para encontrar la puerta de acceso. Y esta pieza estaba en *Crimen y castigo* de Dostoievski.

Kafka escribió *El proceso*, como se hace evidente tanto en la introducción y en las notas de esta edición, a manera de palimpsesto de *Crimen y castigo*. Esto, aunque sugerente, tampoco adelanta demasiado. El verdadero problema no radica allí, y en eso se demuestra la descomunal genialidad de Kafka. Para Kafka la escritura no era un asunto estético sino ético, por lo menos no en el sentido tradicional de lo estético canónico: para Kafka no había diferencia entre uno y otro, su obra pertenece al universo *Est-ético*. Y para él *Crimen y castigo*, no solo era un motivo literario que influenciara su obra sino la condición de existencia para ella. Kafka se propuso, no únicamente reescribir *Crimen y castigo* sino vivirlo de manera real, insertándolo en sus propias experiencias cotidianas. Pero no podía vivirlo tal cual, no tenía sentido: escogió las escenas que más le impactaron y puso en funcionamiento su máquina literaria, que constaba, además de los textos que luego conoceríamos como la novela, de cartas, diarios y cuentos. En la presente edición se demuestra que Kafka, en un ejercicio de maestría metaficcional, leía *Crimen y castigo* para recrear escenas en su propia vida que le sirvieran a su vez para escribir *El proceso* y poder seguir leyendo *Crimen y castigo* y empezar de

nuevo en una ruta infinita hacia una obra que hasta el momento se ha considerado inacabada que solo podía llamarse *El proceso*.

Por eso, como decíamos, es que debe hablarse con la preposición *según*: este libro es, además de otras cosas, la explicación de por qué no existe *El Proceso de Franz Kafka*, sino un *Crimen y Castigo según Franz Kafka*.

Pero la pesquisa de Sánchez Trujillo no se detuvo allí. En su *devenir-Franz*, entendía que el enigma al que se habían arrojado los intérpretes de Kafka, podía tener solución. Si Kafka tomaba sus historias de *Crimen y castigo*, no solo para reactivarlas en *El proceso* sino para insertarlas en la vida misma, era posible, siguiendo detalladamente el desenfreno de su máquina literaria, rearmar el orden de la novela que, como supimos luego, fue publicada según decisiones de Max Brod. Y esto, además daba certezas de que Kafka sí acabó la novela. O, para decirlo más exactamente, la abandonó en determinado momento porque ya lo había dicho todo y la cantera de *Crimen y castigo* estaba prácticamente agotada. Como se demuestra en la investigación de la que proviene esta edición definitiva de la novela, entre los propósitos de Kafka estaba narrar su historia con su novia Felice y la amiga de esta, llamada Grete, que es lo que hace en los tres primeros capítulos de la pensión Grubach, y continuar con los detalles del tribunal, cuya aventura comparte con Raskolnikov, con lo cual lograba el movimiento de doble vía entre realidad y ficción, como mecanismo literario que activara la vida. En una visión amplia y estructural, podemos afirmar que a *El proceso* no le falta absolutamente nada. Los estudios han convenido en su condición inacabada, pero hay bastantes pruebas para afirmar que Kafka la abandonó porque, sencillamente, ya no le interesaba más, ya la había vivido.

Por lo tanto, este libro, como decía al principio, es extraño. Realmente son tres libros en uno, pero no separados, ni siquiera continuos. Son tres libros superpuestos. El primero de ellos, no es necesariamente el primero, aunque aparezca al principio. Tiene por nombre «*El proceso. Un modelo para armar*», consiste en una relación detallada del desarrollo de la investigación con su metodología y los respectivos hallazgos, según momentos específicos de la labor emprendida durante más de 30 años. Si bien, este capítulo se presenta a manera de introducción general, él es el condensado de la investigación de más de 30 años, así entonces, el lector puede expandir su lectura hacia los trabajos previos de Sánchez Trujillo. El segundo libro es *El proceso*, pero en su versión definitiva, la cual cuenta con el orden adecuado de los capítulos de acuerdo con los hallazgos de la investigación, en consecuencia, es la novela de Kafka, según el orden correcto, tal y como debería ser leída. El tercer libro

consiste en las notas críticas que van desvelando los secretos del relato. Claramente, no se han ubicado en el cuerpo de la novela sino al final, para permitir la lectura fluida y adecuada, según como lo pretendería Kafka. Esta sección, aunque unida estrechamente a la novela como tal, funciona de manera hiper-textual, bajo criterios puramente kafkianos. Podríamos pensar en el modelo *Rayuela*: el libro se guía por direcciones múltiples, según el nivel de conocimiento que tenga el lector sobre Kafka. Puede concebirlo como un sistema de líneas paralelas que se cruzan y separan conforme se intensifiquen los intereses lectores. Esta relación no la hacemos arbitrariamente, por supuesto: en *Rayuela*, Cortázar hace un homenaje directo a Kafka a través del personaje Morelli, quien es justo el que está escribiendo esa extraña «anti-novela» que analizan los miembros del Club de la Serpiente.

La presente edición es, entonces, no solo la presentación de la novela tal y como fue concebida por Kafka, de acuerdo con su método metaliterario, sino un paso adelante en la investigación sobre Kafka y una sugerente propuesta analítica para futuras investigaciones en contextos artísticos.

Juan Diego Parra-Valencia
Medellín, julio de 2019

INTRODUCCIÓN: UN MODELO PARA ARMAR

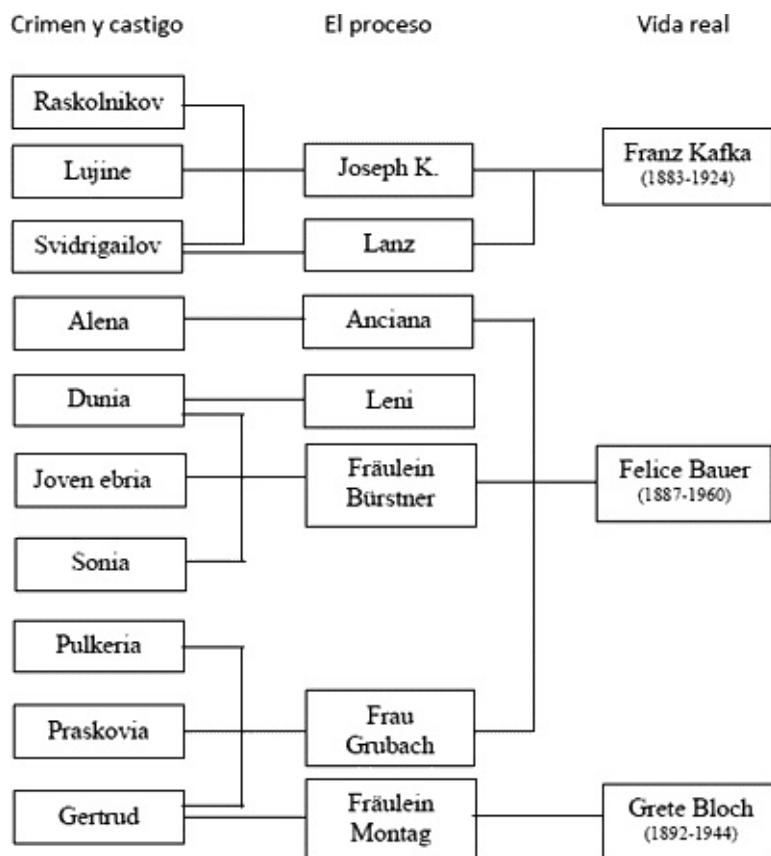


Imagen 1. Guía de personajes de *El proceso*. Fuente: elaboración del autor.

I. El enigma

Tras la muerte de Franz Kafka (1883-1924), entre sus papeles se encontraron dos documentos conocidos como *El testamento*, donde le pide a Max Brod que recoja todos sus escritos y los queme, «sean diarios, manuscritos, cartas propias y ajenas, dibujos, etc.», «sin dejar nada y sin leerlo». Brod recuperó casi todo el legado de su amigo, pero no con la intención de cumplir su última voluntad, sino para publicar los diarios, los manuscritos, las cartas propias y ajenas, los dibujos, etc., pues Brod estaba convencido de que su amigo era un santo que había legado un mensaje salvador para la humanidad.

La primera obra en ver la luz pública de la mano de Brod fue *El proceso*, la segunda de las tres novelas que Kafka escribió, la cual inició probablemente el 13 de agosto de 1914, como se infiere de sus diarios, día del segundo aniversario de su primer encuentro con Felice Bauer, obra que terminó de escribir en enero del siguiente año. Kafka le entregó el manuscrito de la novela a Brod en 1920, y este lo publicó en abril de 1925 con la Editorial Schmiede de Berlín, diez meses después de la muerte del escritor, iniciándose así una accidentada aventura editorial digna de un *thriller* cinematográfico.

El proceso es una historia extraña, que parece absurda: Josef K., empleado bancario, es detenido una mañana en su habitación sin haber hecho nada malo. Probablemente alguien lo había calumniado, sugiere el narrador, pero los guardianes no saben la causa de su detención, ni quién es la persona que lo acusa. Tampoco tienen idea de si existe o no un proceso contra él, y dicen desconocer las autoridades que representan. Una vez le notifican que está detenido, le piden que continúe su vida cotidiana como siempre. Al final de un misterioso proceso del que nunca se sabe nada, que dura exactamente un año, dos verdugos van por Josef K. a su casa, y lo conducen a una cantera en las afueras de la ciudad, donde lo apuñalan hasta matarlo. «¡Como un perro! —dijo K., y era como si la vergüenza debiera sobrevivirlo». Fin. El lector queda desconcertado, sin entender nada.

La obra no tuvo buena acogida porque tomó desprevenidos a los primeros lectores, que no estaban preparados para recibir un escrito catalogado como novela, pero que no parecía corresponder a tal género literario o, mejor, a lo que se pensaba *debería* ser una novela. A las pocas páginas de iniciada la lectura, los lectores se encontraban recorriendo solitarios, a tientas, un laberinto absurdo salido de *un cosmos estético que no parecía ni sueño ni realidad, ni alegoría ni símbolo*, como escribió Kurt Tucholsky a Max Brod, cuando se dirigió a él con el ruego de que le diera una redentora explicación, pues *aquí no sabes nada*, ni siquiera si la obra iba en serio, si se trataba de una broma o de una novela (Stach, 2003). Y si eso pensaba Tucholsky, uno de los primeros y más inteligentes lectores de Kafka, por el que este sentía gran aprecio, qué se podía esperar del gran público lector, que seguramente la halló indigesta, y no era para menos.

A finales de la Segunda Guerra Mundial, la percepción que se tenía de la obra cambió. Tras las experiencias del nazismo, el comunismo y otros regímenes totalitarios similares, que la novela parecía anticipar de manera premonitoria, el absurdo literario resultó ser en realidad trasunto fiel del

mundo burocratizado que recién se revelaba, con lo que *El proceso* pasó de obra absurda a ser la alegoría literaria del siglo XX, y se convirtió en objeto de culto. Sin embargo, a pesar del prestigio del que gozaba la novela entre críticos y escritores, nadie logró encontrar una interpretación coherente, lógica, de la obra, sino que, por el contrario, siempre se llegaba a interpretaciones contradictorias o divergentes que la novela parecía autorizar por igual, lo que hizo sospechar que la obra encerraba un enigma oculto que podía y debía ser descifrado con ayuda de un código especial, una clave secreta, provocando una especie de delirio de interpretación, que condujo a décadas de disputas entre los especialistas (Robert, 1970). Pero la clave no se encontró, la hipótesis cayó en descrédito, y finalmente fue abandonada.

Durante más de cuarenta años, la novela permaneció en el más absoluto misterio, hasta cuando aparecieron publicadas a principios de los años sesenta las *Cartas a Felice* y se supo que la enigmática F. B. de los *Diarios*, *La condena* y *El proceso* era Felice Bauer, una berlinesa hasta ese momento desconocida, que había sido novia de Kafka durante cinco años y su prometida en dos ocasiones. La presencia de Felice Bauer en *El proceso* complicaba más el enigma, pues ¿qué hacía la novia de Kafka en la novela? Entonces apareció el libro de Elías Canetti sobre las cartas a Felice, *El otro proceso de Kafka*, en el que planteaba la hipótesis que la novela *El proceso* estaba relacionada con el juicio que se le había seguido a Kafka en el hotel Askanischer Hof, que Kafka llamaba en sus diarios «el tribunal en el hotel», en el cual se rompió el compromiso matrimonial de Kafka y Felice. Canetti se apoyó en la correspondencia epistolar y en los *Diarios* para sostener su hipótesis, pero muy poco en el texto literario, que persistía indiferente a cualquier interpretación, como lo reconoció el mismo Canetti, para quien su meditación en torno a *El proceso*, constituía una injerencia «que no quitaba a la novela absolutamente nada de su siempre creciente misterio» (Canetti, 1969).

Como si no fueran suficientes los problemas que planteaban a la crítica el origen, la forma, el contenido y la interpretación de la novela, había una dificultad mayor con el manuscrito, pues su ordenamiento resultó ser un enigma más, esta vez hermético. Resulta que los capítulos de la novela se encontraban separados en sobres sin numerar, sin que se supiera a ciencia cierta cuál era su lugar en la novela y, algunos de ellos, decía Brod, estaban sin terminar. Entonces, Brod eliminó los capítulos que consideró inacabados y ordenó el resto según sus propios criterios. Fue así como *El proceso* apareció

en la primera edición con solo diez capítulos de los dieciséis^[1] de que constan los manuscritos, en el siguiente orden:

Detención. Conversación con la señora Grubach. Luego la señorita Bürstner
Primera investigación
En la sala vacía. El estudiante. Las oficinas
La amiga de B.
El flagelador
El tío. Leni
Abogado. Fabricante. Pintor
Comerciante Block. Despido del abogado
En la catedral
Fin

En la segunda edición publicada por la Editorial Schocken Books en 1935, aparecieron en un apéndice los capítulos (cinco de seis) que no habían aparecido en la primera, donde se encuentran desde entonces. Brod no incluyó el capítulo «Un sueño» porque Kafka ya lo había publicado en la colección de cuentos titulada «Un médico rural» (1918).

Apéndice de la segunda edición:

A casa de Elsa
Viaje a casa de la madre
Fiscal
La casa
Pelea con el subdirector

Desde que se conoció el apéndice, los estudiosos de la obra trataron de encontrar en qué parte de la novela podrían ubicarse estos capítulos, pues así estén inconclusos, como se ha creído, es preferible que ocupen el lugar correspondiente y no que estén arrumados en un apéndice. El primer intento de ordenar *El proceso* provino de Herman Uyttersprot, quien, en 1953, propuso una revisión de la estructura de la novela. Según Uyttersprot, mediante un análisis de contenido era posible fijar temporalmente los capítulos e incidentes de forma suficiente, como para determinar su orden de sucesión. Pero nadie aceptó «la cronología completa y suficiente»

desarrollada por él, empezando por Brod, quien encontró demasiado problemática la excesiva cantidad de conexiones.

Después, otros académicos como Hans Elema (1977) y Christian Eschweiler (1988) propusieron sendas estructuras, que tampoco gozaron de la aceptación general de los académicos. Entre otras razones, se decía que mientras no se conocieran los manuscritos, cualquier intento que se hiciera no era más que mera especulación, pero los manuscritos eran inasequibles porque Brod los conservaba bajo llave sin permitirle a nadie que los mirara.

Tras la muerte de Brod (1968), su secretaria Esther Hoffe heredó los manuscritos de *El proceso*, los cuales, en 1987, sacó ilegalmente de Israel para venderlos, como ya había hecho con otros valiosos documentos del legado de Kafka. Ese mismo año, la señora Hoffe los consignó en Sotheby's para rematarlos en subasta pública. Los manuscritos fueron adquiridos por el Archivo de Literatura Alemana en Marbach, donde reposan actualmente.

Tener los manuscritos de *El proceso* en la mano de poco sirvió al equipo internacional de expertos, financiados por el Gobierno alemán, que preparaba desde 1978 la edición crítica de las obras completas de Franz Kafka porque los capítulos de la novela no solo estaban en sobres sin numerar, sino que tres de los sobres contenían sendos legajos con varios capítulos escritos secuencialmente en un orden en apariencia arbitrario, que hacía de la estructura de la novela un verdadero enigma (Imagen 2).

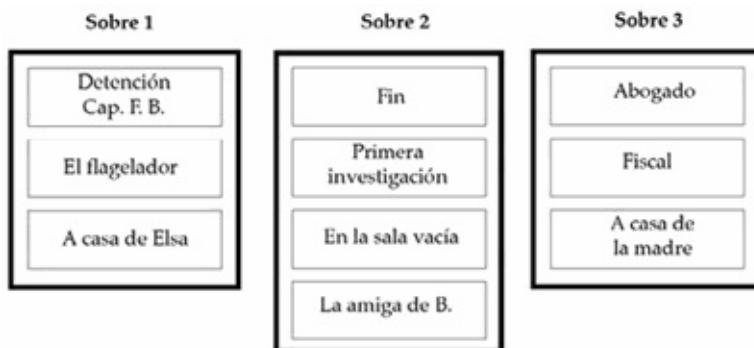


Imagen 2. Sobres del manuscrito de *El proceso* con sendos capítulos escritos secuencialmente. Fuente: elaboración del autor.

Los expertos no tuvieron otra salida que aceptar el orden propuesto por Brod, y fue así como, en 1990, apareció *El proceso* como tercero y último tomo de las novelas de la Edición Crítica Alemana de las obras completas de Kafka, que terminó siendo una versión desmejorada de la edición de 1935. Sin embargo, la llaman «edición definitiva», cuando la mayor contribución de esta edición alemana al (des) orden de *El proceso* fue aumentar el apéndice de

cinco a seis capítulos, al separar arbitrariamente del cuerpo de la novela el capítulo «La amiga de B.».

A principios de 1995, la Editorial Stroenfeld decidió cortar por lo sano con una edición facsimilar de los manuscritos, en sobres aparte como los originales, para que fuera el lector el que finalmente ordenara los capítulos como a bien tuviera. En el mismo año, Schocken Books volvió a publicar la edición de Brod de 1935, llamándola también «definitiva», en un claro mensaje que decía «dejen la novela como estaba, que no se puede mejorar».

En el 2002, el problema del orden de los capítulos de *El proceso* fue declarado «oficialmente» insoluble por el profesor alemán Reiner Stach en el segundo tomo de la biografía de Kafka, «Los años de las decisiones»:

Brod no podía responder a la cuestión de cómo habría el autor dispuesto y ensamblado finalmente las piezas, y a pesar de los avances de la filología en materia de edición, hasta hoy nadie ha logrado dar una solución completa y satisfactoria. El problema es, con este manuscrito, insoluble. Así que no nos queda más remedio que esperar que un día, en algún olvidado desván de Praga, se descubra un índice confeccionado por el propio Kafka. (Stach, 2003, p. 580).

Por primera vez, los kafkólogos estaban de acuerdo para no tener que lidiar más con esa pesadilla.

II. El palimpsesto

Por mi parte, nunca creí que el problema del orden de los capítulos de *El proceso* fuese insoluble, sino que, por el contrario, el enigma debía tener —y tiene— solución y una motivación que lo justifique. Por razones expuestas en trabajos previos a esta edición^[2], logré conectar las afinidades temáticas entre *El proceso* y *Crimen y castigo* de F. Dostoievski, novelas que siempre, en diversos análisis comparativos, parecieron pertenecer a la misma estirpe. Me embarqué, entonces, en el estudio sistemático de ambas obras, descubriendo que *El proceso* es un palimpsesto de *Crimen y castigo* en el que todos y cada uno de los capítulos de la novela de Kafka están construidos con base en uno o varios capítulos de la novela de Dostoievski.

Kafka utiliza el texto de Dostoievski para narrar de manera críptica sus relaciones con Felice Bauer, particularmente las relativas a su compromiso

matrimonial, cuya ruptura es el tema principal de la novela. Esto significa que *El proceso* tiene estructura de cebolla, con tres textos o capas superpuestas, cada una con una historia diferente, pero inseparables, de la siguiente manera:

Capa 1: novela *Crimen y castigo*. Texto base y palimpsesto, que se refleja en las capas de la realidad y la creación literaria;

Capa 2: relato autobiográfico —real— de la historia, que hace de puente entre la ficción y la realidad;

Capa 3: la obra misma de *El proceso*, que funciona como el entrelazado de la realidad y la ficción, la única visible a los ojos del lector, y que oculta las dos primeras.

III. La estructura interna

La historia de las ciencias está llena de problemas tenidos por insolubles, que fueron fácilmente resueltos con un simple cambio de punto de vista o con el desarrollo de un nuevo método. Es el caso de la estructura de los manuscritos de *El proceso*, la cual, contrario a lo que se pensaba, sí tenía solución, pero no con los métodos tradicionales porque la solución estaba en el texto oculto del palimpsesto, en *Crimen y castigo*. El problema exigía una especie de rayos X porque, contrario al tradicional análisis de contenido, las radiografías develan la estructura interna de la novela, sus piezas, y permiten resolver el problema de su estructura como por arte de magia.

El proceso tiene capítulos con una estructura interna simple que provienen de un solo capítulo de *Crimen y castigo*, como «El flagelador» que sale del capítulo segundo (2,II) de la segunda parte, o incluso de una pequeña parte del capítulo, como «Un sueño», que sale del sueño de Raskolnikov premonitorio de su crimen del capítulo quinto (5, I) de la primera parte. Otro capítulos están compuestos de dos, tres y hasta cuatro piezas como «Fin», que sale de los capítulos [(4,I), (5,I), (2,II), (8,VI)].

Como regla general, los capítulos pequeños son los más difíciles de descifrar, los cuales, como es lógico, están en el apéndice, no por «inacabados», sino por imposibles de ubicar, tal es el caso de «Fiscal», «A casa de Elsa», «Pelea con el subdirector» y «La casa». Estos capítulos, contrario a lo dicho por Brod, «que no eran necesarios para la evolución de la acción», si falta uno solo de estos capítulos, no se puede hallar la estructura, como cuando al armar una máquina sobra una pieza y no funciona. De hecho,

a mí me sucedió con el capítulo «La casa», que no pude descifrar y que ubiqué inicialmente «guiado por mi sensibilidad», como dijo Brod al ordenar la novela, como el capítulo 14, cuando en realidad era el capítulo 12, y eso desorganizó por completo el final de la novela haciéndola ininteligible, dando la impresión de estar sin terminar. Luego pude corregir.

Veamos las estructuras internas —capítulos de *Crimen y castigo*— de algunos capítulos de *El proceso* entre los cuales estructuras y capítulos— se pueden establecer relaciones directas en la superposición de acciones, personajes y escenarios. Empiezo por el palimpsesto de «Un sueño» para mostrar de dónde sale la estructura interna del capítulo y la «radiografía».

	El proceso – «Un sueño»	Crimen y castigo – (5,I)
1	Josef K. soñó	Raskolnikov tuvo un sueño extraño: (5, I, p. 35)
2	Era un día hermoso y	El día era cálido y asfixiante... (5, I, p. 35)
3	K. quiso salir a pasear, pero apenas dio dos pasos, llegó al cementerio.	Él soñó que iba con su padre a lo largo del camino que conducía al cementerio... (5, I, p. 36)
4	Vio numerosos e intrincados senderos; muy ingeniosos y nada prácticos.	El camino serpenteaba unos trescientos metros y llegaba al cementerio del pueblo. (5, I, p. 35)
5	Su mirada advirtió desde lejos el montículo de una tumba recién cubierta y quiso detenerse a su lado.	Al lado de la tumba de su abuela se hallaba la de su hermano pequeño... (5, I, p. 36)
6	Ese montículo ejercía sobre él una fascinación.	Le habían dicho que allí reposaba su hermano (5, I, p. 36)
7	No se veía a los portadores de los estandartes, pero era como si allí reinara un gran júbilo	Se celebraba una especie de fiesta popular... Todos se hallaban ebrios, y cantaban y gritaban. (5, I, p. 36)
8	Vio de pronto la misma sepultura a su lado y cayó de rodillas justamente frente a la tumba.	Cada vez que visitaba el cementerio se persignaba con respeto y reverencia, se inclinaba y besaba la pequeña tumba. (5, I, p. 36)
9	Comenzó a repicar la pequeña campana de la capilla fúnebre.	Se alzaba una iglesia de piedra, con una cúpula verde. (5, I, p. 35)
10	Comenzó a llorar y sollozó largo rato en el hueco de sus manos.	Se le apenó el corazón y se puso a llorar. (5, I, p. 37)
11	Encantado con esta visión se despertó.	Despertó cubierto de sudor, con los cabellos mojados. Se levantó sin aliento, presa de un gran temor. (5, I, p. 38)

Tabla 1. Referencias de *Crimen y castigo* en el capítulo 15 «Un sueño». Fuente: todas las tablas son elaboración del autor.

Las estructuras internas se representan por medio de tablas en las que se indican la procedencia de las citas del respectivo capítulo y su radiografía. He aquí unos ejemplos:

Tabla 10. Notas Capítulo 6			Tabla 5. Notas Capítulo 1		
Nro.	II	RADIOGRAFÍA	#	II	IV
1	(2,II,p.69)	[2,II]	1	(3,II,p.75)	[3,II]
2	(2,II,p.72)		3	(3,II,p.80)	[5,IV]
3	(2,II,p.72)		5	(3,II,p.75)	
4	(2,II,p.73)		6	(3,II,p.152)	
5	(2,II,p.73)		7	(3,II,p.81)	
6	(2,II,p.74)		8	(3,II,p.78)	
7	(2,II,p.74)		9	(3,II,p.75)	
8	(2,II,p.74)		10	(3,II,p.77)	
9	(2,II,p.74)		11	(3,II,p.77)	

Tabla 19. Notas Capítulo 15		
Nro.	I	RADIOGRAFÍA
1	(5,I,p.35)	[5,I]
2	(5,I,p.35)	
3	(5,I,p.36)	
4	(5,I,p.35)	
5	(5,I,p.36)	
6	(5,I,p.36)	
7	(5,I,p.36)	
8	(5,I,p.36)	
9	(5,I,p.35)	
10	(5,I,p.37)	
11	(5,I,p.38)	

Imagen 3. Ejemplos de estructuras internas con sus respectivas radiografías. Fuente: elaboración del autor.

Los capítulos 15 y 6 tienen estructuras internas simples porque todas las citas salen de un solo capítulo. En cambio, la Tabla 5 hace evidente que el capítulo 1 —«Detención»— tiene dos partes que salen de (3, II) y (5, IV). Sin el palimpsesto, que permite ver la estructura interna, esta composición de dos partes sería imposible de apreciar.

IV. La solución

El proceso consta de 17 capítulos, de los cuales solo 10 se pueden ordenar secuencialmente, sin que haya la más mínima posibilidad de ubicar los 7 restantes en el cuerpo central de la novela con los métodos tradicionales. Pero utilizando las radiografías de estos capítulos de *El proceso* y siguiendo la estructura de *Crimen y castigo*, los capítulos encajan como fichas de un rompecabezas.

Se sabe que la historia de *El proceso* dura exactamente un año: se inicia con la detención de K. un martes en la mañana, día de su cumpleaños número 30, y termina con su ejecución la víspera de su cumpleaños 31; por consiguiente, el primer capítulo es «Detención» y el último capítulo es «Fin», lo que permite establecer las siguientes sucesiones:

Capítulos	Criterio de sucesión	Radiografías
Detención	primer día, cumpleaños 30 de K., martes en la mañana	(3, II) (6, III) (5, IV)
Conversación con Frau Grubach. Luego con la señorita Bürstner	primer día, martes en la tarde	(6, III) (4, IV) (4, V)
La amiga de B	primer domingo, 5 días después	(1, IV) (1, V)
Primera investigación	segundo domingo	(1, II) (2, V) (3, V)
En la sala vacía. El estudiante. Las oficinas	tercer domingo	(1, II) (5, IV)
<hr/>		
El tío. Leni	K. conoce al abogado	(2, III) (3, III) (4, III) (5, III)
Abogado. Fabricante. Pintor	K. piensa despedir al abogado	(5, IV) (2, VI) (6, VI)
Comerciante Block. Despido del abogado	K. despide al abogado	(5, IV) (2, VI)
<hr/>		
Viaje a casa de la madre	15 días antes del cumpleaños 31	(3, I) (4, I) (7, VI), Epílogo
Fin	víspera del cumpleaños 31	(4, I) (5, I) (2, I) (8, VI)

Tabla 2. Capítulos con un orden secuencial relativo conocido.

Los 7 capítulos «desubicados», los podemos ordenar con sus radiografías siguiendo la estructura de *Crimen y castigo*:

Un sueño	(5, I)
El flagelador	(2, II)
A casa de Elsa	(6, II) (7, II)
Fiscal	(7, II) (6, II)
<hr/>	
La casa	(6, IV) (6, III)
En la catedral	(2, VI) (6, III)
Pelea con el subdirector	(1, VI) (3, VI) (4, VI)

Tabla 3. Orden secuencial de los capítulos sin orden establecido.

La estructura de *El proceso* sigue linealmente la estructura de *Crimen y castigo* en los puntos de empalme de los capítulos de las Tablas 2 y 3, una prueba de la artesanía con que fue hecha esta novela. Hasta ahora, la crítica especializada ha sostenido que Kafka era un improvisador, un *Mozart literario*, y nadie parecía sospechar lo contrario: que Kafka era un paciente y consumado artesano, con una técnica y un método de construcción tan sofisticados que le permitieron crear una obra de gran arquitectura literaria en la que Kafka, a partir de la trama y la estructura de *Crimen y castigo*, sincronizó escenas, personajes y diálogos, haciendolos avanzar sobre una trama y estructura paralela hasta el final.

El primer grupo de la Tabla 2 termina con el capítulo «En la sala vacía. El estudiante. Las oficinas», cuya radiografía (1, II) empata con (2, II) de «El

flagelador». Luego siguen (6, II) y (7, II) de «A casa de Elsa» y «Fiscal», respectivamente. El segundo grupo de la Tabla 2 termina con «Comerciante Block. Despido del abogado», cuya radiografía (5, IV) empalma con (6, IV) de «La casa», y siguen «En la catedral» (2, VI) y «Pelea con el subdirector» (3, VI). En la Tabla 2, los únicos capítulos con piezas de la primera parte son los dos últimos, que salen de los dos últimos capítulos de *Crimen y castigo* [(7, VI) y (8, VI)]. Por tanto, «Un sueño» los antecede.

En conclusión, *El proceso* consta de 17 capítulos divididos en 5 grupos, de los cuales los impares (1, 3, 5) se ordenan secuencialmente con facilidad; y los pares (2, 4) solo se pueden ordenar siguiendo la estructura de *Crimen y castigo*, lo que explica por qué los intentos por ordenar los capítulos de *El proceso*, desde 1920, han fracasado.

Queda pues demostrado, que *El proceso*, contrario a lo que piensan los expertos —que es una novela inacabada o que no es siquiera una novela por el estado fragmentario en el que Kafka la dejó—, es una obra hecha sobre planos, una máquina literaria de numerosas piezas ensambladas con precisión en la que todo está calculado de principio a fin, incluso el reto de encontrar el orden de los capítulos, un enigma que hace parte de la obra que el autor reservó a sus futuros lectores, dejando en entredicho el mito según el cual la quería destruir.

Tabla 2. Capítulos con orden secuencial relativo conocido					
Capítulos	Criterio de sucesión	Radiografías			
Detención	primer día, cumpleaños 30 de K., martes en la mañana	(3,II)	(5,IV)		
Conversación con Frau Grubach. Luego con la señorita Bürstner.	primer día, martes en la tarde	(4,IV)	(4,V)		
La amiga de B.	primer domingo, 5 días después	(1,IV)	(1,V)		
Primera investigación	segundo domingo	(1,II)	(2,V)	Tabla 3. Capítulos de incierta colocación	
En la sala vacía. Las oficinas	tercer domingo	(1,II)	(5,IV)	Radiografías	Capítulos
		(2,II) ----- (2,II)		El flagelador	
		(6,II) ----- (6,II)		A casa de Elsa	
		(7,II) ----- (7,II)		Fiscal	
El tío. Leni	K. conoce al abogado	(2,III)	(3,III)		
Abogado. Fabricante. Pintor	K. piensa despedir al abogado	(5,IV)	(2,VI)		
Block. Despido del abogado	K. despide al abogado	(5,IV)	(2,VI)		
		(6,IV) ----- (6,IV)		(6,III)	La casa
		(2,VI) ----- (2,VI)		(6,III)	En la catedral
		(3,VI) ----- (3,VI)		(4,VI)	Pelea con el subdirector
		(5,I) ----- (5,I)			Un sueño
Viaje a casa de la madre	15 días antes del cumpleaños 31	(4,I)	(7,VI)		
Fin	víspera del cumpleaños 31	(5,I)	(8,VI)		

Tabla 4. Estructura de *El proceso*.

V. La historia secreta

Vista con el poderoso lente del análisis retrospectivo, la solución al enigma de la estructura era una prueba que era necesario superar para encontrar en su camino la llave que permite entrar a las habitaciones privadas de la novela donde, más que una obra sobre la burocracia, encontramos una novela sobre la culpa y un relato autobiográfico indiscreto y perverso en tono de comedia. Para Kafka era muy fácil ocultar herméticamente la historia íntima que encierra la novela; hubiera bastado con no utilizar de manera literal el texto de *Crimen y castigo* para que las huellas de Dostoievski desaparecieran, y con ellas la conexión entre la ficción y la realidad. Pero Kafka hizo lo contrario porque amaba más el juego que el secreto, y por eso esta literatura críptica

ofrece generosa las claves para descifrarla. Al fin y al cabo, la historia secreta exigía para su disfrute —pleno y póstumo—, que los lectores reconocieran los personajes y los hechos que entrecruzaron sus vidas.

Quizás el aspecto más sorprendente e interesante de la obra de Kafka sea su relación con la vida del escritor. Su *modus operandi* se puede resumir en la trilogía ficción-realidad-literatura. El universo estético de Kafka se inicia con la representación en el teatro de la vida de una historia de *Crimen y castigo*, que luego escribe utilizando el texto de la novela de Dostoievski que le sirvió de guion en la representación. En *El proceso*, la ficción sale de la historia del compromiso matrimonial de Dunia Raskolnikov y Pedro Lujine, que termina con su ruptura en el tribunal de la pensión Bakaleev, historia que sirve de guion a Kafka para vivir la aventura de su compromiso matrimonial con Felice, que termina en el tribunal del hotel Askanischer Hof, una parodia bastante fiel del texto original. Luego, sigue la redacción de la novela, en la que narra su aventura con Felice apoyado en la historia de Dostoievski que le dio origen.

Para desentrañar esta historia es necesario saber cómo está hecha, es decir, descubrir el palimpsesto, hacer el inventario de las escenas que Kafka tomó de *Crimen y castigo* y ver cómo las ensambló, para establecer la correspondencia entre los textos. Así se obtienen, sin dificultad alguna, las equivalencias entre los personajes de Kafka y Dostoievski, pues Kafka escogió preferentemente las reuniones y encuentros de los personajes de Dostoievski para armar su propia historia, de modo que al representar sus personajes dichas escenas, su identidad dostoievskiana queda *ipso facto* asignada.

Pero al dotar a sus personajes de una personalidad dostoievskiana, Kafka logró que la narración fluyera en dos historias paralelas, una de ellas secreta, que viven los personajes de Dostoievski, algunos de los cuales tienen además una contraparte real, los de la pensión Grubach, que Kafka utilizó para narrar —y ocultar— su aventura con Felice y su amiga Grete Bloch. De ahí que *El proceso* tenga dos niveles de lectura: uno público, al que se accede leyendo el libro —como cualquier libro—; y otro nivel, privado y secreto, que requiere clave de acceso.

La atmósfera inquietante y enigmática de esta obra surge de la forma como está construida. Para el lector, los personajes parecen sumergidos en un mundo de ensueño regido por leyes incomprensibles que se ven obligados a obedecer, como si sus vidas fueran conducidas por hilos invisibles de origen desconocido. Así es en realidad, pero el lector lo ignora, no sabe que esos

personajes son simples comediantes movidos por fuerzas de las que no tienen conciencia, pues la verdadera historia, la que le da sentido a estos personajes que se mueven como sombras fantasmales en la superficie de la novela, permanece oculta en un subsuelo literario donde es representada por los personajes de Dostoievski con Kafka en el papel de director de actores.

El protagonista de *El proceso* —Josef K.— es al mismo tiempo Franz Kafka en la vida real —autor de la novela—, y los personajes de ficción Raskolnikov, Svidrigailov y Lujine, los villanos de *Crimen y castigo*. Esta multiplicidad de personajes de K. en la novela, van apareciendo en las distintas escenas, según el personaje de *Crimen y castigo* que encarne en ellas. De otro lado, Fräulein Bürstner —F.B.— es Felice Bauer en la vida real —la novia de Kafka—, pero también es la prostituta Sonia —novia de Raskolnikov—. Frau Grubach, la casera de K., es Praskovia Pavlovna, la casera de Raskolnikov, y también Felice, como Kafka la imaginaba casada. La anciana vecina de Josef K., que observa con curiosidad inusitada la detención de K. es Alena, la anciana usurera víctima de Raskolnikov, pero también es doble de Fräulein Bürstner y, por tanto, de Felice Bauer, la víctima de Kafka. De todos los personajes el que más desdoblamientos tiene es Porfirio el juez de instrucción, que hace de inspector, juez, abogado, comerciante, sacerdote y pintor.

Esta construcción de tres niveles o capas, le dio a Kafka posibilidades narrativas nunca antes vistas al multiplicar como un eco los niveles interpretativos a que dan lugar las relaciones entre los personajes de las diferentes capas. Esto hace de la lectura de *El proceso* un ejercicio tan complejo como interesante y explica el delirio de interpretación que suscita la novela, en la que la trama tradicional desaparece por una trama múltiple, según se intercepten e interactúen las diferentes capas, sin contar con el humor de Kafka que pasa de un nivel a otro a conveniencia, sin que el desorientado lector, ignorante del palimpsesto, se entere de en qué nivel se encuentra, si en la ficción, en la realidad o en la novela...

VI. Detención en clave de *Crimen y castigo*

«Alguien debió de haber calumniado a Josef K., porque, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana». Estas primeras líneas de *El proceso* son responsables de que la mayoría de los lectores consideren inocente a Josef K., quien probablemente fue víctima de una calumnia, aunque la expresión «Alguien debió de haber calumniado a Josef K.» no es categórica y queda la

duda, la primera de muchas que Kafka irá sembrando en la novela, sin que sea un problema de estilo, sino una necesidad narrativa porque *El proceso* es la reescritura furtiva de *Crimen y castigo*, con el fin de narrar y ocultar al mismo tiempo una historia íntima y secreta que da sentido al universo estético de Kafka, del que la novela de Dostoievski es el código y la llave.

No se puede creer sin más lo que dice el esquivo narrador de *El proceso* —ni las palabras de los personajes, especialmente las de Josef K.—, obligado a engañar al lector para no ser descubierto en flagrancia, pues, como decía Kafka —él sabía mejor que nadie de qué hablaba—, «la clave de un enigma es que permanezca siendo un misterio». No es de extrañar entonces que en esta novela, en la que todo es un acertijo, los lectores permanezcan a oscuras todo el tiempo.

Para no ir lejos, el personaje de la anciana que aparece en el primer párrafo de la novela no parece importante porque nada se dice de ella, pero su extraño y desmedido interés en la detención de K. obliga a preguntarse qué papel juega en la historia. Sin duda, un papel importante, pues no se entendería que un escritor cinematográfico como Kafka desperdiciara la primera escena con un personaje innecesario o superfluo. Además, hacia el final de la novela, cuando Josef K. entra en la catedral y recorre las dos naves laterales, nuevamente ve a la anciana que, envuelta en un manto, de rodillas contempla una imagen de María. La presencia de la anciana en la catedral hace aún más enigmático este personaje, quien nunca revela su secreto, por más que se lea y relea *El proceso*.

En cambio, la escena del plano-contraplano de la anciana y K., en la que se observan mutuamente, acompañada por el sonido de la campanilla en clave de *Crimen y castigo*, de inmediato evoca la escena del plano-contraplano de Raskolnikov y la anciana cuando, tras tirar del cordón de la campanilla del apartamento de la anciana, esta lo observa por la pequeña abertura de la puerta entreabierta, con manifiesta desconfianza. De modo que la escena inicial de *El proceso*, leída en clave, es una alegoría, la primera de muchas, que trae a la mente el crimen de Raskolnikov.

Mediante un corte, Kafka pasa de la escena inicial al capítulo (3, II) en el que Raskolnikov, después de cometer el crimen, cae enfermo y, tras varios días entre el delirio y la inconsciencia, despierta muy asustado al ver un desconocido en su buhardilla que lo mira con curiosidad. Raskolnikov piensa que está detenido, que todos en la casa ya saben que él es el asesino, y esa incertidumbre Dostoievski la alimenta con situaciones y diálogos equívocos a

lo largo del capítulo que aumentan el nerviosismo y la incertidumbre del estudiante.

Kafka recrea con literalidad una a una las situaciones que vive Raskolnikov al despertar, como si Josef K. estuviera viviendo o soñando las mismas escenas de *Crimen y castigo*. La diferencia está en que los lectores de Dostoievski conocen todos los pormenores previos al despertar de Raskolnikov, narrados en la primera parte de la novela, y comprenden sus temores al no saber si quienes lo rodean se están burlando de él fingiendo que nada saben de su crimen, para después saltarle al cuello y gritarle ¡asesino! Por el contrario, los lectores de Kafka no saben nada, y lo que en *Crimen y castigo* es tragicómico, en *El proceso* es simplemente absurdo. No se sabe quién es Josef K. ni de dónde salieron los guardianes, y cuando K. trata de meterse en la mente de ellos, de saber qué están pensando, los guardianes no saben nada. En esa ignorancia permanecerán los lectores de *El proceso* hasta después de leer por completo la novela. Parece una broma.

Kafka escribe los primeros capítulos de su novela con base en los primeros capítulos de la segunda parte de *Crimen y castigo*, introduciéndonos en la trama después del crimen, enfrentándonos a una serie de personajes y situaciones que no comprendemos en absoluto al no tener noticia alguna del crimen de Raskolnikov, entrando de inmediato en los terrenos del misterio y del absurdo. Imaginemos por un momento que Dostoievski hiciera lo mismo; que iniciara la novela con la segunda parte, que no mencionara el crimen de Raskolnikov en el resto de la obra, que no supiéramos nada del asesinato de las dos mujeres, pero en cambio aparecieran todas las escenas —lavadas de crimen— con sus personajes, lugares y situaciones. En este caso tendríamos un *Crimen y castigo* muy distinto al que conocemos —sin crimen—, un proceso enigmático, surrealista y sin sentido como el que nos legó Kafka.

En la primera escena del capítulo, sin la clave de *Crimen y castigo*, el personaje de la anciana sería un enigma sin solución, como sería imposible asociar a esta escena el crimen de Raskolnikov. Se sabe que la asociación es legítima porque luego se repiten una a una las mismas situaciones en las dos novelas: el hombre extrañamente vestido que entra a la habitación de K.; el desayuno de K. que se comen los agentes; la ropa que le quieren robar y el hecho de que lo obliguen a vestirse de etiqueta; la patrona que mira a hurtadillas al inquilino, como si se sintiera culpable de algo; el vaso de licor que toma para infundirse valor; el que K. piense que probablemente todo ese asunto de la detención no es más que una broma que le quieren jugar los compañeros de trabajo el día de su cumpleaños, todas estas situaciones están

presentes de tal forma en el tercer capítulo de la segunda parte de *Crimen y castigo*, que se pueden identificar con las correspondientes escenas de *El proceso*.

La segunda parte del capítulo primero —el *interrogatorio*— sale del interrogatorio que Porfirio, el juez de instrucción encargado del asesinato de la vieja usurera, le hace a Raskolnikov en su oficina en el capítulo (5, IV). Kafka ensambla las dos partes —*detención* e *interrogatorio*— haciendo pasar a Josef K. al cuarto de la señorita Bürstner ante la presencia del inspector, tras una larga espera, como la espera de Raskolnikov antes de pasar a la oficina de Porfirio para ser interrogado. Allí, Porfirio tortura al estudiante y le da a entender que él sabe quién es el asesino, pero no le importa que ande libre porque él es su víctima y no se le va a escapar:

¿Por qué he de inquietarme por el hecho de que este hombre se pasee por la ciudad y sea libre? Puedo dejarle que se pasee por el momento; ¡ya sé que él es mi víctima y que no se me escapará! [...] ¿Ha visto usted alguna vez una mariposa delante de una vela? Pues bien, él dará sin cesar vueltas en derredor mío, como una mariposa en torno a la llama; la libertad le resultará odiosa, estará cada vez más inquieto, cada vez más trastornado, se enredará, enloquecerá hasta morir... Aún más: él mismo me suministrará una de esas pruebas tan definitivas como «dos y dos son cuatro», siempre que le conceda un entreacto bastante prolongado... Y siempre dará a mi alrededor vueltas, describiendo círculos cada vez más pequeños, y al fin... ¡paf!, se meterá él mismo en la boca, y me lo tragará. ¡Es muy divertido! ¿No lo cree usted así? (5, IV, pp. 408-09)

El inspector le dice a K. que sabe que él es culpable, no con palabras como hizo Porfirio con Raskolnikov, sino mediante una alegoría; para eso son los objetos que tiene sobre la mesa: la vela, la caja de cerillas, el libro y los alfileres, cuyo significado Josef K. conoce bien: *tiene que confesar*. Su crimen es una vieja historia de todos conocida y narrada con lujo de detalles en el libro que tiene sobre la mesa el inspector. Pero como K. decide hacerse el de las nuevas, el inspector lo amenaza con encender la vela. Primero desplazó con ambas manos los objetos que había en la mesita de noche; luego puso la vela en el centro de la mesita, después comprobó cuántas cerillas había en la cajita de las cerillas y, finalmente, el inspector golpeó con la cajita de cerillas en la mesa. La amenaza es clara: sigue con tu insolencia y

encenderé la vela para que des vueltas en rededor de la llama describiendo círculos cada vez más pequeños, y al fin... ¡paf!, te atraparé y clavaré como a una mariposa. Esta alegoría de la mariposa y la llama da la clave del curso del proceso, de cómo K. se acerca más y más a la llama, capítulo tras capítulo, hasta la última instancia «cuando irrumpen un resplandor inextinguible a través de la puerta de la Ley. Ahora ya no va a vivir mucho más».

El proceso es una obra de naturaleza alegórica imposible de entender sin el palimpsesto porque es en *Crimen y castigo* donde están las claves para identificar los personajes e interpretar los símbolos que permiten seguir las tramas de la obra. Probablemente sea esta la razón principal que lleva a pensar a los lectores que la novela quedó sin terminar, que quedaron faltando instancias del proceso, como le dijo Kafka a Brod. En realidad, *el proceso* de K. llega a su fin en el capítulo «En la catedral» con la parábola «Ante la Ley», pero es necesario conocer la alegoría de «la mariposa y la llama» para comprender la sentencia final.

Al leer *El proceso* en clave de *Crimen y castigo*, se ve que Kafka era un escritor que tenía en su taller herramientas muy sofisticadas, desconocidas por los maestros de la novela del siglo XIX, como la perspectiva múltiple del cubismo, los mecanismos del sueño y el montaje cinematográfico. Kafka fue el primer escritor que comprendió el reto y las posibilidades que el cine significaba para la literatura, y se puede decir que Kafka conoció el montaje primero que los cineastas, si se tiene en cuenta que su obra es una «edición» de la novela de Dostoievski, y la superposición de planos de *El proceso* es anterior a la de *El nacimiento de una nación*. Pero la obra de Kafka permaneció inédita durante diez años y no tuvo a lo largo del siglo un exégeta que la descifrara, permaneciendo en la oscuridad, sin que la revolución que estaba llamada a provocar estallara.

Guillermo Sánchez Trujillo

EL PROCESO



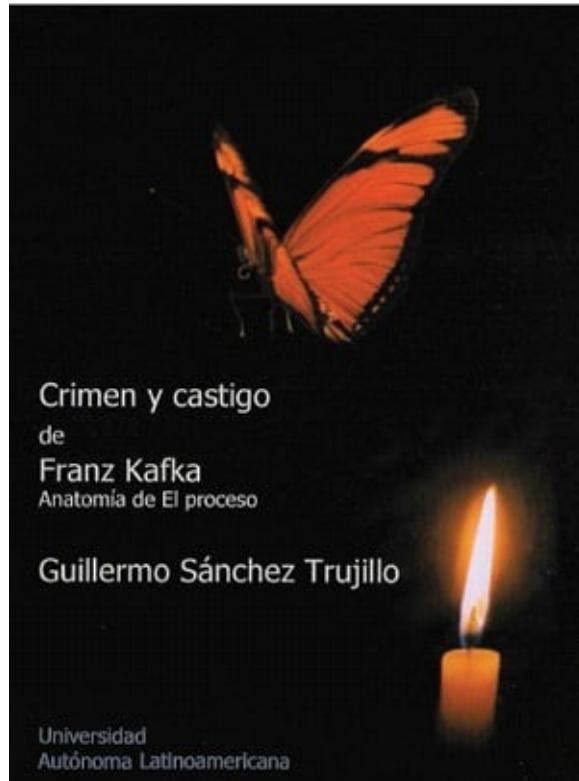


Imagen 4. La mariposa y la llama: alegoría de *El proceso*. Fuente: imagen tomada de la carátula del texto *Crimen y catigo de Franz Kafka*. Guillermo Sánchez Trujillo.

Capítulo I

DETENCIÓN



Fotograma 1. El inspector se dispone a interrogar a Josef K. Fuente: *The Trial (El proceso)*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.

—Sin duda usted está muy sorprendido por los acontecimientos de esta mañana —preguntó el inspector, a la vez que, con ambas manos, desplazaba los pocos objetos que había en la mesita de noche, la vela y las cerillas, un libro, y un acerico, como si fueran objetos que necesitara para el interrogatorio.

—¿Ha visto usted alguna vez una mariposa delante de una vela? Pues bien, él dará sin cesar vueltas en derredor mío, como una mariposa en torno a la llama, describiendo círculos cada vez más pequeños, y al fin... ¡paf!, se meterá él mismo en la boca, y me lotragará.

Alguien debió de haber calumniado a Josef K., porque, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana. La cocinera de la señora Grubach, su patrona, que cada día le traía el desayuno hacia las ocho, no vino esta vez. Nunca había ocurrido eso. K. esperó todavía un instante; desde su almohada

veía a la anciana que vivía enfrente y que lo observaba con una curiosidad totalmente desacostumbrada en ella, pero luego, sorprendido y hambriento a la vez, tocó la campanilla. Inmediatamente llamaron a la puerta y entró un hombre que él nunca había visto en aquella casa. Era delgado, pero de constitución robusta; llevaba un traje negro ceñido semejante a la ropa de viaje, estaba provisto de diversos pliegues, bolsillos, hebillas, botones y un cinturón, por lo que, sin que se supiera muy bien para qué servía, parecía muy práctico.

—¿Quién es usted? —preguntó K., incorporándose a medias en la cama^[3].

El hombre, sin embargo, pasó por alto la pregunta, como si fuera inevitable aceptar su presencia, y dijo simplemente a su vez:

—¿Ha llamado?

—Anna tiene que traerme el desayuno —dijo K. y trató de averiguar, en un principio en silencio, atenta y reflexivamente, quién era en realidad el hombre.

Pero este no estuvo mucho tiempo expuesto a sus miradas, sino que se volvió hacia la puerta, que entreabrió un poco para decir a alguien, que evidentemente se encontraba detrás de la puerta:

—Quiere que Anna le traiga el desayuno^[4].

Siguió una breve carcajada en la habitación contigua que, a juzgar por el sonido, no permitía deducir con seguridad si pertenecía a varias personas. Aunque el extraño no pudo enterarse de nada que no supiera ya de antemano, dijo a K. en tono de aviso:

—Es imposible.

—Pues sería una novedad —dijo K., saltando de la cama y poniéndose aprisa los pantalones—.^[5] Quiero ver qué clase de gente es la que está en la habitación de al lado y cómo me explica la señora Grubach esta molestia.

Se le ocurrió enseguida que no debió decir aquello en voz alta y de que, con ello, en cierto modo, reconocía así al desconocido un derecho a vigilarle, pero no le dio importancia por el momento. De todos modos, así lo entendió el desconocido, porque dijo:

—¿No prefiere quedarse aquí?

—No quiero quedarme aquí, ni que usted me dirija la palabra mientras no me diga quién es.

—Mi intención era buena —dijo el extraño, y abrió la puerta espontáneamente.

En la habitación vecina, en la que K. entró con más lentitud de la que hubiera querido, todo parecía a primera vista casi igual que la noche anterior^[6]. Era el cuarto de estar de la señora Grubach; quizá había en esa habitación, repleta de muebles, tapetes, porcelanas y fotografías, un poco más de espacio que de ordinario, cosa que uno no advertía en seguida, tanto menos cuanto que la principal modificación consistía en la presencia de un hombre, sentado junto a la ventana abierta, con un libro del que, en aquel momento, levantó la vista.

—¡Hubiera debido usted permanecer en su habitación! ¿No se lo ha dicho Franz?

—Sí, pero ¿qué quiere usted? —dijo K., y apartó la mirada del nuevo conocido para mirar al llamado Franz, que había permanecido de pie en la puerta, y luego volvió a mirar al primero.

Por la ventana abierta se volvió a ver a la anciana, que, con curiosidad verdaderamente senil, se había acercado a la ventana que ahora quedaba enfrente, para continuar viéndolo todo.

—Quiero que la señora Grubach... —dijo K., haciendo un movimiento como para librarse de los dos hombres que, no obstante, se mantenían lejos de él, y quiso continuar su camino.

—No —dijo el hombre que estaba junto a la ventana, arrojó el libro sobre una mesita y se levantó.

—Usted no puede irse; está detenido.

—Así parece —dijo K.—. ¿Y por qué? —preguntó luego.

—No nos han encargado decírselo. Vaya a su cuarto y espere. Se ha iniciado un procedimiento y lo sabrá todo en el momento oportuno. Sobrepaso los límites de mis atribuciones al hablarle tan amigablemente. Pero espero que nadie me haya oído fuera de Franz, y él mismo, contra toda norma, es amable con usted. Si sigue teniendo tanta suerte como con la designación de sus guardianes, entonces puede confiar.

K. quiso sentarse, pero entonces se dio cuenta de que en toda la habitación no había más asiento que la silla junto a la ventana.

—Ya se dará cuenta de lo cierto que es todo esto —dijo Franz, y avanzó hacia él seguido del otro hombre.

Este último, sobre todo, era mucho más alto que K.^[7], y le golpeaba los hombros con frecuencia. Ambos examinaron la camisa de noche de K. y dijeron que ahora tendría que llevar una camisa mucho peor, pero que le guardarían esta camisa con el resto de su ropa blanca y, si su asunto se resolvía favorablemente, se la devolverían.

—Es mejor que nos dé las cosas a nosotros que al depósito —dijeron—, porque en el depósito se producen frecuentemente fraudes y, además, venden después de cierto tiempo todas las prendas, sin preocuparse de si el proceso ha terminado o no. ¡Y cómo duran este tipo de procesos, especialmente en los últimos tiempos! Al final los del depósito le devolverían el producto de la venta, pero, en primer lugar, ese producto es muy escaso, porque lo decisivo en la venta no es la cuantía de la oferta sino la del soborno, y en segundo lugar, la experiencia demuestra que tal producto de la venta va disminuyendo con el paso de los años al pasar de mano en mano^[8].

K. apenas prestaba atención a estos discursos; no concedía gran importancia al derecho, que tal vez tenía aún, a disponer de sus cosas; mucho más importante era para él comprender con claridad su situación; pero en presencia de aquella gente ni siquiera podía reflexionar; una y otra vez el segundo guardián —solo podían ser guardianes— lo empujaba con el vientre de una forma casi amistosa, pero si levantaba la vista veía un rostro seco y huesudo, que no encajaba con aquel cuerpo obeso y de nariz fuerte y torcida, un rostro que, por encima de él, se entendía con el del otro guardián. ¿Qué clase de hombres eran aquellos?, ¿de qué hablaban? ¿A qué autoridad pertenecían? K. vivía sin embargo en un Estado de Derecho, por todas partes reinaba la paz, todas las leyes se respetaban, ¿quién se atrevía a asaltarla en su propia casa? Tendía siempre a tomar las cosas con ligereza, a no creer en lo peor sino cuando llegaba, a no tomar precauciones para el futuro, ni cuando todo amenazaba. Pero en este caso eso no le pareció correcto; verdad era que se podía tomarlo todo como una broma, una broma pesada que, por razones desconocidas, quizá porque hoy era su trigésimo aniversario, habían organizado sus compañeros del banco^[9]; naturalmente era posible; quizá bastaría echarse a reír de cierto modo a la cara de sus guardianes para que ellos se rieran con él; quizá eran mozos contratados en cualquier esquina; en todo caso, lo parecían, sin embargo, esta vez, ya desde el instante en que vio al guardián Franz, estaba decidido a no renunciar ni a la más mínima ventaja que pudiera tener frente a esa gente. Si luego se decía que no había sabido entender una broma, no veía en ello el menor peligro, aunque recordaba muy bien —sin que normalmente tuviera por costumbre aprender de la experiencia — algunos casos, insignificantes en sí mismos, en que, a diferencia de sus amigos, se había comportado en forma totalmente imprudente, sin preocuparse lo más mínimo de las posibles consecuencias, y había sido castigado por ello. Eso no debía ocurrir de nuevo, por lo menos no en esta ocasión; si era una comedia, él quería representarla también^[10].

Todavía estaba libre.

—Permítanme —dijo, y se metió a toda prisa por entre los guardianes para dirigirse a su habitación.

—Parece razonable —oyó decir tras él.

En su habitación abrió bruscamente los cajones del escritorio; todo se encontraba en perfecto orden, pero con la excitación no pudo encontrar enseguida los documentos de identidad que buscaba. Finalmente encontró el permiso para montar en bicicleta y ya iba a presentárselo a los guardianes, pero luego el papel le pareció demasiado insignificante y continuó buscando hasta que encontró la partida de nacimiento. Cuando regresó a la habitación contigua, se estaba abriendo precisamente la puerta de enfrente y la señora Grubach se disponía a entrar. Solo se la vio un instante porque, apenas la hubo reconocido K., ella se turbó visiblemente, pidió perdón, desapareció y cerró la puerta con las mayores precauciones^[11].

—Entre —es todo lo que K. pudo decirle.

Pero se hallaba ya con sus papeles en medio de la habitación, sin apartar la mirada de la puerta que no volvió a abrirse, y solo lo sobresaltó un grito de los guardianes, que estaban sentados a la mesita situada al lado de la ventana abierta y, como K. pudo ver entonces, se estaban comiendo su desayuno^[12] [13]. [14]

—¿Por qué no ha entrado ella? —preguntó.

—No puede —dijo el guardián más alto—. Usted está detenido.

—¿Cómo puedo estar detenido? ¿Y para colmo, de esta forma?

—Ya vuelve usted a empezar —dijo el guardián, hundiendo un pan con mantequilla en el tarrito de miel—. No respondemos a semejantes preguntas.

—Tendrán que responderlas —dijo K—. Aquí están mis documentos de identidad; enséñenme ahora los suyos y sobre todo la orden de detención.

—¡Santo cielo! —dijo el guardián—, que no pueda usted aceptar su situación y que parezca empeñarse en irritarnos, inútilmente, a nosotros que, probablemente, somos en este momento las personas más cercanas a usted.

—Así es, créalo —dijo Franz, sin llevarse a la boca la taza de café que tenía en la mano^[15], sino que se quedó mirando a K. con una mirada larga, quizá muy significativa, pero incomprendible.

K., sin quererlo, se dejó arrastrar a un diálogo de miradas con Franz, pero luego desplegó sus documentos y dijo:

—Aquí están mis documentos de identidad.

—¿Qué nos importan? —gritó entonces el guardián más alto—. Se porta usted peor que un niño^[16]. ¿Qué quiere usted? ¿Quiere terminar rápidamente

su importante maldito proceso discutiendo con nosotros, los guardianes, sobre documentos de identidad y órdenes de detención? Nosotros somos empleados inferiores que muy poco sabemos de documentos de identidad, y que, en su caso, no tienen otra cosa que hacer más que montar guardia durante diez horas diarias junto a usted, y para eso les pagan. Eso es todo lo que somos, sin embargo, podemos comprender que las altas autoridades a cuyo servicio estamos, antes de ordenar una detención así se han informado muy bien sobre los motivos de la detención y la persona del detenido. No puede haber ningún error. Nuestras autoridades, por lo que yo sé, y yo solo sé de los grados inferiores, no buscan la culpa entre la población, sino que, como dice la Ley, es la culpa la que las atrae, y tienen que enviarnos a nosotros, los guardianes. Esa es la Ley. ¿Dónde cabría el error?

—Esa Ley no la conozco —dijo K.

—Tanto peor para usted —dijo el guardián.

—Me parece que solo existe en su cabeza —dijo K.; quería encontrar un medio de penetrar en el pensamiento de los guardianes, volverlo favorable a él o instalarse allí. Pero el guardián se limitó a decir, desalentadoramente:

—Ya la sentirá.

Franz intervino, y dijo:

—Mira, Willem, reconoce que ignora la ley y al mismo tiempo afirma que no es culpable.

—Tienes toda la razón, pero no se le puede hacer comprender nada —dijo el otro.

K. no respondió nada más. «¿Debo dejarme confundir más aún —pensó—, por la charla de estos órganos inferiores, como ellos mismos reconocen ser? En todo caso, hablan de cosas que ignoran por completo. Su seguridad solo es posible gracias a su estupidez. Unas palabras con una persona igual a mí bastarán para que todo se haga increíblemente más claro que con los más largos discursos de estos dos». Anduvo unas cuantas veces de un lado a otro por el espacio libre de la habitación; vio ante él a la anciana, que había arrastrado hasta la ventana a un hombre más anciano aún, a quien mantenía rodeado por la cintura. K. tenía que poner fin a este espectáculo:

—Condúzcanme a su superior —dijo.

—Cuando él lo deseé, no antes —dijo el guardián al que llamaban Willem—. Y ahora le aconsejo —añadió— que vuelva a su habitación, se quede tranquilo y aguarde lo que se decida sobre usted. Le aconsejamos que no se distraiga con pensamientos inútiles, sino que se concentre: se le obligará a grandes esfuerzos. Usted no nos ha tratado como hubieran merecido nuestras

concesiones, ha olvidado que nosotros, quienesquiera que seamos, al menos somos hombres libres en comparación con usted, lo que no es poca ventaja. Sin embargo, estamos dispuestos, si tiene usted dinero, a traerle un pequeño desayuno del café de enfrente.

Sin responder a este ofrecimiento, K. permaneció un instante en silencio. Puede que ambos, si abría la puerta de la habitación contigua, o incluso la puerta del vestíbulo, no se atreverían a impedírselo; tal vez la solución más fácil de todo el asunto fuera llevarlo al límite. Pero quizás se le echarían encima y, si lo arrojaban al suelo, perdería también toda la superioridad que de alguna manera conservaba aún frente a ellos. Así, pues, prefirió la seguridad de la solución que traería consigo necesariamente el curso natural de los acontecimientos y volvió a su habitación, sin que por su parte ni por parte de los guardianes se pronunciara una palabra más.

Se echó en su cama y tomó de la mesa de noche una hermosa manzana que la noche anterior había guardado para el desayuno. Ahora era su único desayuno y, en todo caso, como pudo comprobar al primer mordisco que le dio, era mucho mejor que el desayuno que hubiera podido obtener del sucio café nocturno por clemencia de los guardianes. Se sentía bien y confiado; en el banco, era cierto, perdería su trabajo de aquella mañana, pero dado el puesto relativamente alto que ocupaba, podría disculparse fácilmente. ¿Debía invocar para excusarse la verdadera causa? Pensaba hacerlo. Si no le creían, lo que era comprensible en este caso, podría tomar como testigo a la señora Grubach o también a los dos ancianos de enfrente, que sin duda se dirigían ahora hacia la ventana opuesta a la suya. A K. le extrañó, o al menos le extrañó dadas las ideas de los guardianes, que le hubiesen empujado a la habitación y que lo hubieran dejado solo en donde tenía diez veces más posibilidades de suicidarse. Pero al mismo tiempo se preguntaba, poniéndose en su propio punto de vista, qué razón podía tener para hacerlo. ¿Acaso porque los dos hombres estaban allí al lado y se habían comido su desayuno? Habría sido tan insensato suicidarse que, aunque lo hubiera querido hacer, lo hubiera encontrado tan estúpido que nunca se hubiera decidido. Si las limitaciones intelectuales de los guardianes no hubieran sido tan evidentes, uno habría podido suponer que también ellos por esa misma convicción, no habían visto peligro alguno en dejarlo solo. Ahora podrían ver, si querían, cómo iba hacia un pequeño armario de pared donde guardaba un buen aguardiente, cómo vaciaba primero un vasito para reemplazar el desayuno y cómo destinaba luego un segundo vasito para infundirse valor, este último solo en previsión del caso improbable de que resultara necesario^[17].

Entonces, una llamada de la habitación vecina le asustó tanto que golpeó el vaso con los dientes.

—El inspector lo llama —escuchó que le decían.

Fue solo el grito lo que lo aterró, aquel grito breve, seco, cortante, militar del que nunca hubiera creído capaz al guardián Franz. La orden en sí fue bienvenida:

—Por fin —gritó a su vez, cerró el armario y se precipitó inmediatamente a la habitación de al lado.

Allí estaban los dos guardianes que, como si fuera algo evidente, lo mandaron entrar nuevamente en su habitación.

—¿Qué se imagina? —gritaron—. ¿Quiere presentarse en camisa ante el inspector? ¡Lo haría azotar, y a nosotros con usted!

—¡Déjenme en paz y váyanse al diablo! —gritó K., a quien ya habían empujado hasta su armario ropero—. Si me asaltan en la cama, no pueden esperar encontrarme en traje de etiqueta.

—No hay nada que hacer —dijeron los guardianes, que siempre que K. gritaba permanecían tranquilos, casi tristes, y lo confundían y, hasta cierto punto le hacían entrar en razón.

—¡Ceremonias ridículas! —gruñó aún, pero estaba ya cogiendo una chaqueta de la silla y la mantuvo un instante suspendida con ambas manos, como para someterla al juicio de los guardianes^[18].

Ellos sacudieron la cabeza.

—Tiene que ser una chaqueta negra —dijeron.

K. tiró entonces la chaqueta al suelo y dijo —él mismo no sabía en qué sentido lo dijo—:

—Al fin y al cabo no se trata del juicio principal.

Los guardianes sonrieron, pero insistieron en su:

—Tiene que ser una chaqueta negra.

—Si eso sirve para acelerar las cosas, me parece bien —dijo K., él mismo abrió el armario ropero, buscó largo rato entre sus muchos trajes, eligió su mejor traje negro, un chaqué que por su corte casi había causado sensación entre sus conocidos, sacó también otra camisa y comenzó a vestirse cuidadosamente^[19].

En secreto creía haber logrado acelerarlo todo, porque los guardianes se habían olvidado de obligarlo a tomar un baño. Los observó, por si acaso lo recordaban aún, pero naturalmente ni se les ocurrió; en cambio, Willem no olvidó enviar a Franz al inspector para anunciarle que K. se estaba vistiendo.

Cuando estuvo vestido completamente tuvo que atravesar la habitación vecina, vacía, con Willem pisándole los talones, para llegar a la habitación siguiente, cuya puerta de dos hojas estaba abierta de par en par. Esa habitación, como K. sabía muy bien, estaba ocupada desde hacía poco tiempo por una tal señorita Bürstner, mecanógrafa, que solía ir a trabajar muy temprano y regresaba tarde a casa, y con la que K. no había intercambiado más que palabras de saludo^[20]. Ahora, la mesita de noche situada junto a la cama había sido trasladada hasta el centro de la habitación, para que sirviera de mesa de sesiones, y el inspector estaba sentado detrás de ella. Había cruzado las piernas y apoyaba un brazo en el respaldo de la silla. En un rincón de la habitación, tres jóvenes contemplaban de pie las fotografías de la señorita Bürstner, clavadas sobre una estera colgada en la pared. De la falleba de la ventana abierta colgaba una blusa blanca^[21]. En la ventana de enfrente volvían a estar los dos ancianos, pero su grupo había aumentado, porque detrás de ellos había un hombre que les excedía mucho en altura con la camisa abierta en el pecho, que se estiraba y retorcía la barba rojiza y puntiaguda.

—¿Josef K.? —preguntó el inspector, quizás únicamente para atraer la distraída mirada de K.

K. asintió.

—Sin duda usted está muy sorprendido por los acontecimientos de esta mañana —preguntó el inspector^[22], a la vez que, con ambas manos, desplazaba los pocos objetos que había en la mesita de noche, la vela y las cerillas, un libro, y un acerico, como si fueran objetos que necesitara para el interrogatorio^[23].

—Ciertamente —dijo K., y lo invadió la satisfacción de estar por fin ante un hombre razonable y de poder hablar de su asunto con él—, ciertamente estoy sorprendido, pero de ninguna manera muy sorprendido.

—¿No muy sorprendido? —preguntó el inspector, y puso la vela en el centro de la mesita, mientras agrupaba los demás objetos a su alrededor.

—Tal vez me entiende mal —se apresuró a observar K.—, quiero decir... —aquí se interrumpió y miró a su alrededor en busca de una silla—. ¿Puedo sentarme, verdad? —preguntó.

—No es lo habitual —contestó el inspector.

—Quiero decir —dijo entonces K. sin más pausas—, que estoy desde luego muy sorprendido, pero, cuando uno lleva treinta años en el mundo y ha tenido que abrirse paso solo, como me ha sucedido a mí, se está inmunizado

contra las sorpresas y no las toma demasiado en serio. En particular, no las de hoy.

—¿Por qué no las sorpresas de hoy en particular?

—No quiero decir que lo considere todo una broma, porque para eso los preparativos me parecen demasiado complicados. Tendría que haber participado todo el personal de la pensión, y también todos ustedes, lo cual superaría los límites de una broma. No quiero decir, pues, que se trate de una broma.

—Tiene toda la razón —dijo el inspector, y comprobó el número de cerillas de madera que había en la cajita.

—Pero por otra parte —continuó K., y se dirigía a todos los presentes, y en verdad le habría gustado que se hubieran dado la vuelta los tres de las fotos —, por otra parte, el asunto tampoco puede tener mucha importancia. Lo deduzco del hecho de que estoy acusado, pero no puedo encontrar ni la más mínima culpa de la que se me pueda acusar. Pero también esto es secundario, la cuestión principal es: ¿de quién viene la acusación? ¿Qué autoridad dirige el proceso? ¿Son ustedes funcionarios? Ninguno tiene uniforme, a menos que se quiera llamar uniforme —al decir esto se volvió hacia Franz—, a eso, que es más bien un traje de viaje. Pido claridad en esas cuestiones y estoy convencido de que, después de esa aclaración, podremos despedirnos de la manera más cordial^[24].

El inspector golpeó con la cajita de cerillas en la mesa.

—Está usted en un grave error. Estos señores que están aquí y yo desempeñamos un papel totalmente secundario en ese asunto suyo, ya que no sabemos casi nada de él. Podríamos llevar los uniformes más reglamentarios, y su caso no empeoraría en absoluto. Tampoco puedo decir que usted esté acusado, o mejor, no sé si lo está. Está usted detenido, es verdad, pero no sé nada más^[25]. Quizá los guardianes le hayan contado otra cosa, pero en ese caso solo se trata de simples habladurías. Más si no puedo contestar a sus preguntas, puedo, sin embargo, aconsejarle que piense menos en nosotros y en lo que le va a pasar; es mejor que piense más en usted mismo. Y no arme tanto alboroto con el convencimiento de su inocencia, pues con ello perjudica la impresión, no precisamente mala, que produce usted en otros aspectos. Además, debería ser más comedido en sus discursos; casi todo lo que ha dicho antes habría podido dudarse de su comportamiento, aunque solo hubiera dicho unas pocas palabras, lo cual no resulta excesivamente favorable para usted.

K. miró fijamente al inspector. ¿Iba a recibir lecciones como un escolar de un hombre tal vez más joven que él^[26]? ¿Se castigaba su franqueza con una amonestación? ¿Y no le dirían nada acerca del motivo de su detención ni de quién la había ordenado? Le entró cierta agitación, fue de un lado a otro, lo que nadie le impidió, se subió los puños de la camisa, se tocó el pecho, se alisó el cabello, pasó junto a los tres señores, y dijo:

—Es absurdo^[27] —lo que hizo que ellos se volvieran y lo mirasen con deferencia, pero con gravedad, y se detuvieron finalmente frente a la mesa del inspector—. El fiscal Hasterer es un buen amigo mío —dijo—, ¿puedo telefonearle?

—Claro —dijo el inspector—, pero no sé qué sentido tendría, a menos que tenga que hablar con él de algún asunto privado.

—¿Qué sentido? —exclamó K., más perplejo que irritado—. Pero ¿quién es usted? ¿Pregunta por un sentido y está haciendo la cosa más insensata que puede haber? ¿No es para quedarse petrificado? Esos señores se me echan encima primero, y ahora están por ahí sentados o de pie, y permiten que usted me haga pasar por la cuerda floja. ¿Qué sentido tendría telefonear a un fiscal si se supone que estoy detenido? Está bien, no telefonearé.

—Por favor —dijo el inspector, señalando con la mano el vestíbulo donde estaba el teléfono—, telefonee, por favor.

—No, ya no quiero —dijo K., y se dirigió a la ventana.

En la ventana de enfrente seguía el mismo grupo, y solo el hecho de que K. se hubiera acercado a su ventana pareció alterar un poco la calma de la contemplación. Los ancianos querían retirarse, pero el hombre que estaba detrás de ellos los tranquilizó.

—Ahí hay también espectadores —gritó K. muy alto al inspector, y señaló con el índice hacia afuera—. Fuera de ahí —les gritó. Los tres retrocedieron inmediatamente unos pasos^[28], de modo que los dos ancianos quedaban ahora detrás del hombre, que los cubría con su ancho cuerpo y, a juzgar por los movimientos de su boca, les decía algo incomprendible a causa de la distancia.

Pero no desaparecieron completamente, sino que parecían esperar el instante en que podrían acercarse nuevamente a la ventana sin ser notados.

—¡Gente entrometida, desconsiderada! —dijo K., volviéndose hacia el cuarto.

Possiblemente el inspector estaba de acuerdo con él, como creyó percibir K. con una mirada de soslayo. Pero era igualmente posible que no hubiese escuchado nada, porque tenía una mano firmemente apretada contra la mesa y

parecía comparar la longitud de sus dedos. Los dos guardianes se habían sentado sobre un baúl cubierto con un tapete, y se frotaban las rodillas. Los tres jóvenes se habían puesto las manos en las caderas y miraban a su alrededor con despreocupación. Todo estaba tranquilo, como en una oficina olvidada.

—Bueno, señores —exclamó K., por un momento le pareció como si los llevara a todos sobre sus hombros—, a juzgar por su aspecto, mi asunto está listo. Soy de la opinión de que lo mejor es no reflexionar en lo justificado o injustificado de su proceder y dar al asunto una conclusión conciliadora con un apretón de manos. Si son de la misma opinión, les suplico... —y avanzó hacia la mesa del inspector, y le tendió la mano.

El inspector levantó la vista, se mordió los labios y miró la mano tendida de K.; K. creyó aún que el inspector la estrecharía. Pero este se puso de pie, tomó un sombrero redondo y rígido que estaba sobre la cama de la señorita Bürstner y se lo puso cuidadosamente con ambas manos, como si estuviera probándose un sombrero nuevo^[29].

—¡Todo le parece a usted muy sencillo! —dijo mientras tanto a K.—. ¿Que deberíamos dar al asunto una conclusión conciliadora, decía usted? No, no, eso realmente no puede ser. Con lo que, por otra parte, no quiero decir en absoluto que tenga usted que desesperarse. No, ¿por qué? Solo está detenido, nada más. Eso es lo que tenía que comunicarle, lo he hecho y he visto también cómo lo ha tomado. Por hoy es suficiente, y podemos despedirnos, aunque solo transitoriamente. ¿Sin duda querrá ir ahora al banco?

—¿Al banco? —preguntó K.— Creía que estaba detenido.

K. preguntaba con cierta insolencia, porque, aunque no había sido aceptado su apretón de manos, se sentía cada vez más independiente de toda aquella gente, sobre todo desde que el inspector se había levantado. Jugaba con ellos. Tenía la intención, en el caso de que se fueran, de correr detrás hasta la puerta de la casa y ofrecerles su detención. Por eso repitió:

—¿Cómo puedo ir al banco si estoy detenido^[30]?

—Ah —dijo el inspector que estaba ya cerca de la puerta—, usted no me ha entendido. Ciento es que está detenido, pero eso no debe impedirle ejercer su profesión. Tampoco debe alterar su vida cotidiana.

—Entonces estar detenido no es muy grave —dijo K., y se acercó al inspector.

—Nunca he dicho otra cosa —dijo este.

—Pero entonces, tampoco parecía muy necesario comunicar esta detención —dijo K., y se le acercó más.

También los otros se habían acercado. Todos estaban ahora agrupados en un estrecho espacio junto a la puerta.

—Era mi deber —dijo el inspector.

—Un deber estúpido —dijo K. inflexible^[31].

—Puede ser —respondió el inspector—, pero no vamos a perder nuestro tiempo en tales discusiones. He supuesto que usted quería ir al banco. Pero, ya que pone usted tanta atención a las palabras, le aclaro que no lo obligo a ir al banco; solamente pensé que usted deseaba ir. Y para facilitárselo y hacer que su llegada al banco pase lo más inadvertida posible, he puesto aquí a su disposición a estos tres colegas tuyos.

—¿Cómo? —exclamó K., y miró con asombro a los tres.

A estos jóvenes tan insignificantes y anémicos, que solo recordaba agrupados alrededor de las fotografías, eran efectivamente empleados de su banco; no colegas, eso era decir demasiado e indicaba una laguna en la omnisciencia del inspector, pero sí eran, al menos, empleados subalternos del banco. ¿Cómo no se había dado cuenta K.? Qué absorto debía de haber estado en el inspector y los guardianes para no reconocer a esos tres. El rígido Rabensteiner, que agitaba siempre las manos, el rubio Kullich de ojos hundidos, y Kaminer, con una sonrisa insoportable causada por una contracción muscular crónica.

—¡Buenos días! —dijo K. después de un instante, y tendió la mano a los tres señores, que se inclinaron correctamente—. No los había reconocido. Entonces, nos vamos a trabajar, ¿no?

Los tres señores asintieron con la cabeza, sonriendo, y con mucho celo, como si hubieran estado esperando aquello todo el tiempo; solo cuando K. echó en falta su sombrero, que se había quedado en su habitación, corrieron el uno detrás del otro a buscarlo, lo que indicaba al fin y al cabo cierto embarazo. K. permaneció inmóvil y vio cómo pasaban por las dos puertas abiertas; el último era, naturalmente, el indiferente Rabensteiner, que se había limitado a iniciar un trotecillo elegante. Kaminer le dio el sombrero, y K. tuvo que decirse a sí mismo, como había sido necesario hacerlo también en el banco con frecuencia, que la sonrisa de Kaminer no era intencionada, que no podía sonreír, aunque quisiera. Entonces, en el vestíbulo, la señora Grubach, que no parecía sentirse muy culpable, abrió la puerta de la casa a todo el grupo, y K., como casi siempre, bajó la vista a la cinta de su delantal, que se hundía de forma inútilmente profunda en aquel cuerpo imponente^[32]. Una vez abajo, K., con el reloj en la mano, decidió tomar un automóvil para no aumentar innecesariamente el retraso, que era ya de media hora. Kaminer

corrió a la esquina para buscar el coche, mientras los otros dos se esforzaban, visiblemente, por distraer a K., cuando de pronto Kullich señaló hacia la puerta de la casa de enfrente, en la que acababa de aparecer el hombre de la perilla rubia y, con cierto embarazo en el primer momento, al mostrarse en todo su volumen, retrocedió hasta la pared y se apoyó en ella. Los ancianos, sin duda, estaban aún en la escalera. K. se irritó con Kullich, por haber llamado su atención sobre el hombre, al que él mismo había visto ya antes e incluso había esperado.

—No miren hacia allá —ordenó, sin advertir que tal modo de expresarse podía parecer sorprendente a hombres independientes.

Pero no tuvo necesidad de explicarse, porque precisamente entonces llegó el automóvil, se sentaron y se fueron. Entonces recordó K. que no había advertido la partida del inspector y los guardianes: el inspector les había ocultado a los tres empleados y luego, a su vez, los empleados al inspector. Esto no indicaba mucha presencia de ánimo y K. se propuso ser más observador al respecto. Sin embargo, no pudo dejar de darse vuelta una vez más, y se inclinó por encima del respaldo trasero del automóvil, para ver si todavía era posible observar al inspector y a los guardianes. Pero enseguida se volvió de nuevo sin haber intentado siquiera localizar a ninguno y se recostó cómodamente en el rincón del coche. Aunque no lo pareciera, precisamente entonces hubiera necesitado que le infundieran ánimo, pero los señores parecían cansados: Rabensteiner miraba a la derecha del coche; Kullich, a la izquierda, y únicamente Kaminer estaba disponible con su mueca, sobre la que, por desgracia, la piedad impedía bromear^[33].

Capítulo II

CONVERSACIÓN CON FRAU GRUBACH. LUEGO LA SEÑORITA BÜRSTEN



Fotograma 2. Encuentro de la señorita Bürstner y Josef K. en la habitación de ella. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.

Eran ya más de las once y media, cuando se oyeron pasos en la escalera... Era la señorita Bürstner que llegaba. Todo estaba a oscuras... K. susurró por la rendija de la puerta:

—Señorita Bürstner.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó la señorita Bürstner mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos.

—Soy yo —dijo K. y avanzó hacia ella.

—¡Ah, señor K.! —dijo la señorita Bürstner sonriendo—. Buenas noches.

Y le tendió la mano.



Fotograma 3. Encuentro de Sonia y Raskolnikov la habitación de ella. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie* (Crimen y castigo), Rusia (1969). Dir. Lev Kulizhanov.

[Raskolnikov llegó a la casa de pensión en donde vivía Sonia pasadas las once y reinaba una completa oscuridad.]

Mientras erraba en las tinieblas... de pronto, a tres pasos de él, se abrió una puerta y el joven se aferró a ella maquinalmente.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz inquieta de mujer.

—Soy yo. Vengo a verla —respondió Raskolnikov, y entró en una minúscula antesala.

—¿Pero, es usted, señor? —exclamó débilmente Sonia, que parecía no tener fuerzas para moverse de su sitio. (Pág. 378)

Aquella primavera, K. acostumbraba a pasar las noches después del trabajo, si le era posible aún —normalmente permanecía en su oficina hasta las nueve—, dando un pequeño paseo solo o con conocidos, y luego iba a una cervecería donde se quedaba generalmente hasta las once, en una tertulia de señores casi todos mayores que él. Pero había también excepciones en ese programa cuando, por ejemplo, K. era invitado por el director del banco, el cual apreciaba mucho su capacidad de trabajo y responsabilidad, a un paseo en auto o a una cena en su villa. Además, K. solía ir una vez por semana a casa de una muchacha llamada Elsa que trabajaba de camarera durante la noche, hasta muy entrada la mañana, en una taberna, y que, de día, solo recibía las visitas en la cama^[34].

Aquella noche, sin embargo —el día había transcurrido rápidamente gracias a la enorme cantidad de trabajo y a las muchas felicitaciones de cumpleaños, honrosas y cordiales—, K. quería volver a casa inmediatamente. Durante todo el día, en las pequeñas pausas que le dejaba su trabajo, no había dejado de pensar en el asunto, de modo que le parecía que los acontecimientos de la mañana debían de haber causado un gran desorden en toda la pensión de la señora Grubach y que era necesaria su presencia para restablecer el orden. Una vez restablecido ese orden, desaparecería todo rastro de los incidentes y las cosas volverían a ser como antes. De los tres empleados, en particular, no había nada que temer; se habían vuelto a sumergir entre el numeroso personal del banco y no se observaba en ellos ningún cambio. K. los había llamado varias veces a su despacho, juntos o por separado, sin otra intención que observarlos; siempre había podido despedirlos satisfecho.

Cuando, a las nueve y media de la noche, llegó frente a la casa donde vivía, encontró en la puerta a un joven con las piernas separadas y fumando en pipa.

—¿Quién es usted? —preguntó K. inmediatamente, y acercó su rostro al del joven; porque no se veía muy bien en la penumbra del corredor.

—Soy el hijo del portero, señor —respondió el muchacho; separando la

pipa de la boca y haciéndose a un lado.

—¿El hijo del portero? —preguntó K., y golpeó impaciente con el bastón en el suelo.

—¿Desea algo el señor? ¿Quiere que vaya a buscar a mi padre?

—No, no —dijo K. con un dejo de indulgencia en la voz, como si el muchacho hubiera hecho algo malo y él se lo perdonase—. Está bien —dijo luego y siguió su camino, aunque antes de subir la escalera se volvió una vez más.

Hubiera podido ir directamente a su habitación, pero, como quería hablar con la señora Grubach, llamó enseguida a su puerta. Ella estaba sentada con una media junto a una mesa donde había un montón de medias viejas. K. se excusó distraídamente por llegar tan tarde, pero la señora Grubach estaba muy amable y no quiso oír ninguna disculpa; a él, le dijo, estaba siempre dispuesta a escucharlo; él sabía muy bien que era el mejor y más querido de sus huéspedes. K. echó una ojeada a la habitación y comprobó que esta había recobrado su aspecto anterior; la vajilla del desayuno que aquella mañana se encontraba sobre la mesa junto a la ventana también había sido retirada. Unas manos de mujer hacen muchas cosas en silencio, se dijo; él quizás hubiera roto esa vajilla, pero con toda seguridad no hubiera sido capaz de recogerla. Miró a la señora Grubach con cierta gratitud.

—¿Por qué trabaja hasta tan tarde? —preguntó.

Ambos estaban ahora sentados a la mesa, y K., de vez en cuando, enterraba una mano entre las medias.

—Hay mucho trabajo —dijo ella—; durante el día me debo a mis inquilinos; si quiero poner en orden mis cosas, solo me quedan las noches.

—Sin duda hoy le he dado trabajo extraordinario.

—¿Por qué? —preguntó ella algo más animada, con la labor descansando en su regazo.

—Me refiero a los hombres que estuvieron aquí esta mañana.

—Ah, sí —dijo ella, volviendo a su anterior calma—, eso no me ha dado ningún trabajo especial.

K. miró en silencio cómo reemprendía sus remiendos. «Parece sorprenderse de que hable de ello —pensó—; al parecer, no considera correcto que le hable de ello. Por eso es tanto más importante hacerlo. Solo puedo hablar del asunto con una vieja».

—Bueno, trabajo ha dado sin duda —dijo él entonces—, pero no volverá a repetirse.

—No, eso no puede volver a repetirse —dijo ella dándole la razón, y sonrió a K. casi con melancolía.

—¿Lo dice en serio? —preguntó K.

—Sí —dijo ella en voz más baja—, pero sobre todo es preciso no tomar la cosa demasiado en serio. ¡Cuántas cosas ocurren en el mundo! Ya que me habla con tanta confianza, señor K., puedo confesarle que he escuchado un poco detrás de la puerta y que también los dos guardianes me han contado algo. Se trata de su felicidad y eso es algo que realmente me importa, más de lo que quizá debiera, pues yo no soy más que la patrona. Bueno, pues he oído algunas cosas, pero no puedo decir que sean especialmente malas. No. Es verdad que está usted detenido, pero no como se detiene a un ladrón. Cuando se detiene a un ladrón es algo malo, pero esta detención... me parece algo así como un asunto de gente instruida, disculpe si digo una tontería, me parece una cosa de sabios, que sin duda no entiendo, pero que tampoco tengo que entender.

—De ninguna manera son tonterías, lo que usted dice, señora Grubach; por lo menos en parte yo también opino lo mismo, solo que mi juicio sobre el conjunto es todavía más severo que el suyo, y ni siquiera lo considero como un asunto de gente instruida, sino como algo que no es absolutamente nada. Me sorprendieron, eso fue lo que pasó. Si, inmediatamente después de despertarme, sin dejarme turbar por la ausencia de Anna, me hubiera levantado enseguida y, sin hacer caso de nadie que se hubiera cruzado en mi camino, hubiese venido a verla; si esta vez, excepcionalmente, hubiese desayunado por ejemplo en la cocina; si me hubiera hecho traer por usted de mi habitación la ropa; en una palabra, si me hubiera conducido razonablemente, no habría ocurrido nada más, y todo lo que había de ocurrir se habría evitado. Pero uno está tan poco preparado. En el banco, por ejemplo, estoy preparado, y allí no podría ocurrirme nada semejante; allí tengo mi propia ordenanza; el teléfono exterior y el interior están sobre mi mesa, siempre viene gente, clientes y empleados; pero además y sobre todo, me encuentro siempre pleno de trabajo, y por tanto alerta, y me daría una verdadera satisfacción enfrentarme con una cosa así. Bueno, todo ha pasado y en realidad no quería hablar más de ello, solo deseaba escuchar su juicio, el juicio de una mujer sensata, y me satisface saber que estamos de acuerdo. Ahora tiene usted que estrecharme la mano, porque este acuerdo tiene que corroborarse con un apretón de manos.

«¿Me dará la mano?» El inspector no me dio la mano —pensó, mirando a la mujer de una forma diferente, inquisitiva. Ella se levantó, porque él

también lo había hecho; estaba un poco cohibida porque no había comprendido todo lo que había dicho K. A causa de esta turbación, dijo algo que no quería y que además estaba fuera de lugar.

—No lo tome tan en serio, señor K. —dijo; tenía lágrimas en la voz y naturalmente se olvidó también del apretón de manos.

—Yo no sabía que me lo tomase en serio —dijo K., súbitamente cansado y comprendiendo la inutilidad de la aprobación de aquella mujer.

Desde la puerta preguntó todavía:

—¿Está la señorita Bürstner en casa?

—No —dijo la señora Grubach sonriendo tras esta escueta información con simpatía sincera, aunque retardada—. Está en el teatro. ¿Quiere algo de ella? ¿Debo decirle alguna cosa?

—Oh, no, solo quería decirle dos palabras.

—Por desgracia no sé cuándo regresará; cuando está en el teatro suele venir tarde.

—No tiene importancia —dijo K., volviéndose hacia la puerta para marcharse, con la cabeza baja—. Quería simplemente excusarme ante ella por haber ocupado esta mañana su habitación.

—No es necesario, señor K., es usted demasiado considerado; la señorita nada sabe de lo ocurrido, pues está fuera de casa desde primeras horas de la mañana, y todavía no ha regresado y ahora está ya todo en orden, véalo usted mismo.

Y abrió la puerta de la habitación de la señorita Bürstner.

—Gracias, lo creo —dijo K., pero luego se encaminó hacia la puerta abierta^[35].

La luna brillaba silenciosa en la oscura habitación^[36]. Por lo que se podía ver, todo estaba realmente en su sitio^[37]; tampoco la blusa colgaba ya de la falleba^[38]. Los cojines de la cama parecían extremadamente altos, bañados en parte por la luz de la luna.

—La señorita regresa con frecuencia tarde a casa —dijo K., y miró a la señora Grubach como si ella fuera la responsable.

—¡Los jóvenes son así! —dijo la señora Grubach disculpándose.

—Claro, claro —dijo K.—, pero eso puede ir demasiado lejos.

—Puede —dijo la señora Grubach—, ¡cuánta razón tiene, señor K.! Quizá sea este el caso. Desde luego, no quiero calumniar a la señorita Bürstner; es una muchacha buena y querida, amable, puntual, trabajadora, yo aprecio mucho todo eso, pero una cosa es cierta: debería ser más orgullosa, más reservada. Ya la he visto en este mes dos veces por calles apartadas

acompañada por un señor distinto cada vez. Me resulta muy penoso, y Dios es testigo de que no se lo cuento más que a usted, señor K., pero no podré dejar de hablar también con la propia señorita. Por otra parte, no es lo único que me la hace sospechosa.

—Está usted completamente equivocada —dijo K. furioso y casi sin poder disimular—, además, ha malinterpretado mis observaciones sobre la señorita; no era eso lo que quise decir. Se lo advierto francamente: no diga nada a la señorita; está usted del todo en un error; conozco muy bien a la señorita y nada hay de cierto en lo que usted dice. De todas maneras, quizás vaya yo demasiado lejos; no voy a impedirle a usted que haga lo que quiera: dígale lo que le dé la gana. Buenas noches.

—Señor K. —dijo la señora Grubach con tono de súplica y apresurándose a seguir a K. hasta la puerta de su habitación, que él había abierto ya—: en modo alguno hablaré todavía con la señorita; naturalmente quiero seguir observándola, y solo a usted le he confiado lo que sabía. Al fin y al cabo, todo propietario de una pensión, si quiere mantenerla limpia, obraría de este modo. No trato de hacer otra cosa^[39].

—¡La limpieza! —gritó aún K. a través de la rendija de la puerta—. Si quiere mantener limpia la pensión, lo primero que tiene que hacer es echarme a mí.

Luego cerró la puerta, sin prestar atención a los suaves golpes en ella.

En cambio, como no tenía deseo alguno de dormir, decidió permanecer despierto y aprovechar la ocasión para comprobar la hora a la que regresaba la señorita Bürstner. Quizás fuera posible también, por importuno que pudiera parecer, hablar con ella unas palabras. Mientras estaba junto a la ventana y cerraba los cansados ojos, pensó durante un momento incluso en castigar a la señora Grubach y convencer a la señorita Bürstner para que anunciara con él que se iban^[40]. Pero inmediatamente le pareció algo terriblemente exagerado, y tuvo incluso contra sí mismo la sospecha de que quería cambiar de vivienda a causa de los incidentes de la mañana. Nada hubiera sido más insensato, y sobre todo más inútil y despreciable.

Cuando se hartó de contemplar la calle vacía, se tendió en el sofá, después de haber entreabierto un poco la puerta que daba al vestíbulo para poder ver desde allí a cualquiera que entrase en la vivienda. Hasta cerca de las once permaneció tranquilamente acostado, fumando un cigarro, en el sofá. Después, sin poderse contener, se levantó para pasearse por el vestíbulo como si con ello pudiera apresurar la llegada de la señorita Bürstner. No la deseaba de un modo especial, ni siquiera recordaba muy bien su aspecto, pero ahora

quería hablar con ella y le irritaba que su retraso añadiese un elemento de inquietud y desorden al final del día. Ella tenía también la culpa de que él no hubiese comido esta noche y de que hubiese renunciado a su visita a Elsa, prevista para ese día. De todas formas, podía remediar aún ambas cosas, si se decidía a ir ahora al local donde servía Elsa. Lo haría luego, después de la conversación con la señorita Bürstner.

Eran ya más de las once y media^[41], cuando se oyeron pasos en la escalera. K., sumido en sus pensamientos iba y venía por el vestíbulo tan ruidosamente, como si fuese su propia habitación, y corrió a ocultarse detrás de su puerta^[42]. Era la señorita Bürstner que llegaba. Temblando de frío, mientras cerraba la puerta, se ciñó su chal de seda en torno a sus delgados hombros. A los pocos instantes iría a su habitación, en la que K., indudablemente, no podía penetrar a medianoche; él tenía, pues, que hablarle ahora, pero por desgracia había olvidado encender la luz eléctrica de su habitación de manera que, si salía de la habitación oscura, su aparición parecería un asalto o, al menos, forzosamente le daría un susto terrible a ella. Sin saber qué hacer y como no tenía tiempo que perder susurró a través de la rendija de su puerta:

—Señorita Bürstner.

Sonó como una súplica más que como una llamada.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó la señorita Bürstner, mirando a su alrededor con ojos muy abiertos^[43].

—Soy yo —dijo K. y avanzó hacia ella^[44].

—¡Ah, señor K.! —dijo la señorita Bürstner sonriendo—. Buenas noches —y le tendió la mano^[45].

—Quería hablar con usted unas palabras, ¿me permite que lo haga ahora?

—¿Ahora? —preguntó la señorita Bürstner—. ¿Tiene que ser ahora? Es un poco extraño, ¿no?

—La estoy esperando desde las nueve.

—Bueno, estaba en el teatro, no sabía nada de usted.

—El motivo de lo que tengo que decirle no se ha producido hasta hoy.

—Bueno, no hay nada importante que me impida hablarle, solo que estoy horriblemente fatigada. Pase unos minutos a mi habitación. Aquí no podemos hablar de ningún modo, despertaríamos a todos y sería todavía más desagradable para mí que para los demás. Espere ahí, y cuando yo encienda la luz de mi cuarto apague usted esta.

K. lo hizo así, pero después esperó aún a que la señorita Bürstner, desde su habitación, lo invitara en voz baja a entrar.

—Siéntese —dijo ella, y señaló la otomana; se quedó de pie apoyada en un barrote de la cama, a pesar del cansancio de que había hablado^[46]; ni siquiera se quitó el sombrero, pequeño pero adornado profusamente con flores —. Bueno, ¿qué quiere? Siento verdadera curiosidad.

Cruzó ligeramente las piernas.

—Usted dirá, quizá —comenzó K.—, que el asunto no era tan urgente como para tener que hablar de ella ahora, pero...

—Nunca escuchó introducciones^[47] —dijo la señorita Bürstner.

—Eso facilita mi tarea —dijo K.—. Su habitación, esta mañana, en cierto modo por mi culpa, ha quedado un poco desordenada; lo hicieron unos extraños, a mi pesar, y, sin embargo, como ya le he dicho, por mi culpa; por eso quisiera pedirle disculpas.

—¿Mi habitación? —preguntó la señorita Bürstner, y miró atentamente a K. en lugar de la habitación.

—Así es —dijo K., y ambos se miraron por primera vez a los ojos—, y no vale la pena hablar de cómo ocurrió.

—Sin embargo, eso es precisamente lo más interesante —dijo la señorita Bürstner.

—No —dijo K.

—Bien —dijo la señorita Bürstner—, no quiero forzar sus confidencias; si insiste en que eso carece de interés, no tengo nada que oponer. Acepto de buena gana las excusas que me ofrece, sobre todo porque no puedo encontrar el menor rastro de desorden. —Colocándose las manos en las caderas dio una vuelta alrededor de la habitación. Se detuvo junto a la estera de las fotografías —. ¡Sin embargo, vea! —exclamó—, es verdad que mis fotografías están desordenadas. Eso no está bien. De manera que alguien ha entrado en mi habitación sin permiso.

K. asintió y maldijo en silencio al empleado Kaminer, que nunca podía dominar su absurda y estéril agitación.

—Es extraño —dijo la señorita Bürstner— que me vea obligada a prohibirle algo que usted mismo debiera prohibirse, como es entrar en mi habitación durante mi ausencia.

—Sin embargo, ya se lo he explicado, señorita —dijo K. acercándose también a las fotografías—, que no he sido yo quien ha tocado sus fotografías, pero, como usted no me cree, me veo obligado a confesarle entonces que la comisión investigadora ha traído consigo a tres empleados del banco, uno de los cuales, al que echaré del banco en la primera oportunidad, tocó

probablemente esas fotografías. Sí, estuvo aquí una comisión instructora — añadió K., al ver que la señorita le dirigía una mirada interrogante.

—¿Por usted? —preguntó la señorita.

—Sí —respondió K.

—¡No! —exclamó la señorita, y se rio.

—Que sí —dijo K.—, entonces ¿cree usted que soy inocente?

—Bueno, inocente... —dijo la señorita—, no voy a pronunciar enseguida un juicio que tal vez tenga graves consecuencias; además, tampoco le conozco a usted, aunque debe tratarse de un delito grave para que se le echen encima con una comisión instructora. Sin embargo, como está libre —por lo menos deduzco de su calma que no se ha escapado de la prisión—, no puede haber cometido tal delito.

—Sí —dijo K.—, pero la comisión instructora pudo haber reconocido que soy inocente, o por lo menos no tan culpable como se había pensado.

—Cierto, eso puede ser —dijo la señorita Bürstner muy atenta.

—¿Lo ve? —dijo K.—. Usted no tiene mucha experiencia en asuntos judiciales.

—No, no la tengo —dijo la señorita Bürstner—, y lo he ya lamentado con frecuencia, porque quisiera saberlo todo, y precisamente las cosas de la justicia me interesan mucho. Los tribunales tienen un extraño atractivo, ¿no? Pero, por otra parte, voy a aprender mucho a ese respecto, pues el mes próximo voy a entrar al despacho de un abogado.

—Eso está muy bien —dijo K.—. Entonces podrá ayudarme un poco en mi proceso.

—Podría ser —dijo la señorita Bürstner—, ¿por qué no? Me gusta utilizar mis conocimientos.

—Le estoy hablando en serio —dijo K.—, o al menos, medio en serio, como usted. Para pedir la intervención de un abogado, el asunto es demasiado insignificante, pero podría necesitar perfectamente un consejero.

—Sí, pero si voy a ser consejera tengo que saber de qué se trata —dijo la señorita Bürstner.

—Esa es precisamente la dificultad —dijo K.—, pues ni yo mismo lo sé.

—Entonces se ha burlado de mí^[48] —dijo la señorita Bürstner sumamente decepcionada—; no hacía ninguna falta elegir para ello estas horas de la noche.

Y se alejó de las fotografías ante las cuales ambos habían estado reunidos tanto tiempo.

—Pero, no, señorita —dijo K.—, yo no me burlo^[49]. ¿Por qué no quiere creerme? Le he dicho ya lo que sé. Incluso más de lo que sé, porque no era una comisión instructora, la llamo así porque no sé qué otro nombre darle. Nada se ha investigado; solo fui detenido, pero por una comisión.

La señorita Bürstner se sentó en el sofá y volvió a reírse:

—¿Cómo ocurrió entonces? —preguntó.

—Horrible —dijo K., pero ahora ya no pensaba en ello, porque se sentía completamente cautivado por el aspecto de la señorita Bürstner, que apoyaba la cara en una mano —el codo reposaba en el cojín del sofá— mientras con la otra mano se acariciaba lentamente la cadera.

—Eso es demasiado general —dijo la señorita Bürstner.

—¿Qué es demasiado general? —preguntó K. Luego se acordó y preguntó—: ¿Quiere que le muestre cómo sucedió todo?

Él quería moverse, pero no marcharse.

—Ya estoy cansada —dijo la señorita Bürstner.

—Vino demasiado tarde —dijo K.

—Solo me faltaba que me hicieran reproches, después de todo lo tengo merecido, no le debiera haber dejado entrar. Además, como se ha visto, no era necesario.

—Era necesario, ahora lo verá —dijo K.—. ¿Puedo apartar la mesita de noche de su cama?

—¿Cómo se le ocurre? —dijo la señorita Bürstner—. ¡Naturalmente que no se lo permito!

—Entonces no puedo mostrárselo —dijo K. excitado, como si con ello se le causara un daño desmesurado.

—Bien, si la necesita para la demostración, entonces corra la mesita, pero sin ruido —dijo la señorita Bürstner, y, tras una pausa, agregó con voz más débil—: Estoy tan cansada que le permito más cosas de lo que debiera.

K. puso la mesita en el centro de la habitación y se sentó detrás.

—Tiene usted que imaginarse correctamente la distribución de los personajes, es muy interesante. Yo soy el inspector; allí, sobre el baúl, se sientan dos guardianes; junto a las fotografías, de pie, tres jóvenes. Del picaporte de la ventana, lo que menciono solo de pasada, cuelga una blusa blanca. Y ahora empieza. Ah, sí, me olvidaba de mí, el personaje más importante; estoy aquí de pie, frente a la mesita. El inspector se halla sentado lo más cómodamente posible, las piernas cruzadas, el brazo colgando sobre el respaldo, un sinvergüenza sin par. Y ahora empieza realmente la función. El inspector grita como si tuviera que despertarme, me grita de verdad; por

desgracia, si quiero hacérselo comprender a usted, también yo tengo que gritar, pero es solo mi nombre lo que grita.

La señorita Bürstner, que escuchaba sonriendo, se puso el índice sobre la boca para impedir que K. gritase, pero ya era demasiado tarde, pues K. estaba demasiado metido en su papel y gritó lentamente:

—¡Josef K.! —aunque no tan fuerte como había amenazado hacerlo, pero sí de tal forma que el grito, cortado bruscamente, pareció extenderse poco a poco por toda la habitación.

Se oyó entonces llamar a la puerta de la habitación vecina con golpes fuertes, breves y regulares^[50]. La señorita Bürstner palideció y se llevó la mano al corazón^[51]. K. se sobresaltó de manera especial porque durante unos instantes fue incapaz de pensar en otra cosa que en los acontecimientos de la mañana y en la muchacha ante quien los representaba. Apenas se hubo recobrado saltó hacia la señorita Bürstner y le tomó su mano.

—No tema nada^[52] —susurró—, yo lo arreglaré todo; pero, ¿quién puede ser? Aquí al lado solo está el salón, en el que no duerme nadie.

—Sí —susurró la señorita Bürstner al oído de K.—, desde ayer duerme allí un sobrino de la señora Grubach, un capitán. No queda otra habitación libre. También yo lo había olvidado^[53]. ¡Por qué tenía que gritar así! Me siento desgraciada^[54].

—No tiene usted motivo alguno —dijo K., y la besó en la frente mientras ella volvía a dejarse caer en el cojín.

—Fuera, fuera —dijo ella, y se incorporó de nuevo velozmente—, váyase, váyase, ¿qué quiere? Él está escuchando detrás de la puerta, lo oye todo^[55]. ¡Cómo me atormenta usted!

—No me iré —dijo K.— antes de que se tranquilice un poco. Venga al otro rincón de la habitación, allí no nos podrá oír. —Ella se dejó conducir—. No se da cuenta —dijo él— de que para usted se trata de algo desagradable, pero no corre peligro alguno. Ya sabe cómo la señora Grubach, que en este asunto es quien decide, sobre todo porque el capitán es su sobrino, me adora y cree sin reservas todo lo que le digo. Por otra parte, ella depende de mí, pues me ha pedido prestada una suma bastante considerable. Acepto cualquier propuesta suya para explicar por qué estamos juntos, siempre que sea mínimamente válida, y me comprometo a que la señora Grubach no solo acepte la explicación ante los demás, sino que la crea con toda sinceridad. No tiene por qué tener usted ninguna consideración hacia mí. Si quiere, puede decir que yo la he asaltado, y en esos términos informaremos a la señora

Grubach y lo creerá sin perder la confianza en mí, tanto es lo que de mí depende.

La señorita Bürstner, silenciosa y algo abatida, miraba al suelo.

—¿Por qué no habría de creer la señora Grubach que la he asaltado? —añadió K., que veía ante sí el cabello de ella, con raya en medio y ahuecado en su parte inferior, muy compacto y de un color rojizo. Creyó que ella le miraría, pero le dijo sin cambiar de posición—: Perdone, me ha asustado mucho más lo repentino de los golpes que las consecuencias que pudiera tener la presencia del capitán. Se produjo un silencio tan grande después de su grito y luego golpearon; por eso me asusté tanto: yo estaba sentada junto a la puerta; los golpes han sonado casi junto a mí. Le agradezco sus propuestas, pero no las acepto. Puedo aceptar la responsabilidad de todo lo que ocurra en mi habitación, y frente a quien sea. Me sorprende que no se dé usted cuenta de la ofensa que suponen para mí sus propuestas, al margen, naturalmente, de las buenas intenciones que, desde luego, no dejo de reconocer. Pero ahora váyase, déjeme sola, lo necesito aún más que antes. Los pocos minutos que usted me pidió se han convertido en media hora o más. —K. la tomó de la mano y luego de la muñeca—: Pero, ¿no estará enfadada conmigo? —dijo.

Ella retiró su mano y respondió:

—No, no, no estoy enfadada, nunca ni con nadie.

Él volvió a cogerle la muñeca y ahora ella lo toleró y lo condujo así hasta la puerta. K. estaba firmemente decidido a marcharse. Pero, ante la puerta, como si no hubiera esperado encontrarla allí, se detuvo, y la señorita Bürstner aprovechó ese instante para soltarse, abrir la puerta, deslizarse hacia el vestíbulo y, desde allí, decir a K. en voz baja:

—Ahora venga, por favor. Mire —señaló la puerta del capitán, bajo la cual pasaba un rayo de luz—: ha encendido la luz y se divierte con nosotros.

—Ya voy —dijo K., saliendo rápidamente de la habitación, la agarró, la besó en la boca y después en toda la cara, como un animal sediento pasa la lengua por toda la superficie del agua al fin hallada. Finalmente la besó en el cuello, en la garganta, y mantuvo allí los labios durante largo tiempo^[56]. Un ruido procedente de la habitación del capitán le hizo levantar la vista—. Ahora me voy —dijo; quería llamar a la señorita Bürstner por su nombre de pila pero no lo sabía.

Ella asintió cansada, medio vuelta de espaldas le dio a besar la mano, como si no supiera lo que hacía, y entró agachada en su cuarto. Poco después, K. estaba acostado en su cama. Se durmió muy pronto; antes de dormirse pensó todavía unos instantes en su comportamiento; estaba satisfecho de él,

pero se asombró de no estar más satisfecho aún; a causa del capitán, se sentía gravemente preocupado por la señorita Bürstner.

Capítulo III

LA AMIGA DE B.



Fotograma 4. Svidrigailov pide ayuda a Raskolnikov para concertar una cita con su hermana Dunia.
Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie*, Rusia (1969). Dir. Lev Kulizhanov.

K. solamente pidió que le diera la posibilidad de hablar con ella una vez...

—No sé qué contestarle. Deseaba vivamente hablar con ella, aunque solo fuese una vez.

En el tiempo que siguió, a K. le resultó imposible hablar con la señorita Bürstner ni siquiera unas palabras. Intentó aproximarse a ella de las más diversas maneras, pero ella supo siempre evitarlo. Él volvía a casa inmediatamente después de la oficina, se quedaba en su habitación, sentado en el sofá sin encender la luz, y no se ocupaba más que de observar la antesala. Si pasaba la criada y cerraba la puerta de la habitación, aparentemente vacía, él se levantaba al cabo de un instante y la volvía a abrir. Por la mañana se levantaba una hora antes que de costumbre, para quizás poder encontrar a la señorita Bürstner sola cuando ella fuera a la oficina, pero ninguno de estos intentos tuvo éxito^[57]. Después le escribió una carta, no solo a la oficina sino también a su domicilio, trató de justificar en ella una vez más su comportamiento, se ofreció a darle toda clase de satisfacciones, prometió no traspasar nunca los límites que ella le impusiera, y solamente le pedía que le diese la posibilidad de hablar con ella una vez, sobre todo porque no podía disponer nada con la señora Grubach, mientras no la hubiera consultado a ella; finalmente, le comunicó que el domingo siguiente durante todo el día

estaría en su habitación esperando una señal de ella de que accedía a su ruego, o por lo menos, que le explicara por qué no podía cumplir sus deseos, a pesar de haber prometido él someterse a todo^[58]. Las cartas no fueron devueltas, pero tampoco obtuvo respuesta. En cambio, el domingo hubo un signo cuyo significado era claro. Muy temprano, K. observó por el ojo de la cerradura un movimiento extraño en el vestíbulo, que pronto se explicó. Una profesora de francés, que por otra parte era alemana y se llamaba Montag, una muchacha débil, pálida, un poco coja, que hasta entonces había vivido en un cuarto propio, se trasladaba a la habitación de la señorita Bürstner. Durante horas se la vio arrastrar los pies por el vestíbulo. Siempre había olvidado alguna prenda interior, o alguna servilleta bordada, o un libro que era preciso buscar y trasladar a la nueva habitación.

Cuando la señora Grubach llevó a K. el desayuno —desde que K. se había enojado tanto, no confiaba el más mínimo servicio a la criada—, K. no pudo contenerse y, por primera vez desde hacía cinco días, le habló:

—¿Por qué hay tanto ruido hoy en el vestíbulo? —preguntó mientras se servía el café—. ¿No se podría aplazar eso? ¿Tiene que ser precisamente en domingo la limpieza de la casa?

Aunque K. no miró a la señora Grubach, advirtió que ella respiraba como aliviada. Incluso las severas preguntas de K. las interpretaba como un perdón o como un comienzo de perdón.

—No se trata de la limpieza, señor K. —dijo—, es solo que la señorita Montag se muda a la habitación de la señorita Bürstner y lleva allí sus cosas.

No dijo nada más, sino que esperó a ver cómo se lo tomaba K. y si le permitiría seguir hablando. Pero K. la puso a prueba; removía pensativo el café con la cucharilla, guardando silencio. Luego la miró y dijo:

—¿Ha abandonado ya sus anteriores sospechas con respecto a la señorita Bürstner?

—Señor K. —exclamó la señora Grubach, que solo esperaba esa pregunta, y tendió hacia K. las manos juntas—: El otro día tomó usted demasiado en serio una observación ocasional. No pensaba ni remotamente ofenderle a usted ni a nadie. Usted me conoce desde hace mucho tiempo señor K., para poder estar convencido de ello. ¡No sabe cómo he sufrido en los últimos días! ¡Calumniar yo a mis inquilinos! ¡Y usted, señor K., lo creyó! ¡Y usted dijo que tenía que echarle de la casa! ¡Echarle a usted!

La última exclamación se ahogó entre lágrimas; la señora Grubach se llevó el delantal al rostro y sollozó ruidosamente.

—Pero no llore usted, señora Grubach —dijo K., y miró afuera a través de la ventana; solo pensaba en la señorita Bürstner y en que había acogido en su habitación a una muchacha desconocida—. No llore —dijo otra vez cuando al darse la vuelta vio que la señora Grubach seguía llorando—. No lo dije con tan mala intención. Nos comprendimos mal. Es algo que también puede ocurrir entre viejos amigos.

La señora Grubach se quitó el delantal de los ojos, para ver si K. se había reconciliado realmente.

—Pues sí, así es —dijo K., y como, a deducir por el comportamiento de la señora Grubach, el capitán no había dicho nada, se atrevió a añadir—: ¿Cree usted de veras que podría reñir con usted por una muchacha desconocida?

—Eso es lo que yo digo, señor K. —dijo la señora Grubach, que tenía la desgracia de decir algo inconveniente, en cuanto se sentía algo más aliviada —: Yo no dejaba de preguntarme: ¿por qué se preocupa tanto el señor K. de la señorita Bürstner? ¿Por qué se pelea conmigo, si sabe que cualquier palabra dicha por él con enojo me quita el sueño? Nada dije de la señorita que no hubiera visto con mis propios ojos.

K. no dijo nada, porque a las primeras palabras habría tenido que echarla de la habitación, y eso no quería hacerlo. Se contentó con tomar el café y hacer sentir a la señora Grubach la inutilidad de su presencia. Fuera se oyó otra vez el paso arrastrado de la señorita Montag, que atravesaba todo el vestíbulo.

—¿Oye eso? —preguntó K. y señaló la puerta con la mano^[59].

—Sí —dijo la señora Grubach y suspiró—, yo quería ayudarla y hacer que la ayudara también la criada, pero es terca, quiere trasladarlo todo ella misma. Me sorprende la señorita Bürstner. A veces me resulta molesto tener a la señorita Montag como inquilina, pero la señorita Bürstner la acoge incluso en su habitación.

—Eso no debe preocuparla —dijo K., aplastando los restos del azúcar en la taza—. ¿Le causa algún perjuicio?

—No —dijo la señora Grubach—, y en sí mismo es del todo bienvenido, ya que así me queda una habitación libre y puedo alojar allí a mi sobrino el capitán. Desde hace ya tiempo temía que en los últimos días, mientras he tenido que alojarlo en el cuarto de estar a su lado, hubiera podido molestarlo. Él no tiene muchas consideraciones.

—¡Qué ocurrencia! —dijo K. poniéndose en pie—. De eso ni hablar. Usted parece considerarme hipersensible porque no puedo soportar —ahora vuelve otra vez— esos paseos de la señorita Montag.

La señora Grubach sintió toda su impotencia.

—¿Debo decirle, señor K., que aplace el resto de la mudanza? Sí usted quiere, lo hago inmediatamente.

—¡Pero si tiene que mudarse a la habitación de la señorita Bürstner! —dijo K.

—Sí —dijo la señora Grubach sin comprender del todo lo que K. quería decir.

—Pues entonces —dijo K.—, tiene que trasladar sus cosas.

La señora Grubach se limitó a asentir con la cabeza. Este mudo desamparo, que, visto desde fuera, solo parecía obstinación, irritó aún más a K. Comenzó a ir y venir por el cuarto, de la ventana a la puerta, y privó así a la señora Grubach de la posibilidad de irse, lo que probablemente habría hecho.

K. acababa de llegar a la puerta una vez más cuando llamaron a ella. Era la criada, que venía a anunciar que la señorita Montag deseaba cambiar unas palabras con el señor K. y que le esperaba en el comedor, rogándole que fuera^[60]. K. escuchó pensativamente a la criada, y luego se volvió, con mirada casi burlona, a la asustada señora Grubach. Esta mirada parecía decir que K. había previsto desde hacía mucho la invitación de la señorita Montag y que la misma concordaba muy bien con los tormentos que, en aquella mañana de domingo, tenía que sufrir de los pensionistas de la señora Grubach. Envío a la criada de vuelta con la respuesta de que iba a ir en seguida, después fue al armario para cambiarse la chaqueta y, tuvo como respuesta para la señora Grubach, que se quejaba en voz baja de aquella persona molesta, únicamente el ruego de que se llevara ya la bandeja del desayuno.

—¡Pero si casi no lo ha tocado! —dijo la señora Grubach.

—¡Bueno, lléveselo de todos modos! —gritó K.; le parecía que, de alguna manera, la señorita Montag estaba mezclada en todo y lo hacía repugnante.

Al atravesar el vestíbulo miró la puerta cerrada del cuarto de la señorita Bürstner. Pero no era allí donde había sido invitado, sino en el comedor, cuya puerta abrió bruscamente sin llamar.

Era una habitación muy larga pero estrecha, de una sola ventana. Solo había lugar para colocar dos armarios oblicuamente a cada lado de la puerta, mientras que el resto de la habitación estaba totalmente ocupado por la larga mesa de comedor, que comenzaba cerca de la puerta y llegaba hasta poco antes de la gran ventana, que así resultaba casi inaccesible. La mesa estaba ya servida para muchas personas, porque los domingos casi todos los pensionistas comían allí^[61], [62]

Cuando K. entró, la señorita Montag abandonó la ventana avanzando hacia él, a lo largo de uno de los lados de la mesa. Se saludaron en silencio. Despues dijo la señorita Montag, como siempre con la cabeza erguida de manera poco común:

—No sé si usted me conoce.

K. la miró con ojos entornados.

—Claro que sí —dijo—, hace usted ya mucho tiempo que se aloja con la señora Grubach.

—Pero no creo que usted se ocupe mucho de la pensión —dijo la señorita Montag.

—No —dijo K.

—¿No quiere sentarse? —dijo la señorita Montag.

Ambos trajeron en silencio dos sillas del extremo más alejado de la mesa y se sentaron frente a frente. Pero la señorita Montag se volvió a levantar inmediatamente porque había dejado su bolso de mano en el alféizar de la ventana y fue a recogerlo; arrastró los pies por la habitación entera. Cuando volvió, balanceando levemente el bolso, dijo:

—Quisiera solamente decirle unas palabras por encargo de mi amiga. Quería venir ella misma, pero se siente hoy un poco indisposta. Tendrá que disculparla y escucharme a mí en su lugar. Por otra parte, no le hubiera podido decir otra cosa que lo que yo le diré. Al contrario, creo que yo puedo decirle incluso más, pues estoy relativamente menos interesada en este asunto. ¿No lo cree también?

—¿Qué podría decir? —respondió K., que estaba cansado de ver los ojos de la señorita Montag pendientes de sus labios. De esa forma ella se arrogaba ya un dominio sobre lo que él quisiera decir^[63]. Sin duda la señorita Bürstner no desea concederme la entrevista personal que le he pedido.

—Así es —dijo la señorita Montag—, mejor dicho, no es así en absoluto, usted lo expresa de un modo singularmente fuerte. En general ni se conceden entrevistas ni sucede lo contrario. Pero puede suceder que una entrevista se considere innecesaria, y este es el caso^[64]. Ahora, después de su observación, puedo hablar abiertamente. Usted ha pedido a mi amiga, por escrito o verbalmente, una entrevista. Ahora bien, mi amiga sabe, por lo menos debo suponerlo así, de qué se trataría en esa entrevista, de ahí que está persuadida de que no sería de ninguna utilidad para nadie, si efectivamente esa entrevista tuviera lugar. Por lo demás, no me habló de ello hasta ayer, y muy fugazmente; dijo que tampoco a usted podía interesarle mucho la entrevista, ya que solo por casualidad llegó usted a concebir semejante idea, y usted

mismo, sin necesidad de explicación, reconocería la falta de sentido de todo ello, si no ahora, dentro de muy poco. Yo le respondí que eso podía ser cierto, pero que, para una aclaración completa, encontraba preferible hacerle llegar una respuesta explícita. Me ofrecí a realizar esa tarea y, tras alguna vacilación, mi amiga accedió. Espero haber actuado también en interés de usted, pues la menor inseguridad en la cosa más insignificante es siempre penosa y cuando puede ser evitada fácilmente, como en este caso, es mejor hacerlo inmediatamente.

—Se lo agradezco —dijo K., se levantó lentamente, miró a la señorita Montag, luego por encima de la mesa, luego a la ventana —la casa de enfrente estaba iluminada por el sol— y se dirigió a la puerta.

La señorita Montag lo siguió unos pasos, como si no confiara del todo en él. Pero, ante la puerta, ambos tuvieron que retroceder, porque se abrió y entró el capitán Lanz^[65]. K. lo vio por primera vez de cerca. Era un hombre alto, de unos cuarenta años, de rostro bronceado y carnoso. Hizo una ligera inclinación, dirigida también a K., luego fue hacia la señorita Montag y le besó respetuosamente la mano. Era muy ágil en sus movimientos. Su cortesía con la señorita Montag contrastaba notablemente con el trato que ella había recibido de K., sin embargo, la señorita Montag no parecía enfadada con K., porque incluso quiso, según creyó observar K., presentarlo al capitán. Pero K. no quería ser presentado; ya que no hubiera podido mostrarse amable con el capitán ni con la señorita Montag; para él aquel beso en la mano la había unido a ella a un bando que, bajo la apariencia de máxima inocencia y altruismo, quería mantenerlo aparte de la señorita Bürstner. K., sin embargo, no creyó reconocer solo eso, sino que además reconocía que la señorita Montag había elegido un buen medio, aunque de dos filos. Exageraba la importancia de la relación entre la señorita Bürstner y K., exageraba sobre todo la importancia de la entrevista solicitada, y al mismo tiempo intentaba invertir las cosas de forma tal que pareciera que era este el que exageraba todo. Se iba a desengañar, K. no quería exagerar nada, sabía que la señorita Bürstner era una pequeña mecanógrafa, que no se le resistiría mucho tiempo. Además, se negaba deliberadamente a tener en cuenta lo que había sabido por la señora Grubach sobre la señorita Bürstner. En todo eso reflexionaba cuando, sin saludar apenas, salió de la habitación. Quería ir enseguida a su cuarto, pero una risita de la señorita Montag que oyó a espaldas suyas procedente del comedor, le dio la idea de que tal vez pudiera dar una sorpresa a ambos, al capitán y a la señorita Montag. Miró a su alrededor y escuchó para saber si de alguna de las habitaciones vecinas podía esperar alguna

interrupción, todo estaba silencioso; solo se oía la conversación que procedía del comedor, y en el pasillo que conducía a la cocina, la voz de la señora Grubach. La ocasión parecía favorable, K. fue a la puerta de la habitación de la señorita Bürstner y llamó suavemente. Como nada se movió, llamó de nuevo, pero tampoco obtuvo respuesta. ¿Estaba durmiendo? ¿O realmente se sentía mal? ¿O bien ocultaba su presencia pues presentía que no podía ser otro que K. el que llamaba tan suavemente? K. supuso que se resistía a contestar y llamó con más fuerza; finalmente, como sus golpes no tenían éxito, abrió la puerta con cautela y no sin la sensación de estar haciendo algo ilícito y además inútil. En la habitación no había nadie. Por lo demás, apenas le recordaba la habitación que K. había conocido. Ahora había dos camas a lo largo de la pared, una detrás de la otra; tres sillas cercanas a la puerta estaban cubiertas de vestidos y ropa interior; había un armario abierto. La señorita Bürstner había salido probablemente mientras la señorita Montag persuadía a K. en el comedor. K. no se desconcertó mucho por ello, pues no había esperado encontrar a la señorita Bürstner tan fácilmente; había hecho aquel intento solo para desafiar a la señorita Montag. Por eso le fue tanto más penoso ver, mientras volvía a cerrar la puerta, a la señorita Montag y al capitán hablando en la puerta abierta del comedor. Quizá habían estado allí desde el momento que K. había abierto la puerta, evitaban dar la impresión de estar observando a K., hablaban en voz baja y seguían los movimientos de K. solo con la mirada, como se hace en una conversación cuando se mira distraídamente alrededor^[66]. Pero esas miradas pesaban terriblemente sobre K., y se apresuró a regresar a su cuarto deslizándose junto a la pared.

Capítulo IV

PRIMERA INVESTIGACIÓN



Fotograma 5. Josef K. es increpado por llegar tarde al tribunal. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.



Fotograma 6. Raskolnikov es increpado por llegar tarde a la comisaría. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie* (1969). Dir: Lev Kulizhanov.

K. fue notificado por teléfono de que el domingo siguiente tendría lugar un pequeño interrogatorio relacionado con su asunto^[67]. Se le hizo notar que aquellos interrogatorios se sucederían regularmente, si no todas las semanas, por lo menos con bastante frecuencia. Por una parte, había un interés general en terminar rápidamente el proceso; pero, por otra parte, los interrogatorios tenían que hacerse muy a fondo en todos los sentidos, aunque, por el esfuerzo que suponían, nunca durasen mucho. De ahí que hubiesen escogido esta solución de los interrogatorios que, aunque se sucedían con rapidez, eran breves. La decisión de elegir el domingo como día de interrogatorios había sido tomada para no molestar a K. en su trabajo profesional. Se suponía que él estaba de acuerdo con ello, pero, si deseaba otra fecha, se trataría de complacerle en la medida de lo posible. Los interrogatorios eran, por ejemplo, posible hacerlos también de noche, pero entonces K. no estaría lo suficientemente fresco. En cualquier caso, si K. no se oponía, lo dejarían para

el domingo. Se sobreentendía que estaba obligado a presentarse, y que no eran precisas más advertencias en este sentido. Le dieron el número de la casa donde debía presentarse; era una casa situada en una apartada calle suburbial en donde K. no había estado nunca^[68].

K. colgó el auricular sin responder nada a su interlocutor, cuando recibió esta información; decidió inmediatamente ir aquel domingo; ciertamente era necesario, el proceso estaba en marcha y tenía que detenerlo; ese primer interrogatorio debía ser también el último^[69]. Permanecía aún pensativo junto al aparato, cuando oyó detrás de sí la voz del director adjunto, que quería telefonear, pero al que K. cerraba el paso.

—¿Malas noticias? —preguntó el director adjunto con tono ligero, no para enterarse de nada sino para quitar a K. del aparato.

—No, no —dijo K., echándose a un lado pero sin irse. El director adjunto cogió entonces el auricular, y sin dejar el teléfono dijo mientras esperaba la comunicación:

—Una pregunta, señor K: ¿querría venir conmigo el domingo por la mañana a una excursión en mi velero? Será un grupo muy numeroso, seguramente habrá también conocidos suyos. Entre otros, el fiscal Hasterer. ¿Quiere usted venir? ¡Venga, por favor!

K. trató de prestar atención a lo que le estaba diciendo el director adjunto. No dejaba de ser importante para él, pues esta invitación del director adjunto, con quien no se había entendido muy bien nunca, significaba un intento de conciliación por su parte y mostraba lo importante que se había vuelto K. en el banco y el valor que tenía su amistad, o al menos su neutralidad, para el segundo de los dirigentes del banco. Esta invitación era una humillación para el director adjunto, aunque la hubiera hecho por encima de un auricular y en espera de una conexión telefónica. Pero K. hizo seguir una nueva humillación a la anterior diciendo:

—Muchas gracias. Pero por desgracia el domingo no tengo tiempo, tengo ya otro compromiso.

—Lástima —dijo el director adjunto, y se dedicó a su conversación telefónica, cuya comunicación acababa de establecerse.

No fue una conversación corta, pero K., distraído, permaneció todo el tiempo cerca del aparato. Solo cuando el director adjunto colgó se sobresaltó y dijo, para disculpar un poco su inútil presencia:

—Acaban de telefonearme para que vaya a un determinado lugar, pero se han olvidado de decirme a qué hora.

—Pues vuelva a preguntar —dijo el director adjunto.

—No es tan importante —dijo K., a pesar de que así restaba validez a su precedente excusa, ya bastante deficiente.

El director adjunto, mientras se alejaban, habló todavía de otras cosas. K. se esforzaba en responder, pero pensaba sobre todo en que lo mejor sería ir el domingo a las nueve de la mañana, porque era la hora en que solían abrir todos los tribunales los días laborables^[70].

El domingo hacía mal tiempo. K. estaba muy cansado, porque, a causa de una celebración en su tertulia habitual, se había quedado hasta muy tarde en el café la noche anterior, y estuvo a punto de no despertarse a tiempo^[71]. A toda prisa, sin tiempo para reflexionar y reconsiderar los diferentes proyectos que había elaborado durante la semana, se vistió y, sin desayunar^[72], corrió hacia el barrio indicado. Curiosamente, y aunque apenas tenía tiempo para mirar lo que ocurría a su alrededor, se encontró con los tres empleados implicados en su asunto: Rabensteiner, Kullych y Kaminer. Los dos primeros, que viajaban en tranvía, se cruzaron en el camino de K., pero Kaminer estaba sentado en la terraza de un café y se inclinó sobre la balaustrada con curiosidad en el mismo momento en que pasaba K. Todos lo siguieron sin duda con la mirada y se sorprendieron de ver correr a su superior jerárquico; cierto asomo de altivez había impedido a K. tomar un vehículo; le repugnaba cualquier ayuda ajena, incluso la más insignificante, en aquel asunto suyo; tampoco quería tener en cuenta a nadie y ponerlo así al corriente, aunque fuera del modo más remoto; finalmente tampoco tenía el menor deseo de rebajarse ante la comisión investigadora, llegando con una puntualidad excesiva. De todos modos, ahora corría para, en lo posible, estar allí a las nueve, aunque ni siquiera estaba citado a una hora determinada.

Había pensado que reconocería la casa ya de lejos, por alguna señal de la cual no tenía idea alguna, o por algún movimiento especial ante la entrada. Pero la calle Julius, en la que debía estar, y en cuyo comienzo se detuvo K. un instante, tenía en ambos lados casas casi completamente uniformes; altas y grises casas de alquiler, habitadas por gente pobre^[73]. En aquella mañana de domingo la mayoría de las ventanas estaban ocupadas: hombres en mangas de camisa se apoyaban en ellas, fumando o sosteniendo con ternura y precaución niños pequeños junto al marco de la ventana. En otras ventanas colgaban hacia afuera montones de ropa de cama, por encima de las cuales aparecía fugazmente la cabeza despeinada de una mujer. Se llamaban a gritos entre sí, a través de la calle; uno de esos gritos, lanzado justamente por encima de K., suscitó una gran carcajada. Repartidas regularmente por toda la larga calle, se encontraban pequeñas tiendas por debajo del nivel del suelo, a las que se

llegaba por unos escalones, donde vendían diversos alimentos. De ellas entraban y salían mujeres, o se quedaban en los escalones charlando. Un vendedor de frutas que pregonaba su mercancía hacia las ventanas, iba tan distraído como K. y casi lo derriba con su carro. En aquel momento, un gramófono que se había gastado en barrios mejores empezó a sonar de un modo criminal.

K. se metió calle adentro, lentamente, como si ahora tuviera tiempo o como si el juez de instrucción le viera desde alguna ventana y supiera, por lo tanto, que había llegado. Eran poco más de las nueve. La casa estaba bastante lejos y era de dimensiones casi insólitas, especialmente el portal de acceso, alto y ancho. Este estaba destinado evidentemente a camiones de los distintos almacenes que, cerrados ahora, rodeaban el gran patio, y que llevaban letreros de casas comerciales, algunas de las cuales conocía K. por su trabajo en el banco. Contra su costumbre, permaneció un momento a la entrada del patio y se ocupó en observar minuciosamente todos aquellos detalles. Cerca de él, sentado en una caja, un hombre descalzo leía un periódico. Dos muchachos se columpiaban en una carretilla de mano. Ante una bomba de agua, una muchacha joven y delicada permanecía parada en camisón, y miraba a K. mientras el agua llenaba su cántaro. En un rincón del patio tendieron una cuerda entre dos ventanas, de la que colgaba ya para secarse alguna ropa blanca. Desde abajo, un hombre dirigía a gritos la operación.

K. se dirigió a la escalera para llegar a la sala de interrogatorios, pero luego volvió a detenerse, porque, además de aquella escalera, vio en el patio otras tres escaleras más, y por otra parte un pequeño corredor situado al final del patio, que parecía conducir a un segundo patio. Le irritaba que no le hubieran descrito con más detalle la situación de la sala; sin duda lo trataban con curiosa negligencia o indiferencia, y tenía la intención de hacerlo constar así en voz muy alta y precisa. Sin embargo, finalmente ascendió por la primera escalera y jugó mentalmente con el recuerdo de una frase del guardián Willem, quien había dicho que el tribunal era atraído por la culpa, de donde se deducía que la sala de interrogatorios tenía que hallarse al final de la escalera que K. eligiera al azar^[74].

Al subir, molestó a muchos niños que jugaban en la escalera y que, cuando atravesó sus filas, lo miraron enfadados. «Si próximamente tengo que volver por aquí —se dijo—, tendré que traer dulces para conquistarlos, o el bastón para pegarles». Poco antes del primer piso, tuvo que esperar incluso un momento hasta que una canica acabó su recorrido; dos chicos pequeños, que

tenían cara de pillos ya adultos, lo retuvieron sujetándole por los pantalones; si quería deshacerse de ellos tendría que hacerles daño, y temía sus gritos.

En el primer piso comenzó la verdadera búsqueda. Como no podía preguntar por la comisión investigadora se inventó un carpintero Lanz^[75] —el nombre se le ocurrió porque el capitán, el sobrino de la señora Grubach, se llamaba así— y decidió preguntar entonces en todas las viviendas si vivía allí un carpintero Lanz, para tener la posibilidad de mirar dentro de las habitaciones. Pero resultó que la mayoría de las veces era posible mirar sin más, pues casi todas las puertas permanecían abiertas y los niños entraban y salían corriendo. Se trataba por regla general de pequeñas habitaciones de una ventana en las que también se cocinaba^[76]. Algunas mujeres sostenían niños de pecho con un brazo y trabajaban en el fogón con la mano libre. Jovencitas a medio formar, al parecer vestidas solo con sus delantales, corrían afanosamente de un lado a otro. En todas las habitaciones, las camas se hallaban todavía ocupadas; había enfermos, o gente que aún dormía, o gente que allí descansaba vestida. En las viviendas cuya puerta estaba cerrada, K. llamaba y preguntaba si vivía allí un carpintero Lanz. La mayoría de las veces abría una mujer, escuchaba la pregunta y se volvía al interior de la habitación para transmitírsela a alguien, que se incorporaba en la cama.

—El señor pregunta si vive aquí un carpintero Lanz.

—¿El carpintero Lanz? —preguntaba el de la cama.

—Sí —decía K., aunque sin duda la comisión interrogadora no se encontraba allí y por lo tanto su tarea había terminado.

Muchos creían que K. tenía mucho interés en encontrar a Lanz; reflexionaban un largo rato, nombraban a un carpintero que, sin embargo, no se llamaba Lanz, o un nombre que guardaba una remota semejanza con Lanz, o preguntaban a los vecinos, o acompañaban a K. a una puerta muy apartada donde, en su opinión, podía vivir realquilado un hombre así, o en donde alguien podía dar una mejor información que ellos. Finalmente, K. ni siquiera tuvo que preguntar por sí mismo; sino que, de esta forma, le acompañaban por todos los pisos. Se arrepentía de su plan, que al principio le había parecido tan práctico. Al llegar al quinto piso decidió renunciar a su búsqueda, despidiéndose de un obrero joven y amable que quería llevarlo más lejos y bajó. Después, sin embargo, lo irritó otra vez la inutilidad de toda aquella empresa, regresó una vez más y llamó en la primera puerta del quinto piso^[77]. Lo primero que vio en la pequeña habitación fue un gran reloj de pared que ya marcaba las diez.

—¿Vive aquí un carpintero Lanz? —preguntó.

—Por favor —dijo una mujer joven de brillantes ojos negros, que estaba lavando en un balde ropa de niño, y señaló con la mano mojada la puerta abierta de la habitación contigua.

K. creyó entrar en una asamblea. Una muchedumbre formada por gente de la más diversa índole —nadie se ocupó del recién llegado^[78]— llenaba una habitación de tamaño mediano, de dos ventanas, que cerca del techo estaba rodeada por una galería, igualmente ocupada en su totalidad y donde la gente solo podía permanecer agachada, con la cabeza y la espalda pegadas al techo. K.^[79], para quien el aire resultaba demasiado viciado^[80], volvió a salir y dijo a la joven mujer que, probablemente le había entendido mal:

—Le he preguntado por un carpintero, un tal Lanz.

—Sí —dijo la mujer—, entre, por favor.

K. quizá no la habría obedecido, si la mujer no se hubiera acercado a él, no hubiera tomado el picaporte de la puerta, y hubiera dicho:

—Después de usted tengo que cerrar; nadie más puede entrar.

—Muy razonable —dijo K.—, pero ahora está ya demasiado lleno.

Sin embargo, volvió a entrar.

Entre dos hombres que se apoyaban contra la puerta —uno, con las dos manos muy extendidas, hacía el gesto de pagar dinero, el otro le miraba fijamente a los ojos— una mano agarró a K. Era un joven bajito de mejillas coloradas.

—Venga, venga —dijo.

K. se dejó conducir por él; resultó que entre el grupo abigarrado de gente quedaba libre un estrecho paso, que probablemente dividía a dos bandos; también parecía confirmarlo el hecho de que K., en las primeras filas, apenas viera a derecha e izquierda un rostro vuelto hacia él, solo veía las espaldas de personas que dirigían sus discursos y ademanes a los de su grupo. La mayoría vestía de negro con viejos trajes festivos, largos y muy holgados. Solo esa vestimenta desconcertaba a K.^[81], pues, de no ser por ella, habría creído encontrarse en una reunión política de distrito.

En el otro extremo de la sala, adonde K. era conducido, había sobre una tarima baja igualmente repleta, una mesita colocada en diagonal, y detrás de ella, cerca al borde de la tarima, estaba sentado un hombre pequeño, casi sin aliento, que hablaba, en medio de grandes risas, con uno que estaba detrás de él —tenía los codos apoyados en el respaldo de la silla y las piernas cruzadas —. A veces, agitaba los brazos en el aire como si estuviera caricaturizando a alguien. El joven que conducía a K. tuvo dificultad para comunicar su mensaje. Dos veces se había puesto ya de puntillas para intentar conseguir

algo, sin que el hombre de arriba lo notara. Solamente cuando una de las personas que se hallaban en el estrado hubo llamado su atención sobre el joven, el hombre se volvió y escuchó, inclinado, su débil mensaje. Entonces sacó el reloj y echó una rápida ojeada a K.

—Usted debía haberse presentado hace una hora y cinco minutos — dijo^[82].

K. quiso responder algo, pero no tuvo tiempo, pues apenas hubo hablado el hombre, se levantó en la mitad derecha de la sala un murmullo general.

—Usted debía haberse presentado hace una hora y cinco minutos — repitió entonces el hombre elevando la voz, al tiempo que dirigía también una rápida ojeada a la sala. Inmediatamente el murmullo se hizo más fuerte y se fue extinguiendo porque el hombre no dijo nada más. El silencio en la sala era ahora mucho mayor que al entrar K. Únicamente la gente de la galería no dejaba de hacer sus observaciones. Por lo que se podía distinguir en la penumbra, entre el vaho y el polvo, parecía mucho peor vestida que la de abajo. Muchos habían traído cojines, que colocaban entre sus cabezas y el techo de la habitación para no lastimarse.

K. había decidido observar más que hablar, por lo que renunció a defenderse por su supuesto retraso, y se limitó a decir:

—Aunque haya venido muy tarde, ahora estoy aquí^[83].

Siguió un aplauso, otra vez de la mitad derecha de la sala. «Es fácil ganarse a esta gente», pensó K., y solo se sintió molesto por el silencio de la mitad izquierda de la sala, que se hallaba precisamente a sus espaldas y de la que no habían salido más que unos pocos aplausos aislados. Pensó qué podía decir para ganárselos a todos a la vez o, si ello no era posible, al menos por un tiempo ganarse también a los otros.

—Sí —dijo el hombre—, pero ahora ya no estoy obligado a interrogarle —de nuevo el murmullo, pero esta vez hubo algún malentendido, porque el hombre, silenciando a la gente con un gesto, continuó—: Sin embargo, excepcionalmente, hoy lo haré. Pero que no se repita un retraso así. ¡Y ahora acérquese!

Alguien saltó de la tarima para dejar un sitio libre a K., que subió a ella. Estaba muy apretado contra la mesa, el gentío que tenía detrás era tan grande que tenía que oponer resistencia, si no quería derribar de la tarima la mesa del juez de instrucción y quizá también al mismo juez.

Pero el juez de instrucción no se inquietaba por eso, sentado muy cómodamente en su silla y, después de haber dicho unas últimas palabras al hombre que se encontraba detrás de él, tomó el único objeto que había en la

mesa, un cuadernito de notas. Parecía un cuaderno escolar, viejo y muy deformado de tanto hojearlo.

—Bueno —dijo el juez de instrucción, hojeó el cuaderno y, en tono afirmativo, se dirigió a K.—: ¿Es usted pintor de brocha gorda?

—No —dijo K.—, soy el primer apoderado de un gran banco.

A esa respuesta siguió en el bando situado abajo a la derecha una carcajada tan cordial que K. también tuvo que reírse. La gente apoyaba las manos en las rodillas y se sacudían como en un terrible ataque de tos^[84]. Se reían incluso algunos de la galería. El enfurecido juez de instrucción, que probablemente era impotente frente a la gente de abajo, intentó desquitarse con la galería, se levantó de un salto, la amenazó, y sus cejas, de ordinario poco llamativas, se le erizaron espesas, negras y grandes sobre sus ojos^[85].

Pero la parte izquierda de la sala continuaba silenciosa, la gente permanecía allí de pie en filas, con el rostro vuelto hacia la tarima y escuchaba las palabras que intercambiaban arriba con tanta tranquilidad como ruido producía el otro bando, tolerando incluso que algunos de sus filas hicieran de vez en cuando causa común con el otro partido. La gente del bando de la izquierda, que por lo demás era menos numerosa, podía ser en el fondo tan insignificante como la de la derecha, pero la calma de su conducta la hacía parecer más importante^[86]. Cuando K. tomó ahora la palabra, estaba convencido de expresar su punto de vista.

—Su pregunta, señor juez de instrucción, de si soy pintor de brocha gorda, aunque más bien no me ha preguntado nada, sino que me lo ha lanzado en pleno rostro, es característica de la clase de proceso que se instruye contra mí. Puede usted objetar que no se trata en absoluto de un proceso; tiene toda la razón, porque solo es un proceso si yo lo reconozco como tal. Pero ahora, de momento lo reconozco, en cierto modo por compasión. No se puede ser más que compasivo, si uno quiere darle alguna importancia^[87]. No digo que sea un procedimiento aberrante, pero quisiera ofrecerle esta expresión para su propio conocimiento.

K. se interrumpió y miró abajo a la sala. Lo que había dicho era duro, más duro de lo que se había propuesto, pero sin duda era cierto. Hubiera merecido aplausos aquí o allá, pero todos estaban silenciosos; evidentemente, esperaban con interés lo que iba a seguir, tal vez se preparaba en silencio un estallido que pondría fin a todo. Fue una molestia que se abriera entonces la puerta del fondo de la sala, que entrara la joven lavandera, que probablemente había terminado su trabajo y quien, a pesar de las precauciones que tomó, atrajo hacia ella algunas miradas. Solo el juez de instrucción dio a K. una alegría

inmediata, porque pareció enseguida ofendido por sus palabras. Había estado escuchando hasta entonces de pie, porque fue sorprendido por la intervención de K. en el momento en que se había levantado para amenazar a la galería. Ahora, durante la pausa, se sentó lentamente, como si no quisiera ser notado. Probablemente para tranquilizar su expresión, tomó de nuevo el cuadernillo.

—Eso no sirve de nada —continuó K.—, también su cuadernillo, señor juez de instrucción, confirma lo que digo.

Satisfecho de oír únicamente sus tranquilas palabras en aquella asamblea de extraños, K. se atrevió incluso a quitarle el cuaderno al juez de instrucción^[88] y a levantarla con la punta de los dedos por una de sus hojas centrales^[89], como si le diera asco, de modo que a ambos lados quedaron colgando las hojas de bordes amarillentos, llenas de manchas y de una escritura muy apretada.

—Estas son las actas de un juez de instrucción —dijo, y dejó caer el cuaderno sobre la mesa—. Siga leyendo tranquilo, señor juez de instrucción, porque ese cuaderno escolar no me produce realmente ningún miedo, aunque me sea inaccessible, ya que no puedo tocarlo más que con las yemas de dos dedos.

Solo podía ser un signo de profunda humillación o, por lo menos, había que interpretarlo así, el que el juez de instrucción tomase el cuadernillo tal como este cayó en la mesa, tratara de ordenarlo un poco, y volviera a empezar a leerlo.

Los rostros de la gente de la primera fila se dirigían a K. con tal expresión de curiosidad que, por un momento, K. se quedó mirándolos desde arriba. Eran sin excepción hombres viejos, algunos de barba blanca. Eran quizá quienes decidían, los que podían influir en toda la asamblea, a la que tampoco había conseguido sacar de la impasibilidad la humillación del juez de instrucción causada por el discurso de K.

—Lo que me ha ocurrido —continuó K. un poco más bajo que antes, y buscaba una y otra vez escrutar los rostros de la primera fila, lo que daba a su discurso un aire inquieto—, lo que me ha ocurrido es solamente un caso aislado y, como tal, no muy importante, pues no lo tomo muy en serio, pero es el síntoma de una forma de proceder ejercida contra muchos. Por ellos y no por mí estoy aquí ahora.

Había involuntariamente elevado su voz. En algún lugar, alguien aplaudió con las manos levantadas y gritó:

—¡Bravo! ¡Por qué no? ¡Bravo! ¡Y otra vez bravo^[90]!

Algunos de la primera fila se pasaron la mano por la barba, pero nadie se volvió por aquella exclamación. Tampoco K. le daba valor alguno, pero se sintió estimulado; ahora no consideraba necesario que le aplaudiesen todos, bastaba con que todo el mundo empezase a reflexionar sobre el asunto y que de vez en cuando lograra persuadir a alguien.

—No quiero tener éxito como orador —dijo K. partiendo de esta reflexión —, ni tampoco podría lograrlo. El señor juez de instrucción habla probablemente mucho mejor, pues hace parte de su profesión. Lo que quiero es solo que se hable públicamente de una injusticia pública^[91]. Escuchen: hace unos diez días fui detenido; el hecho mismo de la detención me da risa, pero ahora no se trata de esto. Una mañana temprano fui sorprendido en la cama; quizá —no hay que excluirlo después de lo que ha dicho el juez de instrucción— habían recibido la orden de detener a algún pintor de brocha gorda tan inocente como yo, pero me eligieron a mí. La habitación contigua fue ocupada por dos groseros guardianes. Si yo hubiera sido un bandido peligroso, no habrían podido tomar mayores precauciones. Esos guardianes eran además gentuza sin moral, me atronaron los oídos con su charlatanería, querían que los sobornara, querían, con pretextos, quitarme la ropa interior y los trajes, querían dinero con la excusa de traerme el desayuno, tras haberse comido desvergonzadamente el mío ante mis ojos. Eso no fue suficiente. Me condujeron a una tercera habitación, ante el inspector. Era la habitación de una dama a quien aprecio mucho, y tuve que presenciar cómo, por mi causa, pero no por mi culpa, esa habitación era, en cierto modo, mancillada por la presencia de los guardianes y del inspector. No era fácil conservar la calma. Sin embargo, lo conseguí, y pregunté al inspector, completamente tranquilo —si él estuviera aquí tendría que confirmarlo—, por qué estaba detenido. ¿Qué contestó entonces aquel inspector al que todavía veo ante mí, sentado en la silla de dicha dama, como una imagen del orgullo más estúpido? Señores, en el fondo no contestó nada, quizá nada sabía él verdaderamente, me había detenido y con eso se daba por satisfecho. Pero aún hizo algo más: llevó a la habitación de esa dama a tres empleados subalternos de mi banco que se dedicaron a manosear unas fotografías, propiedad de la dama, y a desordenarlas. La presencia de esos empleados tenía naturalmente otro objetivo más: ellos debían, como mi patrona y su criada, difundir la noticia de mi detención, perjudicar mi pública reputación y, sobre todo, minar mi posición en el banco^[92]. Ahora bien, nada de eso se ha conseguido, ni en lo más mínimo; mi misma patrona, una persona sumamente sencilla —quiero nombrarla aquí a modo de homenaje, se llama señora Grubach— la misma

señora Grubach fue lo bastante razonable para comprender que semejante detención no significa más que un asalto realizado por jóvenes de la calle insuficientemente vigilados. Repito, todo esto no me ha causado más que contrariedades y molestias pasajeras, pero, ¿no hubiera podido tener consecuencias peores?

Cuando K. aquí se interrumpió y miró al silencioso juez de instrucción, creyó advertir que este estaba precisamente haciendo a alguien de la multitud un signo con los ojos. K. se rio y dijo:

—Ahora mismo, junto a mí, el señor juez de instrucción ha hecho a alguno de ustedes una señal secreta. O sea que, entre ustedes, hay gente dirigida desde aquí arriba. No sé si esa señal debe provocar ahora aplausos o silbidos, y, puesto que la he descubierto prematuramente, tengo plena conciencia de que con ello renuncio a conocer su significado. Me es totalmente indiferente, y autorizó plenamente al señor juez de instrucción para dar órdenes a sus empleados a sueldo que tiene ahí abajo, y para que no lo haga con señales secretas, sino con palabras en voz alta, que diga unas veces: «Silbad ahora», y otras: «Ahora aplaudid».

Turbado o impaciente, el juez de instrucción no dejaba de moverse en su silla. El hombre que tenía detrás y con el cual había conversado antes, se inclinó nuevamente hacia él, ya fuera para animarlo en general o para darle un consejo particular. Abajo, la gente conversaba en voz baja, pero con vivacidad. Los dos bandos, que antes parecían tener opiniones tan opuestas, se mezclaban, algunas personas aisladas señalaban con el dedo a K.; otras al juez de instrucción. El vaho neblinoso de la habitación era sumamente denso: impedía incluso observar bien a los que estaban más alejados. Sobre todo, debía incomodar a los espectadores de la galería; se veían obligados, aunque lanzando tímidas miradas de soslayo al juez de instrucción, a preguntar a los participantes en la asamblea para informarse mejor. Las respuestas se daban igualmente en voz baja, tapándose la boca con la mano.

—Enseguida acabo —dijo K., y como no había ninguna campanilla, golpeó la mesa con el puño^[93]; lo que hizo que, asustadas, se separasen inmediatamente las cabezas del juez de instrucción y de su consejero—. Todo este asunto me es totalmente ajeno, por eso puedo juzgarlo tranquilamente y ustedes, si algo les importa este pretendido tribunal, pueden beneficiarse mucho si me escuchan. Les ruego que dejen para más tarde sus deliberaciones sobre lo que voy a exponer, porque no tengo tiempo y me marcharé en seguida.

Inmediatamente siguió un gran silencio^[94], tanto dominaba K. ahora la asamblea. Ya no se gritaban los unos a los otros como al principio, ni siquiera aplaudían en señal de aprobación, pero todos parecían convencidos o en camino de estarlo^[95].

—No hay duda —dijo K. en voz muy baja, porque lo alegraba la tensa atención de toda la asamblea; en medio de aquel silencio brotaba un zumbido más excitante que los aplausos más entusiastas—, no hay duda de que detrás de todas las manifestaciones de este tribunal y, en mi caso, después de la detención y del interrogatorio de hoy, se encuentra una gran organización. Una organización que no solo emplea guardianes sobornables, inspectores ridículos y jueces de instrucción que, en el mejor de los casos, son mediocres, sino que, además, mantiene a una magistratura de grados superiores y supremos, con su séquito inevitable e innumerable de ordenanzas, escribientes, gendarmes y otros auxiliares; quizás inclusive verdugos, no me asusta la palabra. ¿Y cuál es el sentido de esa gran organización, señores? Consiste en detener a personas inocentes e instruir contra ellas un proceso absurdo y casi siempre, como en mi caso, sin resultado. Teniendo en cuenta la insensatez de todo esto, ¿cómo evitar la peor de las corrupciones entre los funcionarios? Es imposible, ni siquiera el juez supremo podría lograrlo por sí mismo. Por eso los guardianes de los detenidos tratan de robarles hasta los vestidos que llevan puestos, por eso los inspectores se introducen en las casas ajena, por eso los inocentes en lugar de ser interrogados, se ven deshonrados ante asambleas enteras. Los guardianes me han hablado de depósitos donde guardan las pertenencias de los detenidos; yo quisiera ver alguna vez esos depósitos, en los que se pudre el patrimonio adquirido con esfuerzo de los detenidos, si es que no ha sido ya saqueado por funcionarios ladrones.

K. fue interrumpido por un chillido salido del fondo de la sala; se protegió los ojos para poder ver, pues la opaca luz del día volvía blanquecino el vaho y deslumbraba. Se trataba de la lavandera que K., desde su entrada, había reconocido como una interrupción molesta. Si era ella o no la culpable, ahora no se podía saber. K. solo vio que un hombre la había arrastrado hasta un rincón, cercano a la puerta, y se apretaba allí contra ella. Pero no era ella quien chillaba, sino el hombre; tenía la boca muy abierta y miraba al techo^[96]. Un pequeño círculo se había formado en torno a ambos; los espectadores de la galería más próximos parecían encantados de que la seriedad que había introducido K. en la asamblea se viera interrumpida de aquella forma. Bajo el efecto de la primera impresión, K. quiso correr inmediatamente hacia allí; también pensó que todos querían que se restableciera el orden y, por lo

menos, se expulsara a la pareja de la sala, pero las primeras filas que tenía delante permanecieron firmes, nadie se movió y nadie dejó pasar a K.^[97]. Al contrario, se lo impidieron; unos ancianos lo sujetaron del brazo, y la mano de alguien —no tuvo tiempo de darse vuelta— lo agarró del cuello de la camisa por detrás; K. no pensaba ya en realidad en la pareja, sentía que estaban restringiendo su libertad, como si su detención fuera verdaderamente seria, y saltó sin consideraciones desde el estrado. Entonces se vio enfrentado cara a cara con la multitud^[98]. ¿Había juzgado mal a aquella gente? ¿Había confiado demasiado en el efecto de su discurso? ¿Habían estado simulando mientras él hablaba y, ahora que había llegado a las conclusiones, se habían cansado de fingir? ¡Qué rostros veía a su alrededor! Pequeños ojillos negros se movían rápidamente de un lado a otro, las mejillas colgaban como las de los borrachos^[99], las largas barbas eran rígidas y ralas y, si se hubiera tratado de asirlas, habría sido como si la mano se convirtiese en garra y no como si se agarrase una barba. Pero bajo las barbas —y este fue el verdadero descubrimiento que hizo K.— relucían insignias de diversos tamaños y colores, prendidas en las solapas. Todos tenían estas insignias, hasta donde podía ver. Todos pertenecían a lo mismo, los partidos aparentes de derecha e izquierda y, cuando se volvió de pronto, vio la misma insignia en la solapa del juez de instrucción que, con las manos en el regazo, miraba tranquilamente hacia abajo.

—¡Ah! —exclamó K., levantando los brazos en el aire; aquel súbito descubrimiento necesitaba espacio—. Vosotros sois todos funcionarios, según veo, sois la banda corrupta contra la que yo he hablado; os habéis metido aquí para oír y espiar, habéis aparentado que formabais partidos opuestos, y uno ha aplaudido para ponerme a prueba; queríais aprender cómo engañar a un inocente. Pues bien, espero que vuestra presencia no haya sido inútil: o acaso os habrá divertido que alguien esperase de vosotros la defensa de la inocencia, o bien... ¡Suéltame o te pego! —gritó K. a un anciano tembloroso que se le había acercado demasiado—, o acaso habéis aprendido realmente algo. Y con ello os deseo suerte en vuestro oficio.

Tomó rápidamente su sombrero, que estaba al borde de la mesa, y se abrió paso en medio del silencio general —en todo caso el silencio producido por la más completa sorpresa— hacia la salida. Pero el juez de instrucción pareció ser aún más rápido que K. pues lo estaba esperando junto a la puerta.

—Un momento —dijo; K. se detuvo, pero no miró al juez de instrucción sino a la puerta, cuyo picaporte había agarrado ya.

—Solo quería hacerle notar —dijo el juez de instrucción—, que hoy (es probable que aún no haya tenido conciencia de ello) ha perdido la ventaja que, en cualquier caso, representa un interrogatorio para el detenido.

K. se rio contemplando la puerta.

—Sinvergüenzas —gritó—, os regalo todos vuestros interrogatorios.

Abrió la puerta y bajó apresuradamente por las escaleras. Detrás de él se alzó el ruido de la asamblea, otra vez viva, que comenzó probablemente a discutir los incidentes, como una clase que comenta un texto^[100].

Capítulo V

EN LA SALA VACÍA. EL ESTUDIANTE. LAS OFICINAS.



Fotograma 7. Josef K. sufre un mareo en el tribunal. Fuente: *Le procès* (*El proceso*), Francia (1962). Dir. Orson Welles.



Fotograma 8. Rodia se desmaya en la comisaría. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie Rusia* (1969). Dir. Lev Kulizhanov.

Durante la semana siguiente, K. esperó, día tras día, una nueva citación; no podía creer que se hubiera tomado al pie de la letra su renuncia a los

interrogatorios, y cuando el sábado por la noche aún no había llegado la esperada citación, supuso que lo emplazaban tácitamente a acudir a aquella misma casa a la misma hora. Así pues, se dirigió allí otra vez el domingo, fue esta vez directamente por escaleras y pasillos, y algunas personas que se acordaban de él lo saludaron desde sus puertas, pero él no tuvo que preguntar a nadie y llegó pronto a la puerta que buscaba. Al llamar, le abrieron en seguida y, sin volverse a mirar a la mujer, ya conocida, que se quedó de pie junto a la puerta, quiso pasar inmediatamente a la habitación contigua.

—Hoy no hay sesión —dijo la mujer^[101].

—¿Por qué no debe haberla? —preguntó él, sin querer creerlo.

Pero la mujer lo convenció cuando abrió la puerta de la habitación contigua. Estaba realmente vacía y, en su vacuidad, parecía más lamentable aún que el domingo anterior. Sobre la mesa, que seguía como siempre en el estrado, había algunos libros.

—¿Puedo echar una ojeada a los libros? —preguntó K., no por curiosidad especial sino simplemente para que no fuera totalmente inútil su ida hasta allí.

—No —dijo la mujer, y volvió a cerrar la puerta—, no está permitido. Los libros pertenecen al juez de instrucción.

—Vaya —dijo K. con una inclinación de cabeza—, los libros son seguramente códigos, y es propio de la clase de justicia que aquí se tiene, sufrir condena no solo siendo inocente, sino permaneciendo además ignorante.

—Así será, —dijo la mujer, que no le había entendido del todo.

—Bueno, entonces me marcho —dijo K.

—¿Debo comunicar algo al juez de instrucción? —preguntó la mujer.

—¿Lo conoce? —preguntó K.

—Naturalmente —dijo la mujer—, mi marido es el juez del tribunal.

Solo entonces notó K. que la habitación, en la que la última vez sólo había una tina de lavar, era ahora un cuarto de estar totalmente amueblado. La mujer se dio cuenta de su asombro y dijo:

—Sí, aquí tenemos la vivienda gratis, pero tenemos que desocupar la habitación los días en que hay sesión. El puesto de mi marido tiene algunos inconvenientes.

—No me sorprende tanto la habitación —dijo K. mirándola con enojo—, como el hecho de que esté usted casada.

—¿Se refiere quizás al incidente de la última sesión, cuando interrumpí su discurso? —preguntó la mujer.

—Naturalmente —dijo K.—, hoy es cosa pasada y casi olvidada, pero en aquel momento me puse francamente furioso. Y ahora me dice usted misma que es una mujer casada.

—No le perjudicó que interrumpiera su discurso. Luego lo juzgaron de forma muy desfavorable.

—Puede ser —dijo K., eludiendo la cuestión—, pero eso no la disculpa.

—Me disculpa ante todos los que me conocen —dijo la mujer—, el que me abrazó el otro día lleva ya mucho tiempo persiguiéndome. Puede que, en general, yo no sea atractiva, pero para él lo soy. No hay manera de defenderse, e incluso mi marido se ha resignado ya; si quiere conservar su puesto, tiene que tolerarlo, porque ese hombre es estudiante y probablemente llegará a tener mucho poder. Anda siempre detrás de mí; precisamente acaba de irse en el momento en que usted llegó.

—Eso concuerda con todo lo demás —dijo K.—; no me sorprende.

—¿Es que quiere usted mejorar aquí algo? —preguntó la mujer lenta y cuidadosamente, como si dijera algo peligroso tanto para ella como para K—. Lo deduje ya de su discurso que, personalmente, me gustó mucho. De todas formas, solo oí una parte, me perdí el principio y durante el final yo estaba con el estudiante en el suelo. Todo es tan repugnante aquí —dijo tras una pausa, y tomó la mano de K—. ¿Cree que conseguirá introducir alguna mejora?

K. sonrió e hizo girar un poco su mano entre las suaves manos de ella.

—De hecho —dijo—, no estoy aquí para lograr mejoras, como usted dice, y si se lo dijera, por ejemplo, al juez de instrucción, se reiría de usted o la castigaría. En verdad no me habría mezclado en estas cosas por mi propia voluntad, y no me habría quitado el sueño jamás la necesidad de mejorar este tribunal. Pero como al parecer estoy detenido —en realidad estoy detenido—, me veo obligado a intervenir y debo hacerlo por propio interés. Pero, si además puedo serle útil en algo, lo haré naturalmente con mucho gusto. No solo por amor al prójimo, sino porque también usted puede ayudarme.

—¿Cómo podría hacerlo? —preguntó la mujer.

—Mostrándome, por ejemplo, los libros que están sobre la mesa.

—Claro que sí —exclamó la mujer, y lo arrastró con ella a toda velocidad.

Eran libros viejos, manoseados, una de las cubiertas estaba casi partida por la mitad y los pedazos se mantenían unidos por algunos hilos.

—Qué sucio está todo aquí —dijo K. sacudiendo la cabeza, y la mujer limpió superficialmente el polvo con su delantal antes de que K. pudiese echar mano a los libros.

K. abrió el primer libro y apareció un grabado indecente. Un hombre y una mujer estaban sentados desnudos en un sofá; la baja intención del dibujante era perfectamente reconocible, pero su falta de habilidad era tan grande que no se veía, al fin y al cabo, más que un hombre y una mujer que resaltaban con una corporeidad excesiva del resto del grabado; estaban sentados con una rigidez exagerada y, como consecuencia de una perspectiva equivocada, solo a costa de un gran esfuerzo se miraban. K. no siguió hojeando, sino que se limitó a abrir el segundo volumen en la página del título; era una novela titulada: *Los tormentos que tuvo que sufrir Grete de su marido Hans*.

—Estos son los códigos que se estudian aquí —dijo K—. Y estos son los hombres que habrán de juzgarme.

—Yo lo ayudaré —dijo la mujer—. ¿Quiere?

—¿Podría hacerlo realmente sin ponerse en peligro usted misma? Antes dijo que su marido dependía mucho de sus superiores.

—Lo ayudaré a pesar de todo —dijo la mujer—. Venga, tenemos que discutirlo. No me hable más del peligro que corro; solo temo el peligro cuando quiero temerlo. Venga.

Señaló el estrado y le pidió que se sentase con ella en el escalón.

—Tiene usted unos bonitos ojos oscuros —dijo ella después de que ambos se hubieron sentado, y miró desde abajo el rostro de K.—; dicen que yo también tengo ojos bonitos, pero los tuyos lo son mucho más. Por cierto, me llamaron la atención enseguida, cuando usted entró aquí por primera vez. Fueron también el motivo de que entrase después en la sala de sesiones, cosa que no hago nunca y que incluso, en cierto modo, me está prohibida.

«De manera que eso es todo —pensó K.—, se me está ofreciendo, está corrompida como todos los que la rodean, está harta de los funcionarios del tribunal, lo cual es comprensible, y por eso saluda a cualquier extraño haciéndole un cumplido sobre sus ojos». Y K. se levantó en silencio, como si hubiera expresado sus pensamientos en voz alta y aclarado así su conducta a la mujer.

—No creo que usted pueda ayudarme —dijo—. Para ayudarme realmente, habría que tener relaciones con altos funcionarios. Pero seguramente usted conoce solo a los empleados inferiores que andan por aquí en gran número. A esos los conoce sin duda muy bien y podría obtener de ellos muchas cosas, pero lo máximo que podría lograr sería completamente insignificante para el resultado final del proceso. Y usted habría perdido con ello algunos amigos. Eso no lo quiero. Continúe comportándose como hasta ahora con esa gente:

me parece que le es indispensable. Lo digo no sin pesar, pues, para corresponder de algún modo a su cumplido, también usted me gusta mucho, especialmente cuando, como ahora, me mira tristemente, para lo cual, por cierto, no hay motivo alguno. Usted pertenece a la organización que debo combatir, se encuentra muy bien entre ella, ama incluso al estudiante, y, si no le ama, lo prefiere al menos a su marido. Eso se puede deducir fácilmente de sus palabras.

—No —exclamó ella, permaneciendo sentada y limitándose a coger la mano de K., que este no pudo retirar lo bastante aprisa—. No puede irse ahora, no puede dejarme con un juicio falso sobre mí. ¿Sería realmente capaz de irse ahora? ¿Soy realmente tan insignificante que ni siquiera quiere darme el gusto de quedarse un ratito más?

—No me entiende —dijo K. sentándose—, si realmente quiere que me quede, me quedaré gustoso; tengo tiempo, ya que vine con la idea de que hoy había sesión. Con lo que le he dicho antes solo quería rogarle que no hiciera nada por mí en mi proceso. Pero tampoco eso tiene por qué ofenderla, si piensa que a mí no me importa en absoluto el resultado del proceso y que me reiría de cualquier condena, eso suponiendo que el proceso llegue a una conclusión real, cosa que dudo mucho. Creo más bien que, por pereza, olvido, o incluso por el miedo de los funcionarios, el proceso se ha suspendido ya o se suspenderá dentro de poco. Es posible de todas formas también que, con la esperanza de obtener un buen soborno, simulen continuar el proceso, de forma totalmente inútil, como puedo decirle ya, porque yo no soborno a nadie. De todas maneras, un favor que podría hacerme sería el de comunicar al juez de instrucción, o a cualquier otra persona a quien le guste divulgar noticias importantes, que jamás podré ser inducido a un soborno por ninguna de esas argucias que emplean en abundancia esos señores. Sería totalmente inútil, puede decírselo abiertamente. Por otra parte, tal vez ellos mismos se hayan dado cuenta, y aunque no fuera así, me importa muy poco que se den cuenta ahora. Con ello no haría más que ahorrar trabajo a estos señores, pero me causaría también algunas molestias, que sin embargo acepto gustoso si supiera que eso supone, al mismo tiempo, un golpe para los otros. Y de que así sea me encargaré yo. ¿Conoce de verdad al juez de instrucción?

—Naturalmente —dijo la mujer—, fue incluso el primero en quien pensé al ofrecerle ayuda. Yo no sabía que se trata solo de un funcionario subalterno, pero, si usted lo dice, probablemente así será. A pesar de ello, creo que la información que envía a sus superiores tiene cierta influencia. ¡Y escribe tantos informes! Usted dice que los funcionarios son perezosos, pero

seguramente no todos lo son, especialmente no este juez de instrucción: escribe muchísimo. El domingo pasado, por ejemplo, la sesión duró hasta la noche. Toda la gente se marchó, pero el juez de instrucción permaneció en la sala; tuve que traerle una lámpara; yo solo tenía una pequeña lámpara de cocina, pero él se dio por satisfecho y comenzó enseguida a escribir. Entretanto había llegado mi marido, que precisamente estaba de franco ese domingo, trajimos los muebles, arreglamos de nuevo nuestra habitación, luego vinieron algunos vecinos, estuvimos conversando a la luz de una vela, en pocas palabras, nos olvidamos del juez de instrucción y nos fuimos a dormir. De pronto, en medio de la noche, debía ser ya muy tarde, me desperté, junto a mi cama está el juez de instrucción. Cubre la lámpara con la mano para que la luz no caiga sobre mi marido; una precaución innecesaria porque mi marido duerme de tal modo que la luz no hubiera podido despertarlo. Yo estaba tan asustada que estuve a punto de gritar, pero el juez de instrucción fue muy amable, me exhortó a ser prudente, me susurró que había estado escribiendo hasta entonces y que ahora me devolvía la lámpara, y que nunca olvidaría el aspecto que yo tenía cuando me encontró dormida. Con todo eso solo quería decirle que el juez de instrucción escribe realmente muchos informes, especialmente sobre usted, pues su interrogatorio fue sin duda uno de los casos principales de la sesión del domingo. Esos largos informes, sin embargo, no pueden dejar de tener alguna importancia. Además, por ese incidente puede ver también que el juez de instrucción me pretende y que, en estos primeros tiempos, pues solo ahora ha fijado su atención en mí, puedo tener una gran influencia sobre él. De que le importo mucho tengo ahora también otras pruebas. Ayer a través del estudiante, que es su confidente y colaborador, me envió como regalo unas medias de seda, supuestamente porque limpio la sala de sesiones, pero eso es solo un pretexto, porque ese trabajo es mi obligación y a mi marido le pagan por él. Son unas bonitas medias, mire —estiró las piernas, se levantó las faldas hasta las rodillas y ella misma miró las medias—, son unas medias bonitas, pero en realidad demasiado finas y poco apropiadas para mí.

De pronto se interrumpió, puso su mano en la mano de K., como si quisiera tranquilizarlo, y susurró:

—¡Silencio, Berthold nos mira!

K. levantó lentamente la vista. En la puerta de la sala de sesiones había un joven; era pequeño, no tenía las piernas totalmente derechas e intentaba darse un aspecto digno mediante una barba rojiza, corta y poco poblada, en la que metía los dedos continuamente. K. lo miró con curiosidad, era el primer

estudiante de aquella ciencia jurídica desconocida que encontraba, por decirlo, así en persona, un hombre que probablemente llegaría también a ocupar altos puestos oficiales. El estudiante, en cambio, parecía no ocuparse en absoluto de K.; con un dedo que sacó unos instantes de la barba, hizo una seña a la mujer y se encaminó a la ventana; la mujer se inclinó hacia K. y susurró:

—No se enfade conmigo, se lo ruego una y mil veces; no vaya tampoco a pensar mal de mí, ya que ahora tengo que irme con él, con ese hombre horrible, mire sus piernas torcidas. Pero vuelvo en seguida y entonces me iré con usted, si me acepta; iré a donde usted quiera, podrá hacer conmigo lo que quiera, seré feliz si puedo estar lejos de aquí el mayor tiempo posible, y mejor que fuese para siempre.

Acarició aún la mano de K., se levantó de un salto y corrió a la ventana. Involuntariamente, K. buscó aún la mano de ella en el vacío. La mujer le atraía de verdad y a pesar de todas sus reflexiones, no encontraba una razón valedera para no ceder a esa atracción. Rechazó sin esfuerzo la fugaz objeción de que la mujer le estaba seduciendo por encargo del tribunal. ¿De qué forma podía atraparlo? ¿Acaso no seguiría estando libre para poder destruir en un momento toda esa justicia, por lo menos en lo que a él concernía? ¿No podía tener esa mínima confianza en sí mismo? Y el ofrecimiento de ayuda que ella le había hecho sonaba sincero y tal vez no carecía de valor. Posiblemente no había mejor venganza contra el juez de instrucción y su pandilla que quitarles aquella mujer y llevársela consigo. Entonces podía darse el caso de que, después de trabajar fatigosamente en informes mentirosos sobre K., el juez de instrucción, a medianoche, encontrase vacía la cama de la mujer. Vacía porque ella pertenecía a K., porque aquella mujer de la ventana, aquel cuerpo opulento, flexible, cálido, dentro de un vestido oscuro de tela basta y pesada, solo pertenecía a K.

Después de haber apartado de esa forma sus dudas hacia la mujer, le pareció demasiado largo el diálogo en voz baja frente a la ventana; empezó a golpear con los nudillos en el estrado y luego con el puño. El estudiante miró brevemente a K. por encima del hombro de la mujer, pero no se dejó interrumpir, e incluso se pegó al cuerpo de ella y la abrazó. Ella inclinó profundamente la cabeza, como si le escuchase con atención, y él la besó ruidosamente en el cuello cuando ella se inclinaba, sin interrumpir esencialmente lo que decía. K., vio en eso confirmada la tiranía que, según se había quejado la mujer, ejercía el estudiante sobre ella, se puso en pie y fue de un lado a otro por la habitación. Lanzando miradas de reojo al estudiante,

reflexionaba cómo podría deshacerse de él lo más rápidamente posible, y por eso no le desagrado que el estudiante, visiblemente molesto por los paseos de K., que degeneraban a veces en zapateo, observara:

—Si está impaciente puede marcharse. Hubiera podido marcharse antes, nadie lo habría echado de menos. Sí, hubiera debido irse, justamente a mi llegada, y a toda prisa.

Aunque aquella observación pudiese expresar quizá toda la rabia imaginable, también había en ella la arrogancia del futuro funcionario de la justicia que se dirigía a un acusado repulsivo. K. se detuvo muy cerca de él y dijo sonriendo:

—Estoy impaciente, es verdad, pero la mejor manera de calmar esa impaciencia será que usted nos deje. Pero si acaso ha venido quizás para estudiar —he oído que es estudiante— con gusto le dejaré el campo libre y me iré con la mujer. Por lo demás, tendrá usted que estudiar aún mucho antes de llegar a juez. No conozco muy bien todavía su jurisprudencia, pero supongo que, a pesar de los discursos groseros que usted sabe pronunciar con tanta facilidad y desvergüenza, todavía le queda mucho que aprender.

—No debían haberle dejado andar por ahí tan libremente —dijo el estudiante, como si quisiera dar a la mujer una explicación por el insultante discurso de K.—, fue un error. Se lo he dicho al juez de instrucción. Entre los interrogatorios se lo hubiera debido mantener al menos en su habitación. El juez de instrucción es a veces incomprendible^[102].

—Palabras inútiles —dijo K., alargando la mano hacia la mujer—. Venga.

—Ah —dijo el estudiante—, no, no, no la tendrá usted —y con una fuerza que nadie le hubiese atribuido, levantó a la mujer con un brazo y, con la espalda doblada, la llevó hacia la puerta mirándola tiernamente.

Que sentía cierto miedo de K. resultaba inequívoco, pero se atrevió a irritarlo más aún, acariciando y apretando con la mano libre el brazo de la mujer. K. dio unos pasos a su lado, dispuesto a agarrarlo y hasta, si era necesario, a estrangularlo, pero entonces la mujer dijo:

—Es inútil, el juez de instrucción me manda a buscar, no puedo ir con usted y este pequeño monstruo —al decirlo pasó la mano por la cara al estudiante—, este pequeño monstruo no me deja.

—Y usted no quiere que la liberen —gritó K., poniendo la mano en el hombro del estudiante, que trató de morderla.

—No —exclamó la mujer, y rechazó a K. empujándolo con ambas manos —. No, no, eso no, ¡qué se ha creído! Sería mi perdición. Déjelo, por favor,

déjelo. Él no hace sino cumplir órdenes del juez de instrucción y me conduce a él.

—Entonces lo suelto y a usted no quiero verla más —dijo K., furioso por el desengaño, y dio al estudiante un golpe en la espalda que lo hizo tambalearse unos instantes, para enseguida, contento de no haberse caído, saltar a mayor altura con su carga que antes.

K. los siguió lentamente con la vista, comprendiendo que aquella era la primera derrota indiscutible que le infligía aquella gente. Naturalmente, no había motivo alguno para atemorizarse; había sido derrotado solo porque había buscado la lucha. Si permanecía en su casa y llevaba su vida habitual, era mil veces superior a toda aquella gente y podía apartar de un puntapié a cualquiera de ellos de su camino. Y se imaginó la ridículísima escena que se produciría, por ejemplo, si aquel estudiante lastimoso, aquel niño engréido, aquel barbudo patizambo se arrodillase junto a la cama de Elsa y, con las manos juntas, le pidiese clemencia. A K. le gustó tanto la idea que decidió, si se presentaba alguna ocasión para ello, llevar alguna vez al estudiante a la casa de Elsa.

Por curiosidad, K. corrió aún hacia la puerta, quería ver adonde era conducida la mujer, porque el estudiante no podía transportarla en brazos por las calles. Resultó que el camino era muy breve. Directamente enfrente de la puerta de entrada arrancaba una estrecha escalera de madera que probablemente conducía a la buhardilla; la escalera daba una vuelta y no se veía el final. Por aquella escalera llevaba el estudiante a la mujer, ya muy lentamente y gimiendo, pues la carrera anterior lo había debilitado. La mujer saludó con la mano a K., que estaba abajo, y trató de dar a entender, encogiéndose de hombros, que no tenía la culpa de aquel rapto, pero ese gesto no evidenciaba demasiada pena. K. la miraba sin expresión, como a una extraña, no quería mostrarse decepcionado ni que podía superar fácilmente su decepción.

Los dos habían desaparecido ya, pero K. seguía aún en la puerta. Tenía que suponer que la mujer no solo le había engañado, sino que también le había mentido al decirle que la llevaban ante el juez de instrucción. El juez de instrucción no estaría en la buhardilla esperándola sentado. La escalera de madera no aclaraba nada, por mucho que uno la mirase. Entonces K. advirtió una pequeña hoja de papel junto a la entrada, fue hasta allí y leyó en una caligrafía infantil y torpe: «Subida a las oficinas del Tribunal». ¿En la buhardilla de aquella casa de alquiler estaban, pues, las oficinas del tribunal? No era una instalación que pudiese infundir mucho respeto, y para un acusado

resultaba tranquilizador imaginar los pocos medios económicos de que debía disponer aquel tribunal, si instalaba sus oficinas en el mismo lugar en que los inquilinos, pertenecientes ellos mismos a las clases más pobres, arrojaban sus trastos inútiles. De todos modos, no se podía descartar la posibilidad de que hubiera dinero suficiente, y que los funcionarios se lanzasen sobre él antes de que fuera usado en asuntos judiciales. Aquello, según la experiencia anterior de K., era incluso muy probable, solo que semejante corrupción del tribunal no dejaba de ser humillante para un acusado; pero en el fondo era más tranquilizadora que la supuesta pobreza del tribunal. Entonces K. comprendió también que en el primer interrogatorio tuvieran vergüenza de citar al acusado en la buhardilla y prefiriesen molestarlo en su vivienda. En qué situación se encontraba K. frente al juez, que se instalaba en una buhardilla, mientras que él mismo tenía un gran despacho en el banco con una antesala, y podía por una inmensa ventana contemplar la animada plaza de abajo. Por otra parte, él no tenía ingresos supplementarios por sobornos o malversaciones, y tampoco podía hacer que un ujier le llevase en brazos una mujer al despacho. Pero K., al menos en esta vida, renunciaba a ello de buena gana.

K. estaba todavía parado ante el letrero cuando un hombre subió la escalera, miró al cuarto de estar a través de la puerta abierta, desde la que se veía la sala de sesiones, y finalmente preguntó a K. si no había visto por allí a una mujer hacía poco.

—¿Es usted el ujier, no? —preguntó K.

—Sí —dijo el hombre—. Ah, usted es el acusado K., ahora lo reconozco. Sea bienvenido. —Y tendió la mano a K., que no lo esperaba en absoluto—. Pero hoy no hay anunciada ninguna sesión —dijo entonces el ujier, mientras K. guardaba silencio.

—Lo sé —dijo K., y observó la chaqueta de paisano del ujier, que mostraba como único distintivo, a más de algunos botones ordinarios, dos botones dorados que parecían arrancados de algún viejo abrigo de oficial—. Hace un momento he hablado con su mujer. Ya no está aquí. El estudiante se la ha llevado al juez de instrucción.

—Ya ve —dijo el ujier—, siempre me la quitan. Hoy es domingo y no estoy obligado a trabajar, pero solo para alejarme de aquí me envían a hacer cualquier notificación inútil. Y no me envían muy lejos, para que tenga esperanzas de volver a tiempo si me apresuro mucho. De ahí que corro todo lo que puedo, grito mi mensaje por la puerta entreabierta de la oficina a la que me han enviado, tan sin aliento que apenas me entenderán, y regreso corriendo, pero el estudiante se ha dado más prisa aún que yo, aunque es

verdad que tenía que hacer un camino más corto, solo tenía que bajar corriendo la escalera de la buhardilla. Si no dependiera tanto de mi puesto, hace ya mucho que habría estrellado al estudiante contra la pared. Aquí, junto al letrero. Siempre sueño con eso. Aquí, un poco por encima del suelo, se queda aplastado, con los brazos extendidos, los dedos separados, las piernas torcidas formando un círculo, y salpicaduras de sangre a su alrededor. Pero hasta ahora solo ha sido un sueño.

—¿No hay otro medio? —preguntó K. sonriendo.

—No conozco ninguno —dijo el ujier—. Y ahora será todavía peor; hasta ahora solo se la llevaba para él, pero ahora se la lleva también al juez de instrucción, cosa que por otra parte hacía tiempo que yo esperaba.

—Y su mujer, ¿no tiene ninguna culpa? —preguntó K.; tuvo que dominarse al hacer esa pregunta, hasta tal punto se sentía atormentado también él ahora por los celos.

—Claro que sí —dijo el ujier—, incluso tiene la mayor culpa. Fue ella quien se prendó de él. En cuanto a él, corre tras todas las mujeres. Solo en esta casa lo han echado ya de cinco viviendas en las que se había metido. De todas formas, mi mujer es la más bonita de toda la casa, y precisamente yo no puedo defenderme.

—Si es así, nada hay que hacer, evidentemente —dijo K.

—¿Por qué no? —preguntó el ujier—. Un día, cuando quisiera tocar a mi mujer, tendría que darle tal paliza a ese estudiante, que es un cobarde, que no volvería a hacerlo nunca más. Pero yo no puedo hacerlo, y los demás no van a hacerme este favor, porque todos temen su poder. Solo un hombre como usted podría hacerlo.

—¿Por qué precisamente yo? —preguntó K. asombrado.

—Porque usted está acusado —dijo el ujier.

—Sí —dijo K.—, pero por eso tendría que temerlo, ya que, aunque quizás no pueda influir en el desenlace del proceso, probablemente puede hacerlo en la investigación previa.

—Sí, desde luego —dijo el ujier, como si la opinión de K. fuese tan cierta como la suya—. Pero entre nosotros, por regla general, no se inician procesos que no tengan salida.

—No soy de su opinión —dijo K.—, pero esto no me impedirá ocuparme del estudiante cuando llegue la ocasión.

—Le quedaría muy agradecido, —dijo el ujier algo ceremonioso, aunque no parecía creer que su deseo fuera a cumplirse.

—Y es muy posible —prosiguió K.—, que también otros de sus funcionarios, tal vez todos, merecieran lo mismo.

—Sí, sí —dijo el ujier, como si se tratase de algo evidente. Luego miró a K. con una mirada llena de confianza, lo que hasta entonces no había hecho a pesar de toda su amabilidad, y añadió—: Uno se rebela siempre. —Pero parecía que la conversación se le había hecho un poco molesta, porque la cortó diciendo—: Ahora tengo que presentarme en la secretaría. ¿Quiere acompañarme?

—No tengo nada que hacer allí —dijo K.

—Puede ver las oficinas. Nadie se ocupará de usted.

—¿Acaso merece la pena verlas? —preguntó K. vacilante, aunque tenía muchas ganas de acompañarlo.

—Bueno —dijo el ujier—, pensé que le interesaría.

—De acuerdo —dijo finalmente K.—, iré con usted —y subió las escaleras más aprisa que el ujier.

Al entrar, estuvo a punto de caerse, ya que detrás de la puerta había otro escalón.

—No tienen mucha consideración con el público —dijo.

—No tienen ninguna clase de consideración —dijo el ujier—, basta con que mire la sala de espera.

Era un largo corredor con una serie de puertas mal acabadas, que daban acceso a las distintas oficinas de la buhardilla. Aunque la luz no daba allí directamente, no estaba por completo oscuro, porque algunas secciones no estaban separadas del corredor por puertas de una sola tabla, sino simplemente por rejas de madera que, por otra parte, llegaban hasta el techo a través de los cuales entraba alguna luz y por los que se podía ver también a algunos empleados que escribían en mesas o que permanecían de pie junto a las rejas y miraban por los intersticios a la gente que esperaba en el corredor. Seguramente por ser domingo, en el corredor había poca gente. Causaban una impresión muy modesta. Estaban sentadas a intervalos casi regulares, en dos filas de largos bancos de madera, dispuestos a cada lado del corredor. Todas vestían con descuido, aunque la mayoría, a juzgar por la expresión de su rostro, su actitud, el corte de barba y otros muchos pequeños detalles apenas perceptibles, pertenecían a las clases altas. Como no había perchas, habían puesto los sombreros debajo del banco, probablemente siguiendo cada uno el ejemplo del otro. Cuando los que se sentaban más cerca de la puerta vieron a K. y al ujier, se levantaron para saludar; como los siguientes lo vieron, creyeron que debían saludar también, de forma que todos se levantaron al

pasar los dos. Nunca estaban totalmente erguidos: mantenían la espalda inclinada, las rodillas dobladas, y permanecían allí como mendigos callejeros. K. esperó un momento al ujier, que iba un poco por detrás de él, y dijo:

—Qué humillados deben de estar.

—Sí —dijo el ujier—, son acusados, todos los que ve aquí son acusados.

—¿De veras? —dijo K.—. Entonces son colegas míos. —Y se volvió al más próximo, un hombre alto, flaco, de cabello ya casi gris—: ¿Qué espera usted aquí? —preguntó K. cortésmente.

Esta inesperada interrupción confundió al hombre, lo que resultó más lamentable aún por el hecho de tratarse evidentemente de un hombre de mundo, que en otro lugar hubiera sabido sin duda dominarse y no habría renunciado fácilmente a una superioridad ganada sobre muchos. Pero aquí, no sabía contestar a una pregunta tan sencilla, y miraba a los otros, como si estuvieran obligados a ayudarlo y como si nadie pudiera esperar de él una respuesta si le faltaba esa ayuda. Entonces se acercó el ujier, y dijo al hombre para darle ánimo:

—Este señor solo le pregunta qué espera. ¡Respóndale, pues!

La voz del ujier, probablemente conocida por él, produjo mejor resultado:

—Yo espero —comenzó, y se detuvo.

Sin duda había elegido ese comienzo para responder con toda precisión a la pregunta formulada, pero no encontró la continuación. Algunos de los que esperaban se habían acercado y rodearon al grupo; el ujier les dijo:

—Apártense, apártense, despejad el corredor.

Retrocedieron un poco, pero no a sus asientos anteriores. Mientras tanto, el interpelado se había rehecho y respondió incluso con una leve sonrisa:

—Hace un mes presenté unas pruebas sobre mi caso y espero la resolución.

—Parece usted esforzarse mucho —dijo K.

—Sí —dijo el hombre—, se trata de mi caso.

—No todos piensan como usted —dijo K.—. Yo, por ejemplo, también estoy acusado, pero tan cierto como que quiero ir al cielo, nunca he presentado una sola prueba ni he hecho nada por el estilo. ¿Lo considera necesario?

—No lo sé muy bien —dijo el hombre, de nuevo completamente inseguro; creía evidentemente que K. se estaba burlando de él, de ahí que, por miedo a cometer algún nuevo error, hubiese preferido probablemente repetir su respuesta anterior, pero ante la mirada impaciente de K. se limitó a decir—: En lo que me concierne, sí he presentado pruebas.

—¿No cree que yo sea un acusado? —preguntó K.

—Claro que sí —dijo el hombre, echándose un poco a un lado, pero en la respuesta no había fe, sino solo miedo.

—¿Así que no me cree? —preguntó K. y, provocado inconscientemente por la humildad del hombre, lo agarró del brazo como si quisiera obligarlo a creer.

Aunque no quiso hacerle daño y solo le tocó muy levemente, el hombre se puso a gritar como si K. no lo hubiera cogido con dos dedos sino con unas tenazas al rojo. Aquellos gritos ridículos acabaron definitivamente con la paciencia de K.; si no creían que era un acusado, tanto mejor; tal vez lo hubiese tomado incluso por un juez. Y entonces, como despedida, lo agarró efectivamente con más fuerza, lo empujó hacia el banco y prosiguió su camino.

—La mayoría de los acusados son así de sensibles —dijo el ujier.

Detrás de ellos se estaban congregando ahora alrededor del hombre que ya había dejado de gritar, y parecían interrogarle con detalle sobre el incidente. Entonces vino hacia K. un guardián, reconocible principalmente por un sable, cuya vaina, al menos por el color, estaba hecha de aluminio. K. se asombró de ello e incluso la tocó con la mano. El guardián, que había acudido a causa de los gritos preguntó qué había ocurrido. El ujier trató de tranquilizarlo con unas palabras, pero el guardián dijo que tenía que comprobar las cosas personalmente, saludó y continuó su camino con pasos muy rápidos pero muy breves, probablemente a consecuencia de la gota.

K. no se preocupó mucho tiempo de él ni de la gente del corredor, especialmente porque hacia la mitad de este vio la posibilidad de doblar a la derecha por una abertura sin puerta. Consultó con el ujier sobre si era el buen camino, el ujier asintió con la cabeza y K. dio media vuelta para entrar. Le resultaba molesto tener que ir siempre uno o dos pasos delante del ujier; al menos en aquel lugar podía dar la impresión de que le llevaban detenido. Por eso se detenía con frecuencia a esperar al ujier, pero este volvía a quedarse enseguida atrás. Finalmente, K., para poner fin a su malestar, dijo:

—Ya he visto el aspecto que tiene todo esto. Ahora quisiera marcharme.

—Todavía no lo ha visto todo —dijo el ujier con toda inocencia.

—No quiero verlo todo —dijo K., que, por lo demás, se sentía realmente cansado—, quiero irme, ¿por dónde se va a la salida?

—No me diga que se ha extraviado ya —dijo el ujier asombrado—; vaya por aquí hasta la esquina y luego a la derecha, directo por el corredor hasta la puerta.

—Venga conmigo —dijo K.—. Enséñeme el camino; si no, me extraviaré: hay muchos caminos aquí.

—Es el único camino —dijo el ujier con tono de reproche—, no puedo regresar con usted, tengo que llevar todavía un mensaje y ya he perdido mucho tiempo por su culpa.

—Venga conmigo —repitió K. ahora de un modo más áspero, como si por fin hubiera sorprendido al ujier en una mentira.

—No grite de esta forma —susurró el ujier—, aquí hay oficinas por todas partes. Si no quiere regresar solo, venga conmigo un trecho más o espere aquí hasta que haya cumplido mi encargo, y entonces tendré mucho gusto en regresar con usted.

—No, no —dijo K.—, no quiero esperar y usted vendrá conmigo ahora.

K. no se había detenido aún a mirar la estancia donde se encontraba; solo cuando se abrió una de las muchas puertas de madera que había alrededor, miró hacia allí.

Apareció una muchacha, sin duda atraída por la fuerte voz de K., y le preguntó:

—¿Qué desea el señor?

Detrás de ella, a lo lejos, se podía ver en la penumbra a un hombre que se acercaba. K. miró al ujier. Este había dicho que nadie se ocuparía de K., y ahora venían ya dos; faltaba poco para que todos los funcionarios se fijasen en él y quisieran una explicación de su presencia. La única comprensible y aceptable sería la de que él era un acusado y quería saber la fecha del próximo interrogatorio, pero esta era precisamente la explicación que no quería dar, especialmente porque no se ajustaba a la verdad, ya que solo había venido por curiosidad o, lo que todavía era más improbable aún como explicación, por el deseo de comprobar que el interior del tribunal era tan repugnante como su exterior. Y en verdad parecía tener razón al suponerlo así; no quería continuar entrando; se sentía ya suficientemente deprimido por lo que había visto hasta el momento; no estaba precisamente en condiciones de hacer frente a ningún alto funcionario, que podía surgir de cualquier puerta; quería irse, con el ujier, o solo, si era necesario.

Pero su presencia muda e inmóvil debía de llamar la atención, y efectivamente la muchacha y el ujier lo miraban realmente como si en el próximo minuto tuviese que producirse en él una gran transformación que no quisieran dejar de observar^[103]. Y en el umbral de la puerta estaba el hombre que K. había visto antes a lo lejos; se agarraba firmemente al dintel de aquella puerta baja y se balanceaba un poco sobre las puntas de los pies como un

espectador impaciente. Pero la muchacha fue la primera en darse cuenta de que el comportamiento de K. se debía a un ligero malestar; trajo una silla y le preguntó:

—¿No quiere sentarse? —K. se sentó inmediatamente y, para sostenerse mejor, apoyó los codos en los brazos de la silla—. Tiene un poco de mareo, ¿no? —le preguntó ella^[104]. —Él sentía ahora muy cerca el rostro de la muchacha, que tenía esa expresión dura que suelen tener algunas mujeres que están precisamente en su más hermosa juventud—. No se preocupe —dijo ella—, eso no es raro aquí, casi todo el mundo sufre uno de estos ataques cuando entra por primera vez. ¿Es la primera vez que está aquí? Pues entonces no es nada, no tiene nada de extraordinario. El sol da de lleno en el tejado, y la madera caliente hace el aire denso y pesado. Por eso el lugar no es muy apropiado para oficinas, por grandes que sean las ventajas que, al margen de esto, ofrece. Pero en lo que se refiere al aire, los días de mucha concurrencia, y son casi todos, apenas es respirable^[105]. Si piensa además que aquí muchas veces tienden la ropa para que se seque —no podemos prohibírselo del todo a los inquilinos—, no se extrañará de sentirse un poco mareado. Pero uno acaba acostumbrándose muy bien a este aire. Cuando vuelva por segunda o tercera vez, apenas sentirá ya la opresión. ¿Se siente ya mejor?

K. no respondió, le resultaba penoso estar a merced de aquella gente a causa de su debilidad súbita, y, además, como ahora sabía las causas de su malestar, no se sentía mejor, sino incluso algo peor. La muchacha se dio cuenta enseguida; para refrescar un poco a K. tomó una pértiga que estaba apoyada sobre la pared y abrió con ella un pequeño tragaluz que estaba justamente encima de K. y que se abría al aire libre. Pero cayó tanto hollín que la muchacha tuvo que cerrar enseguida otra vez el tragaluz y limpiar con su pañuelo el hollín que cubría las manos de K., porque K. estaba demasiado cansado para hacerlo por sí mismo. Le habría gustado quedarse allí sentado tranquilamente hasta tener las fuerzas suficientes para marcharse, lo cual podría ocurrir mucho antes, si no se ocuparan tanto de él. Por añadidura, la muchacha dijo:

—Aquí no puede quedarse, estamos obstruyendo la circulación. —K. preguntó con la mirada qué circulación podía obstruir en aquel lugar—. Si usted quiere, le llevaré a la enfermería. Ayúdeme, por favor —dijo al hombre de la puerta, quien de inmediato se acercó.

Pero K. no quería ir a la enfermería; precisamente quería evitar que lo llevaran más lejos; cuanto más lejos fuera, peor sería para él.

—Ya puedo andar —dijo, y se levantó temblando, mal acostumbrado por aquel cómodo asiento. Pero entonces no pudo sostenerse en pie^[106]. No puedo —dijo meneando la cabeza, y volvió a sentarse con un suspiro.

Se acordó del ujier, que a pesar de todo podía llevarlo fácilmente afuera, pero parecía haberse ido hacía tiempo; K. miró por entre la muchacha y el hombre que estaban ante él, pero no pudo encontrar al ujier.

—Creo —dijo el hombre, que por lo demás vestía con elegancia y llamaba la atención sobre todo por un chaleco gris terminado en dos puntas agudas—, [107] que el malestar del señor se debe a la atmósfera de aquí; por eso lo mejor para él, y lo que él preferirá también, es que no le llevemos a la enfermería, sino que le saquemos de las oficinas.

—Eso es —exclamó K. y, de pura alegría casi interrumpió las palabras del hombre—, seguro me sentiré mejor enseguida; además, tampoco estoy tan débil, solo necesito que me sostengan un poco por las axilas, no les daré mucho trabajo y tampoco es tan largo el camino, llévenme solo hasta la puerta, me sentaré un momento en los escalones y enseguida me repondré, la verdad es que nunca he sufrido este tipo de ataques, yo mismo estoy sorprendido. Soy funcionario también y estoy acostumbrado al aire de las oficinas, pero este de aquí parece demasiado viciado, ustedes mismos lo han dicho. Tengan, pues, la amabilidad de guiarme un poco, me dan mareos y me siento mal si me levanto solo. —Y alzó los hombros, para que los dos pudiesen agarrarle más fácilmente por debajo de los brazos^[108].

Pero el hombre no atendió su petición, sino que mantuvo tranquilamente las manos en los bolsillos y se rio en voz alta:

—Ya ve —dijo a la muchacha—, he dado en el clavo. El señor solo se siente mal aquí, no en general.

La muchacha se rio también, pero golpeó ligeramente al hombre en el brazo con las yemas de los dedos, como si este se hubiese permitido gastarle a K. una broma demasiado pesada.

—Pero, ¿qué se había imaginado usted? —dijo el hombre sin dejar de reír —, claro que voy a llevar afuera al señor.

—Entonces está bien —dijo la muchacha, inclinando unos instantes su delicada cabeza—. No dé demasiada importancia a estas risas —dijo la muchacha a K., que, otra vez triste, miraba fijamente ante sí y no parecía necesitar ninguna explicación—, este señor, ¿puedo presentárselo? —el señor dio su consentimiento con un ademán—, este señor es el informador. Da a los clientes que esperan todas las informaciones que necesitan, y, como nuestro tribunal no es muy conocido entre la población, se le piden muchas

informaciones. Conoce la respuesta a todas las preguntas; si alguna vez tiene ganas, puede ponerle a prueba. Pero este no es su único mérito; el segundo mérito es ese atuendo elegante^[109]. Nosotros, es decir los funcionarios, hemos pensado que el encargado de información, que es siempre el primero que trata con las partes interesadas, tenía que vestir elegantemente, para dar una primera impresión digna. Los demás, como puede ver enseguida por mí, vamos por desgracia muy mal vestidos y de forma pasada de moda^[110], tampoco tiene mucho sentido gastar dinero en ropa, ya que estamos casi permanentemente en las oficinas; hasta dormimos aquí. Pero, como le he dicho, consideramos necesario que el encargado de información llevase trajes bonitos. Sin embargo, como nuestra administración, que en ese aspecto es un poco singular, no quiso hacerse cargo de los gastos, hicimos una colecta —también los clientes contribuyeron— y le compramos este hermoso traje y otros más. Todo estaría ahora perfectamente preparado para causar una buena impresión, pero su risa lo arruina todo ya que asusta a la gente.

—Así es —dijo el señor burlonamente—, pero no comprendo señorita, por qué cuenta a este señor todas nuestras intimidades o, mejor, se las impone, porque él no quiere saber nada. No tiene más que mirarle para comprobar que, evidentemente, solo está preocupado por sus propios asuntos.

K. no tenía ganas de contradecirle, la intención de la muchacha podía ser buena, acaso trataba de distraerlo o darle la posibilidad de recuperarse, pero el medio era equivocado.

—Tenía que explicarle su risa —dijo la muchacha—. Era muy ofensiva.

—Creo que perdonaría ofensas peores si de una vez lo saco de aquí.

K. no dijo nada, ni siquiera levantó la vista; toleraba que los dos hablasen de él como de una cosa, incluso lo prefería así. Pero de pronto sintió la mano del informador en un brazo y la mano de la muchacha en el otro.

—Bueno, arriba, hombre débil —dijo el informador.

—Muchas gracias a los dos —dijo K., agradablemente sorprendido.

Se levantó lentamente y él mismo guio a aquellas manos ajenas a los lugares donde necesitaba más apoyo.

—Puede parecer —dijo la muchacha en voz baja al oído de K., mientras se aproximaban al corredor—, como si yo tuviera mucho interés en presentar al encargado de información bajo una luz favorable, pero tiene que creerme, solo pretendo decir la verdad. No es duro de corazón. No está obligado a acompañar al exterior a los encausados enfermos, y sin embargo lo hace, como usted ve. Quizá ninguno de nosotros sea duro de corazón, quizás a todos nos gustaría ayudar de buena gana, pero como funcionarios del tribunal,

podemos causar fácilmente la impresión de tener el corazón duro y de no querer ayudar a nadie. Yo sufro realmente por eso^[111].

—¿No quiere sentarse aquí un poco? —preguntó el informador; estaban ya en el corredor y precisamente delante del acusado al que K. había interpelado antes.

K. casi se avergonzó ante él; antes había estado tan erguido en su presencia y ahora tenían que sostenerlo entre dos, su sombrero era sostenido por el informador, que lo balanceaba entre los dedos extendidos, se le había deshecho el peinado y los cabellos le caían sobre su frente sudorosa. Pero el acusado parecía no darse cuenta de nada; humildemente, permanecía de pie ante el informador, que apenas le miró y solo trataba de disculpar su presencia^[112].

—Ya sé —dijo—, que hoy no pueden darme aún una respuesta a mis solicitudes. Sin embargo, he venido porque pensé que podía esperar aquí; es domingo, tengo tiempo y aquí no molesto a nadie.

—No tiene por qué disculparse tanto —dijo el informador—, su preocupación es muy loable; aunque aquí, desde luego, ocupa innecesariamente un lugar, pero mientras no me molesten a mí, no voy a impedirle que siga el curso de su asunto. Cuando uno ha visto a gente que descuida de un modo vergonzoso su deber, uno aprende a tener paciencia con gente como usted. Siéntese.

—Cómo sabe hablar con los acusados —susurró la muchacha.

K. asintió, pero enseguida se sobresaltó cuando el informador volvió a preguntarle:

—¿No quiere sentarse aquí?

—No —dijo K.—, no quiero descansar.

Lo había dicho con la mayor decisión posible, aunque en realidad le hubiera hecho mucho bien sentarse; estaba como mareado. Creía estar en un barco en medio de una fuerte marejada. Le parecía que el agua se lanzaba contra las paredes de madera, que venía del fondo del corredor un estruendo como de aguas que rompieran, y que el corredor se balanceaba de un lado a otro y los acusados que esperaban a ambos lados se alzaban y hundían^[113]. Tanto más incomprendible era la calma de la muchacha y del hombre que lo llevaban. Estaba en sus manos; si lo soltaban, caería como una tabla. De los pequeños ojos de ellos partían miradas penetrantes a uno y otro lado. K. sentía sus pasos regulares sin poder seguirlos, porque casi tenían que levantarla a cada paso. Finalmente se dio cuenta de que le hablaban, pero no los entendía;

solo oía el ruido que todo lo llenaba, y a través del cual parecía sonar un tono más alto e invariable, como el de una sirena.

—Más alto —murmuró con la cabeza baja, y se avergonzó, porque sabía que habían hablado suficientemente alto, aunque él no hubiese comprendido lo que decían.

Entonces, como si la pared se hubiera abierto delante de él, sintió una ráfaga de aire fresco y oyó que decían a su lado:

—Primero quiere marcharse, pero luego le dice uno cien veces que aquí está la salida y no se mueve.

K. se dio cuenta de que estaba frente a la puerta de salida, que la muchacha había abierto. Le pareció recuperar de golpe todas sus fuerzas^[114] y, para tener un gusto anticipado de la libertad conquistada, puso el pie inmediatamente en un escalón y se despidió desde allí de sus acompañantes, que se inclinaban hacia él.

—Muchas gracias —repitió, les estrechó repetidas veces las manos y solo los soltó cuando creyó ver que ellos, acostumbrados al aire de las oficinas, soportaban mal el aire relativamente fresco que venía de la escalera.

Apenas podían responder, y tal vez la muchacha se habría desplomado, si K. no hubiese cerrado la puerta a toda prisa. K. permaneció inmóvil todavía un momento, se arregló el pelo con ayuda de un espejo de bolsillo, recogió su sombrero, que estaba un escalón más abajo —sin duda el informador lo había lanzado allí— y bajó corriendo la escalera, tan animado y dando unos saltos tan largos que casi tuvo miedo del cambio^[115]. Hasta entonces su estado de salud, normalmente bueno, nunca le había deparado tales sorpresas. ¿Quería quizá su cuerpo rebelarse y prepararle para un nuevo proceso, ya que soportaba el antiguo tan fácilmente? No desartó del todo el pensamiento de visitar a un médico en la primera oportunidad, pero en cualquier caso quería —y en eso podía aconsejarse a sí mismo— aprovechar mejor todas las mañanas de los domingos sucesivos.

Capítulo VI

EL FLAGELADOR



Fotograma 9. Los guardianes son torturados por querer robar la ropa de Josef K. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.

Entonces se alzó el grito proferido por Franz, continuo e invariable, no parecía proceder de un hombre, sino de un instrumento torturado, el corredor entero resonaba con él, la casa entera tenía que oírlo.

Un fuerte alarido le despertó: la oscuridad era completa.

—¡Dios, qué grito! Sonidos tan fuera de lo normal... Los vecinos de todos los pisos se agolpaban en las escaleras, y se sentían exclamaciones y excitados comentarios; otros bajaban o subían, abrían y cerraban las puertas...

Cuando K., una de las noches siguientes, pasaba por el corredor que iba desde su oficina a la escalera principal —esta vez era K. uno de los últimos en irse a casa, solo en el departamento de registros trabajaban aún dos empleados en el pequeño campo de luz de una lámpara incandescente—, oyó tras una puerta, donde siempre había supuesto que existía un cuarto trastero^[116], aunque nunca lo había visto, unos suspiros. Se detuvo asombrado y escuchó otra vez para comprobar que no se equivocaba, —hubo un instante de silencio pero luego volvieron a repetirse los suspiros. Al principio quiso ir a buscar a

alguno de los ordenanzas, por si se necesitaba un testigo, pero después se sintió dominado por una curiosidad tan irreprimible, que abrió la puerta literalmente de golpe. Se trataba, como había supuesto, de un cuarto trastero. Junto al umbral de la puerta se encontraban amontonados viejos impresos inútiles y tinteros de barro vacíos y volcados^[117]. Pero en la habitación misma, había tres hombres agachados, porque el techo era bajo. Una vela puesta sobre un estante los iluminaba.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó K., atropelladamente, a causa de la excitación, pero no en voz alta.

Uno de los hombres, que evidentemente dominaba a los otros y que era el primero en llamar la atención, iba embutido en una especie de traje de cuero oscuro que dejaba al descubierto el cuello hasta el pecho y los brazos totalmente desnudos. No respondió. Pero los otros dos gritaron:

—¡Señor! Debemos ser azotados porque tú te has quejado de nosotros al juez de instrucción.

Y solo entonces K. reconoció que se trataba en efecto de los guardianes Franz y Willem, y que el tercero tenía en la mano una vara para azotarlos.

—Bueno —dijo K., mirándolos fijamente—, yo no me quejé; solo dije lo que había pasado en mi casa. Y la verdad es que la conducta de ustedes no ha sido irreprochable.

—Señor —dijo Willem, mientras Franz, detrás de él, trataba visiblemente de protegerse del tercero—, si supieran lo mal que nos pagan, nos juzgaríais mejor. Tengo una familia que alimentar y Franz, aquí presente, quería casarse, uno trata de enriquecerse como puede, y con el trabajo solo no se consigue, ni siquiera con el más duro; vuestra elegante ropa blanca me tentó; naturalmente los guardianes tenemos prohibido obrar así, estuve mal, pero la tradición es que la ropa blanca pertenece a los guardianes, siempre ha sido así, creedme; y no deja de ser comprensible ya que, ¿para qué pueden servir esas cosas al que tiene la desgracia de ser detenido? Sin embargo, si lo hace público, tiene que haber un castigo.

—Lo que me decís ahora no lo sabía, y tampoco pedí en modo alguno vuestro castigo, para mí solo se trataba de una cuestión de principios.

—Franz —dijo Willem dirigiéndose al otro guardián—, ¿no te dije que el señor no había pedido nuestro castigo? Ya ves que ni siquiera sabía que íbamos a ser castigados.

—No te dejes conmover por estos discursos —dijo el tercero a K.—, el castigo es tan justo como inevitable.

—No le escuches —dijo Willem, y solo se interrumpió para llevarse rápidamente a la boca la mano, en la que acababa de recibir un golpe de vara —: solo se nos castiga porque nos has denunciado. De otro modo nada nos hubiera pasado, aunque se hubiera sabido lo que habíamos hecho. ¿Es que se puede llamar a esto justicia? Nosotros dos, pero particularmente yo, habíamos demostrado durante mucho tiempo que éramos muy buenos guardianes —tú mismo debes admitir que, desde el punto de vista de la autoridad, te vigilamos bien—; teníamos perspectivas de ascender, y seguramente habríamos llegado muy pronto a ser flageladores, como este, que ha tenido la fortuna de que nadie le denunciara, porque una denuncia así solo se produce realmente muy raras veces. Y ahora, señor, todo se ha perdido, nuestras carreras terminadas, tendremos que realizar trabajos muy inferiores al de guardián y por añadidura recibimos ahora estos azotes horriblemente dolorosos.

—¿Puede esa vara causar tantos dolores? —preguntó K. y examinó la vara que el flagelador blandía ante él^[118].

—Es que tenemos que desnudarnos por completo —dijo Willem^[119].

—Ah —dijo K., y miró al flagelador más detenidamente; estaba bronceado como un marinero y tenía un rostro salvaje y saludable—. ¿No hay ninguna posibilidad de evitarles a esos dos los azotes? —le preguntó.

—No —dijo el flagelador, y sacudió sonriente la cabeza—. Desnudaos —ordenó entonces a los guardianes. Y dirigiéndose a K., dijo—: No debes creer todo lo que dicen. El miedo a los azotes los ha debilitado mentalmente. Por ejemplo, lo que ha contado este —y señaló a Willem— sobre su posible carrera es completamente ridículo. Mira qué gordo está; los primeros varazos se perderán en la grasa. ¿Sabes cómo se ha puesto tan gordo? Tiene la costumbre de comerse el desayuno de todos los detenidos. ¿No se ha comido también el tuyo? Pues bien, es lo que yo te decía. Pero un hombre con semejante barriga no puede llegar nunca a flagelador, es completamente imposible.

—Hay flageladores así —afirmó Willem, que ya se estaba desabrochando el cinturón.

—¡No! —dijo el flagelador, pasándole la vara por el cuello de modo tal que el otro se echó a temblar—. No tienes que escuchar, sino desnudarte.

—Te recompensaría bien si dejas correr la cosa —dijo K. y, sin mirar de nuevo al flagelador —esas cosas se hacen mejor con los ojos bajos por ambas partes—, sacó la cartera.

—Lo que tú quieras es denunciarme a mí también —dijo el flagelador—, y hacer que también pruebe los azotes. ¡No, no!

—Sé razonable —dijo K.—, si hubiera querido que esos dos fueran castigados, no querría ahora comprar su libertad. Podría limitarme a cerrar la puerta, sin querer ver ni oír nada más, e irme a casa. Pero ya ves que no lo hago, sino que tengo verdadero interés por liberarlos; si hubiera sospechado que iban a ser castigados o solo que podrían llegar a serlo, nunca hubiera mencionado sus nombres. A decir verdad, no les considero en absoluto culpables; culpable es la organización, culpables son los altos funcionarios.

—¡Así es! —gritaron los guardianes, que inmediatamente recibieron un golpe en las espaldas ya desnudas.

—Si tuvieras aquí bajo tu vara a uno de los más altos jueces —dijo K. y, mientras hablaba, obligó al ejecutor a bajar la vara, que iba a alzar otra vez—, no te impediría golpear, al contrario, te daría dinero para darte fuerzas para la buena causa.

—Lo que dices suena verosímil —dijo el flagelador—, pero no me dejaré sobornar. Estoy encargado de azotar, de manera que azoto.

El guardián Franz, que quizá esperaba un buen resultado de la intervención de K., se había mantenido bastante reservado hasta entonces, avanzó hacia la puerta vestido solo con su pantalón, se colgó del brazo de K., arrodillándose, y susurró:

—Si no puedes conseguir piedad para ambos, trata al menos de librarme a mí. Willem es más viejo que yo, y en todos los sentidos menos sensible; además ya recibió un leve castigo de azotes hace unos años, pero yo no he sido deshonrado aún y fue Willem quien me indujo a actuar como lo hice, porque él es mi maestro en el bien y el mal. Abajo, frente al banco, mi pobre novia espera el desenlace, me avergüenzo ya tan lastimosamente.

Se secó en la chaqueta de K. su rostro bañado en lágrimas.

—No espero más —dijo el flagelador, agarró la vara con ambas manos y lanzó un fuerte golpe sobre Franz, mientras Willem se acurrucaba en un rincón y miraba a hurtadillas, sin atreverse a volver la cabeza.

Entonces se alzó el grito proferido por Franz, un grito continuo e invariable, que no parecía proceder de un hombre, sino de un instrumento torturado^[120], el pasillo entero resonaba con él, la casa entera tenía que oírlo^[121].

—No grites —exclamó K.; sin poder contenerse y, mientras miraba tenso, en la dirección por la que debían venir los ordenanzas, dio un empellón a Franz, no muy fuerte, pero que bastó para hacerlo caer, aturdido, y se aferrase al suelo con las manos; pero no escapó a los golpes; la vara le daba también en el suelo; mientras él se revolvía, la punta de esta subía y bajaba

regularmente. Y ya aparecía a lo lejos un ordenanza y, unos pasos detrás, otro. K. había cerrado rápidamente la puerta^[122], se había acercado a una ventana del patio próxima y la había abierto. El grito había cesado por completo^[123]. Para no dejar que los ordenanzas se aproximaran, gritó—: Soy yo.

—Buenas noches, señor apoderado —exclamaron a su vez—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no —respondió K.—, solo es un perro que ladra en el patio. —Y como los empleados seguían sin moverse, añadió—: Pueden volver a su trabajo.

Para no tener que entablar conversación con ellos, se asomó a la ventana. Cuando después de un rato volvió a mirar el pasillo, ya se habían ido. K., sin embargo, permaneció junto a la ventana, no se atrevía a entrar en el cuarto trastero y tampoco quería irse a casa. Era un pequeño patio rectangular el que se veía allá abajo; estaba rodeado de oficinas y todas las ventanas estaban ya oscuras y solo las más altas reflejaban la luz de la luna. K. se esforzó por penetrar con la vista en la oscuridad de un rincón del patio, donde había unas cuantas carretillas amontonadas. Le torturaba no haber podido impedir los azotes, pero no era culpa suya no haberlo logrado; si Franz no hubiera gritado —seguro que le habían hecho mucho daño, pero en un momento decisivo es preciso saber contenerse—, si no hubiera gritado, K., al menos muy probablemente, habría encontrado un medio de convencer al flagelador. Si todos los funcionarios subalternos eran chusma, ¿por qué precisamente el flagelador, que tenía el oficio más inhumano de todos, iba a ser una excepción? K. había observado claramente cómo le brillaban los ojos a la vista de los billetes de banco; evidentemente solo había azotado en serio para elevar la suma del soborno. Y K. no habría escatimado, pues tenía verdaderamente el propósito de liberar a los guardianes; si había comenzado ya a luchar contra la venalidad de aquella justicia, era lógico que atacase también por aquel lado. Pero desde el instante en que Franz comenzó a gritar, todo terminó naturalmente. K. no podía dejar que los empleados, y quizás incluso toda clase de personas imaginables viniesen y lo sorprendieran en negociaciones con la gente del cuarto trastero. Era un sacrificio que nadie podía exigir de él verdaderamente. Si hubiera tenido la intención de hacerlo, K. se habría desnudado y se habría ofrecido al flagelador como sustituto de los agentes. Por lo demás, el flagelador seguramente no hubiera aceptado esa sustitución, porque, sin sacar ninguna ventaja, habría infringido gravemente su deber, y tal vez lo habría hecho doblemente, puesto que K., mientras estuviese sometido a proceso, debía de ser inviolable para todos los

funcionarios del tribunal. De todos modos, también en este caso podía haber disposiciones especiales. En todo caso, K. no había podido hacer otra cosa que cerrar la puerta, aunque con ello no se había alejado, ni mucho menos, todo peligro para él. Que al final hubiera dado un empujón a Franz era lamentable y solo podía disculparse por su excitación.

A lo lejos oyó los pasos de los ordenanzas; para no llamar la atención cerró la ventana y se dirigió hacia la escalera principal. Junto a la puerta del cuarto trastero, se detuvo un momento y escuchó. El silencio era absoluto. El hombre podía haber azotado a muerte a los guardianes, que estaban totalmente a su merced. K. había alargado ya la mano hacia el pomo de la puerta, pero la volvió a retirar. No podía ya ayudar a nadie, y los ordenanzas no tardarían en llegar; pero se prometió volver a aquel asunto y, en la medida de sus fuerzas, castigar a los verdaderos culpables, ninguno de los cuales se había atrevido aún a dejarse ver. Cuando descendía la escalinata del banco, observó con atención a todos los transeúntes, pero, en todo lo que alcanzaba la vista, no se veía a ninguna muchacha que esperase a nadie. La observación de Franz de que su novia lo esperaba resultó ser una mentira, ciertamente disculpable, que solo tenía el objeto de despertar más compasión.

Tampoco al día siguiente, dejó de pensar K. en los guardianes; en el trabajo estaba distraído y, para terminar con ello, tuvo que quedarse aún un rato más que el día anterior. Cuando al regresar a casa volvió a pasar frente al cuarto trastero, lo abrió como por costumbre. Lo que vio entonces, en lugar de la oscuridad que esperaba, lo sacó de quicio. Nada había cambiado, todo estaba igual que la noche anterior, cuando abrió la puerta. Los impresos y los tinteros al lado mismo del umbral, el flagelador con la vara, los guardianes completamente vestidos todavía, la vela en el estante y los guardianes que empezaban a quejarse y a gritar:

—¡Señor^[124]!

Inmediatamente, K. cerró la puerta de un portazo e incluso la golpeó con los puños, como si quisiera con ello asegurarla más firmemente. Casi llorando, corrió hasta donde estaban los ordenanzas, que trabajaban tranquilamente en sus copiadoras y que interrumpieron con asombro su trabajo.

—Limpiad de una vez ese cuarto trastero —gritó—. ¡Nos ahogamos en la inmundicia!

Los empleados se mostraron dispuestos a hacerlo al día siguiente. K. asintió, porque a aquellas horas de la noche no podía obligarles al trabajo, tal como había sido en realidad su intención. Se sentó un rato para estar cerca de

los ordenanzas, revolvió algunas copias con la intención de hacer creer que las examinaba y luego, comprendiendo que los ordenanzas no se atrevían a marcharse junto con él, se levantó para irse a su casa, cansado y vacío de todo pensamiento.

Capítulo VII

A CASA DE ELSA



Fotograma 10. Raskolnikov da la dirección de su casa a la hermanita de Sonia. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie* Rusia (1969). Dir. Lev Kulizhanov.

Por un momento no estuvo seguro de no haber dado por distracción al cochero la dirección del tribunal, y por ello le gritó la dirección de Elsa; el cochero asintió, no le había dicho otra.

—No lo digas si no quieres. Edificio Pochinkov, N.^o 47, departamento Babuchkin. ¡No lo olvides! (6, II, p. 107).

Una noche, poco antes de irse, llamaron a K. por teléfono y lo citaron para que se presentara inmediatamente en la oficina del tribunal^[125]. Le advirtieron que no fuera desobediente. Sus inauditos comentarios en el sentido de que los interrogatorios eran inútiles^[126], de que no tenían ni podían tener el menor efecto, de que no volvería a ir^[127], de que no haría caso de las citaciones telefónicas o escritas y de que echaría a la calle a los mensajeros^[128]... todas esas observaciones habían sido registradas y le habían hecho ya mucho daño. ¿Por qué no quería someterse? ¿Es que acaso no se hacían esfuerzos, sin reparar en tiempo ni el dinero, para esclarecer su complicado caso? ¿Quería molestar deliberadamente y permitir que se llegase a medidas violentas evitadas hasta entonces^[129]? La citación de hoy era una última tentativa.

Podía hacer lo que quisiera, pero teniendo muy presente que el alto tribunal no podía dejarse burlar.

Ahora bien, K. había anunciado su visita a Elsa para aquella noche, por esa razón no podía acudir al tribunal; se sentía contento de poder justificar su incomparecencia ante el tribunal, aunque, naturalmente, nunca haría uso de esa justificación, y es muy probable que tampoco hubiera ido al tribunal, aunque aquella noche no hubiera tenido ningún otro compromiso. En todo caso, consciente de sus propios derechos preguntó por teléfono que ocurriría si no iba.

—Sabremos encontrarle —fue la respuesta.

—¿Y seré castigado por no acudir voluntariamente? —preguntó K., sonriendo en espera de lo que iba a oír.

—No —fue la respuesta.

—Magnífico —dijo K.—, ¿qué motivo podría tener entonces para acudir a la cita de hoy?

—No es costumbre echarse encima todos los recursos del tribunal —dijo la voz, que se fue debilitando y finalmente desapareció.

«Es muy imprudente no hacerlo —pensó K. al salir—, pues hay que intentar aprender a conocer los medios de fuerza^[130]».

Sin vacilar, se dirigió a casa de Elsa. Apoyado cómodamente en un rincón del coche^[131], con las manos en los bolsillos del abrigo —ya comenzaba a hacer frío—, miraba las animadas calles. Con cierta satisfacción pensaba en que si realmente el tribunal estaba sesionando, él le estaba causando no pocas dificultades. Él no había manifestado claramente si acudiría o no al tribunal^[132]; por consiguiente, el juez esperaría, posiblemente esperaría incluso toda una asamblea; solo K., para decepción especial de la galería, no aparecería. Sin hacer caso del tribunal, se dirigió adonde él quería. Por un momento no estuvo seguro de no haber dado por distracción al cochero la dirección del tribunal^[133], y por ello le gritó la dirección de Elsa^[134]; el cochero asintió, no le había dicho otra. A partir de entonces, K. se fue olvidando poco a poco del tribunal y, como en otros tiempos, los pensamientos sobre el banco empezaron a llenarle por entero^[135].

Capítulo VIII

FISCAL



Fotograma 11. Inauguración del apartamento de Razumikin y su tío con la presencia de amigos y funcionarios de la justicia. Fuente: *Crime and Punishment*, UK (2002). Dir. Julian Jarrold.

[...] El círculo de la tertulia de K. se componía casi exclusivamente de jueces, fiscales y abogados; también algunos funcionarios y asistentes de abogado muy jóvenes fueron admitidos [...]

A la reunión asistieron unas quince personas entre abogados, funcionarios de derecho y funcionarios de la justicia, entre estos últimos, Porfirio Petrovitch, el juez de instrucción —pariente lejano de Razumikin—, y Zamiotov, el elegante secretario de la comisaría.

A pesar del conocimiento de los hombres y de la experiencia del mundo que K. había adquirido durante su largo tiempo de servicio en el banco, el círculo de su tertulia siempre le había parecido digno de un extraordinario respeto y nunca se negó a sí mismo que era un gran honor para él pertenecer a semejante círculo. Se componía casi exclusivamente de jueces, fiscales y abogados; también tenían acceso a ella algunos funcionarios y pasantes de abogado muy jóvenes, pero estos se sentaban al extremo de la mesa y solo podían intervenir en los debates cuando se les hacían preguntas directamente. Esas preguntas, sin embargo, casi siempre solo tenían por objeto divertir al círculo; especialmente al fiscal Hasterer, quien por lo general se sentaba al

lado de K., le gustaba avergonzar de ese modo a los jóvenes^[136]. Cuando extendía su gran mano velluda sobre el centro de la mesa y la desviaba luego hacia el extremo de la mesa, todos escuchaban. Y cuando alguno recogía la pregunta, pero no podía descifrarla siquiera, o se quedaba pensativo con la vista fija en el vaso de cerveza o, en lugar de hablar, abría y cerraba las mandíbulas, o bien —eso era lo peor— con un torrente incontenible de palabras, defendía una opinión errónea o no autorizada, entonces los ancianos caballeros se removían sonrientes en sus asientos, y solo entonces parecían sentirse a gusto^[137]. Las conversaciones verdaderamente serias, profesionales, estaban reservadas exclusivamente para ellos.

K. había sido introducido en aquel círculo por un abogado, el representante jurídico del banco. Hubo un tiempo en que K. había tenido que sostener con ese abogado largas conversaciones en el banco hasta muy entrada la noche, y así había ocurrido espontáneamente que cenara con el abogado en aquella tertulia, y se había aficionado al grupo. Veía allí gente muy erudita, señores de prestigio y, en cierto sentido, poderosos, cuya distracción consistía en intentar hallar solución a cuestiones difíciles muy remotamente relacionadas con la vida ordinaria, y esforzarse en ello. Aunque él mismo, como es natural, podía intervenir muy poco, tenía la posibilidad de enterarse de muchas cosas que, tarde o temprano, podrían serle provechosas en el banco, y además podía establecer relaciones personales con los tribunales que siempre resultan provechosas^[138]. Pero también los miembros de la tertulia parecían aceptarlo gustosos. Pronto fue considerado como una autoridad en cuestiones de negocios y su opinión en estos temas —aunque no totalmente sin ironía— era considerada como algo indiscutible. No pocas veces se daba el caso que dos personas que juzgaban una cuestión jurídica de distinta forma pidieran a K. una opinión sobre los hechos, y que luego el nombre de K. apareciera en todas las réplicas y contrarréplicas y hasta en las especulaciones más abstractas, que K. no podía seguir hacia rato. En todo caso, muchas cosas se le fueron aclarando paulatinamente, porque tenía a su lado, en la persona del fiscal Hasterer, a un buen asesor que lo trataba amistosamente. A menudo K. lo acompañaba incluso a su casa de noche^[139]. Pero le costó a K. mucho tiempo acostumbrarse a ir del brazo de este hombre gigantesco, que hubiera podido esconderlo en su capa sin que nadie lo notara^[140].

Pero con el tiempo llegaron a entenderse tan bien que todas las diferencias de cultura, profesión y edad se borraron. Se relacionaban como si se hubieran conocido siempre y si en su relación a veces uno parecía superior, este no era

Hasterer, sino K., porque sus experiencias prácticas le daban la mayoría de las veces la razón, por haber sido adquiridas de primera mano, lo que en el estrado de un tribunal nunca puede ocurrir.

Esa amistad, naturalmente, fue pronto conocida por todos los miembros de la tertulia; casi habían olvidado quién había introducido a K. en el grupo; en cualquier caso, era Hasterer quien protegía a K.; si se hubiera puesto en duda el derecho de K. a sentarse allí, este habría podido apelar a Hasterer con pleno derecho. Con ello, K. consiguió una posición de especial privilegio, pues Hasterer era tan respetado como temido. La fuerza y la habilidad de su pensamiento jurídico eran sin duda dignas de la mayor admiración, pero, en este aspecto había muchos otros que no le iban a la zaga; más ninguno lo igualaba en la ferocidad con que defendía sus opiniones. K. tenía la impresión de que Hasterer, cuando no podía convencer a su adversario, al menos le infundía temor; muchos retrocedían cuando extendía el dedo apuntándolos. Entonces era como si el adversario olvidara que se encontraba en compañía de buenos amigos y colegas, que se trataba solo de cuestiones teóricas y que, en realidad, nada podía sucederle; guardaba silencio y un simple movimiento de cabeza era un signo de valentía. Era un espectáculo casi penoso cuando, habiéndose sentado lejos el oponente, Hasterer se daba cuenta de que la distancia no permitía llegar a un acuerdo, y entonces apartaba el plato lleno de comida y se levantaba lentamente para dirigirse hacia el hombre. Los que estaban más cerca echaban entonces la cabeza hacia atrás para observar mejor su rostro. En todo caso, esos incidentes eran relativamente raros, pues solo las cuestiones jurídicas tenían la virtud de excitarlo y en especial aquellas relacionadas con procesos que él mismo había llevado o llevaba. Cuando no se trataba de esas cuestiones, era amable y tranquilo, su risa era agradable, y su mayor pasión era comer y beber^[141]. Podía ocurrir incluso que no escuchara en absoluto la conversación general, se volviera hacia K., ponía el brazo en el respaldo del asiento de este, le preguntara a media voz sobre el banco, y hablase luego de su propio trabajo o de sus amistades femeninas, que casi le daban tanto que hacer como el tribunal. Con nadie del grupo se le veía hablar así y, realmente, sucedía a menudo que cuando alguien quería obtener algo de Hasterer —la mayoría de las veces con objeto de que le reconciliara con un colega— se dirigía primero a K. y le pedía su mediación cosa que él hacía siempre con mucho gusto y facilidad. Sin explotar su relación con Hasterer en este aspecto, era muy cortés y sencillo con todos, y sabía lo que era más importante aún que la modestia y la cortesía, distinguir entre los diversos rangos de los señores y tratar a cada uno según su jerarquía. Por otra

parte, en eso Hasterer le enseñaba siempre; eran los únicos preceptos que el propio Hasterer no infringía ni en el más acalorado debate. Este era el motivo por el cual se dirigía a los jóvenes del extremo de la mesa, que aún no poseían prácticamente ningún rango, solo en términos generales, como si no fueran individuos, sino un simple conglomerado informe. Sin embargo, eran precisamente aquellos señores los que le mostraban mayor respeto, y cuando, hacia las once, se levantaba para irse a casa, enseguida había alguno que lo ayudaba a ponerse el pesado abrigo y otro que, con una profunda reverencia, le abría la puerta y, naturalmente, la mantenía abierta cuando K., detrás de Hasterer, salía de la habitación.

En los primeros tiempos, K. acompañaba un trecho a Hasterer, o este acompañaba a K.; luego esas veladas terminaban generalmente con que Hasterer rogaba a K. que subiera con él a su casa y se quedara allí un rato. Después podían pasarse perfectamente una hora bebiendo y fumando cigarros^[142]. Esas veladas eran tan del gusto de Hasterer que ni siquiera quiso renunciar a ellas cuando, durante algunas semanas, tuvo en su casa, viviendo con él, a una mujer llamada Helene. Era una mujer gruesa, de cierta edad, de tez amarillenta y unos bucles negros que le circundaban la frente^[143]. Al principio K. solo la veía en la cama; donde solía estar echada desvergonzadamente, leyendo una novela por entregas y sin prestar oídos a lo que hablaban los señores. Solo cuando se hacía tarde se estiraba, bostezaba y, si no podía llamar de otro modo la atención, tiraba a Hasterer un cuadernillo de su novela. Entonces este se levantaba sonriendo y K. se despedía. De todas formas, más adelante, cuando Hasterer empezó a cansarse de Helene, esta interrumpía de un modo más molesto las reuniones. Ahora esperaba siempre a los señores completamente vestida, y con un vestido que probablemente tenía ella por muy precioso y elegante, pero que en realidad era un viejo vestido para fiestas, excesivamente recargado de adornos y que producía una impresión desagradable, por las hileras de largos flecos que lo rodeaban^[144]. K. no sabía exactamente qué aspecto tenía ese vestido; en cierto modo se negaba a mirarlo y permanecía horas sentado con los ojos medio bajados, mientras ella pasaba de un lado a otro de la habitación contoneándose o se sentaba cerca de él y, más tarde, cuando su posición se hizo cada vez más insostenible, intentó desesperadamente poner celoso a Hasterer, prefiriendo a K. Era solo la necesidad y no la malicia, la que la hacía inclinarse sobre la mesa con la espalda desnuda, redonda y gruesa, acercar su rostro a K. y querer obligarlo así a mirarla. Con ello solo consiguió que K. se negara a ir a casa de Hasterer a la siguiente ocasión, y cuando volvió a hacerlo después de

algún tiempo, Helene había sido definitivamente expulsada. K. aceptó el hecho como algo perfectamente natural. Aquella noche estuvieron juntos mucho más tiempo que de costumbre y a sugerión de Hasterer brindaron por su fraternidad y, en el camino a casa, K. se sintió un tanto embotado de tanto fumar y beber^[145].

Precisamente a la mañana siguiente, el director del banco, en el curso de una conversación de negocios, observó que creía haber visto a K. la noche anterior. Si no se engañaba, K. iba del brazo con el fiscal Hasterer. El director parecía encontrar aquello tan curioso que —de acuerdo con la precisión con que se expresaba siempre— hasta mencionó el nombre de la iglesia, al costado de la cual, cerca de la fuente, se había producido el encuentro. Si hubiera querido describir un espejismo no habría podido expresarse de otro modo. K. le explicó entonces que el fiscal era amigo suyo y que, efectivamente, la noche anterior habían pasado junto a la iglesia. El director sonrió sorprendido e invitó a K. a sentarse. Era uno de aquellos momentos por los que K. apreciaba tanto al director, momentos en los que aquel hombre débil, enfermo, afectado por la tos, y sobrecargado de trabajo de gran responsabilidad, manifestaba cierta preocupación por el bienestar y el futuro de K., una preocupación que, de todos modos, al decir de otros empleados que habían experimentado algo semejante con el director, podía calificarse de fría y superficial, y que no era otra cosa que un buen medio para atraerse a empleados valiosos sacrificando un par de minutos al año; sea como fuere, K. se sentía sometido al director en aquellos momentos. Era posible también que el director hablara con K. de un modo algo distinto a como lo hacía con los otros; no porque olvidara la superioridad de su posición al ponerse al mismo nivel que K. —esto lo hacía más bien en el trato habitual de los negocios—, pero, en tales ocasiones parecía olvidar realmente la posición de K. y le hablaba como a un niño o como a un joven inexperto que aspira a su primer empleo y que, por algún motivo incomprendible, se hubiera ganado la buena voluntad del director. K. sin duda no habría tolerado esa forma de hablar de otro, ni siquiera al propio director, si la solicitud del director no le hubiera parecido sincera, o si por lo menos la posibilidad de esa solicitud, puesta de manifiesto en aquellos momentos, no lo hubiera cautivado por completo. K. reconocía su debilidad; quizá tenía su origen en que, en ese aspecto, había en él todavía algo de infantil, pues jamás había gozado del cuidado de su propio padre, que había muerto muy joven; K. se había marchado pronto de casa y la ternura de su madre, que vivía aún, medio ciega, en aquella pequeña ciudad

inalterable, y a quien ya hacía dos años visitara por última vez, más bien le resultaba molesta que atractiva^[146].

—No sabía nada de esta amistad —dijo el director, y solo una débil sonrisa amistosa atenuó la severidad de esas palabras.

Capítulo IX

EL TÍO. LENI



Fotograma 12. El tío de K. llega de visita. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.

Una tarde —K. estaba precisamente muy ocupado, antes de la salida del correo—, entre dos empleados que entraban con un montón de papeles, se metió en la habitación Karl el tío de K., un pequeño terrateniente que residía en el campo.



Fotograma 13. El tío de Razumikin llega de visita. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie*, Rusia (1969). Dir. Lev Kulizhanov.

Hoy me he mudado de domicilio llevándome a mi tío con todo lo demás..., pues has de saber que tengo a mi tío en casa (3, II, p. 115).

Una tarde —K. estaba precisamente muy ocupado, antes de la salida del correo—, entre dos empleados que entraban con un montón de papeles, se

metió en la habitación Karl el tío de K., un pequeño terrateniente que residía en el campo^[147]. Al verlo, K. se asustó menos de lo que se había asustado hacía ya tiempo al imaginarse su llegada. Que el tío tenía que venir, era algo que K. sabía con seguridad desde hacía aproximadamente un mes. Ya con anterioridad había creído verlo, un poco encorvado, aplastando su panamá con la mano izquierda y tendiéndole la mano derecha, desde lejos, para estrechar la suya por encima del escritorio, con una precipitación desconsiderada y derribando cuanto había en su camino. El tío se hallaba siempre con prisa, pues estaba dominado por la desdichada idea de que, durante su estancia en la capital, siempre de un solo día, tenía que resolver todos los asuntos que se había propuesto y, además, tampoco podía perderse cualquier conversación, negocio o diversión que ocasionalmente se le ofreciera. Por otra parte, como había sido el tutor de K., este se sentía especialmente obligado a ayudarle en todo y además darle albergue por la noche. «El fantasma del campo», solía llamarlo.

Inmediatamente después de saludarlo —no tenía tiempo de sentarse en el sillón que K. le ofrecía—, pidió a K. que tuvieran una pequeña conversación privada.

—Es necesario —dijo, tragando con dificultad—, es necesario para mi tranquilidad.

K. hizo salir inmediatamente de la habitación a los empleados, con la orden de que no dejaran entrar a nadie.

—¿Qué he oído, Josef? —exclamó el tío cuando estuvieron solos; se sentó en la mesa, colocándose debajo unos cuantos papeles, sin mirarlos, para estar más cómodo.

K. se quedó callado; sabía lo que iba a seguir, pero, liberado de pronto, como se sentía del agotador trabajo, se abandonó casi enteramente a una agradable indolencia y miró por la ventana el lado opuesto de la calle, del que desde su asiento solo podía ver una pequeña sección triangular, un pedazo de muro vacío entre dos vitrinas.

—¡Estás mirando por la ventana! —exclamó el tío con los brazos levantados—. ¡Por el amor del cielo, Josef, respóndeme! ¿Es cierto, es posible que sea cierto?

—Querido tío —dijo K., abandonando su distracción—, no tengo ni idea de lo quieres de mí.

—Josef —dijo el tío con un tono de advertencia—, tú siempre has dicho la verdad; hasta donde yo sé. ¿Debo interpretar tus últimas palabras como un mal síntoma?

—Sospecho lo que quieras —dijo K. sumisamente—, probablemente has oído hablar de mi proceso.

—Así es —contestó el tío, asintiendo lentamente con la cabeza—, he oído hablar de tu proceso.

—¿A quién? —preguntó K.

—Me lo ha escrito Erna —dijo el tío.

—No tiene ningún trato contigo, por desgracia no te ocupas mucho de ella, pero a pesar de eso lo ha sabido. Hoy he recibido la carta y, naturalmente, he venido enseguida. No hay otro motivo, pero me parece que es motivo suficiente. Te puedo leer el pasaje de la carta que se refiere a ti. — Sacó la carta de la cartera—. Aquí está. «Escribe: A Josef no lo he visto hace ya mucho tiempo, la semana pasada estuve un día en el banco, pero Josef estaba tan ocupado que no me dejaron pasar. Esperé casi una hora, pero luego tuve que irme a casa porque tenía clase de piano. Me hubiera gustado hablar con él, quizá pronto se presente una ocasión para hacerlo. Con motivo de mi cumpleaños me ha enviado una gran caja de chocolates, fue muy amable y atento por su parte. Me había olvidado de escribirte la última vez y ahora, al preguntarme usted por él, me acuerdo. Debe usted saber que, en la pensión, el chocolate desaparece inmediatamente; apenas se da uno cuenta de que le han regalado chocolate cuando ya ha desaparecido. Pero, en lo que se refiere a Josef, quería decirle otra cosa: como he dicho, no me dejaron verlo en el banco, porque precisamente estaba negociando con un señor. Después de haber esperado un rato tranquilamente, pregunté a un empleado si la entrevista iba a durar mucho aún. Él me dijo que muy bien podía ser, porque probablemente se trataba del proceso seguido contra el señor apoderado. Pregunté de qué proceso se trataba y si no se equivocaba, pero él me dijo que no se equivocaba: se trataba de un proceso y, además, de un proceso grave, pero no sabía más. Él mismo hubiera querido ayudar con gusto al señor apoderado, pues era un señor muy bueno y justo, pero no sabía qué podía hacer y solo podía desechar que señores influyentes intercedieran por él. Así ocurriría sin duda, y todo terminaría bien, pero que la situación no parecía muy buena por el momento, a juzgar por el humor del señor apoderado^[148]. Naturalmente no di mucha importancia a esas palabras; intenté incluso tranquilizar al ingenuo empleado, le prohibí hablar de ello con otros, y creo que todo no es más que un rumor. A pesar de todo, quizás fuera bueno que tú, queridísimo padre, trataras de aclarar el asunto en tu próxima visita; a ti te será fácil saber más detalles y, si fuera realmente necesario, podrías intervenir mediante tus poderosas e influyentes relaciones^[149]. Si no hay necesidad de

ello, que es lo más probable, ello daría al menos a tu hija oportunidad de abrazarte, lo que la haría dichosa.» Buena chica —dijo el tío cuando había terminado la lectura, y se secó unas lágrimas de los ojos.

K. asintió; con motivo de las diversas molestias de los últimos tiempos, se había olvidado completamente de Erna, ni siquiera se había acordado de su cumpleaños, y la historia del chocolate era evidentemente una invención de ella para protegerlo de tío y tía. Era algo muy conmovedor, y seguramente no quedaría del todo recompensado con las entradas de teatro que pensaba enviarle desde ahora con regularidad, pero de visitar el pensionado y conversar con una pequeña estudiante de diecisiete años no se sentía capaz.

—¿Y qué dices ahora? —preguntó el tío, a quien la carta había hecho olvidar toda su prisa y excitación y parecía estar releyéndola.

—Sí, tío —dijo K.—, es verdad.

—¿Verdad? —exclamó el tío—. ¿Qué es verdad? ¿Cómo puede ser verdad? ¿Qué proceso es éste? ¿No será, por cierto, un proceso criminal?

—Un proceso criminal —respondió K.

—¿Y estás sentado ahí tranquilamente, con un proceso criminal encima? —exclamó el tío, elevando la voz cada vez más.

—Cuanto más tranquilo esté, mejor será para el resultado —dijo K. cansado—. Nada temas.

—Eso no puede tranquilizarme —exclamó el tío—. Josef, querido Josef, piensa en ti, en tus parientes, en nuestro buen nombre. Tú has sido hasta ahora nuestro orgullo, no puedes convertirte en nuestra vergüenza. Tu actitud —miró a K. ladeando la cabeza— no me gusta, no es así como se comporta un acusado inocente que todavía conserva sus fuerzas. Dime pronto de qué se trata, para que pueda ayudarte. ¿Se trata del banco, naturalmente?

—No —dijo K., y se levantó—. Pero hablas demasiado alto, querido tío, probablemente el empleado escucha detrás de la puerta. Eso me resulta desagradable. Es mejor que nos vayamos. Entonces responderé a todas tus preguntas lo mejor que pueda. Sé muy bien que debo dar cuenta de todo a la familia.

—Exacto —gritó el tío—, totalmente exacto, pero ¡apresúrate, Josef, apresúrate!

—Solo tengo que dar todavía algunas instrucciones —dijo K., y llamó por teléfono a su adjunto, que entró a los pocos instantes.

El tío, en su excitación, le indicó con la mano que era K. quien lo había llamado, de lo que de todas formas no hubiera habido ninguna duda. K., que estaba de pie ante el escritorio, explicó al joven que le escuchaba fríamente

pero con atención, en voz baja y mostrándole diversos documentos, lo que habría que hacer todavía ese día en su ausencia. El tío molestaba, ante todo porque estaba allí con los ojos muy abiertos y mordiéndose nerviosamente los labios, sin escuchar nada de lo que decían, pero su sola presencia resultaba ya suficientemente molesta. Luego, comenzó a recorrer de un extremo al otro por la habitación, y se detenía de vez en cuando, frente a la ventana o frente a un cuadro, y no cesaba de estallar en diversas exclamaciones como: «¡Me es totalmente incomprendible!», o «¡Quién, me dice a mí cómo va a acabar todo esto!». El joven hacía como que no advertía nada, escuchó tranquilamente hasta el final las instrucciones de K., tomó algunas notas y salió después de inclinarse ante K. y ante el tío, que precisamente le daba la espalda, mirando por la ventana y, con las manos extendidas, arrugaba las cortinas. Apenas se había cerrado la puerta cuando el tío exclamó:

—Por fin se ha ido ese títere, ahora podemos irnos nosotros también. ¡Por fin!

Por desgracia no hubo modo de que el tío dejase de hacer preguntas sobre el proceso en el vestíbulo, en donde había empleados y ordenanzas, y por el que cruzaba precisamente el director adjunto.

—Bien, Josef —empezó a decir el tío, mientras respondía con un ligero saludo a las reverencias de los circunstantes—, ahora dime francamente de qué proceso se trata.

K. hizo algunas observaciones banales, incluso se rio un poco, y solo en la escalera explicó al tío que no había querido hablar francamente delante de la gente.

—Muy bien —dijo el tío—, pero ahora habla.

Con la cabeza inclinada y fumando un cigarro a chupadas breves y rápidas, escuchó.

—Ante todo, tío —dijo K.—, no se trata de un proceso ante la justicia ordinaria.

—Mala cosa —dijo el tío.

—¿Cómo? —dijo K., y miró al tío.

—Mala cosa, eso es lo que digo —repitió el tío.

Estaban en la escalinata que llevaba a la calle; como el portero parecía estar escuchando, K. arrastró al tío hacia abajo; el animado tráfico de la calle los recibió. El tío, que se había colgado del brazo de K., no preguntaba ahora tan insistentemente por el proceso, incluso continuaron durante algún tiempo en silencio^[150].

—Pero, ¿cómo ha sucedido? —preguntó finalmente el tío, deteniéndose tan súbitamente que las personas que venían detrás se apartaron asustadas—. Esas cosas no se presentan bruscamente, sino que se vienen preparando con anterioridad, tiene que haber habido indicios, ¿por qué no me has escrito? Sabes que haría cualquier cosa por ti, soy todavía en cierto modo tu tutor y hasta hoy estaba orgulloso de serlo. Naturalmente, también ahora te ayudaré, solo que, si el proceso ya está en marcha, será muy difícil. Lo mejor sería de todas formas que te tomaras unas pequeñas vacaciones y vinieras al campo con nosotros. Ahora me doy cuenta de que también has adelgazado un poco. En el campo te repondrás, lo que te vendrá bien, porque seguramente te esperan muchas fatigas. Además estarás, en cierto modo, fuera del alcance del tribunal. Aquí ellos tienen todos los medios posibles, que en caso necesario utilizarán contigo automáticamente; pero en el campo, tendrían que delegar en otros o tratar de influir en ti solo por correo, telégrafo o teléfono. Eso debilita, naturalmente, el efecto; no te libera, pero te dejará respirar.

—Me podrían prohibir que me fuera —dijo K., que se había dejado arrastrar un poco por los razonamientos del tío.

—No creo que lo hicieran —dijo el tío pensativo—: no es tan grande la pérdida de poder que sufrirían con tu partida.

—Yo pensaba —dijo K., y agarró al tío por el brazo, para poder impedirle que se detuviera—, que tú darías a todo esto menos importancia aún que yo, y ahora te lo tomas tan en serio.

—Josef —exclamó el tío, queriendo soltarse y detenerse, pero K. no lo soltó—, estás cambiado, siempre has tenido una capacidad de comprensión tan grande, ¿y ahora precisamente te abandona? ¿Quieres acaso perder el proceso? ¿Sabes lo que eso significa? Significa simplemente que te van a suprimir. Y que todos tus parientes se verán arrastrados, o al menos, humillados hasta el suelo. ¡Josef, recóbrate! Tu indiferencia me saca de quicio. Al verte, uno creería casi en el proverbio que dice: «Tener un proceso así, significa haberlo perdido ya».

—Querido tío —dijo K.—, la excitación es inútil; lo es en tu caso y lo sería también en el mío. Con excitación no se ganan los procesos; deja que prevalezca un poco mi experiencia práctica, del mismo modo que siempre he respetado la tuya y respeto también ahora, aunque me sorprenda. Puesto que dices que el proceso afectará también a la familia —lo que, por mi parte, no puedo comprender, pero eso es accesorio— te seguiré con gusto en todo. Lo único que no considero ventajoso, ni siquiera en el sentido que tú dices es la estancia en el campo, porque eso significaría huida y sentimiento de culpa.

Por otra parte, es verdad que aquí me persiguen más, pero también puedo llevar mejor el asunto.

—Exacto —dijo el tío, en un tono como si por fin se estuviesen aproximando—; solo te he hecho esa propuesta porque veía que, si te quedabas aquí, el asunto se vería amenazado por tu indiferencia, y me pareció mejor ocuparme yo y no tú. Pero, si quieres llevármelo tú mismo con todas tus fuerzas, naturalmente será mucho mejor.

—Estamos, pues, de acuerdo en ese punto —dijo K.—. ¿Tienes alguna propuesta sobre lo que debería hacer en primer lugar?

—Naturalmente, todavía tengo que pensarlo —dijo el tío—, tienes que tener en cuenta que llevo ya veinte años en el campo casi sin interrupción, y eso hace que se pierda el olfato para estas cosas. Diversas relaciones importantes con personalidades que quizás podrían haber servido de algo en este asunto, se han ido aflojando. Estoy un poco abandonado en el campo, como tú sabes, y eso se hace visible en situaciones como estas. En parte, tu asunto se ha presentado además inesperadamente, aunque, curiosamente, después de la carta de Erna ya sospechaba algo así y hoy, al verte, lo supe casi con seguridad. Pero eso no importa, lo más importante ahora es no perder tiempo^[151].

Mientras hablaba, poniéndose de puntillas, hizo una seña a un taxi, y al tiempo que gritaba una dirección al taxista, empujó a K. dentro del vehículo.

—Ahora vamos a casa del abogado Huld —dijo—, fue compañero de colegio. Seguro lo conoces de nombre. ¿No? Es curioso. Sin embargo, tiene una gran reputación como defensor y como abogado de pobres. Pero yo le tengo mucha confianza, sobre todo como persona.

—Me parece bien todo lo que hagas —dijo K., a pesar de que la forma apresurada y apremiante con que su tío se ocupaba de su asunto le causaba inquietud. No era muy agradable como acusado, acudir a un abogado de pobres—. No sabía —dijo—, que en un asunto así se podía recurrir también a un abogado.

—Naturalmente —dijo el tío—, eso es muy lógico. ¿Por qué no? Y ahora cuéntame, para estar al corriente del asunto, todo lo que ha ocurrido.

K. comenzó inmediatamente a contarle, sin callarse nada; su total franqueza era la única protesta que podía permitirse contra la opinión del tío de que el proceso era una gran vergüenza. El nombre de la señorita Bürstner lo mencionó solo una vez y de pasada, pero esto no reducía su franqueza, puesto que la señorita Bürstner no tenía ninguna relación con el proceso. Mientras hablaba, miraba por la ventanilla y observaba que se estaban

acermando precisamente al suburbio en donde estaban las oficinas del tribunal; se lo hizo notar a su tío, pero él no encontró nada de curioso en esa coincidencia. El automóvil se detuvo frente a una casa oscura^[152]. El tío llamó enseguida en la primera puerta de la planta baja; mientras esperaban, enseñó sonriendo sus grandes dientes^[153] y susurró:

—Las ocho, una hora insólita para visitas de clientes. Pero Huld no me lo tomará a mal.

Dos grandes ojos negros aparecieron detrás de la mirilla de la puerta, examinaron un instante a los dos visitantes y desaparecieron; pero la puerta no se abrió^[154]. El tío y K. se confirmaron mutuamente que habían visto aquellos dos ojos.

—Una nueva criada que tiene miedo a los extraños —dijo el tío, y volvió a llamar.

Los ojos aparecieron otra vez; parecían tener ahora una mirada triste, pero acaso no fuera más que una ilusión provocada por la llama de gas que ardía cerca de sus cabezas, silbando con fuerza pero dando poca luz.

—Abra —gritó el tío, golpeando la puerta con el puño—. Somos amigos del señor abogado.

—El señor abogado está enfermo —murmuró alguien detrás de ellos.

En una puerta situada al otro extremo del pequeño pasillo había un señor en batín^[155] que había dado esa información en voz sumamente baja. El tío, que estaba ya furioso por la larga espera, se volvió de golpe y gritó:

—¿Enfermo? ¿Dice usted que está enfermo? —y avanzó con aire amenazador, como si aquel señor fuera la enfermedad.

—Ya han abierto —dijo el señor, señalando la puerta del abogado, se recogió los faldones del batín y desapareció.

La puerta se había abierto, en efecto: una muchacha —K. reconoció los ojos oscuros, un poco saltones— estaba frente a ellos en el vestíbulo, con un largo delantal blanco y sosteniendo una vela en la mano^[156].

—La próxima vez abra antes —dijo el tío en lugar de saludar, mientras la muchacha hacía una pequeña reverencia—. Ven, Josef —dijo entonces a K., que se deslizó lentamente junto a la muchacha.

—El señor abogado está enfermo —dijo la muchacha, dado que el tío, sin detenerse, se dirigía apresuradamente a una puerta.

K. seguía mirando asombrado a la muchacha, que ya se había vuelto para cerrar otra vez la puerta de la casa: tenía un rostro redondo de muñeca, no solo las pálidas mejillas y la barbilla eran redondas, sino también las sienes y el perfil de la frente.

—Josef —volvió a gritar el tío, y preguntó a la muchacha—: ¿Es el corazón?

—Creo que sí —dijo la muchacha, que había encontrado tiempo para adelantarse con la vela y abrir la puerta de la habitación. En un rincón del cuarto donde no llegaba aún la luz de la vela, se incorporó en la cama un rostro de larga barba.

—¿Quién viene, Leni? —preguntó el abogado que, deslumbrado por la vela, no reconoció a los visitantes.

—Soy Albert, tu viejo amigo —dijo el tío.

—Ah, Albert —dijo el abogado y volvió a dejarse caer sobre la almohada, como si nada tuviera que ocultar a su visitante.

—¿Estás realmente tan mal? —preguntó el tío, y se sentó en el borde de la cama—. No lo creo. Es uno de tus ataques cardíacos y pasará como los anteriores.

—Es posible —dijo el abogado en voz baja—, pero es peor de lo que ha sido nunca. Respiro con dificultad, no duermo nada y pierdo las fuerzas día a día^[157].

—Vaya —dijo el tío, y oprimió el sombrero de paja con su enorme mano contra la rodilla—. Esas son malas noticias. Por cierto, ¿te cuidan bien? Está esto tan triste, tan sombrío. Hace ya mucho tiempo que estuve aquí por última vez, pero entonces me pareció más alegre. Tampoco esta señorita parece demasiado contenta, o lo disimula muy bien.

La muchacha seguía con la vela cerca de la puerta y, en la medida en que su mirada incierta lo dejaba ver, miraba más bien a K. que al tío, incluso en el momento en que éste hablaba de ella. K. se apoyaba en una silla que había acercado hasta la proximidad de la muchacha.

—Cuando se está tan enfermo como yo —dijo el abogado—, hay que estar tranquilo. A mí no me parece triste. —Tras una pequeña pausa, añadió—: Y Leni me cuida bien, es muy buena.

Pero el tío no quedó convencido, pues estaba visiblemente prevenido contra la enfermera y, aunque no contradijo al enfermo, siguió los movimientos de la enfermera con miradas severas cuando ella se acercó a la cama, dejó la vela en la mesilla de noche, se inclinó sobre el enfermo y, mientras le arreglaba las almohadas, le susurró algo. Olvidando casi toda consideración por el enfermo, se levantó, fue de un lado a otro por detrás de la enfermera, y a K. no le habría sorprendido si, cogiéndola de las faldas, la hubiera apartado de la cama. K. mismo lo miraba todo con calma, ni siquiera la enfermedad del abogado le resultaba inoportuna, no había podido oponerse

al celo con que su tío quería llevar su causa, y aceptaba con gusto que este celo fuese desviado ahora, sin su intervención. Entonces el tío, tal vez solo para ofender a la enfermera, dijo:

—Señorita, por favor, déjenos solos un instante; tengo que discutir un asunto personal con mi amigo.

La enfermera, que todavía seguía inclinada sobre el enfermo y estaba alisando en aquel momento la sábana del lado de la pared, se limitó a volver la cabeza y dijo con un tono tranquilo que contrastaba extraordinariamente con las palabras del tío, primero entrecortadas por la cólera y luego de nuevo desbordantes:

—Usted ve que el señor está tan enfermo que no puede discutir ningún asunto.

Probablemente había repetido las palabras del tío solo por comodidad; de todos modos, incluso alguien imparcial podía haberlas tomado como una burla; el tío, naturalmente, saltó como si le hubiesen pinchado.

—Maldita —dijo en un principio de forma bastante incomprendible por la indignación, como si estuviera haciendo gárgaras.

K. se asustó a pesar de que había esperado algo parecido, y corrió hacia su tío con la decidida intención de cerrarle la boca con ambas manos. Pero, por fortuna, detrás de la muchacha se incorporó el enfermo; el tío puso mala cara como si estuviera tragando algo repugnante, y dijo luego más tranquilo:

—Naturalmente, no hemos perdido todavía la razón; si lo que pido no fuera posible, no lo pediría. Por favor, váyase ahora.

La enfermera se mantenía erguida junto a la cama, totalmente vuelta hacia el tío, y con una mano, según creyó observar K., acariciaba la mano del abogado.

—Puedes decirlo todo delante de Leni^[158] —dijo el enfermo, con tono de indudable súplica.

—No se trata de mí —dijo el tío—, no es un secreto mío.

Y les dio la espalda, como si pensara no seguir hablando más, pero dando todavía un momento para reflexionar.

—¿De quién se trata entonces? —preguntó el abogado con voz apagada, y volvió a echarse.

—De mi sobrino —dijo el tío—, lo he traído conmigo. —Y lo presentó—: El apoderado Josef K.^[159]

—Oh —dijo el enfermo mucho más animado y tendiendo la mano a K. [160]—, perdón, ni siquiera le había visto.

—Vete, Leni —dijo entonces a la enfermera, que tampoco se resistió, y le extendió la mano como si se despidiera de ella por largo tiempo—. Así pues —dijo finalmente al tío, que también se había acercado con aire más amistoso —, no has venido a hacerme una visita de enfermo, sino que vienes por negocios.

Era como si la idea de una visita de enfermo hubiera paralizado hasta entonces al abogado, tan recuperado parecía ahora; se apoyaba constantemente en un codo, lo que debía cansarle bastante, y se tiraba una y otra vez de un mechón de pelo que tenía en mitad de la barba.

—Pareces estar ya mucho mejor —dijo el tío—, desde que se marchó esa bruja. —Se interrumpió y susurró—: Apuesto a que está escuchando —y saltó hacia la puerta. Pero detrás de la puerta no había nadie, el tío regresó, no decepcionado, porque no escuchar le parecía una maldad aún mayor, pero sí amargado.

—La juzgas mal —dijo el abogado, sin seguir defendiendo a la enfermera; quizá quería expresar que ella no necesitaba defensa. Pero en un tono mucho más cordial, continuó—: En cuanto al asunto de tu señor sobrino, me consideraría afortunado de todos modos si me alcanzasen las fuerzas para una tarea de tan extraordinaria dificultad; me temo mucho que no bastarán, pero en cualquier caso no dejaré de intentarlo todo; si yo no bastara, podríamos recurrir a la ayuda de alguna otra persona. Para serte sincero, el asunto me interesa demasiado para ser capaz de renunciar a toda participación^[161]. Si mi corazón no resiste, al menos habrá encontrado una ocasión digna para detenerse del todo.

K. creía no comprender una sola palabra de todo aquel discurso; miraba al tío para encontrar una explicación, pero este estaba sentado con la vela en la mano sobre la mesilla de noche, de la que había dejado caer rodando al suelo un frasco de medicamento^[162]; asentía a todo lo que decía el abogado, estaba de acuerdo con todo y miraba a K. de vez en cuando, invitándolo a manifestar el mismo acuerdo. ¿Acaso el tío había hablado ya antes del proceso con el abogado^[163]? Pero eso era imposible, todo lo que había pasado antes hablaba en contra.

—No comprendo... —dijo.

—Bueno, ¿los he entendido mal, quizá? —preguntó el abogado, tan sorprendido y confundido como K.—. Quizá me haya precipitado. ¿De qué querían hablar conmigo? Pensé que se trataba de su proceso.

—Naturalmente —dijo el tío, y preguntó luego a K.—: ¿Qué quieres entonces?

—Sí, pero, ¿por qué tiene usted información sobre mí y sobre mi proceso? —preguntó K.

—Ah —dijo el abogado sonriendo—, soy abogado, me mueve en los medios judiciales; se habla de diversos procesos y los más notables, especialmente si afectan al sobrino de un amigo, se retienen en la memoria. No tiene nada de raro.

—Entonces ¿qué quieres? —preguntó el tío otra vez—. Estás tan inquieto.

—¿Usted se mueve en esos medios judiciales? —preguntó K.

—Sí —dijo el abogado.

—Preguntas como un niño —dijo el tío.

—¿Con quién tendría que relacionarme sino con gente de mi profesión? —añadió el abogado.

Sonaba tan irrefutable que K. no respondió. «Pero usted trabaja en el tribunal del Palacio de Justicia y no en los de la buhardilla», hubiera querido decir, pero no pudo resolvérsele a decirlo efectivamente.

—Tiene usted que pensar —continuó el abogado en el tono de quien explica algo evidente, de forma innecesaria y de pasada—, tiene usted que pensar que estas relaciones me reportan grandes ventajas para mi clientela, y eso en más de un sentido, de los que no siempre se puede hablar. Naturalmente, ahora, como consecuencia de mi enfermedad, estoy un tanto impedido, pero a pesar de todo recibo visitas de buenos amigos del tribunal y me entero de algunas cosas. Acaso esté mejor informado que muchos que, gozando de mejor salud, se pasan el día entero en el tribunal. Así, por ejemplo, precisamente ahora tengo aquí un visitante al que estimo mucho^[164].

Y señaló un rincón oscuro de la habitación^[165].

—¿Dónde? —preguntó K., casi grosero^[166] en el primer momento de sorpresa.

Miró inseguro a su alrededor; la luz de la pequeña vela estaba lejos de alcanzar a la pared de enfrente. Y, efectivamente, por aquel lado empezó a moverse algo en el rincón. A la luz de la vela, que el tío mantenía ahora en alto, se vio a un señor de edad avanzada, sentado junto a una pequeña mesita. Seguramente no había ni respirado para pasar tanto tiempo inadvertido^[167]. Ahora se levantó ceremoniosamente, visiblemente descontento al ver que se había llamado la atención sobre él^[168]. Era como si con las manos, que movía como unas alitas, quisiera apartar toda clase de presentaciones y saludos; como si en ningún caso quisiera molestar a los otros con su presencia y como si rogara insistentemente que volviesen a dejarlo a oscuras y que se olvidaran de su presencia. Pero ahora ya no podían concedérselo.

—La verdad es que nos habéis sorprendido —dijo el abogado como explicación, e hizo al señor una seña para alentarlo a que se acercase, lo que este hizo lentamente, mirando vacilante a su alrededor y, sin embargo, con cierta dignidad—. El señor director de la secretaría —ah, perdón, no les he presentado—: Aquí, mi amigo Albert K., este su sobrino el apoderado Josef K. y este el señor director de la secretaría, así pues, el señor director de la secretaría ha tenido la amabilidad de visitarme. El valor de esa visita solo puede apreciarlo realmente el iniciado, que sabe hasta qué punto el señor director de la secretaría está agobiado de trabajo. Bueno, pues él ha venido a pesar de todo, y nos dedicábamos a conversar tranquilamente, en la medida en que me lo permite mi debilidad; lo cierto es que no habíamos prohibido a Leni que dejara entrar visitas, pues no esperábamos ninguna, pero nuestra intención era sin embargo permanecer solos, y entonces fue cuando sonaron tus puñetazos en la puerta, Albert. El señor director de la secretaría se desplazó con silla y mesa al rincón, pero ahora resulta que posiblemente, es decir, si lo deseas, tenemos que hablar de un asunto que nos afecta a todos, por lo que muy bien podemos reunirnos nuevamente. Señor director de la secretaría —dijo con una inclinación de cabeza y una sonrisa servil, y señaló un sillón que estaba cerca de la cama.

—Por desgracia, solo puedo quedarme unos minutos —dijo el director de la secretaría con amabilidad; se sentó cómodamente en el sillón y miró el reloj—: los asuntos me reclaman. En todo caso no quiero dejar pasar la oportunidad de conocer a un amigo de mi amigo.

Hizo una ligera inclinación de cabeza en dirección al tío de K., que parecía muy satisfecho de conocer a este nuevo personaje, pero que, a causa de su naturaleza peculiar, no pudo expresar sus sentimientos de afecto de otra forma que con una risa ruidosa y molesta que acompañó las palabras del director de la secretaría. ¡Un espectáculo desagradable^[169]! K. podía observarlo todo tranquilamente, porque nadie se ocupaba de él; el director de la secretaría, como parecía ser su costumbre una vez se hubo acercado a los demás, tomó el mando de la conversación; el abogado, cuya debilidad inicial quizá tenía por único objeto ahuyentar a los nuevos visitantes, escuchaba con atención, con la mano en la oreja; y el tío, como portador de la vela —la balanceaba sobre sus muslos, y el abogado lo miraba a menudo con inquietud^[170]—, pronto se vio libre de su turbación y estaba encantado, tanto por la forma de hablar del director de la secretaría como por los suaves y ondulantes ademanes con que acompañaba sus palabras. K., que se apoyaba en un barrote de la cama, quizás hasta intencionalmente, fue completamente

olvidado por el director de la secretaría, y solo servía de oyente a aquellos ancianos caballeros. Por lo demás, apenas sabía de qué estaban hablando y pronto se puso a pensar en la enfermera y en el mal trato que le había dado su tío, y poco después, en si no había visto ya alguna vez al director de la secretaría, quizá incluso en la asamblea durante su primer interrogatorio. Aunque podía estar equivocado, el director de la secretaría, sin embargo, hubiera encajado admirablemente entre los ancianos de barba rala de la primera fila del auditorio.

Entonces les llegó del vestíbulo, un ruido como de porcelana rota que hizo que todos se pusieran a escuchar.

—Voy a ver qué ha ocurrido —dijo K., y salió lentamente, como si diera a los otros ocasión de retenerlo.

Apenas estuvo en el vestíbulo, procurando orientarse en la oscuridad, cuando, sobre la mano con que aún sostenía la puerta, se posó una mano pequeña, mucho más pequeña que la mano de K.^[171], y cerró la puerta con suavidad. Era la enfermera que esperaba allí.

—No ha sucedido nada —susurró—, solo he lanzado un plato contra la pared para que usted saliera^[172].

En su confusión, K. dijo:

—Yo también he pensado en usted.

—Tanto mejor —dijo la enfermera—. Venga.

Al cabo de algunos pasos se encontraron ante una puerta de cristales esmerilados, que la enfermera abrió delante de K.

—Bueno, entre —dijo.

Era, sin duda, el despacho del abogado; por lo que se podía ver a la luz de la luna, que ahora iluminaba intensamente un pequeño trozo rectangular de suelo junto a cada una de las dos grandes ventanas, estaba amueblado con muebles viejos y pesados.

—Aquí —dijo la enfermera, y señaló un arcón de color oscuro provisto de un respaldo de madera, tallada.

Incluso, después de haberse sentado, K. siguió mirando la habitación: era una habitación alta y grande; la clientela del abogado de los pobres debía de sentirse allí perdida. K. creyó ver los pasitos con que se acercaban los visitantes al enorme escritorio. Pero luego se olvidó de ello y solo tuvo ojos para la enfermera, que se sentaba muy cerca de él, apretándolo casi contra el brazo del asiento.

—Pensé —dijo ella—, que usted vendría por sí mismo, sin que yo tuviera que llamarlo. Ha sido algo muy raro. Primero, al entrar, no ha dejado de

mirarme y luego me ha hecho esperar. Puede llamarme Leni —añadió rápidamente y sin preámbulos, como si no hubiera que perder un instante de aquella conversación.

—Con mucho gusto —dijo K.—. En cuanto a lo raro de la situación, Leni, puede explicarse fácilmente. En primer lugar, tenía que oír la charlatanería de esos ancianos señores y no podía salir corriendo sin motivo; pero, en segundo lugar, no soy nada atrevido sino más bien tímido, y la verdad es que usted, Leni, no tenía realmente el aspecto de dejarse conquistar fácilmente.

—No es eso —dijo Leni, apoyó el brazo en el respaldo y miró a K.—, sino que no le gusté y es probable que tampoco ahora le guste.

—Gustar sería decir poco —dijo K. evasivo.

—¡Oh! —dijo ella sonriendo y, gracias a la observación de K. y a aquella breve exclamación logró cierta superioridad.

Por eso, K. permaneció callado unos momentos. Como ya se había habituado a la oscuridad de la habitación, podía distinguir ahora diversos detalles del mobiliario. Le sorprendió especialmente un gran cuadro colgado a la derecha de la puerta; se inclinó hacia adelante para verlo mejor. Representaba a un hombre con toga de juez; estaba sentado en un elevado trono, cuyos dorados sobresalían en diversos puntos del cuadro. Lo extraordinario era que aquel juez no aparecía sentado con calma y dignidad, sino que tenía el brazo izquierdo fuertemente apretado contra el respaldo y el brazo izquierdo del sillón; tenía su brazo derecho totalmente libre y solo con la mano agarraba el otro brazo del sillón, como si quisiera levantarse un instante después con movimiento violento y tal vez airado, para decir algo decisivo o para dictar sentencia. Había que imaginar al acusado a los pies de la escalera, cuyos últimos peldaños cubiertos por una alfombra amarilla, podían verse también en el cuadro.

—Quizá sea mi juez —dijo K., y señaló el cuadro con un dedo.

—Lo conozco —dijo Leni, mirando ella también el cuadro—, viene a menudo por aquí. El cuadro es de su juventud, pero nunca puede haberse parecido a él, porque él es casi diminuto. A pesar de ello, en el cuadro se hizo representar así de alto porque es insensatamente vanidoso, como lo son todos aquí. Pero yo también soy vanidosa y estoy muy descontenta porque no le gusto nada.

A esta última observación, K. respondió solo pasando el brazo alrededor de Leni y atrayéndola hacia sí; ella apoyó en silencio la cabeza en su hombro. Respecto a lo demás, él dijo:

—¿Qué categoría tiene?

—Es juez de instrucción^[173] —dijo ella; tomó la mano con que K. la rodeaba y jugó con sus dedos.

—Otra vez un simple juez de instrucción —dijo K. decepcionado—. Los altos funcionarios se esconden. Sin embargo, este se sienta en un trono.

—Todo es invención —dijo Leni, inclinando el rostro sobre la mano de K.—; en realidad está sentado en una silla de cocina, cubierta con una vieja manta de caballo. Pero ¿tiene usted que pensar continuamente en su proceso? —agregó luego ella, lentamente.

—No, de ninguna manera —dijo K.—, probablemente incluso pienso demasiado poco en él.

—No es ese el error que usted comete —dijo Leni—, he oído decir que es usted muy obstinado.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó K.; sentía el cuerpo de ella contra su pecho y, al bajar la vista, veía su pelo abundante, negro, fuertemente trenzado.

—Traicionaría demasiadas cosas, si se lo dijera —respondió Leni—. No me pregunte nombres, por favor, pero corrija sus errores, no sea tan obstinado que contra ese tribunal no se puede uno defender, es preciso confesar. Así que, confiese en la primera ocasión. Solo entonces tendrá la posibilidad de escapar, solo entonces. Sin embargo, ni siquiera esto es posible sin ayuda ajena, pero no se inquiete, que yo misma se la prestaré.

—Usted entiende mucho de las cosas de este tribunal y de los engaños a los que es necesario recurrir —dijo K., y, como se apretaba demasiado contra él, la levantó y la hizo sentar en su regazo.

—Así está bien —dijo ella, y se acomodó en su regazo, alisándose la falda y arreglándose la blusa. Luego se prendió del cuello de él con ambas manos, se echó hacia atrás y lo miró largo rato.

—Y si no hago la confesión, ¿no podrá ayudarme? —preguntó K. a modo de intento. «No hago más que reclutar mujeres que me ayuden —pensó casi con asombro—, primero la señorita Bürstner, luego la mujer del ujier y finalmente esta pequeña enfermera que parece tener una incomprensible necesidad de mí. Aquí está sentada en mis rodillas, como si fuera su verdadero lugar».

—No —respondió Leni, sacudiendo lentamente la cabeza—, entonces no podré ayudarle. Pero usted no quiere mi ayuda en absoluto, ni le importa nada; es testarudo y no se deja convencer. ¿Tiene usted una amante? —preguntó ella después de una pausa.

—No —dijo K.

—Oh, seguramente sí —dijo ella.

—Sí, es verdad —dijo K.—, pero vea usted, la he negado y, sin embargo, incluso llevo su fotografía.

A ruegos de ella, le mostró una fotografía de Elsa, y ella, acurrucada en su regazo, estudió el retrato. Era una fotografía instantánea, Elsa había sido sorprendida al final de un baile vertiginoso, como le gustaba bailar en la taberna, su falda flotaba aún alrededor con los pliegues del giro, había colocado las manos sobre las firmes caderas y miraba hacia un lado riéndose, con el cuello estirado; la foto no permitía saber a quién iba dirigida la sonrisa.

—Tiene el talle demasiado ajustado —dijo Leni, y señaló el punto en donde, en su opinión, eso se podía ver—. No me gusta, es torpe y ruda. Pero puede ser que con usted sea dulce y afectuosa, lo que también se puede deducir de la fotografía^[174]. Esas muchachas altas y fuertes no saben a menudo ser otra cosa que dulces y afectuosas. ¿Pero, sería capaz de sacrificarse por usted?

—No —dijo K.—, no es dulce ni afectuosa, ni tampoco sería capaz de sacrificarse por mí. Por otra parte, hasta el momento no le he pedido ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera he contemplado nunca la fotografía tan atentamente como usted.

—Entonces no le importa mucho —dijo Leni—, y, por tanto, no es su amante.

—Sí lo es —dijo K.—, no retiro mis palabras.

—Quizá sea ahora su amante —dijo Leni—, pero usted no lo lamentaría mucho si la perdiera o la cambiara por otra, por mí, por ejemplo.

—Seguro —dijo K. sonriendo—, sería imaginable, pero ella tiene una gran ventaja sobre usted: no sabe nada de mi proceso, y, aunque lo supiera, no pensaría en ello. No trataría de convencerme de que fuera más transigente.

—Eso no es una ventaja —dijo Leni—. Si no tiene otras ventajas, no perderé las esperanzas. ¿Tiene algún defecto físico?

—¿Un defecto físico? —preguntó K.

—Sí —dijo Leni—. Yo tengo uno de esos pequeños defectos, mire.

Separó los dedos medio y anular de su mano derecha, entre los que la piel que los unía llegaba casi hasta la articulación superior del dedo más corto. K. no advirtió inmediatamente en la oscuridad lo que ella le quería mostrar, y por eso ella le guio la mano para que lo palpase.

—Vaya juego de la naturaleza —dijo K., y agregó después de haber contemplado toda la mano—: ¡Qué hermosa garra^[175]!

Con una especie de orgullo, Leni miraba cómo K., asombrado, separaba y volvía a juntar una y otra vez sus dos dedos, hasta que finalmente se los besó

fugazmente y los soltó.

—¡Oh! —exclamó ella inmediatamente—, ¡me ha besado usted!

Rápidamente, con la boca abierta, se puso de rodillas sobre el regazo de K., que la miró casi aterrado; ahora que la tenía tan cerca se desprendía de ella un olor amargo y excitante, como de pimienta; atrajo la cabeza de K. hacia sí, se inclinó sobre él y le mordió y le besó el cuello, inclusive mordisqueó su cabello.

—¡Me ha cambiado! —gritaba de vez en cuando—, ya ve, me ha cambiado a pesar de todo.

Entonces una de sus rodillas resbaló, y dando un pequeño grito casi cayó sobre la alfombra, K. la abrazó para sostenerla y se vio arrastrado por ella.

—Ahora me perteneces —dijo ella—. Aquí tienes la llave de la casa, ven cuando quieras —fueron sus últimas palabras, y le dio todavía un beso a tientas mientras él se iba en la espalda.

Cuando llegó al portal, caía una ligera lluvia, se disponía a ir hasta el centro de la calle, por si podía ver quizás todavía a Leni en la ventana. Entonces, de un automóvil que esperaba frente a la casa y que K. no había advertido en su distracción, salió el tío, lo agarró por los brazos y lo empujó contra la puerta, como si quisiera clavarlo allí.

—Muchacho —exclamó—, ¡cómo has podido hacer eso! Has hecho el peor servicio a tu asunto, que iba por buen camino. Te escondes con esa pequeña basura que, para colmo, es visiblemente la amante del abogado, y te quedas horas. Ni siquiera buscas un pretexto, nada ocultas, no, eres totalmente franco, corres a juntarte con ella, y con ella te quedas. Y entretanto nosotros seguimos reunidos, el tío que se esfuerza por ti; el abogado, al que tienes que ganar para tu causa, y sobre todo el director de la secretaría, ese poderoso señor en cuyas manos está precisamente tu asunto en su fase actual. Buscamos un modo de ayudarte: yo tengo que tratar al abogado con precaución; este, a su vez, al director de la secretaría, y tú tenías todas las razones para apoyarme al menos. En lugar de lo cual, te quedas fuera. Finalmente, es imposible disimularlo; ahora bien, evidentemente son hombres educados y hábiles, nada dicen de ello, tienen consideración conmigo, pero finalmente tampoco ellos pueden dominarse ya más y, al no poder hablar del asunto, se callan. Hemos permanecido minutos enteros en silencio y atentos a tu posible regreso. Pero todo ha sido en vano. Finalmente, el director de la secretaría, que se había quedado más tiempo del que quería, se levantó para despedirse y me compadecía visiblemente, pero nada podía hacer para ayudarme; aguardó todavía un rato en la puerta, con increíble amabilidad, y

después se marchó. Naturalmente, me alegré de que se fuera; pues casi no podía respirar. Todo eso ha hecho mayor efecto aún al abogado enfermo, el buen hombre no podía ni hablar cuando me despedí de él. Probablemente has contribuido a su colapso final, y precipitado así la muerte de un hombre del que dependes. Y a mí, tu tío, me dejas aquí bajo la lluvia —tócame, estoy empapado— esperando durante horas.

Capítulo X

ABOGADO. FABRICANTE. PINTOR.



Fotograma 14. El abogado le habla a K. de su experiencia en casos semejantes al suyo. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.

Él ya había, contaba entonces, ganado numerosos procesos parecidos, en todo o en parte; procesos que, aunque en realidad tal vez no tan difíciles como este, eran en apariencia todavía más desesperados.



Fotograma 15. El juez le habla a Raskolnikov de un caso semejante al suyo. Fuente: *Crime and Punishment*, UK (2002). Dir. Julian Jarrold.

—Sí. He tenido ocasión de encontrarme con un caso semejante, un caso psicológico en mi práctica judicial, un caso así de morboso —continuó rápidamente Porfirio (p. 414).

Una mañana de invierno —fuera caía la nieve en medio de una luz turbia —, K. estaba en su oficina y, a pesar de lo temprano que era, se sentía horriblemente cansado. Para protegerse al menos de los empleados

subalternos, había dado al ordenanza la orden de que no dejara entrar a nadie, porque estaba ocupado en un trabajo de gran importancia. Pero, en vez de trabajar, no cesaba de removese en su sillón, de cambiar de lugar lentamente algunos objetos que se encontraban en la mesa y finalmente, sin darse cuenta, extendió por completo el brazo sobre ella y se quedó inmóvil, con la cabeza gacha^[176].

El pensamiento del proceso ya no lo abandonaba. Ya muchas veces antes había pensado si no sería bueno redactar un escrito de defensa y presentarlo al tribunal. Quería exponer en él brevemente su existencia y, a propósito de cualquier hecho importante por algún concepto, explicar los motivos que había tenido para obrar como había obrado, y si su actuación era rechazable o justificable de acuerdo con su modo actual de pensar y qué razones podía alegar por haber actuado de esta o aquella manera^[177]. Las ventajas de semejante escrito de defensa, en comparación con la simple defensa de un abogado, por lo demás tampoco intachable, eran indudables. K. no sabía absolutamente nada de lo que el abogado llevaba entre manos; de todos modos, no debía ser gran cosa, ya que hacía un mes que no le había citado, y tampoco en ninguna de sus consultas anteriores había tenido K. la impresión de que ese hombre pudiera hacer mucho por él^[178]. Ante todo, casi no le había hecho preguntas. Y era mucho, sin embargo, lo que había que preguntar. Preguntar era lo principal. K. tenía la sensación de que él mismo podía hacer todas las preguntas necesarias. Pero el abogado, en lugar de preguntar, contaba algo él mismo o permanecía sin decir nada frente a K., se inclinaba sobre el escritorio, sin duda a causa de cierta sordera, se tiraba de un mechón del centro de la barba y bajaba la vista a la alfombra, acaso precisamente en el lugar donde K. había estado tendido junto a Leni. De vez en cuando daba a K. algunas advertencias carentes de sentido, como las que se dan a los niños. Eran discursos tan inútiles como enojosos por los que K. no pensaba pagar un céntimo a la hora de pasar cuentas. Cuando el abogado pensaba que lo había humillado lo suficiente se ponía a animarle de nuevo un poco. Él, decía entonces, había ganado ya, en todo o en parte, numerosos procesos semejantes, procesos que, aunque en realidad no eran de hecho tan difíciles como aquel, eran todavía más desesperados en apariencia^[179]. Tenía una lista allí de esos procesos en el cajón del escritorio —y golpeaba cualquier lugar de la mesa—, pero por desgracia no podía mostrarle los documentos, porque se trataba de secretos oficiales. No obstante, era evidente que la gran experiencia adquirida a lo largo de todos aquellos procesos beneficiaría a K. Naturalmente, se había puesto a trabajar enseguida, y la

primera solicitud estaba ya casi terminada. Era muy importante, pues todo el proceso dependía con frecuencia de la primera impresión producida por la defensa. Por desgracia, y eso tenía que advertírselo de todos modos a K., a veces ocurría que las primeras solicitudes no eran leídas siquiera por el tribunal. Se unían simplemente al expediente, indicando que, por el momento, el interrogatorio y examen del acusado eran más importantes que cualquier papel escrito. Cuando el solicitante insistía, se agregaba que, antes de decidir, tan pronto como se había reunido todo el material, es decir, cuando el expediente de la causa estuviera compuesto, sería examinada también esa primera demanda. Por desgracia, tampoco eso era exacto la mayoría de las veces: la primera petición se traspapelaba normalmente o se perdía del todo y aunque fuese conservado hasta el final, según había sabido el abogado, claro está que solamente por rumores, apenas se lo leía. Todo esto era lamentable, pero no carecían de justificación; K. no debía olvidar que el proceso no era público, podía serlo si el tribunal lo consideraba necesario, pero la ley no prescribe la publicidad. Como consecuencia, tampoco los escritos del tribunal, sobre todo el escrito de la acusación, eran accesibles para el acusado y su defensor, por lo que, en general, no se sabía, o por lo menos no exactamente, contra qué había que dirigir ese primer escrito, y por ello, en realidad, solo por casualidad podía contener algo importante para el caso. Escritos realmente eficaces y probatorios solo se podían preparar más tarde, cuando, en el curso de los interrogatorios del acusado, surgen con mayor claridad los distintos puntos de la acusación y la fundamentación de los mismos, o bien es posible adivinarlos. En esas condiciones, la defensa se encuentra naturalmente en una situación muy desfavorable y difícil. Pero también esto es intencionado. En realidad, la defensa no está permitida de hecho por la ley, sino simplemente tolerada, e incluso se discute si hay que interpretar el pasaje pertinente de la ley siquiera como tolerancia. Por ello, en sentido estricto, no existen abogados reconocidos por el tribunal; todos los que comparecen ante este tribunal en calidad de abogados no son en realidad más que picapleitos. Ello, naturalmente, tiene unos efectos degradantes para toda la corporación y cuando K. fuera la próxima vez a las oficinas del tribunal, podía echar una ojeada a la sala de los abogados, simplemente para poder decir que la había visto. Probablemente se espantaría de la gente que allí se reunía. Ya la sala estrecha y de techo bajo que tenían asignada mostraba el desprecio que sentía el tribunal por esta gente. La sala solo recibe luz por una pequeña claraboya, tan alta que, si uno quiere mirar afuera —y recibir por otra parte en las narices el humo de una chimenea que está situada

al lado mismo de dicha abertura y que le ennegrece la cara—, tiene que buscar un colega que se lo cargue a las espaldas. En el suelo de esa sala — para dar solo una idea de su estado ruinoso— hay desde hace más de un año un agujero, no tan grande como para que un hombre pueda caerse por él, pero sí lo suficiente como para que se le hunda a uno toda una pierna. La habitación de los abogados está en el segundo piso de la buhardilla, de manera que, si alguien metía la pierna en el agujero, le queda la pierna colgando en el piso de abajo, y precisamente en el pasillo donde esperan los acusados. No es exagerado decir que en los círculos de abogados se califiquen tales condiciones de ignominiosas. Las quejas a la administración no dan el menor resultado, pero además los abogados tienen estrictamente prohibido modificar nada en la sala por su cuenta. Pero también este trato que se da a los abogados tiene su fundamento. Se quiere eliminar la defensa en lo posible, todo debe recaer sobre el acusado mismo. En el fondo, no es un punto de vista desacertado, pero nada sería más erróneo que deducir de ello que, ante ese tribunal, los abogados son innecesarios para los acusados. Al contrario, en ningún otro tribunal son tan necesarios como en este. Por lo general, el procedimiento no solo es secreto para el público, sino también para el acusado. Naturalmente, solo en la medida en que eso es posible, pero es posible en gran medida. Tampoco el acusado tiene el menor acceso a los escritos del tribunal, y es muy difícil saber por los interrogatorios cuáles son los escritos que les sirven de base, especialmente para el acusado, que se encuentra perplejo y tiene toda clase de preocupaciones que lo distraen. Es ahí donde interviene la defensa. Por lo general, los defensores no pueden estar presentes en los interrogatorios, y por eso, después de que estos terminan y en lo posible a la puerta de la sala de instrucción, tienen que preguntar al acusado todo lo que puedan sobre el interrogatorio, y sacar de estos informes, a menudo ya muy confusos, lo que pueda ser útil para la defensa. Pero lo más importante no es eso, pues no se puede saber gran cosa de esa manera, aunque naturalmente, en eso, como en todo, un hombre hábil sacará más cosas que otro. Lo realmente importante, a pesar de todo, siguen siendo las relaciones personales del abogado, en ellas radica el valor principal de la defensa. Ahora bien, sin duda K. había aprendido ya por sus propias experiencias que la organización inferior del tribunal no era perfecta, y que en ella había empleados venales y prevaricadores, por lo que, en cierto modo, se abrían grietas en la rigurosa ordenación del tribunal. Ahí es donde trata de introducirse la mayoría de los abogados, ahí se soborna y se espía e incluso se han dado casos, al menos en otros tiempos, de robo de expedientes. Es

innegable que de esa manera se pueden obtener algunos resultados favorables para el acusado que, en algunos momentos, llegan a ser sorprendentemente favorables. Y de ello se enorgullecen también esos abogadillos, atrayendo nuevos clientes, pero para el curso ulterior del proceso eso no significa nada, o nada bueno. Verdadero valor tiene unas honradas relaciones personales, sobre todo con funcionarios superiores, con lo que naturalmente, se alude solo a los funcionarios superiores de la categoría inferior. Únicamente así se puede ejercer una influencia en el curso del proceso, si bien al principio solamente de un modo casi imperceptible, pero luego de manera cada vez más clara. Eso pueden lograrlo, naturalmente, unos pocos abogados, y por eso la elección de K. había sido muy afortunada. Quizá uno o dos abogados podían alardear de relaciones parecidas a las del doctor Huld. Ninguno de ellos se preocupa de la gente de la sala del abogado, ni tiene nada que ver con ella, pero tanto más estrecha es su relación con los funcionarios del tribunal. Ni siquiera era necesario que el doctor Huld fuese al tribunal, que esperase en la antesala del juez de instrucción su aparición casual y según el humor de este, obtuviese un éxito más aparente que real, o ni siquiera esto. No, el propio K. había podido comprobar que los funcionarios, algunos de alto rango, acudían por sí mismos, daban con gusto informaciones, claras o, por lo menos, fácil de interpretar; comentaban el curso inmediato de los procesos e incluso en ciertos casos, se dejaban convencer y aceptaban gustosos la opinión ajena. De todos modos, precisamente en este último aspecto no se debía confiar demasiado en ellos; por categórica que fuera una nueva opinión favorable a la defensa, podían ir directamente a su oficina y tomar al día siguiente una decisión judicial que fuera exactamente la contraria y quizás todavía mucho más severa para el acusado que su intención primera, de la que pretendían haberse apartado por completo. Contra aquello, naturalmente, nada podía hacerse, porque lo que decían en privado lo decían precisamente así y no se podía sacar ninguna consecuencia pública, aun cuando la defensa no estuviese obligada a esforzarse para conservar el favor de aquellos señores. Por otra parte, también era cierto que esos señores no se relacionaban con la defensa sin más, solo naturalmente con una defensa experta, por amor al prójimo o por sentimientos amistosos, sino que, en cierto sentido, también dependían de ella. Ahí se revelaba precisamente la desventaja de una organización judicial que, incluso en sus comienzos, postulaba el secreto de la justicia. A los funcionarios les falta el contacto con la población; para los procesos corrientes, medianos, se encuentran bien equipados, porque uno de estos procesos sigue su curso casi por sí solo y necesita de vez en cuando un

empujón, pero frente a los casos más fáciles, o también frente a los especialmente difíciles se quedan a menudo desconcertados; pues al estar continuamente enfrascados día y noche en sus leyes, carecen del verdadero sentido de las relaciones humanas, y es difícil prescindir de ellas en tales casos. Entonces acuden a los abogados en busca de consejo, y detrás de ellos un ordenanza les sigue cargado de aquellos expedientes que tan secretos son. En aquella ventana, uno habría podido encontrarse con algunos señores, a los que nunca habría esperado encontrar allí, que, francamente desesperados, miraban a la calle mientras el abogado, sentado a su mesa, estudiaba el expediente para poder darles un buen consejo. Por lo demás, era en esas circunstancias que podía verse con qué tremenda seriedad se tomaban su profesión aquellos señores y cómo, ante obstáculos que, por su naturaleza, resultaban insalvables, se sumían en una gran desesperación. Su posición tampoco era fácil por otros conceptos, no se debía cometer con ellos la injusticia de considerar que su posición era fácil. La jerarquía y el escalafón del tribunal comprendían grados infinitos, entre los cuales se perdían los propios iniciados. El procedimiento procesal también solía ser secreto para los funcionarios inferiores, por lo que casi nunca podían seguir por completo, en su curso ulterior, los asuntos en los que estaban trabajando; los asuntos entraban en su circunscripción sin que con frecuencia supieran de dónde venían, y salían de ella sin que supieran adónde iban. Por consiguiente, a estos funcionarios se les escapaban las enseñanzas que podrían obtenerse del estudio de todas las fases individuales de un proceso, de la sentencia final y de sus fundamentos. Tenían que ocuparse de la parte del proceso que la ley les reservaba y la mayoría de las veces sabían del resto, es decir de los resultados de su propio trabajo, menos que la defensa, la cual, en cambio, casi por regla general seguía manteniendo relaciones con el acusado hasta la finalización del proceso. Así pues, también en este aspecto podían enterarse de muchas cosas valiosas por la defensa. Si K. tenía presente todo aquello, no podía sorprenderse de la irritabilidad de los funcionarios que a veces se manifestaba hacia los acusados —todo el mundo tenía esta experiencia— de una forma ofensiva. Todos los funcionarios estaban irritados, aunque pareciesen tranquilos. Naturalmente, los pequeños abogados son quienes sufren más las consecuencias. Se cuenta, por ejemplo, la siguiente anécdota que parecía muy verosímil. Un viejo funcionario, señor bondadoso y tranquilo, tenía un asunto difícil, particularmente complicado por las demandas de los abogados, y lo había estudiado sin descanso un día y una noche enteros —estos funcionarios son laboriosos como nadie—. Por la

mañana, después de ocuparse veinticuatro horas en un trabajo probablemente muy poco productivo, fue a la puerta de entrada, se ocultó, y arrojó escaleras abajo a todos los abogados que querían entrar. Los abogados se reunieron en el descansillo inferior y discutieron lo que debían hacer; por un lado, no tenían propiamente ningún derecho a reclamar que les dejases entrar; por lo que difícilmente podían emprender alguna acción legal contra el funcionario, y debían guardarse muy bien de provocar el enojo del cuerpo de funcionarios. Pero, por otra parte, todo día que no pasasen en el tribunal estaba totalmente perdido para ellos, por lo que tenían enorme interés en entrar. Finalmente, se pusieron de acuerdo en fatigar al viejo funcionario. Una y otra vez enviaban a un abogado, que subía corriendo la escalera y entonces, después de oponer la mayor resistencia posible, aunque pasiva, se dejaba arrojar escaleras abajo, en donde era recogido por sus compañeros. Esto duró casi una hora, al cabo de la cual, el viejo señor, que estaba ya agotado por el trabajo nocturno, se sintió verdaderamente fatigado y volvió a meterse en su oficina. Los de abajo al principio no lo quisieron creer, y enviaron primero a uno de ellos a mirar detrás de la puerta para ver si realmente no había nadie. Solo entonces entraron y probablemente no se atrevieron a refunfuñar siquiera. Porque los abogados —e incluso el más pequeño de ellos puede tener una perspectiva, al menos parcial, de las circunstancias— no tienen ni la más remota intención de introducir reformas en el tribunal, mientras que —y esto es muy significativo — casi todos los acusados, incluso el más simple de espíritu, ya en la primerísima fase de su proceso comienzan a meditar proyectos de reforma, y así malgastan a menudo un tiempo y unas fuerzas que podrían emplear mucho más útilmente. Lo único acertado es adaptarse a las condiciones existentes. Aun cuando fuese posible mejorar algún detalle —lo cual es una suposición absurda—, uno obtendría, en el mejor de los casos, alguna mejora para asuntos futuros, pero se habría perjudicado a sí mismo inmensamente al llamar sobre sí la atención del siempre vengativo cuerpo de funcionarios. ¡No hay que llamar la atención! ¡Permanecer tranquilo, aunque esto fuese contra los propios deseos! Era preciso procurar comprender que ese gran organismo de justicia era en cierto modo eterno en sus fluctuaciones, y de que, si uno cambia algo por su cuenta y desde su puesto, se está quedando sin suelo bajo los pies y puede hundirse, mientras que al gran organismo le resulta fácil encontrar otro lugar en sí mismo —puesto que todo guarda relación— para reparar la pequeña alteración, efectuando las sustituciones necesarias y quedar inalterable, si es que no se vuelve, cosa aún más probable, mucho más cerrado, más vigilante, más severo, más maligno. Así pues, hay que dejar que

los abogados hagan su trabajo en lugar de estorbarlos. Los reproches no sirven de mucho, especialmente cuando no se puede hacer comprender a la gente toda la importancia de sus motivos, pero sí había que decir a K. el grave perjuicio que había ocasionado a su caso su asunto con su comportamiento hacia el director de la secretaría. Aquel hombre influyente casi podía ser suprimido de la lista de los que podían hacer algo por K. Con intención evidente, pasaba por alto hasta la más ligera mención de su proceso. Esos funcionarios se conducían en muchos aspectos como los niños. A menudo, la cosa más inocente y por desgracia la conducta de K. no lo era, les hería de tal modo que incluso dejaban de hablar con buenos amigos, cambiaban de dirección al encontrarlos y en todo trabajaban en contra de ellos. Pero luego, un día, por sorpresa y sin ninguna razón especial, se reían de alguna pequeña broma a la que solo se habían atrevido porque todo parecía sin esperanza, y se reconciliaban. De ahí que resulte a la vez tan fácil y tan difícil tratarlos, para eso no había principios fijos. A veces resulta asombroso que una sola vida humana de mediana duración bastase para aprender las cosas que hacían posible trabajar allí con algún éxito. No dejan de presentarse horas tristes, como las que todo el mundo conoce, en las que se creía no haber conseguido nunca nada, donde parece como si únicamente hubieran tenido un buen final los procesos destinados desde el principio a un desenlace favorable, y que así hubiera ocurrido también sin ayuda de nadie, mientras que todos los demás procesos se pierden a pesar de todos los esfuerzos, habilidades y aquellos pequeños resultados aparentes que tanto complacieran a uno. Entonces a uno ya nada le parecía seguro y ni siquiera se atrevería a negar, si alguien lo preguntase, que ciertos procesos bien orientados por su naturaleza han ido por mal camino precisamente debido a la ayuda prestada. También esto es una especie de presunción, pero es lo único que queda entonces. Esos accesos de escepticismo —pues se trataba evidentemente de accesos— amenazaban a los abogados, sobre todo cuando se les retiraba de las manos un proceso que venían manejando desde hacía largo tiempo y de un modo satisfactorio. Eso es sin duda lo peor que puede ocurrirle a un abogado. No es que el acusado le retire el proceso, eso no ocurre nunca, desde luego; un acusado que ha elegido a un abogado está obligado a conservarlo, pase lo que pase. ¿Cómo era posible arreglárselas solo después de haber solicitado ayuda? Aquello no sucedía nunca, pero sí ocurre a veces que el proceso toma una dirección que el abogado ya no puede seguir. Al abogado le quitan pura y simplemente el proceso, al acusado, todo; entonces, ni las mejores relaciones con los funcionarios sirven ya, porque ellos mismos no saben nada. El proceso acaba

de entrar en una fase en la que no se puede ya prestar ayuda, en que trabajan en él tribunales inaccesibles, y en que el acusado también queda ya fuera del alcance de los abogados. Entonces, un día, vuelve uno a casa y encuentra sobre su mesa la gran cantidad de memoriales redactados para el asunto con tanto cuidado y con las más hermosas esperanzas; los han devuelto porque no pueden ser transferidos a la nueva fase del proceso, son pedazos de papel sin valor. Esto de ninguna manera significa que el proceso esté perdido aún, en absoluto, por lo menos no hay ninguna razón decisiva para suponerlo; simplemente no se sabe nada más del proceso y tampoco se sabrá nunca más de él. Tales casos, son por fortuna excepciones, e incluso aunque el proceso de K. fuera uno de ellos, estaba por el momento aún lejos de semejante fase. En su caso, había aún sobradas ocasiones para el trabajo de un abogado y K. podía estar seguro de que serían aprovechadas. La demanda, como ya se dijo, no había sido enviada aún, aunque tampoco corría prisa; mucho más importante era por el momento establecer los primeros contactos con los funcionarios competentes, cosa que había sido ya hecha, aunque con éxito desigual, como había que confesar abiertamente. Era mucho mejor, por el momento, no revelar detalles que solo podrían influir en K. desfavorablemente, al ofrecerle demasiadas esperanzas o infundirle un temor excesivo, bastaba con decir que algunos se habían pronunciado muy favorablemente y se habían mostrado también muy bien dispuestos, mientras que otros se habían mostrado menos favorables, pero no habían negado su colaboración. El resultado, por tanto, era en conjunto muy satisfactorio, pero era menester no sacar de ello conclusiones concretas, porque todas las negociaciones preliminares siempre comenzaban de la misma forma y únicamente la evolución posterior mostraba el valor de esas negociaciones. En cualquier caso, aún nada se había perdido y, si se podía conquistar al director de la secretaría, a pesar de lo ocurrido —se encontraban realizadas ya gestiones en ese sentido—, entonces el conjunto —como dicen los cirujanos — era una herida limpia y se podía esperar con confianza la continuación.

En discursos de esa clase y semejantes, el abogado era inagotable. Se repetían en cada visita. Siempre había progresos, pero nunca se podía decir en qué consistían esos progresos. No dejaba de trabajar en la primera solicitud, pero nunca la terminaba, lo que la mayoría de las veces resultaba ser una gran ventaja en la consulta siguiente, porque los últimos tiempos, en contra de lo que se hubiera podido prever, habrían sido muy desfavorables para su presentación. Si K., cansado de los discursos, hacía de vez en cuando mención a que se avanzaba con mucha lentitud, dándose cuenta de las

dificultades, se le decía que no existía tal lentitud, pero que se habría progresado mucho más, si K. hubiese acudido a tiempo al abogado. Por desgracia, no lo había hecho, y esa omisión traería otros inconvenientes aún, no solo temporales.

La única interrupción benéfica de aquellas visitas era Leni, que sabía siempre arreglárselas para llevar el té al abogado cuando K. estaba allí. Entonces se colocaba detrás de K., observando en apariencia cómo el abogado, profundamente inclinado sobre la taza con una especie de avidez, se inclinaba profundamente sobre su taza, se servía té y se lo bebía, y dejaba que K. le cogiera en secreto la mano. Reinaba el más absoluto silencio. El abogado bebía, K. apretaba la mano de Leni y Leni se atrevía a veces a acariciar suavemente el cabello de K.

—¿Todavía estás aquí? —preguntaba el abogado al terminar.

—Quería llevarme la bandeja —decía Leni, había un último apretón de manos, el abogado se secaba la boca, y comenzaba a convencer a K. con renovadas fuerzas.

¿Era consuelo o desesperación lo que quería conseguir el abogado? K. no lo sabía, aunque no pasó mucho tiempo antes de darse cuenta de que su defensa no estaba en buenas manos. Podía muy bien ser cierto todo lo que decía el abogado, aunque era también transparente que, en lo posible, trataba de darse importancia y probablemente nunca había llevado un proceso tan importante como le parecía el de K. Pero, de todos modos, no dejaban de ser sospechosas sus relaciones personales con los funcionarios continuamente puestas de relieve. ¿Las aprovechaba solamente en beneficio de K? El abogado no olvidaba nunca advertir que se trataba de funcionarios subalternos, es decir, de funcionarios en una posición muy dependiente, para cuyo ascenso podían tener sin duda su importancia ciertas evoluciones del proceso. ¿Utilizaban quizá al abogado para conseguir dichas evoluciones, naturalmente siempre desfavorables al acusado? Tal vez no actuaban de esa manera en todos los procesos, lo cual no era probable, tenía que haber otros procesos en los que concedían al abogado ciertas ventajas a cambio de sus servicios, porque al fin y al cabo debía interesarles también que conservara intacta su reputación. Pero sí las cosas sucedían realmente así, ¿de qué modo intervendrían en el proceso de K., que era, como explicaba el abogado, un proceso difícil y por consiguiente importante, y que desde el principio había provocado en el tribunal una gran expectación? No había duda alguna sobre lo que harían. Se podía ver indicios de ello en el simple hecho de que el primer memorial no se hubiera presentado todavía, aunque el proceso ya

duraba meses, y de que, según las manifestaciones del abogado, todo se hallaba aún en sus comienzos, lo que naturalmente resultaba muy apropiado para adormecer al acusado y mantenerlo indefenso, y para caerle después encima de pronto con la sentencia o, al menos, con la notificación de que la instrucción del proceso había tenido un resultado desfavorable que llevaría la investigación de la causa a un tribunal superior^[180].

Era imprescindible que el propio K. interviniere. Precisamente cuando se sentía muy fatigado, como en aquella mañana de invierno en que, sin querer, todo le pasaba por la cabeza, aquella convicción era imposible de apartar. Ya no experimentaba el desprecio que antes había sentido por el proceso. Si se hubiera hallado solo en el mundo, habría descuidado enteramente este proceso, aunque estaba bien seguro de que entonces el proceso no se habría producido. Ahora, sin embargo, su tío lo había arrastrado a casa del abogado, y entraban en juego consideraciones familiares; su posición había dejado de ser completamente independiente de la evolución del proceso; él mismo, por imprudencia y con cierta satisfacción inexplicable, había hablado del proceso con algunos conocidos, otros, por medios desconocidos para él habían sabido del proceso; la relación con la señorita Bürstner parecía oscilar según las circunstancias del proceso; en pocas palabras, ya no tenía la posibilidad de aceptar o rechazar el proceso, se encontraba inmerso en él y tenía que defenderse. Si se cansaba, peor para él.

De todos modos, por el momento no había ningún motivo para una exagerada preocupación. En el banco había conseguido ascender hasta su elevada posición en un tiempo relativamente corto, y mantenerse en ella, respetado por todo el mundo; ahora solo tenía que aplicar al proceso una parte de las facultades que le permitieron llegar a tal posición, y no había duda de que todo saldría bien. Pero ante todo, si había que conseguir algo, era necesario rechazar de antemano toda idea de una posible culpa. No había ninguna culpa. El proceso no era otra cosa que un gran negocio como los que frecuentemente había tratado ventajosamente para el banco; un negocio en el que, como era natural, había varios peligros que era necesario alejar. Con ese fin, no se debía desde luego jugar con la idea de ninguna culpa, sino aferrarse todo lo posible a la idea del propio interés. Desde este punto de vista, era también inevitable retirar muy pronto al abogado su representación, lo mejor sería aquella misma tarde. Por las cosas que el abogado contaba, aquello era inaudito y probablemente muy ofensivo, pero K. no podía tolerar que sus esfuerzos en el proceso tropezaran con obstáculos que tal vez le ponía su propio abogado. Sin embargo, una vez desembarazado del abogado, había que

entregar inmediatamente el memorial y, si era posible, insistir cada día para que fuese tomado en consideración. Para lograr esto, no bastaría naturalmente que K. permaneciera sentado como los demás en el pasillo y pusiera el sombrero debajo del banco. Él mismo, o las mujeres u otros mensajeros tendrían que importunar día tras día a los funcionarios, forzarlos a sentarse en su escritorio y estudiar la demanda en lugar de mirar al corredor a través del enrejado de madera. No había que ceder en estos esfuerzos, había que organizarlo y vigilarlo todo; por una vez, el tribunal debía tropezar con un acusado que sabía defender sus derechos.

Aunque K. confiaba en la posibilidad de hacerlo todo, la dificultad de redactar el memorial era abrumadora. Antes, aproximadamente hacía una semana, solo podía pensar con una sensación de vergüenza en que alguna vez podría ser necesario que él mismo hiciera una petición así, pero no había pensado en absoluto que también podía ser una tarea difícil. Recordó que una vez, una mañana en la que precisamente estaba abrumado de trabajo, lo había dejado todo de lado y había tomado súbitamente el bloc de notas para intentar efectuar un esquema del proceso lógico de uno de dichos memoriales y para ponerlo tal vez a la disposición del lerido abogado, y cómo, precisamente en ese momento, se abrió la puerta de la dirección y entró el director adjunto con una gran carcajada. Fue muy penoso para K., a pesar de que naturalmente el director adjunto, no se había reído del memorial, del que nada sabía, sino de un chiste de la Bolsa que acababa de oír, un chiste que, para su comprensión, requería un dibujo que ahora el director adjunto, inclinado sobre la mesa de K., trazaba con el lápiz que le había quitado de la mano en el bloc que había estado destinado al memorial^[181].

Hoy K. no sabía nada de vergüenzas; era menester redactar el memorial. Si en la oficina no tenía tiempo para hacerlo, lo que era muy probable, tendría que hacerlo en casa por las noches. Si las noches no bastaban, pediría unos días de permiso. Lo único que no podía hacer era detenerse a mitad de camino; eso era lo más insensato, no solo en los negocios sino siempre y en todas partes. El memorial, evidentemente, representaba un trabajo casi inagotable. Aunque uno no tuviese un carácter pusilánime, se podía pensar fácilmente que era imposible acabar nunca el memorial. No por pereza ni por astucia, que eran lo único que podía impedir al abogado la redacción del memorial, sino porque, al desconocer la acusación formulada y sus posibles implicaciones, era preciso rememorar la vida entera en sus más pequeños actos y acontecimientos, relatarlos y examinarlos por todas partes. Y qué triste sería además ese trabajo. Era quizá apropiado para la mente

infantilizada de un viejo jubilado, ayudándola a pasar los largos días. Pero ahora que K. necesitaba concentrar todos sus pensamientos en el trabajo, cuando cada hora pasaba con una velocidad tremenda, puesto que su carrera ascendente significaba ya una amenaza para el director adjunto, y cuando quería disfrutar de su juventud durante las breves tardes y noches, justo ahora tenía que ocuparse de la redacción del memorial. Una vez más, sus pensamientos se convirtieron en quejas. Casi sin querer, solo para poner fin a aquello, oprimió con el dedo el botón de la campanilla eléctrica que comunicaba con la antesala. Mientras lo oprimía, miró el reloj. Eran las once; durante dos horas, un tiempo largo y precioso, no había hecho más que soñar y naturalmente se encontraba aún más fatigado que antes. Pero después de todo, no había perdido el tiempo, había tomado decisiones que podían ser de gran valor. El ordenanza trajo, además del correo diverso, dos tarjetas de visita de unos señores que hacía rato esperaban a K. Eran precisamente clientes muy importantes del banco, a quienes de ningún modo debiera haber hecho esperar así^[182]. ¿Por qué venían en un momento tan inoportuno y porque, parecían preguntarse a su vez aquellos señores tras la puerta cerrada, un hombre tan laborioso como K. malgastaba lo mejor de sus horas de trabajo en ocuparse de sus asuntos privados? Cansado de todo lo anterior, y cansado por lo que vendría, K. se levantó para recibir al primero de los visitantes.

Era un señor pequeño y vivaracho, un fabricante a quien K. conocía bien. Lamentó haber interrumpido a K. en medio de un importante trabajo, K. deploró por su parte haber hecho esperar tanto tiempo al fabricante. Pero expresó ese pesar de una forma tan mecánica y con una entonación tan falsa, que si el fabricante, no hubiese estado tan absorbido por el asunto que le traía, se habría dado cuenta de ello. En cambio, sacó rápidamente cálculos y gráficos de todos los bolsillos, los extendió ante K., explicó diversas partidas, corrigió un pequeño error de cálculo que advirtió con una simple mirada fugaz, recordó a K. un negocio semejante que había hecho con él hacía aproximadamente un año, mencionó de pasada que esta vez otro banco estaba dispuesto a grandes sacrificios para conseguir el negocio y finalmente enmudeció, para dejar a K. exponer su opinión. Al principio K. había seguido con atención el discurso del fabricante, la idea de un importante negocio le había interesado también, pero por desgracia la cosa no duró poco; pronto había dejado de escuchar y durante un rato había asentido con la cabeza a las fuertes exclamaciones del fabricante, pero finalmente había dejado también de hacerlo, y se limitó a mirar la cabeza calva, inclinada sobre los papeles, y a preguntarse cuándo se daría cuenta el fabricante por fin de que todo su

discurso era inútil. Cuando el fabricante enmudeció, K. creyó al principio que el otro lo hacía para darle ocasión de confesar que no estaba en condiciones de escuchar. Solo con pesar se dio cuenta, sin embargo, por la mirada expectante del fabricante —visiblemente dispuesto a todas las respuestas— de que tenía que continuar aquella conversación de negocios. Bajó, pues, la cabeza, como obedeciendo una orden, y empezó a recorrer lentamente el papel con el lápiz, de un lado a otro, deteniéndose algunas veces para apuntar una cifra cualquiera. El fabricante previo objeciones, quizá las cifras no eran realmente definitivas, probablemente no eran lo decisivo, en cualquier caso, el fabricante cubrió los papeles con la mano y, aproximándose aún más a K., comenzó de nuevo a hacer una exposición general del asunto.

—Es difícil —dijo K., frunciendo los labios, y como los papeles, la única cosa a la que podía agarrarse, permanecían ocultos, se apoyó en el brazo del sillón.

Lo único que hizo fue levantar la vista desganadamente cuando la puerta de la dirección se abrió y apareció en ella el subdirector, una imagen vaga, como si estuviese detrás de un velo de gasa. K. no pensó más en ello, sino que observó solo el efecto inmediato, que fue para él muy agradable. Porque el fabricante saltó de su asiento en el acto y corrió al encuentro del subdirector, pero K. habría deseado que lo hiciera diez veces más rápido, porque temía que el subdirector pudiese desaparecer de nuevo. Era un temor inútil, pues los dos señores se encontraron, se estrecharon la mano y se dirigieron juntos hacia el escritorio de K. El fabricante se quejó de que el apoderado hubiese mostrado tan poco interés por el negocio, y señaló a K., que volvió a hundirse en sus papeles bajo la mirada del director adjunto. Cuando entonces los dos se apoyaron en el escritorio y el fabricante comenzó a tratar de ganarse al director adjunto, a K. le pareció que sobre su cabeza había dos hombres que le parecían exageradamente grandes y que hacían tratos sobre él. Lentamente, levantando los ojos con prudencia, intentó averiguar lo que ocurría allí arriba, cogió del escritorio, sin mirar, uno de los papeles, se lo puso en la palma de la mano y lo fue levantando, mientras él mismo se levantaba a la altura de los dos señores. Al obrar así, no pensaba en nada concreto, sino que actuaba tan solo con la sensación de que era así que debería comportarse una vez que hubiera redactado el importante memorial que habría de excusarlo por completo. El director adjunto, que se hallaba por entero absorbido en la conversación, apenas si echó una rápida ojeada al papel, no leyó ni una palabra, porque lo que para el apoderado era importante no lo era para él; lo tomó de la mano de K., dijo:

—Gracias, lo sé ya todo —y volvió a dejarlo tranquilamente sobre la mesa^[183].

K. lo miró de reojo, con amargura. Pero el subdirector no se dio cuenta o, si lo advirtió, solo se animó más, se rio varias veces a carcajadas, con una aguda respuesta confundió al fabricante pero volvió a sacarle en seguida de su confusión al formularse una objeción a sí mismo, y finalmente le invitó a su oficina, donde podrían discutir el asunto hasta el fin.

—Es un asunto muy importante —dijo al fabricante—, lo veo claramente. Y el señor apoderado —incluso al formular esta observación se dirigía propiamente al fabricante— se sentirá seguramente dichoso de que se lo quitemos de encima. El asunto requiere una reflexión tranquila. Pero él parece estar hoy sobrecargado de trabajo, y además algunas personas llevan horas esperándolo en la antesala.

K. tuvo aún el suficiente dominio de sí mismo para desviar la vista del director adjunto y dirigir solo al fabricante su sonrisa amable pero rígida; por lo demás no volvió a intervenir, ligeramente inclinado, se apoyó con ambas manos en el escritorio, como un dependiente tras el mostrador, y vio cómo los dos señores, sin dejar de hablar, tomaban los papeles de la mesa y desaparecían en la dirección. En la puerta, el fabricante se volvió y dijo que se iba sin despedirse, pues se proponía, naturalmente, volver para informar al señor apoderado del resultado de la entrevista, además tenía que darle otra pequeña noticia.

K. estaba por fin solo. Ni siquiera pensó en hacer pasar a otros clientes y solo vagamente tuvo conciencia de lo agradable que era que la gente que esperaba fuera creyese que seguía negociando con el fabricante y que, por esta razón, no podía entrar nadie, ni siquiera el ordenanza. Fue a la ventana, se sentó en el alféizar, agarrándose de la falleba con una mano, y miró afuera, a la plaza. La nieve seguía cayendo y aún no aclaraba en absoluto^[184].

Estuvo así sentado largo tiempo sin saber exactamente qué era lo que le inquietaba; solo de vez en cuando miraba ligeramente asustado por encima del hombro la puerta de la antesala, donde había creído oír equivocadamente algún ruido. Pero como nadie entró, se calmó, fue al lavabo, se lavó con agua fría y volvió a sentarse en su ventana con la cabeza más despejada. La decisión de hacerse cargo de su propia defensa le parecía ahora más grave de lo que había supuesto al principio. Mientras su defensa estuvo en manos del abogado, se había sentido poco afectado por el proceso, lo había observado de lejos y apenas si le había afectado de un modo inmediato; cada vez que quiso pudo comprobar cómo andaba su asunto, pero luego había podido retirarse

también cuando quiso. Ahora, en cambio, si él mismo se hacía cargo de su defensa, tenía que estar totalmente expuesto —al menos provisionalmente— al tribunal, el éxito de su acción podía significar más tarde su liberación total y definitiva, pero mientras tanto, para lograrlo, sería preciso hacer frente a peligros mucho mayores que hasta entonces. Si lo hubiese puesto en duda, su reunión de hoy con el director adjunto y con el fabricante habría podido convencerle ampliamente de lo contrario. ¿Qué actitud había tenido, sentado y sin moverse, ya completamente dominado por la simple decisión de defenderse por sí mismo? ¿Qué pasaría luego? ¡Qué días le esperaban! ¿Hallaría el camino que, a través de todo, le llevaría a buen fin? ¿No significaría una defensa cuidadosa —y ninguna otra tendría razón de ser—, no significaría una defensa cuidadosa también la necesidad de apartarse en lo posible de todo lo demás? ¿Dominaría la situación? ¿Y cómo podría hacerlo desde el banco? Porque no se trataba ya únicamente del memorial, para lo cual habrían bastado unos cuantos días de permiso, aunque pedir un permiso precisamente ahora habría sido muy arriesgado; se trataba de todo un proceso cuya duración no podía preverse. ¡Qué obstáculo enorme surgía en la carrera de K!

¿Y ahora tenía que trabajar para el banco? Miró hacia el escritorio. ¿Ahora tenía que hacer pasar a los clientes y negociar con ellos? Mientras su proceso continuaba, mientras allá arriba, en el desván, los funcionarios de la justicia se inclinaban sobre el expediente de este proceso, ¿tenía que atender él a los asuntos del banco? ¿No era una especie de suplicio aprobado por el tribunal como complemento del proceso? ¿Y acaso en el banco, si juzgaban su trabajo, tendrían en consideración lo peculiar de su situación? Nadie ni nunca. Su proceso no era, sin duda, del todo desconocido, aunque todavía no resultaba muy claro quién sabía de él y cuánto. Sin embargo, era de esperar que el rumor no hubiera llegado hasta el director adjunto; de lo contrario se habría visto ya claramente cómo este explotaba el asunto contra K., sin solidaridad ni humanidad algunas. ¿Y el director? Ciertamente estaba bien dispuesto hacia K. y si hubiese tenido noticias del proceso, lo más probable es que habría aliviado en lo que le fuera posible las tareas de K., pero difícilmente lo habría logrado, porque, ahora que el contrapeso que K. había representado hasta entonces comenzaba a debilitarse, y cada vez más dependía del director adjunto, quien, además, aprovechaba el mal estado de salud del director para reforzar su propio poder. Así pues, ¿qué podía esperar K? Quizá con esas reflexiones, debilitaba su capacidad de resistencia, pero era

necesario también no engañarse a sí mismo y ver todo tan claramente como de momento fuera posible.

Sin motivo especial, para no verse obligado a volver aún al escritorio, abrió la ventana. Solo se podía abrir con dificultad y tuvo que hacer girar la falleba con ambas manos^[185]. Entonces, por todo lo ancho y lo alto de la ventana, una mezcla de niebla y humo penetró a la habitación y la invadió de un ligero olor a quemado^[186]. También entraron algunos copos de nieve llevados por el viento.

—Un otoño horrible —dijo detrás de K. el fabricante, que había vuelto sin ser advertido de la oficina del director adjunto^[187].

K. asintió y miró inquieto la cartera del fabricante, de la que sin duda sacaría ahora papeles para comunicar a K. el resultado de las negociaciones con el director adjunto. Pero el fabricante siguió la mirada de K., golpeó su cartera y dijo, sin abrirla:

—Querrá usted saber en qué ha quedado todo. Regular. Ya tengo casi en el bolsillo la conclusión del contrato. Un hombre simpático, su director adjunto, pero no deja de ser peligroso.

Se rio, estrechó la mano de K. y quiso hacerlo reír también. Pero K. encontraba ya sospechoso que el fabricante no quisiera enseñarle los papeles y no halló nada risible en la observación del fabricante.

—Señor apoderado —dijo el fabricante—, ¿es que no le sienta bien este tiempo? Hoy parece tan deprimido.

—Sí —dijo K., llevándose la mano a la sien—, dolor de cabeza, preocupaciones familiares.

—Muy bien —dijo el fabricante, que era un hombre apresurado y no podía escuchar a nadie tranquilamente—, cada cual carga con su cruz.

Involuntariamente, K. había dado un paso hacia la puerta, como si quisiera acompañar al fabricante a la salida, pero este dijo:

—Señor apoderado, me queda aún una pequeña comunicación para usted. Mucho me temo que, precisamente hoy, le molestaré con ella, pero últimamente he estado dos veces en su casa y siempre se me ha olvidado. Si loigo aplazando, perderá probablemente su sentido. Y sería una lástima, porque, en el fondo, quizás lo que tengo que decirle no carezca de valor.

Antes de que K. tuviera tiempo de contestar, el fabricante se le acercó, le dio un ligero golpecito en el pecho con uno de sus dedos doblado, y dijo en voz baja:

—Usted tiene un proceso, ¿no es verdad^[188]?

K. retrocedió y exclamó enseguida:

—Eso se lo ha dicho el director adjunto.

—De ningún modo —dijo el fabricante—, ¿cómo podría saberlo el director adjunto?

—¿Y usted? —preguntó K., ya mucho más sereno.

—Me llegan de un lado u otro noticias del tribunal —dijo el fabricante—.

A eso se refiere precisamente la comunicación que quería darle.

—¡Hay tanta gente que tiene relación con el tribunal! —dijo K. con la cabeza baja, y condujo al fabricante hasta el escritorio.

Se volvieron a sentar como antes, y el fabricante dijo:

—Por desgracia no es mucho lo que puedo comunicarle. Pero en cosas así no debe descuidarse nada. Además, tengo muchas ganas de ayudarlo, por modesta que sea mi ayuda. Hasta ahora hemos sido buenos amigos en los negocios, ¿no? Pues bien.

K. quiso excusarse por su actitud durante la entrevista de aquel día, pero el fabricante no toleró ninguna interrupción, sino que se puso la cartera bajo el brazo, para demostrar que tenía prisa, y continuó:

—Sé de su proceso por un tal Titorelli. Es un pintor, Titorelli es solo su nombre artístico, no tengo ni idea de cómo se llama realmente. Desde hace años me viene a ver de vez en cuando a mi oficina y me trae pequeños cuadros, por los que —es casi un mendigo— le doy siempre una especie de limosna. Por otra parte, son cuadros bonitos, paisajes que representan praderas y cosas así. Esas ventas —los dos nos habíamos acostumbrado ya— siempre se realizan de la mejor manera posible. Pero, a partir de un determinado momento, las visitas se repitieron con excesiva frecuencia y se lo reproché, nos pusimos a hablar, pues yo tenía curiosidad por saber cómo podía vivir exclusivamente con la pintura, y entonces me enteré con asombro que su fuente principal de ingresos eran los retratos. Me dijo que trabajaba para el tribunal. ¿Para qué tribunal?, le pregunté. Y entonces me habló del tribunal. Usted puede imaginar mejor que nadie lo asombrado que estaba yo con sus historias. Desde entonces, en cada una de sus visitas me da alguna que otra noticia del tribunal y así, poco a poco, voy adquiriendo cierta comprensión en la materia. De todas formas, Titorelli es un charlatán^[189], y a menudo tengo que evitarlo, no solo porque es indudable que miente^[190] también, sino sobre todo porque un hombre de negocios como yo, abrumado por sus propias preocupaciones no puede ocuparse mucho de asuntos ajenos. Pero todo esto no viene al caso. Quizá —he pensado— Titorelli pueda servirle a usted: conoce a muchos jueces y, aunque quizás no tiene él mismo gran influencia, puede darle consejos sobre la manera de llegar a ciertos

personajes influyentes. Y aun cuando tales consejos no sean decisivos, en mi opinión, podría sacar un gran partido de ellos. Usted es casi un abogado. Suelo decir siempre: el apoderado K. es casi un abogado. Oh, no me preocupa su proceso. Pero ¿quiere ir a visitar a Titorelli? Con una recomendación mía, hará sin duda todo lo que le sea posible. Ciertamente, creo debería ir a verlo. Naturalmente, no tiene que ser hoy; alguna vez, cuando el momento sea preciso. De todas formas —quiero añadir— a pesar de que así se lo aconsejo, usted no está obligado a ir a ver a Titorelli. Si cree que puede prescindir de él, es preferible, ciertamente, dejarlo totalmente de lado. Tal vez tenga usted un plan preparado y Titorelli podría estorbar. No, en ese caso, naturalmente, no vaya a verlo de ningún modo. Hace falta sin duda un gran dominio de sí mismo para dejarse aconsejar por semejante individuo. Bueno, como quiera. Aquí está la carta de recomendación y aquí la dirección.

Decepcionado, K. cogió la carta y se la metió en el bolsillo. Aún en el mejor de los casos, la ventaja que podía obtener de la carta de recomendación era incomparablemente inferior al perjuicio que representaba el hecho de que el fabricante estuviese enterado de su proceso y de que el pintor continuara difundiendo noticias acerca de él. Apenas si tuvo fuerzas para dar las gracias con unas breves palabras al fabricante, que ya se dirigía a la puerta.

—Iré a verlo —dijo, cuando se despedía del fabricante en la puerta—, o bien, como ahora estoy muy ocupado, le escribiré para ver si quiere venir a verme a la oficina.

—Ya sabía yo —dijo el fabricante—, que usted encontraría la mejor solución. De todos modos, pensé que preferiría evitar que gente como ese Titorelli vengan al banco para hablar aquí acerca del proceso. Tampoco es ventajoso dejar cartas en manos de esta clase de gente. Pero sin duda usted ya habrá pensado en todo y sabe lo que debe hacer.

K. asintió y acompañó al fabricante hasta la antesala. A pesar de su aspecto sereno, K. estaba asustado de sí mismo. Si había dicho que escribiría a Titorelli, lo había hecho simplemente para demostrar de algún modo al fabricante que sabía apreciar su recomendación y que estaba pensando en la posibilidad de entrevistarse con Titorelli, pero si hubiera considerado útil el apoyo de este, tampoco habría vacilado en escribirle. Pero solo la observación del fabricante le había hecho advertir los peligros que aquello podía reportarle. ¿Tan poco podía confiar ya en su propio entendimiento? Si era posible invitar al banco expresamente por carta a un personaje dudoso, para, separado solo por una puerta del director adjunto, pedirle consejo sobre su proceso, ¿no era asimismo posible, e incluso muy probable, que pasase por

alto otros peligros o se metiera en ellos? No siempre había alguien a su lado para prevenirle. Y precisamente ahora, cuando debía intervenir haciendo acopio de fuerzas, tenían que surgir esas dudas, hasta entonces desconocidas, sobre su propia habilidad. ¿Es que las dificultades que encontraba para realizar su trabajo en la oficina se le presentarían también en el proceso? De todas formas, no comprendía cómo era posible que hubiera podido concebir la idea de escribir a Titorelli para invitarle a venir al banco.

Meneaba todavía la cabeza al pensar en todo aquello, cuando el ordenanza se puso a su lado y llamó su atención sobre los tres señores que ocupaban un banco en el vestíbulo. Hacía ya mucho tiempo que esperaban ser recibidos por K. Ahora que el ordenanza hablaba con K., se habían levantado, y cada uno de ellos quería aprovechar un momento favorable para acercarse a K. antes que los otros. Puesto que el banco tenía tan pocos miramientos como para hacerles perder su tiempo allí en la sala de espera, tampoco ellos querían guardar consideraciones con nadie:

—Señor apoderado —dijo uno de ellos.

Pero K. se había hecho traer el abrigo por el ordenanza, y, mientras este le ayudaba a ponérselo, les dijo a los tres:

—Perdónenme, señores, lo lamento mucho, pero no tengo tiempo para recibirlas en este momento. Les ruego que me excusen, pero tengo un asunto urgente y debo irme enseguida. Ya han visto ustedes mismos cuánto tiempo me han retenido. ¿Serían tan amables de volver mañana o en cualquier otro momento? ¿O tal vez podríamos tratar el asunto por teléfono? ¿O quizás pueden decirme ahora brevemente de qué se trata y les daría una respuesta detallada por escrito? Lo mejor sería de todos modos que volviesen en otra ocasión.

Los señores, a quienes se anunciaba que su espera había sido inútil, se miraron los unos a los otros, sorprendidos por la propuesta de K., sin decir una palabra.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó K., vuelto hacia el ordenanza, que ahora le traía también el sombrero.

Por la puerta abierta del despacho de K. se veía caer la nieve con mayor intensidad. Por eso K. se levantó el cuello del abrigo y se lo abrochó hasta la barbilla.

Precisamente, entonces, salió el director adjunto de la habitación contigua, miró sonriente a K. con su abrigo puesto mientras negociaba con aquellos señores, y preguntó:

—¿Se marcha ya, señor apoderado?

—Sí —dijo K. irguiéndose—, tengo un asunto que resolver.

Pero el director adjunto se había vuelto ya hacia aquellos señores:

—¿Y estos señores? —preguntó—. Creo que esperan desde hace mucho tiempo.

—Ya nos hemos puesto de acuerdo —dijo K.

Pero fue imposible contener a los señores, rodearon a K. y explicaron que no habrían esperado durante horas, si sus asuntos no hubiesen sido importantes y no tuvieran que tratarlos ahora, a fondo y en privado. El director adjunto los escuchó un instante, miró también a K., que sostenía su sombrero en la mano y le quitaba algunas motas de polvo, y dijo luego:

—Señores, hay una solución muy sencilla. Si ustedes se dignaran aceptarme, me haría cargo con mucho gusto de las negociaciones, en lugar del señor apoderado. Naturalmente, hay que discutir enseguida sus asuntos. Somos hombres de negocios como ustedes y sabemos valorar como corresponde el tiempo de los hombres de negocios. ¿Quieren pasar por aquí? —Y abrió la puerta de la antesala que conducía a la de su oficina.

¡Cómo se las arreglaba el director adjunto para apropiarse de todo lo que K. estaba obligado a abandonar por la necesidad! ¿Pero K. no cedía más de lo que era estrictamente necesario? Mientras él, con esperanzas inciertas y, como tenía que confesarse, muy vagas, corría en busca de un pintor desconocido, su prestigio sufría allí un daño irreparable. Probablemente habría sido mucho mejor volverse a quitar el abrigo y recobrar al menos para sí a los dos caballeros que todavía tenían que aguardar allí al lado. K. lo habría tal vez intentado, de no haber visto entonces cómo el director adjunto buscaba algo en los estantes de su propio despacho, como si fuera suyo. Cuando K., excitado, se acercaba a la puerta, el otro exclamó:

—Ah, todavía no se ha ido. —Volvió hacia él su rostro, cuyas muchas arrugas profundas no parecían indicar edad sino fuerza, e inmediatamente continuó buscando—. Busco la copia de un contrato —dijo—, que el representante de la empresa afirma que debe de tener usted. ¿No quiere usted ayudarme a buscarlo?

K. dio un paso, pero el director adjunto dijo:

—Gracias, ya lo he encontrado —y regresó a su despacho con un gran paquete de documentos, que no solo contenía la copia del contrato, sino también, sin duda, muchas otras cosas.

«Ahora no estoy en condiciones de enfrentarme a él —se dijo K.—, pero una vez que haya terminado con mis dificultades personales, él será sin duda el primero en sentirlo; y de la forma más amarga posible»^[191]. Un poco

calmado por este pensamiento, encargó al ordenanza, que desde hacía un rato mantenía abierta para él la puerta del pasillo, que informara al director, si se presentaba el caso, de que estaba arreglando unos negocios, y salió del banco, casi dichoso de poder entregarse de lleno a su asunto durante algún tiempo.

Inmediatamente tomó un taxi y se dirigió a casa del pintor, que vivía en un suburbio diametralmente opuesto al de las oficinas del tribunal. Era un barrio aún más pobre; las casas aún mucho más sombrías, las calles llenas de una suciedad que se desplazaba lentamente sobre la nieve derretida. En la casa en que el pintor vivía solo estaba abierta una de las hojas de la gran puerta; pero, en la otra, la pared presentaba un agujero junto al suelo del que, al acercarse K., salió con ímpetu un repulsivo líquido amarillo y humeante ante el cual algunas ratas salieron huyendo al canal cercano^[192]. Al pie de la escalera había un niño pequeño, tendido boca abajo, llorando^[193], pero apenas se le oía a causa del ruido ensordecedor que procedía del taller de hojalatería situado al otro lado de la puerta de entrada. La puerta del taller estaba abierta; tres aprendices estaban de pie, en semicírculo alrededor de una pieza que golpeaban con martillos. Una gran plancha de hojalata que colgaba de la pared arrojaba una luz pálida que pasaba por en medio de dos aprendices e iluminaba sus rostros y los delantales de trabajo. K. echó a todo este cuadro una mirada fugaz; quería terminar lo más rápido posible, sacarle algo al pintor con pocas palabras y volver inmediatamente al banco. Por ínfimo que fuera el éxito que obtuviera en sus gestiones con el pintor, ese pequeño éxito tendría aún un efecto favorable en su trabajo en el banco. En el tercer piso, falto de aliento, tuvo que disminuir su paso; la escalera, así como los pisos, era desmesuradamente alta, y el pintor, al parecer, vivía en lo más alto, en una buhardilla. También el aire era muy opresivo, no había hueco en la escalera, sino que los estrechos escalones estaban flanqueados por muros, en los que solo de vez en cuando había muy en alto pequeñas ventanas. En el momento en que K. se detuvo un instante, unas cuantas chiquillas salieron corriendo de una casa y se pusieron a subir la escalera entre risas. K. las siguió lentamente, alcanzó a una de las pequeñas, que había tropezado y se había quedado rezagada, y le preguntó, mientras seguían subiendo juntos:

—¿Vive aquí un pintor llamado Titorelli?

La niña, que apenas tenía trece años y era un poco jorobada, le dio un golpe con el codo y le miró de arriba abajo. Ni su juventud ni su defecto físico habían podido impedir que estuviese ya totalmente corrompida^[194]. Ni siquiera sonrió, sino que miró a K. seriamente, con una mirada penetrante y provocadora. K. hizo como si nada hubiera advertido y le preguntó:

—¿Conoces al pintor Titorelli?

Ella contestó que sí con la cabeza y preguntó a su vez:

—¿Qué quiere de él?

A K. le pareció ventajoso informarse un poco rápidamente sobre Titorelli:

—Quiero que me pinte —dijo.

—¿Que le pinte? —preguntó ella, abrió desmesuradamente la boca, golpeó a K. ligeramente con la mano, como si hubiese dicho algo extraordinariamente sorprendente o torpe, se levantó la falda con las dos manos, que ya era muy corta, corrió lo más rápido que pudo tras las otras niñas, cuyos gritos se perdían confusamente en las alturas.

Pero en la vuelta siguiente de la escalera, K. volvió a encontrarse con todas las niñas. Evidentemente, la jorobada les había informado de las intenciones de K. y lo esperaban. Estaban de pie a ambos lados de la escalera, apretándose contra las paredes para que K. pudiera pasar cómodamente, mientras rectificaban con las manos los pliegues de sus delantales. Todos aquellos rostros, lo mismo que aquella forma de colocarse formando una doble hilera, translucía una mezcla de infantilismo y de perversión^[195]. Arriba, a la cabeza de las niñas que ahora se cerraban riendo detrás de K., estaba la jorobada, que tomó el mando. K. tuvo que agradecerle el haber encontrado inmediatamente el buen camino. Él hubiera seguido subiendo derecho, pero ella le indicó que tenía que tomar una desviación de la escalera para llegar hasta Titorelli. La escalera que conducía hasta él era singularmente estrecha y muy larga, sin vueltas, visible en toda su extensión y terminaba justamente en la puerta de Titorelli. Esta puerta, a diferencia del resto de la escalera, se encontraba relativamente bien iluminada por una luz que procedía de una pequeña claraboya inclinada y situada encima de ella, hecha de tablones de madera sin pintar, sobre los cuales estaba inscrito, a grandes brochazos rojos, el nombre de Titorelli. K., seguido de su cortejo, no había llegado aún a la mitad de la escalera, cuando arriba, evidentemente a causa del ruido de los muchos pasos, la puerta se entre abrió y un hombre apareció en el quicio vestido solo, aparentemente, con un camisón.

—¡Oh! —gritó al ver venir al grupo, y desapareció.

La jorobada aplaudió regocijada y las otras niñas se apretaron detrás de K. para obligarlo a avanzar más deprisa.

Sin embargo, todavía no habían llegado arriba cuando el pintor abrió completamente la puerta y, con una profunda reverencia, invitó a K. a entrar. A las muchachas, en cambio, las rechazó: no quiso que ninguna se le metiera en casa, a pesar de la insistencia de sus ruegos y por más que intentasen

entrar, si no con su permiso al menos en contra de su voluntad. Solo la jorobada consiguió colarse por debajo de su brazo extendido, pero el pintor corrió tras ella, la agarró por la falda, la hizo girar alrededor de sí misma y la depositó luego ante la puerta al lado de las otras muchachas^[196], que, mientras el pintor había abandonado su puesto, no se habían atrevido a pasar el umbral. K. no sabía cómo juzgar todo aquello, porque tenía la apariencia de responder a una especie de acuerdo amistoso. Las niñas, al pie de la puerta, estiraban una tras otra el cuello y le gritaban al pintor ciertas palabras que parecían dichas en tono jocoso que K. no entendía, y también el pintor se reía mientras la jorobada casi volaba en sus manos. Luego cerró la puerta, hizo una nueva reverencia a K., le tendió la mano y dijo, presentándose:

—Titorelli, artista pintor.

K. señaló la puerta, tras la cual las niñas cuchicheaban, y dijo:

—Parece ser usted muy apreciado en la casa.

—¡Ah, las brienzuelas! —dijo el pintor e intentó en vano abrocharse el cuello de su camisón. Por lo demás, estaba descalzo y vestido solo con unos anchos pantalones de tela amarilla, sujetos con una correa cuyo largo extremo libre golpeaba de un lado a otro—. Esas brienzuelas son para mí una verdadera carga —prosiguió, renunciando a abrocharse el camisón, cuyo último botón acababa de caerse, acercó una silla e invitó a K. a sentarse—. Una vez pinté a una de ellas —hoy no está aquí— y desde entonces todas me persiguen. Cuando estoy aquí, no entran más que si se lo permito, pero si estoy fuera, siempre hay por lo menos una de ellas aquí dentro. Se han hecho hacer una llave de mi puerta, que se prestan unas a otras. No puede imaginar lo molesto que es esto. Entro, por ejemplo, con una dama a la que tengo que pintar, abro la puerta con mi llave y me encuentro, digamos, a la jorobada ahí junto a la mesita, que se está pintando los labios de rojo con un pincel^[197], mientras sus hermanos menores, a los que tiene que cuidar, andan enredándolo todo y ensuciando todos los rincones de la habitación. O bien, como ocurrió precisamente ayer, llego a casa tarde por la noche —excúseme usted por mi aspecto y por el desorden de la habitación—, bueno, llego a casa tarde por la noche y voy a meterme en la cama, cuando siento que me pellizcan la pierna: miro debajo de la cama y saco a una de esas cosas^[198]. Por qué me acosan no lo sé; como ha podido usted notar, no trato de atraerlas. Naturalmente, todo esto perturba también mi trabajo. Si no hubieran puesto este estudio gratuitamente a mi disposición, hace tiempo que me habría mudado^[199].

Precisamente, una vocecita suave y temerosa, gritó detrás de la puerta:

—Titorelli, ¿podemos, entrar ya?

—No —respondió el pintor.

—¿Yo sola tampoco? —preguntaron de nuevo.

—Tampoco —dijo el pintor, yendo a la puerta y echando el cerrojo^[200].

K., entretanto, había echado una ojeada al cuarto; nunca se hubiera imaginado que pudiera llamarse estudio a ese cuartucho mísero y pequeño. No se podía dar en él más de dos largas zancadas a lo largo y a lo ancho. Todo, suelo, paredes y techo, era de madera, y entre las tablas se veían pequeñas grietas^[201]. Frente a K., pegada a la pared, estaba la cama, cubierta con ropa de cama de colores diversos. En medio de la habitación había una tela montada en un caballete, recubierta con una camisa cuyas mangas rozaban el suelo. Detrás de K. estaba la ventana, a través de la cual, por causa de la niebla, no se podía ver otra cosa que el tejado, cubierto de nieve, de la casa vecina.

El giro de la llave en la cerradura recordó a K. que había querido irse pronto. Sacó, pues, de su bolsillo la carta del fabricante, se la entregó al pintor y dijo:

—A través de este caballero, conocido suyo, he sabido de usted, y he venido aquí siguiendo su consejo.

El pintor recorrió la carta con una mirada y la arrojó sobre la cama^[202]. Si el fabricante no hubiese hablado con absoluta precisión de Titorelli como conocido suyo, como de un pobre hombre que dependía de sus limosnas, se hubiera podido creer realmente que Titorelli no conocía al fabricante o al menos que no se acordaba de él. Además, el pintor preguntó entonces:

—¿Quiere usted comprar cuadros o mandar a hacer un retrato?

K. miró al pintor con asombro. En realidad, ¿qué decía la carta? K. había supuesto lógicamente que, en la carta, el fabricante había informado al pintor que K. no venía sino con motivo de su proceso. ¡Había ido allí con demasiada prisa y sin reflexionar! Pero ahora tenía que dar alguna respuesta al pintor, y dijo, echando una ojeada al caballete:

—¿Trabaja ahora en un cuadro?

—Sí —dijo el pintor, y arrojó la camisa que cubría el caballete sobre la cama, donde antes arrojara la carta—. Es un retrato. Un buen trabajo, pero todavía no está del todo terminado.

La casualidad favoreció a K.; se le ofrecía literalmente la posibilidad de hablar del tribunal, porque se trataba sin ninguna duda del retrato de un juez. Además, era sorprendentemente parecido al cuadro que había en el despacho del abogado. Indudablemente, se trataba de un juez completamente distinto,

un hombre obeso, de barba negra y poblada que le subía mucho por las mejillas; sin duda también, aquel otro cuadro había sido un óleo, mientras que este era un pastel esbozado de un modo débil y vago. Sin embargo, todo lo demás era semejante, porque también en este cuadro el juez aparecía en el momento de levantarse con aire amenazador de su trono, cuyo brazo agarraba. «¡Pero si es un juez!», hubiese querido decir K. enseguida, pero se contuvo de momento y se aproximó al cuadro como si quisiera estudiar los detalles. Una gran figura que se alzaba en el centro del respaldo del trono le resultó indescifrable, y le preguntó sobre ella al pintor.

—Hay que trabajarla todavía un poco —respondió él, sacó de una mesita un lápiz de pastel y subrayó ligeramente la silueta, sin hacerla por ello más clara a los ojos de K.—. Es la Justicia —dijo el pintor por fin.

—Ahora la reconozco —dijo K.—, aquí está la venda alrededor de los ojos y aquí la balanza. Pero ¿no tiene alas en los talones y no está corriendo?

—Sí —dijo el pintor—, me han encargado que la pinte así; en realidad se trata de la Justicia y de la diosa de la Victoria en una sola imagen.

—No es una buena combinación —dijo K. sonriendo—, la justicia tiene que estar quieta porque de lo contrario, se moverá la balanza y no será posible un solo juicio justo^[203].

—Yo me atengo a lo que me han encargado —dijo el pintor.

—Desde luego —dijo K., que no había querido herir a nadie con su observación—. Usted ha pintado la figura tal como realmente está representada sobre el trono.

—No —dijo el pintor—, no he visto ni la figura ni el trono, todo es invención, pero se me indicó lo que tenía que pintar.

—¿Cómo? —preguntó K., que fingía intencionadamente no comprender del todo al pintor—. Sin embargo se trata de un juez que se sienta en un sillón de juez.

—Sí —dijo el pintor—, pero no es un gran juez y nunca se ha sentado en semejante sitial.

—Y, sin embargo, ¿se ha hecho pintar en una actitud tan solemne? Está sentado ahí como si fuese el presidente de un tribunal.

—Sí, estos señores son vanidosos —dijo el pintor—. Pero tienen autorización superior para hacerse pintar así. A cada uno de ellos se le prescribe con toda exactitud cómo puede hacerse pintar. Por desgracia este cuadro no permite juzgar los detalles del vestido y del trono, el pastel no es apropiado para representar tales cosas.

—Sí —dijo K.—, es extraño que esté pintado al pastel.

—El juez lo quería así —dijo el pintor—, el retrato está destinado a una dama.

La vista del cuadro parecía haberle dado ganas de trabajar; se recogió las mangas de la camisa, cogió unos cuantos lápices y K. vio cómo, bajo las puntas temblorosas de los lápices, se iba formando en torno a la cabeza del juez una sombra rojiza que se extendía en forma de rayos hacia los bordes del cuadro. Poco a poco ese juego de sombras rodeó la cabeza como un adorno o una alta distinción. Pero los bordes de la figura de la Justicia permanecieron claros, salvo una tonalidad casi imperceptible; en medio de aquella claridad, la figura parecía avanzar, apenas recordaba ya a la diosa de la justicia, pero tampoco a la de la victoria; ahora tenía todo el aspecto de ser la diosa de la caza. El trabajo del pintor atraía a K. más de lo que hubiera querido; terminó sin embargo por reprocharse el haber permanecido allí tanto tiempo y no haber hecho nada aún en favor de su asunto.

—¿Cómo se llama ese juez? —preguntó de pronto.

—Eso no puedo decirlo —respondió el pintor; estaba profundamente inclinado sobre el cuadro y desatendía claramente al visitante, al que había recibido antes con tantas atenciones.

K. lo consideró un capricho y se irritó a causa del tiempo que le hacía perder.

—¿Es usted, sin duda, un hombre de confianza del tribunal? —preguntó.

Inmediatamente el pintor dejó los lápices a un lado, se incorporó, se frotó las manos y miró a K. sonriendo.

—La verdad es lo primero —dijo—. Usted quiere saber algo del tribunal, así consta también en su carta de recomendación, pero ha empezado hablando de mis cuadros para ganarse mis favores. Pero no lo tomo a mal; usted no podía saber que no es esa la forma de tratarme. ¡Oh, se lo suplico! —dijo cortando tajantemente cuando K. quiso objetar algo. Y continuó luego—: Por lo demás tiene toda la razón al decir que soy un hombre de confianza del tribunal.

Hizo una pausa, como si quisiera dar tiempo a K. para acostumbrarse a este hecho. De nuevo volvieron a oírse las niñas detrás de la puerta. Probablemente se agolpaban junto al ojo de la cerradura, quizás se podía ver también dentro del cuarto a través de las grietas. K. se abstuvo de dar cualquier excusa, porque no quería desviar al pintor de su asunto, pero tampoco quería que el pintor se sintiera demasiado importante, y, en cierto modo, acabase siendo inaccesible para él, y por eso le preguntó:

—¿Es ese un puesto reconocido oficialmente?

—No —dijo el pintor brevemente, como si con ello no pudiera seguir hablando.

K., sin embargo, no quería hacerle callar y dijo:

—Bueno, a menudo estos puestos no reconocidos son más influyentes que los reconocidos.

—Justamente ese es mi caso —dijo el pintor, y asintió frunciendo el ceño—. Ayer hablé de su asunto con el fabricante, me preguntó si no quería ayudarlo y le respondí: «Que venga a verme», y ahora me alegro de que se haya dejado ver tan pronto. El asunto parece afectarle mucho, lo que naturalmente no me extraña. Para empezar, ¿quiere quitarse el abrigo?

Aunque K. solo tenía la intención de permanecer allí muy poco tiempo, acogió con agrado la invitación del pintor. El aire de la habitación se había ido haciendo poco a poco irrespirable, a menudo había mirado ya con sorpresa una pequeña estufa de hierro situada en un rincón, que indudablemente no estaba encendida; el calor del cuarto era inexplicable. Mientras se quitaba el abrigo y se desabrochaba también la chaqueta^[204], el pintor le dijo disculpándose:

—Necesito calor. Aquí se está muy bien, ¿no? En ese sentido, la habitación está muy bien situada.

K. no dijo nada, no era precisamente el calor lo que lo molestaba, sino más bien el aire sofocante que casi impedía respirar; sin duda hacía tiempo que no se ventilaba el cuarto. Esta molestia se acentuó cuando el pintor le rogó que se sentara en la cama, mientras él ocupaba la única silla del cuarto, situada frente al caballete. Por lo demás, el pintor no pareció comprender por qué se sentaba K. al borde de la cama, y le rogó que se pusiera cómodo y, viendo que titubeaba, él mismo fue hacia la cama y le hundió entre colchas y cojines^[205]. Después volvió a su silla y planteó por fin, por vez primera, una pregunta concreta, que hizo olvidar a K. todo lo demás.

—¿Es usted inocente? —preguntó.

—Sí —dijo K. La respuesta a esa pregunta le causó realmente alegría, especialmente porque la hacía ante un particular, es decir, a alguien sin responsabilidad alguna. Nadie le había preguntado aún tan francamente. Para saborear ese placer, añadió—: Soy completamente inocente.

—Ya —dijo el pintor, bajó la cabeza y pareció reflexionar. De pronto levantó de nuevo la cabeza y dijo—: Si usted es inocente la cosa es muy sencilla.

La mirada de K. se ensombreció; el supuesto hombre de confianza del tribunal hablaba como un niño ignorante^[206].

—Mi inocencia no simplifica el asunto —dijo K. A pesar de todo no pudo dejar de sonreír y movió lentamente la cabeza—. Todo depende de muchas sutilezas en las que el tribunal se pierde. Al final, sin embargo, saca de alguna parte, donde al principio no había absolutamente nada, una enorme culpa.

—Sí, sí, seguro —dijo el pintor, como si K. turbara innecesariamente sus pensamientos^[207]—. Pero ¿no es usted inocente?

—Bueno, sí —dijo K.

—Eso es lo principal —dijo el pintor.

Las objeciones no influían en él, pero, a pesar de su resolución, no quedaba claro si hablaba así por convicción o solo por indiferencia. K. quiso averiguarlo primero y por ello dijo:

—Usted conoce sin duda el tribunal mucho mejor que yo; yo no sé al respecto más que lo que he oído decir a ciertas gentes, por otra parte, muy distintas. Pero todas estaban de acuerdo en que no se formulan acusaciones a la ligera y en que el tribunal, cuando acusa, está firmemente convencido de la culpabilidad del acusado y es difícilísimo hacerle abandonar tal convicción.

—¿Difícilísimo? —preguntó el pintor, levantando una mano—. Nunca se puede disuadir al tribunal. Si yo le pinto aquí, sobre una tela, a todos los jueces juntos, y usted se defendiera ante ese lienzo, tendría más éxito que ante el verdadero tribunal.

«Sí», dijo K. para sí mismo, y se olvidó de que solo había querido sondear al pintor.

De nuevo, empezó una de las niñas a preguntar detrás de la puerta:

—Titorelli, ¿no se va a ir ya pronto?

—¡Silencio! —gritó el pintor hacia la puerta—. ¿No veis acaso que estoy conversando con este señor?

Pero la chiquilla no se dio por satisfecha, sino que preguntó:

—¿Vas a pintarlo? —Y, como el pintor no respondió, añadió—: Por favor, no lo pintes, es un hombre tan feo^[208].

Un gran alboroto de gritos de aprobación incomprensibles siguió a estas palabras. El pintor dio un salto hacia la puerta, la entreabrió —se veían las manos tendidas, juntas, de las niñas en actitud implorante— y dijo:

—Si no os calláis, os arrojaré escaleras abajo. Sentaos aquí en los escalones y no os mováis. —Probablemente ellas no obedecieron enseguida, porque tuvo que ordenar—: ¡Sentaos en los escalones!

Solo entonces se hizo el silencio.

—Perdone —dijo el pintor cuando volvió al lado de K. K. apenas si se había vuelto hacia la puerta; había dejado por completo al pintor decidir si

debía protegerlo y cómo. Tampoco hizo el menor movimiento cuando el pintor se inclinó hacia él y le susurró al oído, para que no lo oyera desde fuera—: También estas chiquillas pertenecen al tribunal.

—¿Cómo? —preguntó K., volviendo la cara hacia un lado para mirar al pintor.

Pero este se sentó nuevamente en su silla y dijo medio en broma, como para explicar:

—¡Todo pertenece al tribunal!

—No me había dado cuenta todavía —dijo K. brevemente; la observación general del pintor quitaba a su afirmación sobre las niñas todo lo que tenía de inquietante.

Sin embargo, K. miró un rato a la puerta, tras la cual las chiquillas, permanecían ahora tranquilamente sentadas en los peldaños. Solo una había metido una paja por una grieta de las tablas y la movía lentamente arriba y abajo.

—No parece que tenga usted una perspectiva muy amplia sobre el tribunal —dijo el pintor; tenía las piernas muy separadas y golpeaba en el suelo con la punta de los pies—. Pero, como es usted inocente, tampoco la necesitará. Yo solo lo sacaré de esto.

—¿Cómo va a hacerlo? —preguntó K.—. Usted mismo me ha dicho hace poco que el tribunal es completamente inaccesible a todo argumento.

—Solo es inaccesible a las pruebas que uno presenta al tribunal —dijo el pintor, y levantó el índice, como si K. no hubiera percibido una sutil diferencia—. Pero las cosas funcionan de un modo muy distinto con todo aquello que, en este aspecto, se intenta al margen del tribunal público, o sea en las salas de deliberaciones, en los pasillos o, por ejemplo, también aquí en este estudio.

Lo que el pintor decía ahora no parecía ya a K. tan increíble, realmente coincidía en gran medida con lo que K. había oído también de otras personas. Sí, incluso era muy esperanzador. Si los jueces eran realmente tan fáciles de manejar a base de relaciones personales como había dicho el abogado, entonces las relaciones del pintor con los vanidosos jueces eran especialmente importantes y en modo alguno había que menospreciarlas. Eso hacía que el pintor se integrara muy bien en el círculo de protectores que K. iba reuniendo gradualmente a su alrededor. Una vez, en el banco, habían elogiado su talento organizador; ahora que dependía únicamente de sí mismo, era una buena ocasión de usarlas. El pintor observaba el efecto que su explicación había producido en K., dijo luego con un tono ligeramente inquieto:

—¿No le sorprende que hable casi como un jurista? Es el trato ininterrumpido con los señores del tribunal lo que tanto me influye. Naturalmente, esto me reporta muchos beneficios, pero mi impulso artístico se pierde en gran parte.

—¿Cuál fue la primera vez que consiguió ponerse en contacto con los jueces? —preguntó K.; quería ganarse la confianza del pintor antes de contratar sus servicios.

—Fue muy sencillo —dijo el pintor—, he heredado esa relación. Ya mi padre fue pintor del tribunal. Es un puesto que se hereda siempre. Para eso no se puede utilizar gente nueva. Efectivamente, para pintar los diversos grados de la magistratura, hay reglas tan diversas, numerosas y, sobre todo, tan secretas, que nadie las conoce fuera de ciertas familias. En ese cajón, por ejemplo, tengo notas de mi padre que yo no muestro a nadie. Solo quien las conoce está capacitado para pintar jueces. Sin embargo, aunque las perdiera, quedarían aún tantas reglas en mi cabeza, que nadie podría disputarme el puesto. Todo juez quiere ser pintado como fueron pintados los grandes jueces de antaño, y eso solo puedo hacerlo yo.

—Eso es enviable —dijo K., que pensaba en su posición en el banco—. ¿Entonces su puesto es inamovible?

—Sí, inamovible —dijo el pintor, levantando los hombros con orgullo—. Es por eso que hasta puedo atreverme a ayudar de vez en cuando a algún pobre hombre que tiene un proceso.

—¿Y cómo lo hace? —preguntó K., como si no fuera él a quien el pintor acababa de llamar pobre hombre.

Pero el pintor no se dejó distraer, y continuó diciendo:

—En su caso, por ejemplo, ya que usted es completamente inocente, haré lo siguiente.

La reiterada mención de su inocencia molestaba ya a K. A veces le parecía que, con esta clase de observaciones, el pintor consideraba un resultado favorable del proceso como condición previa de su ayuda, con lo que esta, naturalmente, se hacía inútil. A pesar de todas estas dudas, K. se contuvo y no interrumpió al pintor. No quería renunciar a su ayuda, a eso estaba decidido, y dicha ayuda no le parecía tampoco más discutible que la del abogado. K. la prefería con mucho, porque le era ofrecida de una manera mucho más ingenua y franca^[209].

El pintor había acercado su silla a la cama y continuó, con voz apagada:

—Se me olvidaba preguntarle qué clase de liberación desea. Hay tres posibilidades, a saber, la absolución real, la absolución aparente y el

aplazamiento. La absolución real es naturalmente la mejor, pero no tengo la más mínima influencia en esa clase de solución. En mi opinión, no hay nadie que tenga influencia para obtener la absolución real. Es la inocencia del acusado la única que puede provocarla. Puesto que usted es inocente, sería realmente posible que usted confiara tan solo en su inocencia. Pero en ese caso no necesitaría ni mi ayuda, ni la de nadie.

Esta exposición ordenada dejó estupefacto a K. al principio, pero luego dijo, en voz tan baja como el pintor:

—Creo que usted se contradice.

—¿Cómo? —preguntó el pintor, paciente, y se echó hacia atrás mientras sonreía.

Esta sonrisa despertó en K. la sensación de que se trataba de descubrir contradicciones no tanto en las palabras del pintor como en el procedimiento judicial mismo. Sin embargo, no cedió y dijo:

—Antes ha señalado que el tribunal no admitía pruebas, luego ha limitado esta circunstancia al tribunal público, y ahora dice incluso que el inocente no necesita ayuda alguna ante el tribunal. Aquí ya tiene una contradicción. Pero, además, ha dicho anteriormente que se puede influir personalmente en los jueces, pero ahora niega que la absolución real, como usted la llama, pueda obtenerse alguna vez por medio de influencias personales. He ahí la segunda contradicción.

—Esas contradicciones son fáciles de explicar —dijo el pintor—. Se trata de dos cosas distintas: de lo que dice la ley y de lo que yo he experimentado personalmente; no debe usted confundirlas. En la ley, que por otra parte no he leído, dice naturalmente, por un lado, que el inocente será absuelto, y por otro lado, no dice que se pueda influir en los jueces. Ahora bien, he podido comprobar que ocurre precisamente todo lo contrario; nunca he sabido de ninguna absolución real, pero sí, en cambio, muchas influencias. Naturalmente, es posible que entre todos los casos que conozco no hubiera ninguno de inocencia. Pero, ¿no le parece improbable? En tantos casos, ¿ni uno solo de inocencia? Ya de niño, cuando mi padre hablaba en casa de procesos, no me perdía una palabra; también los jueces que venían a su estudio hablaban del tribunal, en nuestros círculos nunca se habla de otra cosa; apenas tuve posibilidad de ir yo mismo al tribunal, la aproveché siempre, he asistido a innumerables procesos en fases importantes y los he seguido en la medida en que era posible, y —tengo que confesarlo— jamás he visto una sola absolución real.

—Así que, ni una sola absolución real —dijo K. como si hablara consigo mismo y con sus esperanzas—. Esto confirma la opinión que tengo ya del tribunal. Por consiguiente, también por ese lado carece de sentido. Un solo verdugo podría reemplazar a todo el tribunal.

—No debe usted generalizar —dijo el pintor, descontento—, solo he hablado de mis experiencias.

—Sin embargo, es suficiente —dijo K.—, ¿o es que ha oído hablar de absoluciones de épocas anteriores?

—Debe de haberlas habido, en cualquier caso —respondió el pintor—. Solo que es difícil comprobarlo. Las decisiones finales del tribunal no se publican, ni siquiera los jueces tienen acceso a ellas; de manera que solo se han conservado leyendas sobre los casos judiciales del pasado. Ciertamente se habla incluso casi siempre de absoluciones reales; se puede creer en ellas, pero no son demostrables. Empero, no hay que dejarlas de lado; deben contener seguramente una parte de verdad, y además son muy bellas; yo mismo he pintado algunos cuadros que tienen por tema tales leyendas.

—Las simples leyendas no cambiarán mi opinión —dijo K.—, y sin duda en los tribunales no se puede apelar a tales leyendas, ¿verdad?

El pintor se rio.

—No, no se puede —dijo.

—Entonces es inútil hablar de ellas —dijo K.; admitía provisionalmente todas las opiniones del pintor, aunque las considerase improbables y contradijeran otras informaciones.

No tenía tiempo ahora de verificar si todo lo que el pintor decía correspondía a la verdad, ni tampoco de desmentirlo; lo máximo que podía conseguir era inducir al pintor a ayudarle de la manera que fuese, aunque no fuese decisiva. Por eso dijo:

—Dejemos, pues, de lado la absolución real; usted ha mencionado otras dos posibilidades.

—La absolución aparente y el aplazamiento. Solo se puede recurrir a ellas —dijo el pintor—. ¿Pero no quiere quitarse la chaqueta antes de que hablemos de esto? Sin duda tiene calor.

—Sí —dijo K., que hasta entonces había puesto atención a las explicaciones del pintor, pero que, ahora, al recordarle este el calor que hacía, sintió que la frente se le inundaba de sudor—. Es casi insoportable. —El pintor asintió, como si comprendiese muy bien el malestar de K.—. ¿No se podría abrir la ventana? —preguntó K.

—No —dijo el pintor—. No es más que un cristal encajado en el marco, y no se puede abrir.

Entonces se dio cuenta K. de que todo el tiempo había esperado que, de pronto, el pintor o él mismo irían a la ventana y la abrirían de par en par^[210]. Incluso estaba dispuesto a respirar la niebla con la boca abierta. La sensación de estar allí encerrado y sin aire le produjo mareo. Golpeó suavemente con la mano el edredón que se hallaba a su lado, y dijo con voz débil:

—Esto es incómodo y malsano.

—Oh, no —dijo el pintor en defensa de su ventana—. Como no se puede abrir, aunque se trate de un simple vidrio, conserva mejor el calor que una ventana doble. Pero si quiero ventilar, lo que no es muy necesario puesto que el aire entra por todas partes a través de las grietas de las tablas, puedo abrir una de mis puertas, o incluso ambas.

Consolado un poco con esta explicación, K. miró a su alrededor buscando la segunda puerta. El pintor lo advirtió y dijo:

—Está detrás de usted, he tenido que bloquearla con la cama. —Solo entonces vio K. la pequeña puerta en la pared—.^[211] Todo es aquí demasiado pequeño para un estudio —dijo el pintor, como si quisiera adelantarse a cualquier crítica de K.—. He tenido que instalarme como he podido. La cama está evidentemente muy mal situada ante la puerta. El juez que ahora estoy pintando, por ejemplo, entra siempre por la puerta de la cama, y le he dado también una llave de esa puerta para que, aunque yo no esté en casa, pueda esperarme aquí, en el estudio^[212]. Lo que pasa es que suele venir muy temprano por la mañana, cuando todavía estoy durmiendo. Naturalmente, siempre me saca del más profundo sueño al abrir la puerta que está junto a la cama. Usted perdería todo respeto hacia los jueces si oyera las maldiciones con que lo recibo cuando, muy temprano se sube a la cama. Es cierto que podría quitarle la llave, pero eso no haría sino empeorar las cosas. Aquí se puede, con el mínimo esfuerzo, arrancar todas las puertas de sus goznes.

Durante todo este discurso, K. reflexionaba si debía quitarse la chaqueta, hasta que terminó por darse cuenta de que si no lo hacía sería incapaz de permanecer allí más tiempo; se la quitó, entonces, pero se la puso sobre las rodillas, para poder volvérse la a poner inmediatamente si la entrevista terminaba. Apenas se hubo quitado la chaqueta, una de las niñas gritó:

—Se ha quitado ya la chaqueta —y se oyó cómo todas se apretujaban contra las grietas para ver por sí mismas el espectáculo.

—Las niñas —dijo el pintor—, creen que voy a pintarlo y que por eso se desviste usted.

—Vaya —dijo K., no muy divertido, porque no se sentía mucho mejor que antes, a pesar de estar ahora en mangas de camisa. Casi gruñendo preguntó—: ¿Cómo llamó usted a las otras dos posibilidades?

Ya había vuelto a olvidar las expresiones.

—La absolución aparente y el aplazamiento —dijo el pintor—. Usted tiene que elegir. Las dos pueden conseguirse con mi ayuda, naturalmente no sin esfuerzo la diferencia consiste en que la absolución aparente exige un esfuerzo concentrado, aunque temporal, mientras que el aplazamiento exige un esfuerzo mucho menor, pero constante. Hablemos primero, pues, de la absolución aparente. Si lo desea, le escribiré en una hoja de papel un certificado de inocencia. El texto de ese certificado me ha sido transmitido por mi padre y es completamente inatacable^[213]. Con ese certificado hago la ronda de los jueces que conozco. Comienzo, por ejemplo, con el juez que estoy pintando ahora, y esta noche, cuando venga a posar, le presento el certificado. Le presento el certificado, le explico que usted es inocente y que yo mismo respondo de su inocencia. Sin embargo, no se trata de un simple compromiso de forma, sino de una garantía real, de algo que me compromete.

En la mirada del pintor había como un reproche porque K. quisiera imponerle la carga de esa garantía.

—Sería muy amable de su parte —dijo K.—. ¿Y el juez le creería, y sin embargo no me absolviera realmente?

—Ya se lo dije —respondió el pintor—. Por lo demás, no es seguro de modo alguno que me crean todos. Algunos jueces, por ejemplo, exigirán que lo conduzca a su presencia. Entonces tendría que acompañarme. De todos modos, en un caso así el caso está ya medio ganado, sobre todo porque, como es natural, le informaría detalladamente de cómo tiene que comportarse ante el juez en cuestión. Será peor en el caso de los jueces que, de antemano —y esto también sucederá—, me rechacen. A esos tendremos que renunciar, aunque estoy decidido a hacer todas las tentativas posibles, pero podremos permitírnoslo, porque los jueces aislados no pueden decidir nada. Cuando tenga en ese certificado un número suficiente de firmas de jueces iré con él al juez que esté llevando su proceso en ese momento. Posiblemente tendrá también su firma; entonces todo evolucionará algo más deprisa que de ordinario. En general, entonces no hay muchos obstáculos, es entonces cuando el acusado vive los momentos de mayor confianza. Es curioso pero cierto; la gente está más confiada en este período que después de la absolución. No hacen falta ya esfuerzos especiales. El juez tiene con el certificado la garantía de una cantidad de jueces, puede absolverlo sin

preocupaciones y lo hará, no sin el previo cumplimiento de diversas formalidades, para complacerme a mí y a otras personas amigas. Usted abandonará entonces el tribunal y será libre.

—Entonces ¿seré libre? —dijo K. dudando.

—Sí —dijo el pintor—, pero solo aparentemente libre o mejor dicho, temporalmente. Los jueces subalternos, que son los que yo conozco, no tienen derecho a absolver definitivamente; ese derecho solo lo tiene el tribunal supremo, totalmente inaccesible para usted, para mí y para todos. No sabemos cómo son las cosas allí y, dicho sea de paso, tampoco queremos saberlo. Así pues, nuestros jueces no tienen el gran derecho de absolver de la acusación, pero sí tienen el derecho de desprenderla del acusado. Es decir, si usted obtiene la absolución por este conducto, de momento queda sustraído a la acusación, pero esta se sigue cerniendo sobre usted y, en cuanto llega una orden superior, puede entrar en vigor inmediatamente. Como me hallo en tan buenas relaciones con el tribunal, puedo decirle también cómo se distingue de un modo puramente superficial, en las instrucciones para las oficinas del tribunal, la diferencia entre la absolución real y la aparente. En una absolución real, las actas del proceso deben anularse totalmente, desaparecen por completo del procedimiento; no solo la acusación, sino también el proceso y la misma absolución son destruidos, todos destruidos. Sucede de otro modo en el caso de la absolución aparente. En el acta no se produce otra modificación que la de enriquecer el proceso con el certificado de inocencia, la absolución y sus fundamentos. Pero, por lo demás, todo continúa en vigor y, como lo exige la ininterrumpida circulación de las oficinas del tribunal, se envía a los tribunales superiores, vuelve a bajar a los inferiores, y va y viene así, con oscilaciones grandes o pequeñas, y con grandes o pequeñas interrupciones. Nunca se puede saber el camino que tomará. Visto desde fuera, puede parecer a veces que todo está olvidado desde hace largo tiempo, que se ha perdido el expediente y que la absolución es completa. Pero un iniciado no lo creerá. No se pierde ni una sola acta; el tribunal no olvida nada. Un día —nadie lo espera— cualquier juez toma en sus manos el acta de acusación, ve que aún no ha perdido su vigor y ordena la detención inmediata^[214]. He supuesto que entre la absolución aparente y la nueva detención transcurre mucho tiempo; es posible y conozco casos de esos, pero también es muy posible que la persona absuelta salga del tribunal, se vaya a casa y se encuentre con que ya le están esperando para volver a detenerlo. Entonces, naturalmente, se acaba la vida en libertad.

—¿Y el proceso empieza nuevamente? —preguntó K; casi incrédulo.

—Desde luego —dijo el pintor—, el proceso empieza de nuevo, pero vuelve a haber la posibilidad de obtener una absolución aparente. Hay que hacer nuevamente acopio de fuerzas y no darse por vencido.

Esto último lo dijo el pintor quizá por la impresión que le produjo K., que se hallaba un poco decaído.

—Pero —preguntó K. como si ahora quisiera anticiparse a cualquier revelación del pintor— la obtención de una segunda absolución, ¿no es más difícil que la de la primera?

—A ese respecto —respondió el pintor—, no se puede decir nada con seguridad. ¿Sin duda supone usted que los jueces se verán influidos en su juicio, en contra del acusado, a causa de esa segunda detención? No es este el caso. Los jueces, al absolverlo, previeron ya esa detención. De ahí que esta circunstancia apenas influye. Sin embargo, por innumerables razones, tanto el ánimo de los jueces como su apreciación jurídica del asunto pueden haber cambiado, y por ello los esfuerzos por lograr la segunda absolución deben adaptarse a las nuevas circunstancias y ser, en general tan vigorosos como antes de la primera absolución.

—Pero esta segunda absolución, sin duda, tampoco es definitiva —dijo K. moviendo la cabeza con gesto negativo.

—Naturalmente que no —dijo el pintor—, a la segunda absolución sigue la tercera detención, a la tercera absolución, la cuarta detención y así sucesivamente. Eso corresponde a la naturaleza de la absolución aparente.

K. guardó silencio.

—No parece que usted considere ventajosa la absolución aparente —dijo el pintor—, quizá el aplazamiento sea más adecuado para usted. ¿Quiere que le explique la esencia del aplazamiento?

K. asintió. El pintor se había puesto cómodo en su silla, tenía el camisón ampliamente abierto y había introducido una mano dentro, con la que se frotaba el pecho y los costados.

—El aplazamiento —dijo el pintor, y se quedó unos instantes con la mirada fija ante sí, como si buscara una explicación totalmente exacta—, el aplazamiento consiste en que el proceso se mantiene constantemente en sus fases iniciales. Para conseguirlo es necesario que el acusado y su protector, pero sobre todo el protector, estén en constante contacto personal con el tribunal. Repito que ello no exige tan gran gasto de fuerzas como la obtención de la absolución aparente, pero quizás es preciso poner en ello más atención. No se debe perder de vista el proceso, hay que visitar al juez competente a intervalos regulares y también en ocasiones especiales, y tratar por todos los

medios de conservar su buena disposición; si no se conoce personalmente al juez, hay que influir en él a través de los jueces conocidos, sin que por ello deba renunciar a las entrevistas directas. Si no se descuida nada en este aspecto, cabe suponer con suficiente certeza que el proceso no va a pasar de su primera fase. El proceso no se interrumpe, pero el acusado está casi tan seguro de no ser condenado como si estuviera en libertad. Comparado con la absolución aparente, el aplazamiento tiene la ventaja de asegurar al acusado un porvenir menos incierto, está a salvo del espanto de una detención repentina y no tiene que temer tener que soportar los esfuerzos y tensiones que entraña siempre la obtención de una absolución aparente en el momento en que las circunstancias son menos favorables para ello. De todos modos, también el aplazamiento tiene para el acusado ciertos inconvenientes que no se deben subestimar. No me refiero al hecho de que el acusado nunca es libre, porque tampoco lo está, en sentido estricto, en la absolución aparente. Hay otro inconveniente. El proceso no puede detenerse sin que haya por lo menos una apariencia de causa. Por eso, en el proceso, siempre tiene que ocurrir algo que se note desde el exterior. En consecuencia, de vez en cuando hay que tomar diversas medidas, se debe interrogar al acusado, hay que hacer pesquisas, etc. El proceso tiene que girar incesantemente en el pequeño círculo al que artificialmente se ha reducido. Eso, naturalmente, acarrea al acusado ciertas contrariedades, que sin embargo no debemos imaginar tan desagradables. Todo es pura formalidad, los interrogatorios, por ejemplo, son muy cortos; si alguna vez uno no tiene tiempo o ganas de ir, se puede uno excusar; también se puede, con ciertos jueces fijar de común acuerdo las citaciones con mucha anticipación; en esencia, se trata de que, como uno está acusado, tiene que presentarse de vez en cuando ante su juez.

Ya durante las últimas palabras K. se había echado la chaqueta sobre el brazo y se había puesto en pie.

—¡Ya se levanta! —gritaron inmediatamente al otro lado de la puerta.

—¿Se marcha usted ya? —preguntó el pintor, que también se había levantado—. Seguro es el aire el que lo saca de aquí. Lo siento mucho. Tenía aún muchas cosas que decirle. He tenido que expresarme muy concisamente. Pero espero haberme hecho comprender.

—Oh, sí —dijo K., a quien le dolía la cabeza por el esfuerzo que había hecho para escuchar.

A pesar de esa confirmación, el pintor dijo todavía una vez más, resumiendo, como para ofrecer a K. un último consuelo para el camino de regreso a su casa:

—Ambos métodos tienen en común que impiden la condena del acusado.

—Pero impiden también su absolución real —dijo K. en voz baja, como si se avergonzara de haberlo advertido.

—Ha comprendido el meollo del asunto —dijo el pintor rápidamente.

K. puso la mano sobre su abrigo, pero no se decidía a ponerse la chaqueta. Habría preferido hacer un bulto con todo y correr hacia el aire fresco. Ni siquiera las niñas podían inducirlo a vestirse, a pesar de que, anticipadamente, se gritaban unas a otras que ya se estaba vistiendo. Al pintor le interesaba interpretar de algún modo el estado de ánimo de K., y por eso dijo:

—Usted aún no decide entre mis propuestas. Lo apruebo. Incluso le habría desaconsejado una decisión inmediata. Las ventajas e inconvenientes son sutiles. Hay que sopesarlo todo detenidamente. De todos modos, tampoco hay que perder demasiado tiempo.

—Volveré pronto —dijo K., que, con súbita decisión, se puso la chaqueta, se echó el abrigo sobre los hombros y se precipitó hacia la puerta, detrás de la cual se pusieron a gritar las chiquillas.

K. creyó ver a las niñas gritonas a través de la puerta.

—Pero tendrá que cumplir su palabra —dijo el pintor, que no lo había seguido—, de lo contrario iré al banco a preguntarle yo mismo.

—Bueno, abra la puerta —dijo K., y tiró del pomo, que las niñas, como notaba por la resistencia, sujetaban por fuera.

—¿Quiere que las niñas lo molesten? —preguntó el pintor—. Será mejor que use esta salida —y señaló la puerta situada detrás de la cama.

K. estuvo de acuerdo y regresó de un salto a la cama. Pero, en lugar de abrir la puerta, el pintor se arrastró bajo la cama y preguntó desde abajo:

—Espere un momento. ¿No quiere ver un cuadro que yo podría venderle?

K. no quería ser descortés; el pintor se había interesado realmente por él y le había prometido seguir ayudándole; además, por distracción de K. no se había hablado en absoluto de la remuneración de su ayuda, por lo que K. no podía negarse ahora y dejó que le enseñara el cuadro, aunque temblaba de impaciencia por salir del estudio^[215]. El pintor sacó de debajo de la cama un montón de cuadros sin enmarcar, tan cubiertos de polvo que, cuando intentó soplar el cuadro superior para quitar dicho polvo, este se arremolinó ante los ojos de K. durante un buen rato, asfixiante.

—Es una llanura —dijo el pintor, y tendió el cuadro a K. Representaba dos árboles escuálidos sobre una hierba oscura, a gran distancia uno de otro. Al fondo se veía una puesta de sol multicolor.

—Es bonito —dijo K.—, lo compro.

K. se había expresado sin pensar, en pocas palabras, y por eso se alegró de que el pintor, en lugar de tomarlo a mal, levantara del suelo un segundo cuadro.

—Aquí está el que hace juego con el primero —dijo el pintor.

Puede que la intención hubiese sido pintar la pareja del otro cuadro, pero no se podía advertir la menor diferencia con respecto al primero: allí estaban los árboles, allí la hierba y allí la puesta de sol. Pero a K. no le importaba.

—Son paisajes hermosos —dijo—, los compro los dos y los colgaré en mi despacho.

—El motivo parece gustarle —dijo el pintor y sacó un tercer cuadro—, pues tiene la suerte de que aquí me queda otro cuadro parecido.

Pero no era parecido, sino que se trataba del mismo paisaje, completamente idéntico. El pintor aprovechaba bien la ocasión de vender cuadros viejos.

—Me lo quedo también —dijo K.—. ¿Cuánto cuestan los tres cuadros?

—De eso hablaremos pronto —dijo el pintor—. Ahora tiene prisa y estaremos en contacto. Por lo demás, me alegro de que le gusten los cuadros, le daré todos los que tengo aquí abajo. Todos ellos representan llanuras, he pintado ya muchos. Hay gente que rechaza esos cuadros porque son demasiado sombríos, pero hay otras personas, como usted, a las que les gusta precisamente lo sombrío^[216].

Pero K. ahora no tenía el menor interés por las experiencias profesionales del pintor mendigo.

—Envuélvame todos los cuadros —exclamó, interrumpiendo al pintor—, mañana vendrá a recogerlos mi ordenanza.

—No es necesario —dijo el pintor—. Espero poder encontrar un portador que le acompañará inmediatamente. —Y abrió finalmente la puerta, inclinándose por encima de la cama—. Súbase a la cama sin miedo —dijo el pintor—, todo el que viene por aquí lo hace^[217].

K., incluso sin esa invitación, no habría tenido el menor escrúpulo; había puesto ya un pie encima del colchón; entonces vio lo que había al otro lado de la puerta abierta y volvió a retirar el pie.

—¿Qué es esto? —preguntó al pintor.

—¿De qué se asombra? —preguntó este, extrañado a su vez—. Son las oficinas del tribunal. ¿No sabía que aquí hay oficinas del tribunal? Hay oficinas del tribunal en casi todas las buhardillas, ¿por qué habrían de faltar precisamente aquí? En realidad, mi estudio pertenece también a las oficinas del tribunal, pero el tribunal lo ha puesto a mi disposición.

K. no se asustó tanto por el hecho de que también allí hubiese encontrado oficinas del tribunal, como de sí mismo, de su ignorancia respecto a los asuntos judiciales. Le parecía que una norma fundamental para la conducta de un acusado era estar siempre preparado, no dejarse sorprender nunca, no mirar desprevenido a la derecha cuando el juez estaba a su lado a la izquierda... y precisamente esa norma fundamental era la que contravenía siempre. Un largo corredor se extendía ante él, por el cual venía un aire comparado con el cual el del estudio, parecía refrescante. A ambos lados del corredor habían puesto bancos, exactamente como en la sala de espera de la oficina donde se instruía el asunto de K. Al parecer existían prescripciones minuciosas para la instalación de oficinas. Por el momento, no había en ellas gran afluencia de público. Un hombre estaba allí medio tumbado con el rostro pegado al banco y escondido entre los brazos, y parecía dormir; otro se mantenía en penumbra al final del corredor. Entonces K. pasó por encima de la cama y el pintor le siguió con los cuadros. No tardaron en encontrar a un ordenanza del tribunal —K. reconocía ahora a todos los ordenanzas del tribunal por el botón dorado que llevaban en su traje de paisano bajo los botones habituales— y el pintor le dio el encargo de acompañar a K. con los cuadros. K. se tambaleaba más que andaba, con el pañuelo apretado contra la boca. Estaban ya cerca de la salida, cuando se precipitaron hacia ellos las niñas, lo que tampoco K. pudo evitar. Evidentemente, habían visto abrir la segunda puerta del estudio y habían dado un rodeo para entrar por ese lado.

—No puedo acompañarlo más —exclamó el pintor riéndose por el asalto de las niñas—. ¡Hasta la vista! ¡Y no lo piense demasiado!

K. ni siquiera se volvió para mirarlo. En la calle, tomó el primer coche que pasó. Estaba impaciente por deshacerse del ordenanza, cuyo botón dorado ofendía su vista, aunque probablemente no llamaba la atención de nadie más. En su obsequiosidad, el ordenanza quiso sentarse incluso en el pescante, pero K. lo hizo bajar. Hacía rato que había pasado el mediodía, cuando K. llegó al banco. Le habría gustado dejar los cuadros en el coche, pero temió que, en alguna ocasión pudiese necesitarlos para identificarse con ellos frente al pintor. Por consiguiente, los hizo subir a su oficina y los encerró en el último cajón de su mesa, para ponerlos a salvo, al menos durante los días siguientes, de las miradas del director adjunto.

Capítulo XI

COMERCIANTE BLOCK. DESPIDO DEL ABOGADO



Fotograma 16. El abogado reprocha a K. su impaciencia. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.

—Lo comprendo —dijo el abogado—, está usted impaciente.

—No estoy impaciente —dijo K. un poco irritado y ya no vigiló tanto sus palabras.



Fotograma 17. Porfirio reprocha a Raskolnikov su impaciencia. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie*, Rusia (1969). Dir. Lev Kulizhanov.

—Es usted muy irritable, querido Rodion Romanovitch... Lo repito, Rodion Romanovitch, es usted impaciente, y está enfermo (p. 543).

Finalmente se había decidido K. a retirar al abogado su defensa. No podía eliminar las dudas sobre si era correcta aquella manera de actuar, pero la convicción de que era necesario predominó. La decisión le había quitado a K. mucha capacidad de trabajo, el día en que pensaba ir a ver al abogado trabajó de forma especialmente lenta, tuvo que permanecer largo rato en la oficina y ya habían dado las diez cuando, por fin, estuvo ante la puerta del abogado. Antes de llamar, reflexionó aún si no sería mejor despedir al abogado por teléfono o por carta, puesto que la entrevista personal resultaría sin duda muy penosa. Sin embargo, K. no quiso en definitiva renunciar a ella; cualquier otro tipo de despido sería acogido en silencio o con unas pocas palabras formales y, si Leni no podía averiguar nada, K. no sabría nunca cómo el abogado había recibido el despido, ni qué consecuencias tendría para K. en opinión del abogado, una opinión no carente de importancia. En cambio, si el abogado estaba sentado frente a K. y se veía sorprendido por el despido, K. podría deducir fácilmente de la expresión de su rostro y de su conducta todo lo que quería, aun cuando el abogado no dejase traslucir mucho. Tampoco era imposible que él mismo se convenciese de que haría bien en dejar la defensa al abogado y retirarse por tanto su despido.

La primera llamada a la puerta del abogado fue, como de costumbre, infructuosa. «Leni podría apresurarse», pensó K. Pero era ya una ventaja que no se mezclara en el asunto la parte contraria, como normalmente ocurría, ya fuera el hombre de la bata o cualquier otro con ganas de molestar. Mientras K. tocaba el timbre por segunda vez, miró la puerta que estaba a sus espaldas, pero esta vez permaneció cerrada. Finalmente aparecieron en la mirilla del abogado dos ojos, pero no eran los ojos de Leni. Alguien abrió la puerta, pero de momento siguió apoyado contra ella y volviéndose hacia el interior gritó:

—Es él —y solo entonces abrió por completo.

K. se había precipitado hacia la puerta, porque ya oía tras él, cómo se apresuraban a dar la vuelta a la llave en la puerta de la otra vivienda. Por eso, cuando finalmente se abrió la puerta, se precipitó al vestíbulo y alcanzó a ver aún a Leni corriendo en camisón, por el pasillo que comunicaba las dos habitaciones; a ella se había dirigido el grito de advertencia del que abrió la puerta. K. la siguió unos instantes con la vista y luego miró al que había abierto la puerta. Era un hombrecillo seco y barbudo, que tenía una vela en la mano^[218].

—¿Está usted empleado aquí? —preguntó K.

—No —respondió el hombre—, no soy de la casa, el abogado es solo mi representante y estoy aquí por un asunto judicial.

—¿Sin chaqueta? —preguntó K., señalando con un ademán la escasa vestimenta del hombre.

—Ah, perdón —dijo el hombre, y se iluminó a sí mismo con la vela, como si por primera vez se diera cuenta de su estado.

—¿Leni es su amante? —preguntó K. secamente.

Tenía las piernas algo separadas y las manos en que sostenía el sombrero cruzadas detrás. La simple posesión de un fuerte abrigo le hacía sentirse muy superior al flaco hombrecillo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo él, y se llevó una mano al rostro, con espantado rechazo—. No, no, ¿qué se imagina?

—Parece digno de crédito —dijo K. sonriendo—, sin embargo... Venga.

—Le hizo una seña con el sombrero, dejándolo pasar delante de él—. ¿Cómo se llama? —preguntó K. mientras caminaban.

—Block, comerciante Block —dijo el hombrecillo, y, al presentarse, se volvió hacia K., pero K. no dejó que se detuviera.

—¿Es ese su verdadero nombre? —preguntó K.

—Claro —fue la respuesta—, ¿por qué lo duda?

—Pensé que podía tener razones para ocultar su nombre —dijo K.

Se sentía tan libre como se siente uno cuando habla en el extranjero con gentes que le son inferiores, reservándose todo lo que se refiere a uno mismo y hablando con indiferencia de los intereses de otros; ellos se sienten así más importantes, y no impide desatenderse de ellos cuando uno quiere. Junto a la puerta del despacho del abogado, K. se detuvo, la abrió y gritó al comerciante, que seguía andando delante de él:

—¡No tan rápido! ¡Ilumine aquí!

K. pensaba que Leni podía haberse ocultado allí, y mandó al comerciante que buscara por todos los rincones, pero la habitación estaba vacía. Frente al retrato del juez, K. retuvo al comerciante desde atrás por los tirantes.

—¿Lo conoce? —preguntó, y señaló con el índice hacia lo alto.

El comerciante levantó la vela, miró hacia arriba parpadeando y dijo:

—Es un juez.

—¿Un gran juez? —preguntó K., poniéndose al lado del comerciante para poder observar qué impresión le producía el cuadro.

El comerciante dirigió hacia arriba su mirada con admiración.

—Es un gran juez —dijo.

—Usted no sabe gran cosa de esto —dijo K.—. De los jueces de instrucción más bajos, este es el más bajo.

—Ahora lo recuerdo —dijo el comerciante bajando la vela—, también yo lo he oído.

—Naturalmente —exclamó K.—; me olvidaba, naturalmente, de que debe de haberlo oido ya.

—Pero ¿por qué, por qué? —preguntó el comerciante mientras avanzaba hacia la puerta, empujado por las manos de K.

Una vez en el corredor, dijo K:

—¿Sabe usted dónde se ha ocultado Leni?

—¿Ocultado? —dijo el comerciante—. No, seguramente está en la cocina preparando una sopa para el abogado.

—¿Por qué no lo ha dicho usted antes? —preguntó K.

—Yo quería llevarlo allí, pero usted me ha hecho retroceder a gritos —respondió el comerciante, como confuso por las órdenes contradictorias.

—Sin duda se cree usted muy listo —dijo K.—. ¡Lléveme entonces!

K. no había estado nunca en la cocina, que era inmensa y arreglada con lujo. El hogar era tres veces mayor que los hogares ordinarios, y de lo demás, poco se podía apreciar, porque la cocina estaba ahora iluminada solo por una pequeña lámpara que colgaba a la entrada. Junto al hogar estaba Leni con un delantal blanco, como siempre, vaciaba huevos en una cacerola colocada sobre un hornillo de alcohol.

—Buenas noches, Josef —le dijo con una mirada de reojo.

—Buenas noches —dijo K., y señaló con una mano un sillón situado en un rincón apartado, para que se sentase el comerciante, lo que este hizo.

Pero K. se acercó mucho a Leni por detrás, se inclinó sobre su hombro y preguntó:

—¿Quién es este hombre?

Leni se agarró a K. con una mano, mientras con la otra revolvía la sopa, lo atrajo hacia sí y dijo:

—Un hombre digno de lástima, un pobre comerciante, un tal Block. Su aspecto lo dice todo.

Ambos miraron atrás. El comerciante estaba sentado en el sillón que K. le había señalado, había apagado la vela, cuya luz era ahora innecesaria, y apretaba con los dedos la mecha para evitar el humo.

—Estabas en camisón —dijo K., forzándole con la mano a volver otra vez la cabeza hacia el fogón. Ella callaba—. ¿Es tu amante? —preguntó K.

Ella quiso agarrar la cazuela de sopa, pero K. le sujetó ambas manos y dijo:

—¡Vamos, responde!

Ella dijo:

—Ven al despacho, te lo explicaré todo.

—No —dijo K.—, quiero que me lo expliques aquí.

Ella se colgó de él y quiso besarlo, pero K. la rechazó y dijo:

—No quiero que me beses ahora.

—Josef —dijo Leni, y miró a K. con aire de súplica, pero con toda franqueza, directamente a los ojos—, no estarás celoso del señor Block.

—Rudi^[219] —dijo luego volviéndose hacia el comerciante—, ayúdame, ya ves que sospechan de mí, deja esa vela.

Podría haberse pensado que él no prestaba atención, pero estaba perfectamente al tanto.

—Yo tampoco sé por qué habría de estar celoso —dijo de forma poco sagaz.

—En realidad, tampoco yo lo sé —dijo K., y miró al comerciante con una sonrisa.

Leni rio a carcajadas, aprovechó la distracción de K. para colgarse de su brazo y susurró:

—Déjalo ya, ya ves qué clase de hombre es. Me he ocupado un poco de él porque es un cliente importante del abogado, no por otra razón. ¿Y tú? ¿Quieres hablar hoy todavía con el abogado? Está muy enfermo, pero si quieras, te anuncio. Sin embargo, esta noche te quedarás conmigo sin falta. Hace ya tanto tiempo que no nos visitabas, que el propio abogado ha preguntado por ti. ¡No descuides el proceso! Yo también tengo que darte cuenta de diversas cosas que he sabido. ¡Pero lo primero que debes hacer es quitarte el abrigo! —Le ayudó a quitárselo, le cogió el sombrero, corrió al vestíbulo a colgarlos, y regresó corriendo para mirar la sopa—. ¿Te anuncio primero o le llevo antes la sopa?

—Anúnciame primero —dijo K.

Estaba enojado porque su primera intención había sido discutir ante todo su propósito con Leni, especialmente de la dudosa cuestión de romper con el abogado, pero la presencia del comerciante le había quitado las ganas. Ahora, sin embargo, consideraba su asunto demasiado importante para que aquel pequeño comerciante pudiera influir de manera tal vez decisiva, y volvió a llamar a Leni, que ya se encontraba en el pasillo.

—Llévate primero la sopa —dijo—, tiene que fortalecerse para la entrevista conmigo; lo va a necesitar.

—Usted también es cliente del abogado —dijo en voz baja el comerciante, como afirmándolo, desde su rincón.

Pero su comentario fue mal recibido.

—¿A usted qué le importa? —dijo K.

Y Leni dijo:

—¿Quieres callarte?

—Entonces le llevaré primero la sopa —dijo Leni a K., y puso la sopa en un plato—: solo es de temer que se duerma enseguida, pues duerme siempre después de comer.

—Lo que tengo que decirle lo mantendrá despierto —dijo K.

Quería dejar ver continuamente que tenía la intención de hablar de cosas muy importantes con el abogado; quería que Leni le preguntase qué era y solo entonces pedirle consejo. Pero ella se limitó a cumplir puntualmente las órdenes que le daba. Cuando ella pasó con la taza por su lado, lo rozó con suavidad, de forma deliberada, y le susurró:

—Apenas haya tomado la sopa, te anunciaré inmediatamente, para volver a tenerte lo antes posible.

—Anda pues —dijo K.—, anda.

—Podrías ser más amable —dijo ella volviéndose en la puerta otra vez con la taza.

K. la siguió con la mirada; ahora estaba definitivamente decidido a despedir al abogado, sin duda era mejor también no haber podido hablar del asunto con Leni; ella no tenía una visión suficiente del conjunto, sin duda se lo habría desaconsejado, posiblemente lo habría disuadido realmente del despido, al menos por el momento, y él habría seguido teniendo dudas e inquietudes y, finalmente, pasado algún tiempo, habría cumplido su decisión, porque era una decisión demasiado imperativa. Cuanto antes se hiciera, tantos más perjuicios se evitarían. Por lo demás, tal vez el comerciante le diría algo al respecto.

K. se volvió y, apenas lo advirtió el comerciante, se dispuso a ponerse de pie.

—Siga sentado —dijo K., y arrastró una silla para sentarse a su lado—.

—¿Es usted un antiguo cliente del abogado? —preguntó K.

—Sí —dijo el comerciante—, un cliente muy antiguo.

—¿Cuántos años hace que él lo defiende? —preguntó K.

—No sé lo que quiere decir —dijo el comerciante—; en los asuntos de negocios —tengo un negocio de cereales—, el abogado me asiste desde que me ocupo de él, o sea, más o menos unos veinte años; en cuanto a mi proceso, al que usted probablemente se refiere, me asiste desde el principio, hace ya más de cinco años. Sí, bastante más de cinco años —añadió, sacando una

vieja billetera—, aquí lo tengo todo anotado; si quiere le puedo decir las fechas exactas. Es difícil retenerlo todo. Mi proceso dura ya probablemente mucho más, comenzó poco después de la muerte de mi mujer, y de esto hace ya más de cinco años y medio.

K. se acercó aún más a él.

—¿De modo que el abogado también trabaja en los asuntos de derecho corriente? —preguntó.

Esa relación entre los negocios y el derecho le pareció a K. bastante tranquilizadora.

—Desde luego —dijo el comerciante, y susurró a K.—: Incluso se dice que en estos asuntos de derecho común es más hábil que en los otros. —Pero pareció luego lamentar lo que había dicho, le puso a K. una mano en el hombro y dijo—: Le ruego encarecidamente que no me traicione.

K., para tranquilizarlo, le golpeó el muslo y dijo:

—No, no soy un traidor.

—Es que él es muy vengativo —dijo el comerciante.

—Seguro que no hará nada contra un cliente tan fiel —dijo K.

—Oh, sí —dijo el comerciante—, cuando está irritado no distingue, y además no le soy realmente fiel.

—¿Cómo? ¿Por qué no? —preguntó K.

—¿Podré confiárselo a usted? —preguntó el comerciante, dudoso.

—Creo que puede hacerlo —dijo K.

—Entonces —dijo el comerciante—, se lo confiaré en parte, pero será preciso que usted también me revele un secreto, para que hagamos frente común contra el abogado.

—Es usted muy precavido —dijo K.—, pero le diré un secreto que lo tranquilizará completamente. ¿En qué consiste, pues, su infidelidad al abogado?

—Tengo —dijo el comerciante titubeando y en un tono como si confesase algo deshonroso—, tengo otros abogados además de él.

—Eso no es tan grave —dijo K. algo decepcionado.

—Aquí sí —dijo el comerciante, quien, desde su confesión, respiraba con dificultad, pero cobrando más confianza gracias a la observación de K.—. No está permitido. Y mucho menos permitido está tener, además de lo que se llama un abogado, otros abogados de esos que llaman picapleitos. Y precisamente eso es lo que he hecho; tengo además de él cinco picapleitos.

—¡Cinco! —exclamó K., la cifra era la primera cosa que le producía asombro—. ¿Cinco abogados además de este?

El comerciante asintió:

—Precisamente ahora estoy negociando con un sexto.

—Pero ¿para qué necesita tantos abogados? —preguntó K.

—Tengo necesidad de todos ellos —dijo el comerciante.

—¿Me puede explicar cómo? —preguntó K.

—Con mucho gusto —dijo el comerciante—. Ante todo, no quiero perder mi proceso, como es natural. Por lo que no puedo omitir nada que pueda serme útil; aunque la esperanza de obtener alguna utilidad en algún caso determinado sea muy escasa, no puedo desecharla. Por eso he gastado en el proceso todo lo que poseo. Así, por ejemplo, he retirado todo el dinero de mi negocio; antes las oficinas de mi negocio ocupaban casi un piso, hoy me basta con una pequeña habitación en la parte de atrás, en donde trabajo con un aprendiz. Este retroceso no se debe únicamente, como es lógico, al retiro del dinero, sino más bien a la reducción de mi capacidad de trabajo. Si uno quiere hacer algo por su proceso, poco puede dedicarse a otros asuntos.

—Entonces ¿usted mismo trabaja ante el tribunal? —preguntó K.—, precisamente de eso me gustaría que me informara.

—No le puedo decir gran cosa —dijo el comerciante—; al principio, desde luego, lo intenté yo también, pero tuve que renunciar a ello en seguida. Es algo excesivamente agotador y no se obtienen muchos resultados. Trabajar uno mismo allí y hacer negocios resultó, al menos para mí, completamente imposible. El simple hecho de estar sentado allí y esperar supone un gran esfuerzo. Usted ya conoce el aire sofocante de las oficinas.

—¿Cómo sabe que estuve allí? —preguntó K.

—Estaba precisamente en la sala de espera cuando usted pasó.

—¡Qué casualidad! —exclamó K., completamente interesado y olvidado por completo de la anterior ridiculez del comerciante—. ¡De manera que usted me vio! Estaba en la sala de espera cuando pasé. Sí, pasé por allí una vez.

—No es demasiada casualidad —dijo el comerciante—, estoy allí casi todos los días.

—Yo también tendré que ir probablemente con frecuencia —dijo K.—, pero sin duda va a ser difícil que sea recibido con tantos honores como entonces. Todos se pusieron de pie. Sin duda pensaron que yo era un juez.

—No —dijo el comerciante—, saludábamos al ordenanza del tribunal. Que era usted un acusado lo sabíamos. Esas noticias se extienden muy rápidamente.

—Así que ya lo sabían —dijo K.—, entonces mi actitud debió de parecerles muy arrogante. ¿No se habló de eso?

—No —dijo el comerciante—, al contrario. Pero no son más que tonterías.

—¿Qué tonterías? —preguntó K.

—¿Por qué me pregunta eso? —dijo el comerciante irritado—. Usted parece no conocer aún a la gente de allí, y tal vez la interpreta mal. Tiene que pensar que durante el procedimiento se dicen muchas cosas que escapan al dominio de la razón: uno está sencillamente demasiado cansado y distraído para atender a tantas cosas, y lo compensa cayendo en las supersticiones. Hablo de los otros, pero yo no soy mejor. Una de esas supersticiones consiste en creer que se puede leer el resultado del proceso en el rostro del acusado, y sobre todo en el dibujo de sus labios. Esa gente, pues, estimó que, a juzgar por sus labios, usted sería condenado con seguridad, y pronto^[220]. Repito que se trata de una superstición ridícula y, en la mayoría de los casos, totalmente desmentida por los hechos, pero, cuando se vive en ese medio, es difícil sustraerse a este tipo de opiniones. Piense en los graves efectos que puede producir una superstición así. Usted habló allí con alguien, ¿no? Él apenas pudo contestarle. Naturalmente, hay muchas razones para estar allí confuso, pero una de ellas fue también ver sus labios. Después contó que había creído ver también en sus labios el signo de su propia condena.

—¿Mis labios? —preguntó K., que sacó un espejo de bolsillo y se miró—. No puedo ver en mis labios nada especial. ¿Y usted?

—Yo tampoco —dijo el comerciante—, absolutamente nada.

—Qué supersticiosa es esa gente —exclamó K.

—¿No se lo dije? —preguntó el comerciante.

—Entonces, ¿se ven con tanta frecuencia e intercambian tanto sus opiniones? —dijo K.—. Hasta ahora me he mantenido completamente al margen.

—Por lo general, no tienen trato entre sí —dijo el comerciante—, no sería posible, son demasiados. Además, tienen pocos intereses comunes. Cuando a veces, en un grupo, surge la creencia de que tienen un interés común, pronto se demuestra que se trataba de un error. En común no se puede hacer nada contra el tribunal. Cada uno de los casos es investigado en sí mismo, es el más minucioso de los tribunales. Así pues, actuando en común no se puede hacer nada; solo algún individuo logra a veces algo en secreto; y únicamente cuando lo ha logrado se enteran los demás; nadie sabe cómo ha ocurrido. No hay, pues, solidaridad, la gente se encuentra de vez en cuando en las salas de

espera, pero poco allí se habla. Las opiniones supersticiosas datan desde tiempos inmemoriales y proliferan de un modo espontáneo.

—Yo vi a los señores de la sala de espera —dijo K.—, y su espera me pareció tan inútil.

—La espera no es inútil —dijo el comerciante—, lo que sí es inútil es intervenir en ella. Ya le he dicho que, además de este, tengo otros cinco abogados. Se podría creer —yo mismo lo creí al principio— que podría ahora confiarles por completo el asunto. Pero sería un gran error. Puedo dejar menos cosas en sus manos que cuando tenía uno solo. No lo entiende, ¿verdad?

—No —dijo K. y, para evitar que el comerciante hablara tan rápido, puso la mano tranquilizadora en su mano—, solo quisiera rogarle que hable un poco más despacio, pues todo esto tiene mucha importancia para mí y no llego a seguir bien sus palabras.

—Hace usted bien en recordármelo —dijo el comerciante—. Usted es nuevo, es joven. Su proceso tiene medio año, ¿no es cierto? Sí, lo he oído decir. ¡Un proceso tan joven! Pero yo he meditado en esas cosas infinidad de veces y para mí son lo más evidente del mundo.

—Debe usted estar muy contento de que su proceso esté tan avanzado —dijo K.; no es que quisiera preguntar precisamente cómo andaban los asuntos del comerciante.

Sin embargo, tampoco obtuvo una respuesta clara.

—Sí, llevo cinco años arrastrando mi proceso —dijo el comerciante, y bajó la cabeza—, no es un logro pequeño.

Luego enmudeció unos instantes. K. aguzó el oído para saber si Leni volvía. Por una parte, no quería que volviera, pues aún tenía que hacer muchas preguntas y no quería ser sorprendido por Leni en una conversación confidencial con el comerciante, pero, por otra parte, le irritaba que ella permaneciera, a pesar de su presencia, tanto tiempo con el abogado, mucho más del necesario para servirle la sopa.

—Recuerdo muy bien aún los tiempos —volvió a comenzar el comerciante y K. le prestó enseguida toda su atención—, en que mi proceso tenía más o menos la misma antigüedad que el suyo. En aquel entonces tenía a este abogado, pero no estaba muy contento con él.

«Aquí me enteraré de todo» pensó K., y asintió vivamente con la cabeza, como si pudiera así animar al comerciante a decir todo lo que valía la pena saber:

—Mi proceso —continuó el comerciante—, no progresaba; desde luego había interrogatorios, yo iba a todos, reunía los documentos, depositaba todos mis libros de negocios en el tribunal, lo que no era necesario, como he sabido más tarde, iba una y otra vez a visitar al abogado, él presentaba también algunos memoriales...

—¿Algunos memoriales? —preguntó K.

—Sí, desde luego —dijo el comerciante.

—Eso es muy importante para mí —dijo K.—; en mi caso sigue trabajando en el primer memorial. Todavía no ha hecho nada. Me doy cuenta ahora de que me descuida vergonzosamente.

—Que el memorial no esté terminado aún puede tener diversos motivos justificados —dijo el comerciante—. Por lo demás, en el caso de mis memoriales se vio más tarde que carecían totalmente de valor. Incluso leí uno de ellos gracias a la amabilidad de un funcionario del tribunal. Era un texto muy sabio, pero en realidad no tenía contenido alguno. Sobre todo mucho latín, que yo no comprendo, luego páginas enteras de apelaciones generales al tribunal, después adulaciones a ciertos funcionarios en particular, a los que no se nombraba pero que podían ser identificados por cualquier iniciado, después autoelogios del abogado, en los que este se arrastraba a los pies del tribunal como un perro, y finalmente diligencias de casos judiciales de épocas pasadas, supuestamente parecidos al mío^[221]. Por lo demás, esas diligencias estaban hechas, hasta donde yo podía seguir las, en la forma más minuciosa. Con esto no quiero formular juicio alguno sobre el trabajo del abogado, porque el memorial que leí era solo uno de tantos, pero en todo caso, y de eso quiero hablarle ahora, en aquella época no lograba ver progreso alguno en mi proceso.

—¿Qué progreso quería usted ver? —preguntó K.

—Su pregunta es muy sensata —dijo el comerciante sonriendo—, en esos procesos rara vez se ven progresos. Pero yo no lo sabía entonces. Soy comerciante y entonces lo era aún mucho más que hoy, quería ver progresos palpables, todo debía encaminarse hacia un fin o seguir al menos un curso regular. En lugar de ello, solo había interrogatorios que tenían casi siempre el mismo contenido; yo tenía ya las respuestas listas como una letanía; varias veces por semana llegaban mensajeros del tribunal a mi negocio, a mi casa o adondequiera que pudieran encontrarme, lo que era naturalmente molesto (hoy, al menos en ese sentido, las cosas funcionan mucho mejor porque la llamada telefónica resulta mucho menos molesta); también, entre mis relaciones de negocios, pero de manera especial entre mis parientes,

empezaron a correr rumores sobre mi proceso^[222]; me veía perjudicado por todas partes, y no se vislumbraba ni el más leve indicio de que pronto se celebrase la primera sesión del proceso. Fui entonces a ver al abogado y me quejé. Él me dio largas explicaciones, pero se negó claramente a hacer nada de lo que yo quería, porque según él nadie tenía influencia en la fijación de la fecha del juicio oral, insistir en ello dentro de un memorial —como yo pretendía— era algo sencillamente inaudito y sería mi perdición y la suya. Yo pensé que lo que este abogado no quería o no podía, otro lo querría y lo podría. Así pues, decidí buscar otros abogados. Voy a decírselo en seguida: ninguno de ellos ha pedido ni obtenido nunca que se fije una fecha para el juicio oral, que está fuera de toda posibilidad, con una salvedad de la que le hablaré más adelante, o sea que, en este punto, este abogado no me engaño; por otra parte, sin embargo, no tuve que lamentar el haber acudido a otros abogados. Sin duda sabrá ya muchas cosas por el doctor Huld sobre los picapleitos, probablemente se los habrá descrito como gente muy despreciable, y efectivamente lo son. De todos modos, cuando habla de ellos y los compara consigo mismo, o compara a sus colegas con ellos, comete un pequeño error, sobre el cual quisiera llamar su atención, así, de paso. Para diferenciar a los abogados de su círculo, los llama siempre «los grandes abogados». Eso es falso; naturalmente, cualquiera puede llamarse «grande» si le place, pero en este caso lo decisivo son las costumbres del tribunal. Según dichas costumbres, además de los picapleitos hay también pequeños y grandes abogados. Este abogado y sus colegas no son más que pequeños abogados; los grandes abogados, de quienes he oído hablar y a los que nunca he podido ver, se sitúan en un rango incomparablemente superior al que tienen estos últimos respecto a los despreciados picapleitos.

—¿Los grandes abogados? —preguntó K.—. ¿Quiénes son? ¿Cómo se llega hasta ellos?

—Veo que nunca ha oido hablar de los grandes abogados —dijo el comerciante—. No hay quizá un solo acusado que después de haber oido hablar de ellos, no haya soñado con ellos durante un tiempo. Es mejor que no se deje arrastrar a tal cosa. No sé quiénes son los grandes abogados y sin duda es imposible tener acceso a ellos. No conozco un solo caso en que se pueda afirmar con seguridad que han intervenido. Defienden a algunos, pero su colaboración no se puede lograr por voluntad propia: solo defienden a quienes desean defender. Para que se hagan cargo de un asunto, este tiene que haber salido ya del tribunal inferior. Por lo demás es mejor no pensar en ellos, porque de no hacerlo así, las entrevistas con los otros abogados, sus consejos

y ayudas le parecen a uno tan repulsivos e inútiles —yo mismo lo he experimentado— que entran ganas de olvidarse de todo, meterse en casa y acostarse, y no oír hablar de nada más. Pero esto sería, naturalmente, lo más estúpido, porque tampoco en la cama se estaría tranquilo mucho tiempo.

—Entonces, en aquellos tiempos, ¿no pensó usted en los grandes abogados? —preguntó K.

—No por mucho tiempo —dijo el comerciante, y volvió a sonreír—, por desgracia, uno no llega a olvidarlos nunca por completo, sobre todo la noche favorece esos pensamientos. Pero en ese tiempo yo quería inmediatamente el éxito, y por ello fui a los picapleitos.

—Qué bien estáis aquí sentados tan juntitos —exclamó Leni, que regresaba con la taza y se detuvo en la puerta.

Estaban verdaderamente muy cerca el uno del otro; al menor movimiento, sus cabezas hubieran chocado; el comerciante, que aparte de pequeño mantenía la espalda encorvada, había obligado a K. a inclinarse también profundamente si quería oír todas sus palabras.

—Un momento —exclamó K.; rechazando a Leni, y agitó con impaciencia la mano que mantenía puesta sobre la mano del comerciante.

—Quería saber de mi proceso —dijo el comerciante a Leni.

—Cuenta, cuenta —dijo esta.

Hablaban afectuosamente con el comerciante, pero con un tono de condescendencia que a K. no le gustó; como ahora sabía, aquel hombre tenía cierto valor; al menos tenía experiencias que sabía comunicar. Leni debía juzgarle mal, probablemente. Vio con enojo cómo Leni quitaba de las manos del comerciante la vela que este había sostenido todo el tiempo, cómo le limpiaba la mano con el delantal y luego se arrodillaba a su lado para rascarle un poco de cera que había goteado la vela en sus pantalones.

—Usted iba a hablarme de los picapleitos —dijo K., y apartó sin más comentario la mano de Leni.

—¿Qué es lo que quieras? —preguntó Leni, dando a K. un ligero golpe y continuando su trabajo.

—Sí, de los picapleitos —dijo el comerciante, y se pasó la mano por la frente como si reflexionara.

K. quiso ayudarlo y dijo:

—Usted quería obtener resultados inmediatos y por eso fue a buscar a los picapleitos.

—Exactamente —dijo el comerciante, pero no siguió.

«Quizá no quiera hablar de ello delante de Leni» pensó K.; dominó su impaciencia por escuchar inmediatamente lo que podía seguir y no siguió apremiando al comerciante.

—¿Me has anunciado? —le preguntó a Leni.

—Naturalmente —dijo ella—, te espera. Deja ahora a Block; con Block puedes hablar más tarde, se va a quedar aquí.

K. vacilaba aún.

—¿Se queda usted aquí? —preguntó al comerciante; quería que él mismo le respondiera, no quería que Leni hablase del comerciante como de un ausente; aquel día se sentía invadido por una secreta irritación hacia Leni.

Y otra vez respondió solo Leni:

—Duerme aquí con frecuencia.

—¿Duerme aquí? —exclamó K. Había pensado que el comerciante lo esperaría solo a él, mientras liquidaba rápidamente la entrevista con el abogado, y que luego se irían juntos y hablarían de todo a fondo y sin ser molestados.

—Sí —dijo Leni—, no todo el mundo puede, como tú, Josef, ser recibido en cualquier momento por el abogado. No parece asombrarte nada que, a pesar de su enfermedad, el abogado te reciba a las once de la noche. Encuentras muy natural lo que tus amigos hacen por ti. Aunque tus amigos, o por lo menos yo, lo hacemos con gusto. No deseo ni necesito otro agradecimiento que tu amor.

«¿Mi amor? —pensó K. en el primer momento, y luego le pasó por la cabeza—: Ah, sí, la amo.»

Sin embargo, dejando de lado todo lo demás, dijo:

—Me recibe porque soy su cliente. Si también para eso hiciera falta ayuda ajena, a cada paso habría que estar mendigando y dando las gracias.

—Qué difícil está hoy, ¿verdad? —preguntó Leni al comerciante.

«Ahora soy yo el ausente», pensó K., y casi se enfadó con el comerciante, cuando este, haciendo suya la descortesía de Leni, dijo:

—El abogado lo recibe también por otras razones. Su caso es más interesante que el mío. Además, su proceso está en el comienzo, es decir, probablemente no muy embrollado, y el abogado se ocupa de él todavía con gusto. Más adelante será otra cosa.

—Sí, sí —dijo Leni, y miró al comerciante con una sonrisa—, ¡qué charlatán! Lo que debes hacer —añadió dirigiéndose a K.—, es no creerle una palabra. Es tan amable como charlatán. Quizá por eso no lo puede soportar el abogado. En cualquier caso, solo lo recibe cuando está de humor. Yo me he

esforzado ya mucho por cambiar eso, pero es imposible. Piensa que, algunas veces, le anuncio a Block y solo lo recibe al cabo de tres días. Pero si Block no está aquí cuando lo llama, todo está perdido, y entonces tiene que ser anunciado de nuevo. Por eso he permitido a Block dormir aquí; porque se ha dado ya el caso que al abogado se le ocurre verlo de noche. De manera que Block tenga que estar dispuesto también de noche. De todos modos, ocurre muchas veces que el abogado, al saber que Block está aquí, anula a veces su llamada.

K. miró al comerciante de forma interrogativa. Este asintió y, con la franqueza con que antes se había dirigido a K., o quizás irreflexivo a causa de la vergüenza, dijo:

—Sí, con el tiempo uno llega a depender mucho de su abogado.

—Solo se queja por las apariencias —dijo Leni—. En realidad, le gusta mucho dormir aquí como me ha confesado a menudo.

Fue hacia una pequeña puerta y la abrió.

—¿Quieres ver su dormitorio? —preguntó. K. se adelantó y miró desde el umbral aquel cuarto bajo y sin ventanas, totalmente ocupado por una cama estrecha. Para encaramarse a ella había que trepar por encima de los barrotes. En la cabecera había un hueco en el muro y allí había, escrupulosamente ordenados, una vela, tintero y pluma, así como un fajo de papeles, probablemente documentos del proceso—. ¿Duerme usted en el cuarto de la criada? —preguntó K., y se volvió hacia el comerciante.

—Leni me lo ha cedido —respondió el comerciante—, resulta muy cómodo.

K. lo miró largamente; la primera impresión que había producido en él el comerciante era quizá la correcta; tenía experiencia, porque su proceso duraba ya mucho, pero había pagado cara esa experiencia. De pronto, K. no soportó ya la vista del comerciante.

—Acuéstalo en la cama —gritó a Leni, que no parecía comprenderle.

Él mismo quería ir a ver al abogado y, con el despido, librarse no solo del abogado sino también de Leni y del comerciante. Pero, antes de que llegara a la puerta, el comerciante le habló en voz baja:

—Señor apoderado. —K. se volvió con expresión de enojo—. Ha olvidado usted su promesa —dijo el comerciante, irguiéndose suplicante en su asiento hacia K.—, iba usted a decirme aún un secreto.

—Es verdad —dijo K., y también acarició con la mirada a Leni, que lo miraba atentamente—, escuche; de todos modos, ya casi no es un secreto. Voy ahora a ver al abogado para despedirlo.

—¡Lo despie! —gritó el comerciante; saltó de la silla y corrió con los brazos en alto hacia la cocina. No cesaba de gritar—: ¡Despie al abogado!

Leni quiso enseguida precipitarse sobre K., pero el comerciante se interpuso en su camino, por lo que ella lo golpeó con los puños. Todavía con los puños cerrados corrió detrás de K., que ya le llevaba mucha ventaja. Había entrado ya en la habitación del abogado cuando Leni lo alcanzó. Casi había cerrado detrás de sí la puerta, pero Leni, que mantenía abierta la hoja con el pie, lo agarró del brazo y trató de hacerlo retroceder. Pero él le apretó la muñeca tan fuerte, que ella, dando un gemido, tuyo que soltarlo. No se atrevió a entrar enseguida a la habitación, pero K. cerró la puerta con llave.

—Hace ya mucho rato que le espero —dijo el abogado desde la cama; dejó sobre la mesita de noche un documento que había estado leyendo a la luz de una vela y se puso unas gafas, con las que miró a K. de un modo penetrante.

En lugar de disculparse, K. dijo:

—No tardaré en marcharme.

El abogado no prestó atención a la observación de K., porque no era una disculpa, y dijo:

—En lo sucesivo, no lo atenderé tan tarde.

—Eso coincide con mis intenciones —dijo K. El abogado lo miró con aire interrogativo.

—Siéntese —dijo.

—Ya que así lo desea —dijo K., acercó una silla a la mesita de noche y se sentó.

—Me ha parecido que ha cerrado la puerta con llave —dijo el abogado.

—Sí —dijo K.—, ha sido por Leni.

No tenía intención de ser benévolo con nadie. Pero el abogado le preguntó:

—¿Ha vuelto a ponerse pesada?

—¿Pesada? —preguntó K.

—Sí —dijo el abogado, riéndose; tuvo un acceso de tos y, una vez le hubo pasado, comenzó a reírse de nuevo^[223]. Sin duda se habrá dado cuenta ya de lo pesada que se pone, ¿no? —preguntó, y dio un golpecito en la mano que K., distraído, había apoyado en la mesita de noche y retiró entonces precipitadamente—. No le da usted mucha importancia —dijo el abogado ante el silencio de K.—, tanto mejor; de otra forma quizá tendría que haberle pedido disculpas. Es una peculiaridad de Leni, que, por otra parte, le he perdonado hace mucho tiempo y de la que tampoco hablaría si usted no

hubiese cerrado la puerta con llave. Una peculiaridad, de todos modos, que sería a usted al que menos tendría que explicársela, pero parece usted tan desconcertado que voy a hacerlo: esta peculiaridad consiste en que Leni encuentra bellos a la mayoría de los acusados. Se les cuelga a todos al cuello, los quiere a todos, y parece que también a ella todos la quieren; para distraerme, me suele hablar de ellos a veces, cuando yo se lo permito. Todo eso no me produce tanto asombro como parece producirle a usted. Cuando se sabe ver, encuentra a menudo que los acusados son realmente hermosos. Se trata de todos modos de fenómeno curioso, en cierto modo relacionado con las ciencias naturales. Naturalmente, como consecuencia de la acusación no se produce un cambio evidente y detectable en el aspecto de los acusados. No es como en otros asuntos judiciales; la mayoría sigue viviendo de la forma habitual y, si tienen un buen abogado que sepa ocuparse bien de ellos, el proceso no los perjudica notablemente. Sin embargo, los que tienen experiencia en el asunto son capaces de reconocer a los acusados, uno por uno, en medio de la mayor de las multitudes. ¿Cómo?, preguntará usted. Mi respuesta no lo satisfará. Los acusados son precisamente los más hermosos. No puede ser la culpa lo que los hace hermosos, puesto que —así tengo que hablar al menos como abogado— no todos son culpables; tampoco puede ser el castigo futuro el que los hace ya hermosos porque no todos son castigados; por consiguiente, solo se puede deber, por lo tanto, al proceso que se ha iniciado contra ellos y que, de algún modo, se manifiesta en ellos. Entre los bellos, los hay aún más bellos. Pero bellos son todos, incluso Block, ese miserable gusano.

Cuando el abogado terminó, K. se había tranquilizado por completo, incluso había acogido las últimas palabras con ostensible asentimiento, y se había confirmado a sí mismo en su vieja opinión de que el abogado intentaba siempre, también esta vez, distraerle mediante observaciones generales que no venían al caso y desviarle de la cuestión principal, es decir, del trabajo real que había efectuado en el asunto de K.^[224]. El abogado debió advertir que K. le oponía esta vez más resistencia que de costumbre, pues se calló para permitirle hablar a su vez y, como K. permanecía en silencio, le preguntó:

—¿Ha venido hoy a verme con alguna intención determinada?

—Sí —dijo K., tapando un poco con su mano la vela, para ver mejor al abogado—, quería decirle que, a partir de hoy, le retiro mi defensa.

—¿Le he entendido bien? —preguntó el abogado incorporándose a medias en la cama y apoyándose con una mano en las almohadas.

—Supongo que sí —dijo K., erguido sobre su silla y como al acecho.

—Muy bien, es un plan que también podemos discutir —dijo el abogado al cabo de un instante.

—Ya no es un plan —dijo K.

—Puede ser —dijo el abogado—, pero no debemos precipitarnos.

Utilizaba el *nosotros* como si no tuviera la intención de soltar a K. y quisiera, si no podía ser ya su defensor, por lo menos ser su consejero.

—No es nada precipitado —dijo K., se levantó lentamente y se situó detrás de su silla—; es algo muy pensado, tal vez incluso por demasiado tiempo. La decisión es definitiva.

—Entonces permítame unas pocas palabras aún —dijo el abogado, retirando el edredón y sentándose al borde de la cama.

Sus piernas desnudas, cubiertas de pelos blancos, temblaban de frío. Pidió a K. que le alcanzara una manta del sofá. K. le trajo la manta y dijo:

—Se expone innecesariamente a un resfriado.

—El motivo es suficientemente importante —dijo el abogado, mientras se cubría con el edredón la parte superior del cuerpo y luego se abrigaba las piernas con la manta—. Su tío es mi amigo y también a usted, con el paso del tiempo, le he tomado afecto. Lo confieso francamente. No tengo por qué avergonzarme de ello^[225].

Esas conmovedoras palabras del anciano fueron muy mal recibidas por K., porque le obligaban a dar una explicación más detallada, que a él le hubiera gustado evitar, y porque también lo desconcertaban, como se lo debía confesar para ser franco, aunque de todos modos no podían hacerle desistir de su decisión.

—Le agradezco su amistosa disposición —dijo—, y reconozco también que se ha ocupado de mi asunto tanto como le era posible y de la mejor forma según su criterio. Sin embargo, en los últimos tiempos he llegado a la convicción de que eso no basta. Naturalmente, no intentaré convencer a un hombre como usted, mucho mayor y más experto que yo; si alguna vez lo he intentado involuntariamente, le ruego que me excuse, pero el asunto, como usted mismo ha expresado, es demasiado importante y, según mi convicción, es necesario intervenir en el proceso con mucha mayor energía que hasta ahora.

—Le comprendo —dijo el abogado—, está usted impaciente.

—No estoy impaciente —dijo K. un poco irritado y vigilando menos sus palabras^[226]—. Usted debió advertir en mi primera visita, cuando vine a verle con mi tío, que el proceso no me inquietaba mucho; cuando no se me obligaba a recordarlo, lo olvidaba por completo. Pero mi tío insistió en que le confiara

a usted mi defensa, y yo lo hice para darle gusto. Era de esperar entonces que el proceso me resultaría más ligero que hasta el momento, porque uno confía la defensa a un abogado para librarse un tanto de la carga del proceso. Pero ha sucedido lo contrario. Nunca antes había tenido tan graves preocupaciones por el proceso como desde que usted me defiende. Cuando estaba solo, no me ocupaba de él para nada y sentía apenas su peso; ahora, desde que tengo un defensor, desde que todo está dispuesto para que ocurra algo, aguardo sin cesar y cada vez con más expectación su intervención, pero esta no llega a ocurrir. Es verdad que usted me ha puesto al tanto de algunas cosas sobre el tribunal como probablemente nadie más hubiese podido hacerlo. Pero eso no puede satisfacerme, si resulta que ahora el proceso, formalmente secreto, se me echa encima cada vez más.

K. había apartado de sí la silla y se había quedado de pie con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—A partir de cierto momento de la práctica profesional —dijo el abogado en voz baja y tranquila—, no ocurre ya nada sustancialmente nuevo. ¡Cuántos clientes, en fases parecidas de los procesos, se han plantado frente a mí como lo hace usted y me han dicho cosas parecidas!

—Entonces —dijo K.—, todos esos clientes parecidos tenían tanta razón como yo. Eso no me contradice en nada.

—Yo no quería contradecirlo —dijo el abogado—, pero quisiera añadir que hubiera esperado más juicio por su parte, sobre todo, por el hecho de que le he dado más perspectivas sobre el tribunal y sobre mi actividad de lo que normalmente suelo hacerlo con mis clientes. Y ahora veo que, a pesar de todo, no tiene suficiente confianza en mí. No facilita mi tarea^[227].

¡Cómo se humillaba el abogado ante K.! No tenía dignidad alguna por el honor de su profesión que, empero, en este punto es más sensible que en cualquier otro. ¿Y por qué lo hacía? A juzgar por las apariencias, era un abogado muy ocupado y, además, un hombre rico; no podían importarle mucho los honorarios ni tampoco la pérdida de un cliente. Fuera de eso estaba enfermo y él mismo hubiera tenido que pensar en renunciar al trabajo^[228]. Y, sin embargo, se aferraba a K. ¿Por qué? ¿Era simpatía personal por el tío, o consideraba el proceso de K. realmente tan extraordinario y esperaba distinguirse con él ante K. o —esta posibilidad no podía excluirse nunca— ante los amigos del tribunal? Por él mismo no se podía saber, a pesar de que K. lo examinaba atentamente y sin consideración alguna. Casi se hubiera podido suponer que, con expresión intencionadamente reservada, esperaba el

efecto de sus palabras. Sin embargo, sin duda, interpretó el silencio de K. demasiado favorablemente, pues prosiguió en estos términos:

—Habrá usted notado que mi oficina es grande, pero que no empleo ayudantes. Antes era distinto; hubo un tiempo en que algunos juristas jóvenes trabajaban para mí, pero ahora trabajo solo. En parte ello se debe a la modificación de mi actividad, ya que cada vez me limito más a casos jurídicos como el suyo, y en parte al conocimiento cada vez más profundo que he adquirido en esas cuestiones. Descubrí que no podía dejar ese trabajo a nadie sin correr el riesgo de faltar a mis clientes y a los deberes que había adquirido. Sin embargo, la decisión de hacer todo el trabajo yo mismo tuvo las naturales consecuencias: tuve que rechazar casi todas las solicitudes y defensas y solo pude aceptar las que me interesaban especialmente, aunque hay muchos, no lejos de aquí, que se arrojan sobre cualquier mendrugo de pan que yo les eche. Además, enfermé por exceso de trabajo. Pero así y todo, no lamento mi decisión; es posible que hubiera debido rechazar más defensas de las que he rechazado, pero el hecho de haberme entregado por completo a aquellos procesos aceptados por mí ha resultado ser absolutamente necesario y ha sido recompensado por el éxito. Una vez encontré en un texto muy bellamente expresada la diferencia que existe entre la defensa de las causas ordinarias y la defensa de estos otros casos. Decía: un abogado conduce a su cliente hasta el juicio por medio de un hilo; mientras que el otro se carga al cliente en seguida sobre los hombros y, sin soltarlo, lo lleva hasta el juicio, y aún más allá. Así es. Pero no era del todo sincero al afirmar que nunca me arrepiento de esta labor enorme. Cuando, como en su caso, es interpretado de un modo tan erróneo, entonces casi me arrepiento.

A K. estos discursos lo impacientaban más que convencerle. Creía percibir de algún modo en el tono de voz del abogado lo que le esperaba si cedía; otra vez comenzarían los consuelos, las alusiones a los progresos del memorial, al cambio de humor de los funcionarios del tribunal, pero también a las grandes dificultades que se oponían al trabajo. Resumiendo: recurriría a todo lo conocido hasta la saciedad, para volver a engañar a K. con vagas esperanzas y para atormentarlo con amenazas imprecisas. Aquello había que evitarlo definitivamente, y por eso dijo:

—¿Qué haría usted en favor de mi causa, si conservara la defensa?

El abogado aceptó incluso aquella ofensiva pregunta y respondió:

—Continuar lo que ya he hecho por usted.

—Lo sabía —dijo K—; y cualquier otra palabra está de más.

—Haré un intento más —dijo el abogado, como si las molestias de que se quejaba K. no le ocurrieran a K., sino a él—. Tengo la sospecha de que no solo su juicio equivocado sobre mi asistencia jurídica, sino también el resto de su comportamiento se debe a que, a pesar de ser acusado, lo han tratado demasiado bien o, dicho con mayor exactitud, lo han tratado con negligencia, con aparente negligencia. También esto último tiene su razón; a menudo es mejor estar encadenado que libre^[229]. Pero me gustaría mostrarle cómo se trata a otros acusados y quizá pueda sacar de ello una lección. Ahora mandaré llamar a Block, abra la puerta y siéntese aquí, junto a la mesita de noche.

—Con mucho gusto —dijo K., haciendo lo que le pedía el abogado; siempre estaba dispuesto a aprender. Sin embargo, para asegurarse en cualquier caso, preguntó aún—: Pero ¿ha tomado nota de que le retiro mi defensa?

—Sí —dijo el abogado—, pero podría cambiar hoy mismo de opinión.

Se acostó nuevamente en la cama, se subió la colcha hasta la barbilla y se dio vuelta hacia la pared. Luego llamó con la campanilla. Casi al mismo tiempo que el sonido de la campanilla apareció Leni que, con rápidas miradas, intentó saber lo que había ocurrido; el que K. estuviera tranquilamente sentado junto a la cama del abogado le pareció tranquilizador. Hizo una señal a K., que la miró fijamente, y luego le sonrió.

—Trae a Block —dijo el abogado.

Pero ella, en lugar de traerlo, solo fue hasta la puerta y gritó:

—¡Block! ¡Al abogado! —y entonces, probablemente porque el abogado continuaba vuelto hacia la pared y sin preocuparse, se deslizó detrás de la silla de K.

Desde ese momento no dejó de molestarlo, inclinándose sobre el respaldo de la silla o pasándole las manos por el cabello, aunque con gran suavidad y precaución, y acariciándole las mejillas. Finalmente, K. trató de impedírselo, cogiéndole una mano que, tras una breve resistencia, ella le abandonó.

Block había venido enseguida al ser llamado, pero permaneció de pie frente a la puerta y parecía preguntarse si debía entrar o no. Enarcó las cejas e inclinó la cabeza, como si esperara a ver si se repetía la orden de entrar a ver al abogado. K. hubiera podido animarlo a entrar, pero se había propuesto romper definitivamente no solo con el abogado sino con todo lo que había en la casa, y por eso se mantuvo inmóvil. También Leni callaba. Block vio que, al menos, nadie le echaba, y entró de puntillas, con el rostro tenso y las manos crispadas a la espalda. Había dejado la puerta abierta para una posible retirada. A K. ni siquiera le miró; solo tenía ojos para la gruesa colcha, bajo la

cual no se podía ver siquiera al abogado, que se había arrinconado estrechamente contra la pared. Pero entonces se oyó su voz:

—¿Block está aquí? —preguntó.

Esa pregunta dio a Block, que ya había avanzado un buen trecho, literalmente un golpe en el pecho y otro en la espalda; se tambaleó, permaneció profundamente inclinado y dijo:

—Para servirlo.

—¿Qué quieres? —preguntó el abogado—, vienes en mal momento.

—¿No me han llamado? —preguntó Block, más a sí mismo que al abogado; levantó las manos como para protegerse y se alistó para salir corriendo.

—Se te ha llamado —dijo el abogado—, pero sin embargo vienes en mal momento. —Y después de una pausa, añadió—: Siempre vienes en mal momento.

Desde que el abogado hablaba, Block no miraba ya a la cama; más bien miraba fijamente a algún lugar en un rincón y se limitaba a escuchar, como si la vista del que hablaba fuera demasiado deslumbrante para poder soportarla. Pero incluso oírlo era difícil, porque el abogado hablaba de cara a la pared, en voz baja y deprisa.

—¿Queréis que me vaya? —preguntó Block.

—Ahora ya estás aquí —dijo el abogado—. ¡Quédate! —Se hubiera podido creer que el abogado no había atendido el deseo de Block, sino que lo había amenazado, por ejemplo, con azotes, pues Block se puso entonces a temblar realmente—. Ayer —dijo el abogado—, estuve con el tercer juez, mi amigo, y poco a poco llevé la conversación a tu asunto. ¿Quieres saber lo que dije?

—Por favor —dijo Block.

Como el abogado no respondió enseguida, Block repitió la súplica y se inclinó como si fuera a ponerse de rodillas. Entonces K. lo increpó:

—¿Qué haces?

Como Leni quiso impedirle gritar, él le cogió también la otra mano. No la sujetaba con presión amorosa; ella suspiraba a menudo y trató de soltarse. Pero Block fue castigado por la exclamación de K., porque el abogado le preguntó:

—¿Quién es tu abogado?

—Sois vos —dijo Block.

—¿Y además de mí? —preguntó el abogado.

—Nadie más que vos.

—Entonces no obedezcas a nadie más que a mí —dijo el abogado.

Block aceptó por completo sus palabras, lanzó a K. una mirada malévolas y sacudió violentamente la cabeza. Si su gesto se hubiera traducido en palabras, habrían sido los más groseros insultos. ¡Y con aquel hombre había querido conversar K. amigablemente de su propio asunto!

—No te molestaré más —dijo K., recostado sobre su silla—, arrodíllate o arrástrate a cuatro patas, haz lo que quieras, a mí no me importa.

Sin embargo, Block tenía su dignidad, al menos frente a K., porque se dirigió a él con los puños en alto y gritando tan fuerte como se atrevía a hacerlo en presencia del abogado:

—No puede hablarme así, no está permitido. ¿Por qué me ofende? ¿Y precisamente aquí, delante del señor abogado, donde ambos, usted y yo, somos tolerados por pura misericordia? Usted no es mejor que yo, porque también es un acusado y tiene también un proceso^[230]. Pero si, a pesar de ello, es usted un señor, yo soy tan señor como usted, si no más. Y quiero que se me hable también como tal, y sobre todo usted. Sin embargo, si se considera privilegiado por el hecho de estar sentado ahí y de poder escuchar tranquilamente, mientras yo, como ha dicho, me arrastro a cuatro patas, entonces le recordaré la vieja máxima jurídica: para el sospechoso es mejor el movimiento que el reposo, porque quien reposa puede estar siempre, sin saberlo, en una balanza y ser pesado con sus pecados^[231].

K. no dijo nada, solo miró asombrado, con ojos impasibles, a aquel hombre desaforado. ¡Qué cambios se habían producido en él en la última hora! ¿Era el proceso lo que lo lanzaba de un lado a otro y le impedía reconocer quién era amigo o enemigo? ¿No veía que el abogado le humillaba intencionalmente y con el solo fin de hacer alarde de su poder ante K. y, con ello, quizás, someter también a K.? Pero si Block no era capaz de darse cuenta de ello, o si temía tanto al abogado que ninguna comprensión podía ayudarlo, ¿cómo podía ser tan astuto o tan audaz como para engañar al abogado y ocultarle el hecho de que tenía otros abogados trabajando para él? ¿Y cómo se atrevía a atacar a K., que podía revelar inmediatamente su secreto? Pero se atrevió a más; se encaminó hacia la cama del abogado y comenzó también allí a quejarse de K.:

—Señor abogado —dijo—, habéis oído cómo me ha hablado este hombre. Aún se pueden contar las horas de su proceso, y ya quiere darme lecciones a mí, a un hombre que lleva cinco años de proceso. Incluso me insulta. No sabe nada y me insulta a mí, que en la medida de mis escasas fuerzas he estudiado a fondo lo que exigen las conveniencias, el deber y los usos del tribunal.

—No te preocupes por nadie —dijo el abogado—, y haz lo que te parezca correcto.

—Sin duda —dijo Block, como si se diera ánimos a sí mismo, y se arrodilló muy cerca de la cama tras una breve mirada de soslayo—. Ya estoy de rodillas, mi abogado —dijo.

Pero el abogado permaneció en silencio. Block acarició con una mano cuidadosamente el edredón. En el silencio que ahora reinaba, Leni, librándose de las manos de K., dijo:

—Me haces daño. Déjame. Me voy con Block.

Fue allí y se sentó al borde de la cama. Block estuvo muy contento de su llegada y le rogó enseguida, con señas vivas, pero mudas, que intercediera por él ante el abogado. Evidentemente, necesitaba con urgencia las informaciones del abogado, aunque tal vez solo para que las aprovecharan sus otros abogados. Probablemente Leni sabía muy bien cómo abordar al abogado; señaló la mano de este y frunció los labios como para dar un beso. Inmediatamente, Block besó la mano y, a instigación de Leni, lo repitió dos veces más. Pero el abogado seguía en silencio. Entonces Leni se inclinó sobre él, al estirarse se hizo visible la hermosa hechura de su cuerpo y, muy inclinada hacia su rostro, le acarició los largos cabellos blancos. Eso lo obligó a responder.

—Vacilo en decírselo —dijo el abogado, y se vio cómo sacudía un poco la cabeza, quizá para sentir mejor la presión de la mano de Leni.

Block escuchaba con la cabeza inclinada, como si hiciese algo prohibido.

—¿Por qué vacilas? —preguntó Leni.

K. tuvo la sensación de estar escuchando una conversación estudiada, que se había repetido ya a menudo, que se repetiría a menudo aún y que solo para Block no podía perder su novedad^[232].

—¿Cómo se ha portado hoy? —preguntó el abogado en lugar de responder.

Antes de que Leni se pronunciase al respecto, bajó la vista hacia Block y observó un rato cómo él levantaba las manos hacia ella, frotándose las suplicante. Finalmente, asintió con seriedad, se volvió hacia el abogado y dijo:

—Ha estado tranquilo y aplicado.

Un viejo comerciante, un hombre de barba larga, imploraba de una muchacha una buena calificación. Aunque pudiera tener para ello ocultos pensamientos, nada podía justificarlo a los ojos de otro hombre. Casi degradaba al que lo veía. K. no comprendía cómo el abogado había podido

pensar que aquella demostración podía convencerlo. Si no lo hubiera ahuyentado antes, habría bastado aquella escena para conseguirlo. Estos eran los efectos del método del abogado, al que K., por fortuna, no había estado expuesto aún suficiente tiempo; el cliente se olvidaba del mundo entero y solo esperaba arrastrarse hasta el fin del proceso por aquel camino equivocado. Ya no se trataba de un cliente, sino del perro del abogado. Si este le hubiese ordenado que se arrastrara bajo la cama como si se metiese en una perrera y que ladrara desde allí, lo habría hecho gustoso. K. escuchaba todo de un modo crítico y con distanciamiento, como si hubiera estado encargado de retener exactamente todo lo que se decía allí para presentar un informe denunciándolo a una instancia superior.

—¿Qué ha hecho durante todo el día? —preguntó el abogado.

—Para que no me molestara en mi trabajo —dijo Leni—, lo he encerrado en el cuarto de la criada, donde suele estar normalmente. Por el tragaluz yo podía ver de vez en cuando lo que hacía. Siempre estaba de rodillas sobre la cama, tenía abiertos los escritos que tú le prestaste en el borde de la ventana y los leía. Eso me ha causado buena impresión, ya que la ventana da a un pozo de ventilación y casi no hay luz. Que Block leyera, a pesar de ello, me mostró lo obediente que es.

—Me alegra oírlo —dijo el abogado—. ¿Pero ha leído inteligentemente?

Durante esa conversación, Block movía los labios sin cesar; al parecer formulaba las respuestas que esperaba de Leni.

—A eso, naturalmente —dijo Leni—, no puedo responder con seguridad. De todos modos, he visto que leía concienzudamente. Durante todo el día leyó la misma página y, al leer, iba recorriendo las líneas con el dedo. Siempre que yo le miraba, suspiraba como si fuese muy difícil entender la lectura. Los escritos que le has prestado deben ser probablemente difíciles de comprender.

—Sí —dijo el abogado—, efectivamente lo son. Tampoco creo que él comprenda gran cosa. Solo deben darle una idea de lo difícil que es la lucha que yo libro en su defensa. ¿Y en beneficio de quién libro esa lucha tan difícil? Por —es casi ridículo decirlo— Block. También tiene que aprender a comprender lo que eso significa. ¿Ha estudiado sin descanso?

—Casi sin descanso —respondió Leni—, solo una vez me pidió agua para beber. Entonces le he pasado un vaso por el tragaluz. A las ocho, lo he dejado salir y le he dado algo de comer.

Block echó a K. una mirada de reojo, como si estuvieran contando sus proezas y como si K. tuviese que quedar también impresionado. Parecía tener

ahora buenas esperanzas, se movía con más soltura y se desplazaba de rodillas de un lado a otro. Por eso fue tanto más evidente cómo lo inmovilizaron las siguientes palabras del abogado.

—Tú lo elogias —dijo el abogado—, pero eso es precisamente lo que me hace más difícil hablar. Porque lo cierto es que el juez no se ha pronunciado favorablemente, ni sobre la persona de Block ni sobre su proceso.

—¿No favorablemente? —preguntó Leni—. ¿Cómo es posible?

Block la miró con una mirada tan intensa como si confiara en su capacidad de dar un giro favorable aún en su favor a las palabras que el juez acababa de dejar escapar después de tanto tiempo.

—No favorablemente —dijo el abogado—. Incluso estaba desagradablemente impresionado cuando empecé a hablar de Block. «No me hable de Block», dijo. «Es mi cliente», dije yo. «Deja que abuse de usted», dijo. «No doy por perdido su caso», dije. «Deja que abuse de usted», repitió. «No lo creo», dije. «Block trabaja con mucho celo en su proceso y siempre anda pendiente de él. Casi vive en mi casa para estar siempre al tanto. No siempre se encuentra tanto celo. Es cierto que, personalmente, no es agradable, tiene unos modales detestables, además es sucio, pero desde el punto de vista procesal es intachable». Dije intachable, exagerando intencionadamente. Entonces él dijo: «Block es simplemente astuto. Ha acumulado mucha experiencia y sabe alargar su proceso. Pero su ignorancia es todavía mayor que su astucia. ¿Qué diría si supiera que su proceso aún no empieza, si se le dijera que ni siquiera ha sonado la campanilla que señala el comienzo del proceso?»^[233]. Tranquilo, Block —dijo el abogado, porque Block empezaba a levantarse sobre sus inseguras rodillas y, evidentemente, quería pedir una explicación.

Ahora por primera vez, el abogado se dirigía a Block tan detalladamente. Con ojos cansados, bajó la vista mirando a medias al vacío y a medias a Block, quien ante aquella mirada volvió a caer lentamente de rodillas.

—Esa declaración del juez no tiene para ti la menor importancia —dijo el abogado—. No te asistes a cada palabra. Si eso se repite, no te diré nada más. No se puede empezar una frase sin que tú mires como si la sentencia final se te viniese encima. ¡Avergüénzate ante mi cliente! Además, socavas la confianza que ha puesto en mí. ¿Qué quieras? Todavía estás vivo, todavía estás bajo mi protección. ¡Absurdo miedo! Has leído en alguna parte que, en algunos casos, la sentencia viene de improviso, pronunciada por cualquier boca, en cualquier momento. Con muchas reservas, eso es cierto sin lugar a dudas, pero igualmente cierto es que tu miedo me repugna y veo en él una

falta de la confianza necesaria. ¿Qué te he dicho? Te he repetido la declaración de un juez. Sabes que las opiniones más diversas en torno a un proceso se acumulan hasta hacerse impenetrables. Ese juez, por ejemplo, sitúa el principio del proceso en un momento distinto que yo. Una diferencia de opinión, nada más. Cuando el proceso llega a cierta fase, según una antigua tradición, se hace sonar la campanilla. En la opinión de ese juez, es entonces cuando se inicia el proceso^[234]. Ahora no puedo decirte todo lo que habla en contra de esta opinión, tampoco lo entenderías; debe bastarte saber que muchos argumentos la invalidan.

Confuso, Block metía los dedos entre el pelo de la piel del cubrecama, el miedo por lo manifestado por el juez le hacía olvidar temporalmente su propia sumisión al abogado; solo pensaba entonces en sí mismo y daba vueltas a las palabras del juez en todos los sentidos.

—Block —dijo Leni en tono de advertencia, y lo levantó un tanto por el cuello de la chaqueta—. Deja ahora esa piel y escucha al abogado.

Capítulo XII

LA CASA



Fotograma 18. Raskolnikov sueña con una multitud que lo juzga en silencio en el lugar del crimen.
Fuente: *Crime and Punishment*, UK (2002). Dir. Julian Jarrold.

«Siempre entraban en escena entonces, en grupo cerrado, los inquilinos de la señora Grubach, de pie, cabeza contra cabeza, con los hocicos abiertos, como un coro acusador».

«[...] veíase aglomerada una verdadera multitud; solo se percibían cabezas y cabezas... Todo el mundo miraba, pero todos trataban de disimular y permanecían en silencio...» (6, III, p. 176).

Sin un propósito muy definido al principio^[235], K. había intentado en varias ocasiones averiguar dónde estaba la oficina de la que había partido la primera notificación de su asunto^[236]. Lo supo sin dificultad; tanto Titorelli^[237] como Wolfahrt, a la primera pregunta le dieron el número exacto de la casa^[238]. Más tarde, con una sonrisa que siempre tenía a punto para los planes confidenciales no sometidos a su aprobación, amplió la información afirmando que precisamente esa oficina no tenía la menor importancia, pues se limitaba a notificar lo que se le encargaba, y no era sino el órgano más externo de la gran autoridad acusadora, que de todas formas era inaccesible para los encausados. Por consiguiente, si uno deseaba algo de dicha autoridad —naturalmente, deseos había siempre muchos, pero no siempre era prudente expresarlos—, entonces había que dirigirse a la mencionada autoridad subalterna, aunque con ello no se llegaría a penetrar hasta la verdadera autoridad acusadora ni se haría llegar a ella dicho deseo.

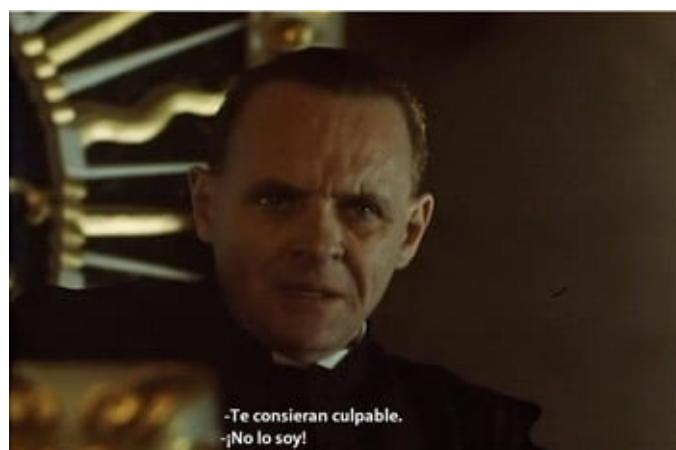
K. conocía ya la manera de ser del pintor, así que no le contradijo ni le pidió más información; sino que se limitó a asentir y tomar nota de lo dicho. Otra vez le pareció, como a menudo en los últimos tiempos, que, tratándose de molestar, Titorelli reemplazaba con creces al abogado. La diferencia consistía únicamente en que K. no estaba tan a merced de Titorelli, y que cuando lo quisiera podría sacudírselo de encima; y en que, además, Titorelli era mucho más comunicativo, incluso charlatán, aunque más antes que ahora y, finalmente, K., a su vez, podía atormentar también a Tirorelli^[239].

Y así lo hizo también en este asunto; hablaba a menudo de aquella casa en un tono como si le escondiera algo a Titorelli, como si hubiera establecido relaciones con aquella oficina, sin que dichas relaciones estuvieran tan avanzadas como para poder darlas a conocer sin peligro; si Titorelli intentaba entonces sacarle nuevas informaciones más precisas, K. cambiaba de tema súbitamente y en mucho tiempo no volvía a hablar de él. Le alegraban esos pequeños éxitos; ahora creía comprender mucho mejor a la gente que rodeaba al tribunal; ahora podía jugar con ellos, casi se había introducido entre ellos; por lo menos durante algunos momentos tenía de los asuntos la mejor visión a que esa gente podía llegar en la primera fase del tribunal en que se encontraban^[240]. ¿Qué importaba si, al final, perdía su puesto allí abajo? También allí había una posibilidad de salvación, lo único que tenía que hacer era infiltrarse en las filas de aquella gente y si, a causa de su categoría subalterna o de otra razón, no habían podido ayudarlo en su proceso, podían por lo menos aceptarlo y esconderlo; e incluso, si lo pensaba todo bien y lo ejecutaba secretamente, no podían negarse en absoluto a defenderle, a servirle de aquella forma, sobre todo Titorelli, de quien ahora se había hecho íntimo y benefactor.

No todos los días se alimentaba K. de semejantes esperanzas; en general distinguía aún muy bien y se guardaba de no desatender o pasar por alto cualquier dificultad, pero a veces —se trataba casi siempre de estados de agotamiento total, por la noche, después del trabajo—, se consolaba con los más insignificantes incidentes, por añadidura ambiguos, que le había deparado el día. Generalmente se echaba entonces en el sofá de su despacho —ya no podía dejar la oficina sin haber descansado una hora en el sofá^[241]—, y encadenaba una observación tras otra en su pensamiento. No se limitaba estrictamente a las personas conectadas con el tribunal; allí, cuando estaba semidormido, se mezclaban todos^[242], y entonces olvidaba la gran labor del tribunal, y se hacía la ilusión de que él era el único acusado y todos los demás andaban mezclados por los pasillos del edificio del tribunal como empleados

y juristas; e incluso los más embrutecidos andaban con la cabeza baja, los labios fruncidos y la mirada concentrada en graves meditaciones. Siempre aparecían entonces, en grupo cerrado, los inquilinos de la señora Grubach, de pie, cabeza contra cabeza y los hocicos abiertos, como un coro acusador^[243]. Entre ellos había muchos desconocidos, porque K. llevaba ya mucho tiempo sin ocuparse lo más mínimo de los asuntos de la pensión. Sin embargo, a causa de los muchos desconocidos, se sentía incómodo cuando trataba de acercarse al grupo, como tenía que hacer a veces cuando buscaba en él a la señorita Bürstner. Echaba una ojeada al grupo, por ejemplo, y de pronto lo miraban dos ojos brillantes completamente desconocidos, que retenían su atención. No encontraba entonces a la señorita Bürstner, pero cuando, para evitar cualquier error, la buscaba de nuevo, la encontraba precisamente en medio del grupo, con los brazos en torno a dos señores que tenía a su lado. Eso le hizo una impresión infinitamente pequeña, especialmente porque el espectáculo no era nuevo para él, sino únicamente el recuerdo imborrable de una fotografía de playa que había visto una vez en la habitación de la señorita Bürstner. Como quiera, esta visión alejaba a K. del grupo y, aunque volvía allí repetidas veces, ahora se apresuraba a recorrer con grandes pasos el edificio del tribunal, a lo largo y a lo ancho. Conocía muy bien todas sus habitaciones, pasillos perdidos que no había podido ver nunca le parecían familiares como si hubiese vivido siempre allí^[244] y los detalles le quedaban grabados en el cerebro con dolorosa claridad; un extranjero, por ejemplo, paseaba por una antesala, iba vestido como un torero, tenía la cintura como cortada a cuchillo, la chaquetilla muy corta y rígida, estaba hecha de encaje amarillento y de hilo grueso, y el hombre, sin interrumpir un momento su paseo, se dejaba contemplar por el asombrado K. Agachado, K. daba vueltas a su alrededor, admirándolo con los ojos muy abiertos. Conocía todos los dibujos de los encajes, todos los flecos que faltaban, todas las curvas de la chaquetilla, y sin embargo no se hartaba de mirarlos. O, más bien, hacía ya mucho tiempo que se había hartado o, mejor dicho, todavía, habría querido no haberlo visto nunca, pero no podía dejar de hacerlo. «¡Qué mascaradas ofrece el extranjero!» pensó y abrió aún más los ojos. Y continuó siguiendo a aquel hombre, hasta que él mismo se dio la vuelta en el sofá y oprimió el rostro contra el cuero.

Capítulo XIII EN LA CATEDRAL



Fotograma 19. Diálogo de Josef K. con el capellán de la prisión. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.



Fotograma 20. Porfirio le demuestra a Raskolnikov que él es el asesino. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie*, Rusia (1969). Dir. Lev Kulizhanov.

K. recibió el encargo de mostrar a un cliente italiano del banco, que era muy importante y que venía por primera vez a la ciudad, algunos monumentos artísticos. Era un encargo que ciertamente le hubiera honrado mucho en otro tiempo, pero ahora, con los grandes esfuerzos que le costaba conservar su prestigio en el banco, lo aceptó de mala gana. Cada hora pasada fuera de la oficina le causaba preocupaciones; por otra parte, estaba muy lejos de poder aprovechar su tiempo en la oficina como antes; pasaba muchas horas solo con

una mínima apariencia de estar trabajando realmente, pero aún eran mayores sus preocupaciones cuando no estaba en la oficina. Entonces creía ver cómo el subdirector, que siempre había estado al acecho, entraba de vez en cuando en su despacho, se sentaba frente a su escritorio, buscaba entre sus papeles, recibía a clientes con los que K. había establecido casi una relación amistosa a fuerza de años y se los arrebataba, incluso quizás descubría errores por los que K., durante el trabajo, se veía ahora amenazado de mil maneras y que no los podía ya evitar. De ahí que, si alguna vez, aunque fuera honorariamente, le encargaban una gestión comercial en el exterior o incluso un pequeño viaje —lo que se había repetido con frecuencia en los últimos tiempos por pura casualidad—, no podía evitar la sospecha de que lo querían alejar por cierto tiempo de su despacho y revisar su trabajo o al menos de que en la oficina creían poder prescindir de él con facilidad. La mayoría de esos encargos hubiera podido rechazarlos sin dificultad, pero no se atrevía a hacerlo, pues por ligeramente que estuviesen fundados sus temores, rechazar el encargo hubiera significado confesar su miedo. Por esa razón aceptaba aquellos encargos con aparente indiferencia, e incluso cuando tuvo que hacer un pesado viaje de negocios de dos días ocultó que tenía un fuerte resfriado, para no exponerse a que, con el pretexto del tiempo lluvioso de otoño se le impidiera hacer el viaje. Cuando volvió del viaje con un tremendo dolor de cabeza, se enteró de que se le había designado para acompañar al día siguiente al cliente italiano. La tentación de negarse al menos esa única vez fue muy grande, sobre todo porque lo que se le confiaba no tenía en este caso ninguna relación inmediata con el negocio; el cumplimiento de aquel deber social con el cliente era sin duda suficientemente importante, pero no para K., quien sabía muy bien que logaría mantenerse a flote si tenía éxito en su trabajo y que, si no lo conseguía, carecía de valor totalmente el hecho de que, aun sin esperarlo, lograse incluso fascinar al italiano; no quería alejarse de su ambiente de trabajo ni siquiera por un día, porque el miedo de no poder volver era demasiado grande, un miedo que, muy acertadamente, él mismo reconocía como exagerado, pero que sin embargo lo atormentaba. En aquel caso, de todas formas, era casi imposible inventar una excusa aceptable; los conocimientos que tenía K. de italiano, es cierto, no eran muy grandes, pero sí suficientes; sin embargo, lo decisivo era que K. tenía, de otros tiempos, algunos conocimientos de historia del arte, lo que se había sabido en el banco de un modo muy exagerado por el hecho de que, durante una temporada, aunque solo por razones de negocios, había sido miembro del Comité de Protección de Monumentos Artísticos de la ciudad. Además, había sabido que

el italiano era un amante del arte, y la elección de K. como acompañante resultaba por ello lógica.

Era una mañana muy lluviosa y tormentosa cuando K., lleno de fastidio por el día que le esperaba, llegó a las siete de la mañana a la oficina para dejar terminados al menos ciertos trabajos antes de que la visita lo apartara de todo. Estaba muy cansado, porque se había pasado la mitad de la noche estudiando una gramática italiana a fin de prepararse un poco; la ventana en la que, en los últimos tiempos, solía sentarse con tanta frecuencia, lo atraía más que el escritorio, pero se resistió y se sentó a trabajar. Por desgracia, en ese instante entró el ordenanza y le comunicó que el señor director lo había enviado para comprobar si el señor apoderado ya había llegado; si estaba, que tuviese la amabilidad de pasar al salón de recepción, porque el señor de Italia ya estaba allí.

—Ya voy —dijo K., se metió un pequeño diccionario en el bolsillo, se puso bajo el brazo un álbum de curiosidades turísticas que había preparado para el extranjero, y pasó, a través del despacho del subdirector, a la dirección.

Estaba contento de haber llegado a la oficina tan temprano y poder estar disponible inmediatamente, lo que seguramente nadie había esperado. El despacho del subdirector estaba naturalmente vacío aún, como en plena noche; probablemente habían encargado también al ordenanza que lo llamase al salón de recepción pero la gestión había resultado infructuosa. Cuando K. entró al salón de recepción, los dos señores se levantaron de los profundos sillones. El director sonrió con amabilidad visiblemente encantado de la llegada de K., hizo enseguida las presentaciones, el italiano apretó con fuerza la mano de K. y, riéndose, calificó a alguien de madrugador; K. no entendió muy bien a quién se refería aquella alusión; en todo caso, era una expresión extraña cuyo sentido no adivinó K. hasta poco después. Respondió con unas frases amables, que el italiano acogió nuevamente con risas, mientras se retorcía con mano nerviosa su espeso bigote, de un gris azulado. Aquel bigote estaba evidentemente perfumado, y uno casi tenía la tentación de acercarse y olerlo. Cuando todos se hubieron sentado y comenzó una pequeña conversación introductory, K. advirtió con gran inquietud que solo entendía fragmentariamente al italiano. Cuando este hablaba pausadamente, lo entendía casi todo, pero se trataba de excepciones raras; la mayoría de las veces el discurso le brotaba de la boca precipitadamente y movía la cabeza como si eso le causara placer. Cuando hablaba así, se embrollaba regularmente en un dialecto que para K. nada tenía de italiano, pero que el

director no solo comprendía, sino que también hablaba, lo que de todos modos podía haber previsto K. porque el italiano procedía del sur de Italia, donde también el director había pasado algunos años. En cualquier caso, K. comprendió que se le privaba en gran parte de la posibilidad de entenderse con el italiano, porque también su francés era difícilmente comprensible, y además el bigote ocultaba el movimiento de los labios, cuya visión hubiera quizá ayudado. K. empezó a prever muchas contrariedades y renunció por el momento a tratar de entender al italiano —en presencia del director, que lo entendía tan fácilmente, habría sido un esfuerzo inútil— y se limitó a observarlo malhumorado, mientras el otro reposaba en su sillón con abandono y a la vez con ligereza; veía cómo tironeaba constantemente su chaquetilla corta, muy ceñida, y cómo una vez, con los brazos levantados y moviendo ágilmente las manos sobre las articulaciones de las muñecas, intentaba describir algo que K. no podía comprender a pesar de que se inclinaba hacia delante, para no perder de vista los movimientos de las manos. Finalmente se manifestó en K., el cual no tenía nada que hacer y se limitaba a seguir mecánicamente con la mirada el ir y venir de la conversación, todo el cansancio anterior, y una vez, con gran espanto suyo, se sorprendió a sí mismo, por suerte todavía a tiempo, en el momento en que, distraído, se levantaba dispuesto a dar media vuelta e irse. Finalmente, el italiano miró el reloj y de un brinco se levantó. Una vez se hubo despedido del director, se acercó a K., tanto que K. tuvo que correr hacia atrás su sillón para poder moverse. El director, que sin duda advirtió en los ojos de K. el apuro en que se encontraba frente al italiano, se mezcló en la conversación, y lo hizo de un modo tan inteligente y delicado que parecía que solo aportaba algunos pequeños consejos, cuando en realidad hacía comprender a K., con la mayor brevedad posible, lo que el italiano, que lo interrumpía sin cesar, estaba diciendo. K. supo entonces que el italiano aún tenía algunas diligencias que hacer; que, por desgracia, disponía también, en general, de poco tiempo; que de ningún modo tenía la intención de recorrer a toda prisa las curiosidades turísticas; y que había resuelto más bien —aunque únicamente si K. estaba de acuerdo, ya que de él dependía la decisión final— visitar solo la catedral, pero hacerlo a fondo. Se alegraba enormemente de poder realizar esa visita en compañía de un hombre tan ilustrado y amable —lo decía por K., cuya única ocupación era prescindir de lo que decía el italiano y captar a toda prisa las palabras del director—, y le rogaba que, si le parecía bien la hora, estuviera en la catedral dentro de dos horas, hacia las diez. Él esperaba que a esa hora podría estar ya allí. K. respondió algo apropiado, el italiano estrechó primero

la mano al director, después a K. y luego otra vez al director, y se dirigió a la puerta, seguido de ambos, vuelto solo a medias hacia ellos pero sin dejar de hablar. K. permaneció todavía un instante con el director, que aquel día tenía un aspecto especialmente enfermizo. Se creyó obligado a ofrecer disculpas a K., y dijo —al principio estaban muy cerca el uno del otro, en actitud confiada— que su primera intención había sido la de acompañar él mismo al italiano, pero luego —no se explicó más— había decidido que sería mejor enviar a K. Si no entendía bien al italiano al principio, no debía dejarse desconcertar por ello; muy pronto empezaría a comprenderlo y, aunque tampoco entendiera muchas cosas, no sería tan grave, porque para el italiano no era tan importante ser comprendido. Por otra parte, el italiano de K. era sorprendentemente bueno y seguro que se las arreglaría perfectamente. Con eso despidió a K. El tiempo que le quedaba libre lo empleó K. en copiar del diccionario algunas palabras que necesitaría para la visita de la catedral. Era un trabajo sumamente molesto, los ordenanzas traían el correo, venían empleados con diversas consultas y, como veían a K. ocupado, se quedaban en la puerta, pero no se movían hasta que K. los había escuchado; el subdirector no perdió ocasión de molestarlo, entraba con frecuencia, le quitó el diccionario de la mano y lo hojeó sin motivo aparente; incluso hicieron su aparición algunos clientes, visibles, en la penumbra de la antesala cuando se abría la puerta; se inclinaban vacilantes —querían hacerse notar, pero no estaban seguros de si eran vistos—; todo aquello se movía alrededor de K., como sí este fuese su centro, mientras él mismo juntaba las palabras que necesitaba; buscaba en el diccionario, las copiaba, practicaba luego la pronunciación y, finalmente, trataba de aprendérselas de memoria. Su memoria, antes buena, parecía haberla perdido por completo; a veces se sentía tan furioso con el italiano que tanto trabajo le daba, que sepultaba el diccionario bajo los papeles, con la firme intención de no prepararse más, pero después se daba cuenta de que no podía ir de un lado a otro con el italiano permaneciendo mudo ante las obras de arte de la catedral, y volvía a sacar el diccionario, con furia aún mayor.

A las nueve y media en punto, cuando se disponía a salir, hubo una llamada telefónica: Leni le dio los buenos días y le preguntó cómo se encontraba. K. le dio las gracias apresuradamente y le advirtió que no podía entretenerte en una conversación porque tenía que ir a la catedral.

—¿A la catedral? —preguntó Leni.

—Bueno, sí, a la catedral.

—¿Y por qué a la catedral? —preguntó Leni.

K. intentó explicárselo brevemente, pero apenas había comenzado, Leni dijo de pronto:

—Te acosan.

Una compasión que no había provocado ni esperado era algo que K. no podía soportar; se despidió con dos palabras, pero, mientras colgaba, dijo, dirigiéndose a medias a sí mismo y a medias a la muchacha lejana, que ya no le oía:

—Sí, me están cazando^[245].

Ahora era ya tarde, y casi corría el riesgo de no llegar a tiempo. Fue en automóvil; en el último momento se había acordado del álbum que no había tenido posibilidad de entregar antes y que, por eso, llevó consigo. Lo puso sobre sus rodillas, tamborileando nervioso sobre él durante todo el viaje. La lluvia se había hecho más débil, pero había humedad, hacía frío y estaba oscuro; poco habría que ver en la catedral, y sin duda el resfriado de K. empeoraría mucho como consecuencia de la prolongada permanencia sobre las frías losas.

La plaza de la catedral estaba completamente vacía; K. recordaba que ya de niño le había llamado la atención divisar siempre las cortinas cerradas de las ventanas de las casas que rodeaban aquella angosta plaza. Con el tiempo que hacía hoy, esto resultaba más comprensible que de ordinario. También la catedral parecía vacía, naturalmente a nadie se le ocurría entrar a aquellas horas. K. recorrió las dos naves laterales; solo encontró a una anciana que, envuelta en una manta, estaba arrodillada ante una imagen de María y la contemplaba^[246]. Desde lejos, vio luego a un sacristán cojo desaparecer por una puerta del muro^[247]. K. había llegado puntual, precisamente cuando entraba habían dado las once, pero el italiano no había llegado aún. K. regresó a la puerta principal, se quedó un rato indeciso y luego, bajo la lluvia, dio una vuelta completa a la catedral para comprobar si el italiano lo esperaba en alguna puerta lateral. No estaba en ninguna parte. ¿Quizá el director había entendido mal la hora? Cómo se podía entender bien a aquel hombre. Sea como fuere, K. tendría que esperarlo al menos media hora. Como estaba cansado, quería sentarse, volvió otra vez a la catedral, encontró en un escalón un pequeño trozo de alfombra, lo empujó con la punta del pie hasta delante de un banco cercano, se envolvió mejor en su abrigo, se cerró el cuello hasta arriba y se sentó. Para distraerse, abrió el álbum, lo hojeó un poco, pero pronto tuvo que dejarlo, pues era tal la oscuridad que, al levantar la vista, no podía distinguir ni el más mínimo detalle de la nave lateral más cercana^[248].

A lo lejos, en el altar mayor, centelleaba un gran triángulo de llamas de cirios; K. no hubiera podido decir con certeza si ya lo había visto antes. Quizá los acababan de encender. Los sacristanes están acostumbrados al silencio, cosa de su oficio, y pasan inadvertidos. Cuando K. por casualidad se volvió, vio, no muy lejos a sus espaldas, contra un pilar, un enorme cirio encendido. Por hermoso que resultara, para iluminar los cuadros, que en su mayoría colgaban en la oscuridad de los altares laterales, resultaba completamente insuficiente; más bien aumentaba la oscuridad. El italiano había actuado tan sensata como descortésmente al no venir; no habrían podido ver nada y habrían tenido que contentarse con examinar algunas imágenes pulgada a pulgada con la linterna eléctrica de K. Para darse cuenta del resultado que daba aquello, K. se dirigió a una pequeña capilla lateral cercana, subió unos escalones hasta una baja balaustrada de mármol e, inclinándose sobre ella, iluminó con la linterna el cuadro del altar. Aquella luz siempre en movimiento era más bien molesta. Lo primero que K. vio, y en parte adivinó, fue un alto caballero con armadura, situado en uno de los extremos del cuadro. Se apoyaba en su espada, que había clavado ante sí en el suelo desnudo; solo algunas briznas de hierba brotaban aquí o allá. Parecía contemplar con atención algún hecho que se desarrollaba ante él. Era sorprendente que se mantuviese tan inmóvil, sin acercarse. Tal vez estaba allí para montar guardia. K., que llevaba mucho tiempo sin ver cuadros, contempló al caballero largo rato, a pesar de que tenía que parpadear constantemente, porque no soportaba la luz verde de la lámpara. Después, cuando fue pasando la luz por el resto del cuadro, descubrió que era un entierro de Cristo, de concepción tradicional; por lo demás, estaba recién hecho. Se guardó la linterna y regresó a su sitio.

Probablemente era innecesario esperar al italiano; pero sin duda afuera la lluvia era torrencial y, como allí no hacía tanto frío como K. había esperado, decidió quedarse de momento. Cerca de él estaba el gran púlpito; sobre su pequeño techo redondo había, semiacostadas, dos cruces doradas y sin adornos cuyos extremos se cruzaban. La pared exterior del púlpito y su transición hasta la columna que lo sostenía estaban formadas por un follaje verde del que pendían unos ángeles de pequeño tamaño, a veces vivaces, a veces tranquilos. K. se acercó al púlpito y lo examinó por todos lados: el trabajo de la piedra era sumamente cuidadoso, la profunda oscuridad que había entre el follaje y su fondo parecía incrustada allí con gran exactitud. K. introdujo su mano en una de las cavidades y palpó prudentemente la piedra; hasta entonces no había sabido nada de la existencia de aquel púlpito. Entonces, casualmente, tras la hilera de bancos más próxima, vio a un

sacristán que permanecía allí de pie, con una vestimenta negra, amplia y plisada, y una tabaquera en la mano izquierda, contemplándolo. «¿Qué querrá ese hombre? —pensó K—. ¿Le resulto sospechoso? ¿Querrá una propina?». Pero al darse cuenta de que K. lo observaba, señaló con la mano derecha, con un pellizco de tabaco todavía entre dos dedos, en una dirección indeterminada. Su comportamiento era casi incomprendible. K. esperó aún unos momentos, pero el sacristán no dejaba de señalar algo con la mano y reforzaba su gesto con movimientos de cabeza.

—Pero ¿qué quiere? —preguntó K. en voz baja, no se atrevía a gritar allí; luego, sin embargo, sacó su portamonedas y pasó al banco inmediato para acercarse al hombre.

Pero este hizo en seguida un gesto de rechazo con la mano, se encogió de hombros y se fue cojeando^[249]. Con un paso parecido a aquel cojear apresurado, K., de niño, trataba de imitar el movimiento de un jinete en su caballo. «Un viejo infantil —pensó K.—, su entendimiento apenas le basta ya para el servicio de la iglesia. Cómo se detiene cuando yo me detengo, y cómo se pone al acecho por si reemprendo la marcha». Sonriendo, K. siguió al anciano por toda la nave lateral, casi hasta la altura del altar mayor, el anciano no dejaba de señalar algo, pero K. no se volvía deliberadamente; aquel gesto no tenía otra finalidad que hacer perder el rastro del anciano. Finalmente, lo dejó realmente, no quería asustarlo demasiado, además, tampoco quería espantar aquella aparición por si acaso el italiano se presentaba todavía^[250].

Cuando pasó a la nave principal para buscar su sitio, en donde había dejado el álbum, observó junto a una columna, casi pegado a los bancos del coro del altar, un pequeño púlpito lateral, muy sencillo, de piedra pálida y lisa. Era tan pequeño que, desde lejos, parecía un nicho vacío destinado a la estatua de algún santo. El predicador, desde luego, no podría retroceder ni un paso desde la balaustrada. Además, la bóveda de piedra del púlpito arrancaba insólitamente de muy abajo y ascendía hacia el techo sin ornamento alguno pero tan inclinada que un hombre de estatura media no podría mantenerse allí erguido, a no ser que permaneciera constantemente inclinado sobre la baranda. Todo parecía diseñado para torturar al predicador; uno no comprendía para qué servía ese púlpito, cuando se disponía de otro tan grande y tan artísticamente decorado.

A K., sin duda, no le habría llamado la atención aquel pequeño púlpito si no hubieran puesto una lámpara encima, de las que suelen ponerse poco antes de empezar un sermón. ¿Iban a pronunciar ahora un sermón? ¿En la iglesia vacía? K. miró la escalera, que, pegada a la columna, ascendía en espiral hasta

el púlpito; era tan estrecha que no parecía destinada a personas, sino a servir de adorno a la columna. Pero, abajo, junto al púlpito —K. sonrió con sorpresa—, estaba realmente el sacerdote, con la mano apoyada en la baranda, dispuesto a subir y mirando a K. Luego asintió muy ligeramente con la cabeza, y K. se santiguó y se inclinó, cosa que ya debía de haber hecho mucho antes. El sacerdote tomó impulso dando un pequeño salto, y subió al púlpito con pasos cortos y rápidos. ¿Iba a comenzar realmente un sermón^[251]? Tal vez el sacristán, después de todo, no estaba tan privado de entendimiento y había querido dirigir a K. hacia el predicador, lo que sin lugar a dudas era extremadamente necesario en la iglesia vacía. Aunque, por otra parte, en algún lugar de la iglesia, frente a una imagen de María, había una anciana que también hubiera debido acercarse. Y si iba a haber un sermón, ¿por qué el órgano no lo anunciaba? Pero el órgano permanecía mudo y solo llegaban débiles destellos desde las tinieblas de su gran altura.

K. pensó si no debía alejarse a toda prisa, puesto que si no lo hacía ahora, no podría hacerlo durante el sermón y tendría que quedarse mientras durase; había perdido ya demasiado tiempo de oficina, y hacía mucho que no estaba obligado a esperar al italiano; miró su reloj, eran las once. Pero ¿podía haber realmente un sermón? ¿Podía ser K. el único miembro de la comunidad de fieles? ¿Qué habría pasado si solo hubiera sido un extranjero deseoso de visitar la iglesia? En el fondo, no era otra cosa. No tenía sentido pensar en un sermón a las once de la mañana de un día laborable y con el más horrible de los tiempos. El sacerdote —puesto que era sin duda un sacerdote, un joven de rostro liso y oscuro— subía tal vez para apagar la lámpara, que había sido encendida por error.

Pero no era así; por el contrario, el sacerdote comprobó la luz y la aumentó incluso un poco más; luego se volvió lentamente hacia la balaustrada, cuyo borde anguloso agarró con ambas manos. Así permaneció un rato y miró a su alrededor sin volver la cabeza. K. había retrocedido un buen trecho y se apoyaba con los codos en el primer banco de la iglesia. Con ojos inseguros vio en alguna parte, sin saber exactamente dónde, al sacristán que se acurrucaba quietamente, con la espalda inclinada, como si hubiera terminado su tarea. ¡Qué silencio reinaba ahora en la catedral! Pero K. tenía que perturbarlo, no tenía la intención de quedarse allí; si era obligación del sacerdote predicar a una hora determinada, sin tener en cuenta las circunstancias, podía hacerlo tranquilamente, pero podría arreglárselas también sin ayuda de K., pues la presencia de K. no aumentaría el posible efecto del sermón. Así pues, K. se puso lentamente en movimiento, tanteando

con las puntas de los pies a lo largo del banco, llegó luego al ancho pasillo central y lo recorrió sin ser molestado, solo que el suelo de piedra resonaba bajo las más ligeras pisadas y las bóvedas devolvían el eco, débilmente pero sin interrupción, en múltiples progresiones regulares^[252]. K. se sentía un poco abandonado cuando, quizá observado por el sacerdote, caminaba solo por entre los bancos vacíos; además, le pareció que la vastedad de la catedral estaba en el límite de lo humanamente soportable. Cuando llegó a su anterior asiento, agarró a toda prisa, sin detenerse, el álbum que había dejado allí. Casi había dejado ya la zona de los bancos y se acercaba al espacio libre que quedaba entre ellos y la salida, cuando oyó por primera vez la voz del sacerdote. Una voz potente y cultivada. ¡Cómo atravesaba la catedral, dispuesta a recibirla! Pero el sacerdote no se dirigió a la comunidad de fieles, sino que con toda claridad y sin dejarle escapatoria gritó:

—¡Josef K!

K. se detuvo y miró el suelo. De momento, aún era libre, podía seguir adelante y fugarse por una de las tres puertas de madera, pequeñas y oscuras, que no quedaban lejos. Esto significaría que no había comprendido o que había comprendido pero no quería hacer caso. Pero si se volvía, quedaría atrapado, pues habría reconocido haber comprendido bien, que él era realmente el interpelado y que estaba dispuesto a obedecer. Si el sacerdote hubiera vuelto a llamarle, K. se hubiera marchado sin duda, pero como todo quedó en silencio mientras K. esperaba también, volvió un poco la cabeza, pues quería ver qué estaba haciendo ahora el sacerdote. Este permanecía tranquilo en el púlpito como antes pero se veía con toda claridad que había advertido el movimiento de cabeza de K. Habría resultado un juego infantil de escondite, si K. no se hubiera vuelto ahora por completo. Así lo hizo y el sacerdote le indicó con el dedo que se acercara. Como ahora todo podía hacerse abiertamente, corrió —lo hizo también por curiosidad y para abbreviar el asunto— con pasos largos y ágiles en dirección al púlpito. Se detuvo junto a los primeros bancos, pero al sacerdote le pareció que la distancia era aún demasiado grande; extendió la mano y señaló, con el índice muy tieso y dirigido hacia abajo, un lugar muy cerca del púlpito. K. le obedeció también; en aquel lugar tenía que echar la cabeza muy atrás para seguir viendo al sacerdote.

—Tú eres Josef K. —dijo el sacerdote, y alzó la mano sobre la balaustrada con un vago ademán.

—Sí —dijo K.; pensó con cuánta frecuencia daba antes siempre su nombre; desde hacía algún tiempo, su nombre le resultaba una carga, ahora

conocían su nombre personas a las que veía por primera vez; con lo bonito que era presentarse primero y que luego le conocieran a uno.

—Estás acusado —dijo el sacerdote en voz especialmente baja.

—Sí —dijo K.—, me lo han hecho saber.

—Entonces eres el que busco —dijo el sacerdote—. Yo soy el capellán de la prisión.

—Ah —dijo K.

—Te he mandado llamar —dijo el sacerdote—, para hablar contigo.

—No lo sabía —dijo K.—. He venido para enseñar la catedral a un italiano.

—Deja lo accesorio —dijo el sacerdote—. ¿Qué tienes en la mano? ¿Es un libro de oraciones?

—No —respondió K.—, es un álbum de curiosidades turísticas.

—Déjalo —dijo el sacerdote.

K. lo tiró con tal brusquedad, que se abrió y, con las hojas dobladas, se deslizó un trecho por el suelo.

—¿Sabes que tu proceso anda mal? —preguntó el sacerdote.

—También a mí me lo parece —dijo K.—. Me he esforzado todo lo posible, pero hasta ahora sin resultado. Además, aún no he terminado el memorial.

—¿Cómo te imaginas el final? —preguntó el sacerdote.

—Antes pensaba que acabaría bien —dijo K.—, pero ahora yo mismo dudo a veces. No sé cómo acabará. ¿Lo sabes tú?

—No —dijo el sacerdote—, pero temo que acabará mal. Te consideran culpable. Es posible que tu proceso no salga nunca de un tribunal inferior. Por ahora se da por probada tu culpa^[253].

—Pero yo no soy culpable —dijo K.—. Es un error^[254]. Además, ¿cómo un ser humano puede ser culpable? Todos somos aquí seres humanos, tanto unos como otros.

—Eso es cierto —dijo el sacerdote—, pero así suelen hablar los culpables^[255].

—¿Tienes también algún prejuicio contra mí? —preguntó K.

—No tengo ningún prejuicio contra ti —dijo el sacerdote.

—Te lo agradezco —dijo K.—. Sin embargo, todos los demás que intervienen en el proceso tienen algún prejuicio contra mí. Y se lo infunden también a los que no intervienen. Mi situación es cada vez más difícil.

—Malinterpretas los hechos —dijo el sacerdote—. La sentencia no se dicta de repente: el proceso se convierte poco a poco en sentencia.

—De manera que es así —dijo K., bajando la cabeza.

—¿Qué harás ahora en bien de tu causa? —preguntó el sacerdote.

—Voy a buscar más ayuda —dijo K., y levantó la cabeza para ver cómo juzgaba el sacerdote sus palabras—. Hay ciertas posibilidades que no he aprovechado todavía.

—Buscas demasiada ayuda ajena —dijo el sacerdote con desaprobación—, y especialmente de las mujeres. ¿Es que no te das cuenta de que esta no es la verdadera ayuda?

—A veces, incluso con frecuencia, podría darte la razón —dijo K.—, pero no siempre. Las mujeres tienen gran poder. Si pudiera hacer que algunas mujeres que conozco trabajaran juntas para mí, conseguiría salir del paso. Especialmente con este tribunal, compuesto casi exclusivamente de mujeriegos. Muéstrale al juez de instrucción una mujer, aunque sea desde lejos, y, para agarrarla a tiempo, será capaz de pasar por encima de la mesa del tribunal y del propio acusado.

El sacerdote bajó la cabeza hacia la baranda; solo entonces pareció oprimirlo el techo del púlpito. ¡Qué clase de temporal debía de hacer fuera! No era ya un día sombrío, sino una noche negra. Ninguna de las vidrieras de las grandes ventanas lograba romper la oscura pared con el más vago resplandor. Y fue precisamente entonces cuando el sacristán apagó una tras otra las velas del altar mayor.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó K. al sacerdote—. Quizá no sabes a qué tribunal sirves. —No obtuvo respuesta—. Son solo mis experiencias —dijo K. Arriba continuaba el silencio—. No quise ofenderte —dijo K.

Entonces el sacerdote gritó desde arriba a K.:

—¿Es que no puedes ver a dos pasos de distancia?

Era un grito de cólera, pero al mismo tiempo como el de alguien que ve caer a otro y, porque él mismo está asustado, se pone a gritar sin querer, imprudentemente^[256].

Después, ambos permanecieron largo rato en silencio^[257]. Seguro que, en la oscuridad que reinaba abajo, el sacerdote no podía distinguir muy bien a K., mientras que este veía claramente al sacerdote a la luz de la pequeña lámpara. ¿Por qué no bajaba el sacerdote? No había dicho un sermón, solo había dado a K. algunas informaciones que, si las tenía en cuenta, probablemente podían perjudicarle más que beneficiarle. Sin embargo, a K. le pareció indudable la buena intención del sacerdote, no era imposible que, si bajaba, llegase a un acuerdo con él; que recibiera de él algún consejo decisivo

y aceptable; que, por ejemplo, enseñara a K. no cómo influir en el proceso, sino cómo salir del proceso, cómo evitarlo, cómo vivir fuera del proceso. Esa posibilidad debía de existir, K. había pensado con frecuencia en ella durante los últimos tiempos. Y si el sacerdote conocía dicha posibilidad, quizá, si se lo rogaba, se la revelaría, a pesar de que él mismo pertenecía al tribunal y a pesar de que, cuando K. había atacado al tribunal, había reprimido su dulzura natural, llegando incluso a gritarle.

—¿No quieres bajar? —dijo K.—. No tienes que predicar. Ven aquí abajo conmigo.

—Ahora ya puedo bajar —dijo el sacerdote; tal vez estaba arrepentido de haberle gritado. Mientras descolgaba la lámpara de su gancho, dijo—: Primero tenía que hablar contigo a distancia. Si no lo hago así, me dejo influir con facilidad y olvido mis funciones.

K. lo esperó al pie de la escalera. El sacerdote, mientras bajaba, le tendió ya la mano desde uno de los escalones superiores.

—¿Tienes un poco de tiempo para mí? —preguntó K.

—Todo el tiempo que necesites —dijo el sacerdote, pasando a K. la lamparita para que la llevase. Tampoco de cerca perdía cierta solemnidad su persona.

—Eres muy amable conmigo —dijo K. Juntos pasearon de un lado a otro por la oscura nave lateral—. Eres una excepción entre todos los que pertenecen al tribunal. Tengo más confianza en ti que en cualquiera de ellos, aunque conozco a muchos. Contigo puedo hablar francamente.

—No te engañes —dijo el sacerdote^[258].

—¿Cómo me puedo engañar? —preguntó K.

—Te engañas con respecto al tribunal —dijo el sacerdote—. En los escritos de introducción a la Ley se habla así de este engaño: Ante la Ley hay un guardián. A este guardián se acerca un hombre del campo y le pide que le deje entrar a la Ley. Pero el guardián dice que por ahora no puede dejarlo entrar^[259]. El hombre reflexiona y pregunta si más tarde lo dejarán entrar. «Es posible», dice el guardián, «pero no ahora». Como la puerta de la Ley está abierta como siempre y el guardián se echa a un lado, el hombre se agacha para ver el interior a través de la puerta. Al darse cuenta el guardián, se ríe y dice: «Si tanto te atrae, anda, intenta entrar a pesar de mi prohibición. Pero ten en cuenta una cosa: soy poderoso. Y solo soy el más bajo de los guardianes. Sala tras sala hay otros guardianes, cada uno más poderoso que el anterior. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo mirarlo siquiera». El hombre del campo no había previsto tales dificultades; la Ley, debería ser siempre

accesible para todos, piensa, pero ahora, al observar más detenidamente al guardián envuelto en su capote de pieles, su gran nariz puntiaguda, la barba de tártaro, larga, negra y estrecha, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un taburete y le permite sentarse a un lado de la puerta. Allí permanece sentado días y años. Hace muchos intentos para que le dejen entrar y fatiga al guardián con sus súplicas. El guardián lo somete con frecuencia a pequeños interrogatorios, le pregunta por su país natal y por muchas otras cosas, pero solo se trata de preguntas indiferentes, como las que hacen los grandes señores y, finalmente, siempre le repite que todavía no puede dejarlo entrar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para su viaje, las utiliza todas, por valiosas que sean, para sobornar al guardián. Este lo acepta todo, pero al hacerlo dice: «Lo acepto únicamente para que no creas que has omitido nada». Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián. Se olvida de los otros guardianes, y ese primero le parece el único obstáculo para entrar a la Ley. Durante los primeros años, maldice en voz alta la desgraciada casualidad, pero luego, al envejecer, ya solo murmura para sí. Vuelve a la infancia y como al estudiar durante años al guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, suplica también a las pulgas que le ayuden y convenzan al guardián. Finalmente, su vista se debilita y ya no sabe si realmente está oscureciendo a su alrededor o si solo lo engañan sus ojos. Pero ahora distingue en la oscuridad un resplandor que brota inextinguible de la puerta de la Ley. Ya no vivirá mucho. Antes de su muerte, se acumulan en su cabeza, todas las experiencias de todo ese tiempo en una pregunta que hasta entonces no ha hecho al guardián. Le hace una señal, porque ya no puede enderezar su cuerpo rígido. El guardián tiene que inclinarse profundamente hacia él, porque la diferencia de estatura ha aumentado en perjuicio del hombre. «¿Qué quieres saber ahora?», pregunta el guardián. «Eres insaciable». «Todos se esfuerzan por llegar a la Ley», dice el hombre, «¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo haya solicitado entrar?». El guardián se da cuenta de que el hombre está cerca de su fin y, para hacer llegar las palabras a su oído que se va perdiendo, le grita con fuerza: «Por aquí no podía entrar nadie más que tú, porque esta entrada estaba destinada solo a ti. Ahora me voy y la cierro».

—Entonces, el guardián engañó al hombre —dijo inmediatamente K., muy atraído por la historia.

—No te precipites —dijo el sacerdote—, no aceptes la opinión ajena sin examinarla. Te he contado la historia tal como figura en el texto, palabra por palabra. No dice ahí nada de un engaño.

—Pero está claro —dijo K.—, y tu primera interpretación era acertada. El guardián solo comunicó el mensaje salvador cuando ya no podía ayudar al hombre.

—Tampoco se le preguntó antes —dijo el sacerdote—; piensa también que él era solo un guardián y que, como tal, cumplió con su deber.

—¿Por qué crees que cumplió con su deber? —preguntó K—. No lo cumplió. Su deber era, quizá, alejar a todos los extraños, pero a aquel hombre al que estaba destinada la entrada hubiera tenido que dejarlo entrar.

—No tienes suficiente respeto por la Escritura y tergiversas la historia —dijo el sacerdote—. La historia contiene dos declaraciones importantes del guardián sobre el acceso a la Ley: una al principio y otra al final. Una dice que «ahora no puede concederle la entrada»; y la otra: «esta entrada estaba destinada solo a ti». Si hubiera una contradicción entre esas declaraciones, entonces tendrías razón y el guardián habría engañado al hombre. Pero no hay ninguna contradicción. Al contrario, la primera declaración apunta incluso a la segunda. Casi podríamos decir que el guardián se extralimitó en sus atribuciones al sugerir al hombre una posibilidad futura de acceso. En ese momento, su deber parece haber sido solo rechazar al hombre. Y, efectivamente, muchos intérpretes de la Escritura se extrañan de que el guardián hiciera siquiera esa insinuación, porque parece amar la exactitud y cumplir escrupulosamente su deber. Durante muchos años no abandona su puesto y solo cierra la puerta en el último momento; está muy consciente de la importancia de su puesto, porque dice «soy poderoso»; tiene respeto por sus superiores, porque dice: «Solo soy el más bajo de los guardianes»; cuando se trata del cumplimiento de sus deberes, no se deja conmover ni irritar, porque se dice del hombre que «fatiga al guardián con sus súplicas»; no es charlatán, porque durante todos esos años solo hace «preguntas indiferentes»; no es sobornable, porque ante un regalo dice: «Lo acepto únicamente para que no creas que has omitido nada»; y finalmente, también su aspecto externo denota un carácter meticuloso, la gran nariz puntiaguda y la larga barba negra a la tárara. ¿Puede haber un guardián más cumplidor? Pero es que, además, en el guardián confluyen otros rasgos de carácter que, para quien solicita ser admitido, son muy favorables y que, en cualquier caso, hacen comprensible que se extralimite un poco en el cumplimiento de su deber al insinuar la posibilidad futura de una entrada. De hecho, no se puede negar que es un poco simple y, a consecuencia de ello, un tanto vanidoso. Aunque sus manifestaciones sobre su propio poder y sobre el poder de los otros guardianes y sobre el hecho de que ni siquiera puede soportar la visión de los

mismos, todas estas manifestaciones —digo—, por muy acertadas que parezcan, están expuestas de una forma que demuestra sin duda que su percepción está empañada por la simpleza y la arrogancia. Los intérpretes dicen al respecto: «La acertada comprensión de una cosa y la comprensión desacertada de esa misma cosa no se excluyen completamente». En todo caso, hay que admitir que esa simpleza y arrogancia, por insignificantes que se manifiesten, debilitan la vigilancia de la entrada, son deficiencias en el carácter del guardián. A ello se añade que el guardián, según su disposición natural, parece ser amable; no siempre es, en modo alguno un personaje oficial. Bromea desde el principio al invitar al hombre a que entre a pesar de la prohibición vigente y explícita; luego no lo expulsa, sino que, según se nos dice, le da un taburete y deja que se siente a un lado de la puerta. La paciencia con que, a lo largo de todos esos años, soporta las súplicas del hombre, los pequeños interrogatorios, la aceptación de los regalos, la magnanimidad con que permite que el hombre que está a su lado maldiga en voz alta al desgraciado azar que ha puesto allí al guardián, todas estas cosas permiten deducir sentimientos de compasión. No todos los guardianes actuarían así. Y finalmente, aún se inclina profundamente a una seña del hombre, para darle oportunidad de efectuar una última pregunta. Solo una leve impaciencia —el guardián sabe perfectamente que todo está consumado— se expresa en las palabras: «Eres insaciable». Algunos van todavía más lejos en esta vía de la interpretación y opinan que las palabras «eres insaciable» expresan una especie de admiración amistosa, que, desde luego, no está desprovista de cierta condescendencia. En todo caso, la figura del guardián cobra así un carácter distinto del que crees.

—Tú conoces la historia mejor que yo y desde hace más tiempo —dijo K. Permanecieron en silencio un momento. Luego dijo K.—: ¿Crees entonces que el hombre no fue engañado?

—No me interpretes mal —dijo el sacerdote—, solo te muestro las opiniones que hay al respecto. No debes prestar demasiada atención a las opiniones. La Escritura es inmutable y las opiniones no son a menudo más que expresión de la desesperación ante ese hecho. En este caso, existe incluso una opinión según la cual es precisamente el guardián el engañado.

—Es una opinión muy aventurada —dijo K.—. ¿En qué se fundamenta?

—La fundamentación —contestó el sacerdote—, parte de la simplicidad del guardián. Se dice que él no conoce el interior de la Ley, sino únicamente el camino que tiene que recorrer ante la entrada, una y otra vez. Las ideas que tiene del interior se consideran infantiles y se supone que él mismo teme

aquellos con lo que quiere asustar al hombre. Incluso tiene más miedo que el hombre, ya que este no pretende otra cosa que entrar, incluso después de oír hablar de los terribles guardianes del interior; el guardián, por el contrario, no quiere entrar, o al menos nada se dice de ello. Otros dicen, ciertamente, que él tiene que haber estado ya en el interior, puesto que en algún momento ha sido admitido al servicio de la Ley y esto solo puede haber ocurrido en el interior de la misma. A eso puede responderse que también puede haber sido nombrado guardián por una llamada efectuada desde el interior, y que no tuvo necesidad de entrar, al menos muy adentro, puesto que ni siquiera puede soportar la visión del tercero de los guardianes. Además, no se dice tampoco que durante todos esos años haya contado nada del interior, aparte de esa observación sobre los guardianes. Podría haberle estado prohibido entrar, pero tampoco habla de tal prohibición. De todo ello se infiere que no sabe nada de la apariencia y significación del interior, y se encuentra engañado al respecto. Pero también sobre el hombre del campo debe de estar engañado, porque está subordinado a ese hombre y no lo sabe. Que trata al hombre como a un subordinado se reconoce en muchas cosas que sin duda recordarás. Pero que en realidad es él el subordinado se deduce de forma igualmente clara, según la opinión que te expongo. Ante todo, el hombre libre es siempre superior al que está atado a algo. Ahora bien, el hombre es efectivamente libre, puede ir a donde quiera, solo la entrada en la Ley le está prohibida, y además solo por una persona, por el guardián. Si se sienta en el taburete y se queda a un lado de la puerta para permanecer allí durante toda su vida, lo hace voluntariamente; la historia no habla de ninguna coacción. El guardián, en cambio, está atado a su puesto por su cargo, no puede alejarse de allí, y según todas las apariencias, tampoco entrar en el interior, aunque así lo deseé. Además está, en efecto, al servicio de la Ley, pero solamente cuidando esa entrada, es decir, solo trabaja para aquella persona a la cual está destinada la entrada. También por esta razón le está subordinado. Cabe admitir que, durante muchos años, en cierto modo durante toda una vida adulta, solo ha prestado un servicio vacío, porque lo que se dice es que llega un hombre, o sea alguien en edad adulta, y que, por tanto, el guardián tuvo que esperar mucho antes de cumplir su tarea, es decir, hasta que quiso el hombre, que llegó por propia voluntad. Pero también el fin del servicio viene determinado por el fin de la vida del hombre y, por consiguiente, permanece subordinado a él hasta el final. Y constantemente se subraya que el guardián no parece saber nada de todo eso. Pero no se ve nada de extraño en eso, ya que, según esa opinión, el guardián se engaña todavía más en lo que se refiere a su propio

oficio. Efectivamente, al final habla de la entrada y dice: «Ahora me voy y la cierro», pero al principio se dice que la puerta de la Ley está abierta como siempre, que siempre está abierta, siempre, es decir, con independencia de la duración de la vida del hombre a quien está destinada, de manera que el guardián no podía cerrarla. En este punto difieren las opiniones sobre si el guardián, al anunciar que cerrará la puerta, solo quiere simplemente dar una respuesta, o subrayar su deber, o hacer que el hombre caiga en el arrepentimiento y el pesar en los últimos momentos. En lo que muchos, sin embargo, están de acuerdo es en que no podrá cerrar la puerta. Creen incluso que, por lo menos al final, tiene conocimiento de que está subordinado al hombre, porque este ve el resplandor que emana de la puerta de la ley, mientras que el guardián, como tal, da la espalda a la puerta y no da muestras de haber percibido ningún cambio.

—Bien razonado —dijo K., que había repetido para sí, a media voz, algunos pasajes de la explicación del sacerdote—. Está bien razonado y ahora yo creo también que el guardián está engañado. Sin embargo, no renuncio a mi opinión anterior, porque ambas coinciden en parte. No es decisivo el hecho de que el guardián vea claramente o se engañe. Yo he dicho que el hombre está engañado. Si el guardián ve las cosas claras, se podría dudar de ello, pero si el guardián se engaña, su engaño debe transmitirse necesariamente al hombre. En ese caso, el guardián no es un engañador, pero sí es tan simple que debería ser despedido inmediatamente de su puesto. Debes tener en cuenta que el engaño en que se halla el guardián no le perjudica, pero sí, mil veces, al hombre.

—Aquí te enfrentas con una opinión contraria —dijo el sacerdote—. Hay quien dice que la historia no otorga a nadie el derecho de juzgar al guardián. Cualquiera que sea la opinión que nos merezca, es sin embargo un servidor de la Ley, es decir, pertenece a la Ley y, por consiguiente, escapa al juicio humano. Tampoco hay que creer que el guardián esté subordinado al hombre. Estar vinculado por su servicio, aunque solo sea a la entrada de la Ley, es algo incomparablemente superior a vivir libre en el mundo. El hombre acaba de llegar a la Ley, el guardián ya está allí. Ha sido llamado por la Ley a cumplir un servicio; dudar de su dignidad sería dudar de la Ley.

—No estoy de acuerdo con esa opinión —dijo K., meneando la cabeza—, porque, si se acepta, hay que considerar cierto todo lo que dice el guardián. Pero que eso no es posible, lo has demostrado tú mismo detalladamente.

—No —dijo el sacerdote—, no hay que creer que todo es verdad, hay que creer que todo es necesario.

—Una triste opinión —dijo K.—, la mentira se convierte en principio universal.

K. dijo eso para terminar, pero no era su última palabra. Estaba demasiado cansado para poder abarcar todas las consecuencias de la historia; además, su pensamiento lo llevaba por caminos a los que no estaba familiarizado, cosas irreales, más apropiadas para ser discutidas por los funcionarios del tribunal que por él. Aquella simple historia se había vuelto informe; quería sacársela de encima, y el sacerdote, que ahora mostraba una gran delicadeza, lo toleró y aceptó en silencio la observación de K., aunque sin duda no coincidía con su propia opinión.

Siguieron caminando un rato en silencio, K. se mantenía muy cerca del sacerdote, sin saber en la oscuridad dónde se encontraba él. La lámpara hacía tiempo que se había apagado en su mano. Una vez centelleó justamente frente a él, la estatua plateada de un santo solo con el resplandor de la plata, y enseguida volvió a la oscuridad. Para no seguir dependiendo por entero del sacerdote, K. le preguntó:

—¿No estamos cerca de la puerta principal?

—No —dijo el sacerdote—. Estamos muy lejos de ella. ¿Quieres irte ya?

Aunque K. no había pensado precisamente en ello, dijo enseguida:

—Claro, tengo que irme. Soy apoderado de un banco, me esperan; solo he venido aquí para enseñar la catedral a un cliente.

—Bueno —dijo el sacerdote, y tendió la mano a K.—, entonces vete.

—Pero es que en la oscuridad no podré encontrar yo solo el camino —dijo K.

—Ve a la izquierda hasta la pared —dijo el sacerdote—, luego sigue andando a lo largo de la pared, sin apartarte de ella, y encontrarás una salida.

El sacerdote se había alejado solamente unos pasos cuando K. le gritó en voz muy alta:

—Por favor, espera.

—Espero —dijo el sacerdote.

—¿No quieres algo más de mí? —preguntó K.

—No —dijo el sacerdote.

—Antes estuviste tan amable conmigo —dijo K.—, y me lo has explicado todo, y ahora me despides como si yo no te importara nada.

—Es que ahora tienes que irte —dijo el sacerdote.

—Bueno —dijo K.—, compréndelo.

—Comprende tú primero quién soy yo —dijo el sacerdote.

—Eres el capellán de la prisión —dijo K., y se acercó más al sacerdote; su regreso inmediato al banco no era tan necesario como lo había descrito; aún podía quedarse un rato.

—Pertenezco al tribunal —dijo el sacerdote—. ¿Por qué tendría que querer nada de ti? El tribunal no quiere nada de ti. Te acoge cuando vienes y te deja cuando te vas.

Capítulo XIV

PELEA CON EL SUBDIRECTOR



Fotograma 21. Ebrio, Svidrigailov discute con Raskolnikov a causa de Dunia. Fuente: *Prestuplenie I Nakazanie*, Rusia (2007). Dir. Dmitry Svetozarov.

Una mañana, K. se sintió mucho más fresco y resistente que de costumbre. Su estado poco habitual sedujo a K. a invitar al director adjunto a su oficina y discutir con él un asunto de negocios que urgía desde hacía algún tiempo.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, encontrábese en un estado de ánimo satisfactorio. Sentía un imperioso deseo de encontrarse con Svidrigailov. Ignoraba lo que podía esperar de aquel hombre que ejercía una misteriosa influencia sobre él. Desde el momento en que se cercioró de este hecho, Raskolnikov no conoció reposo; había llegado el momento de aclarar las cosas (3, VI, p. 291).

Una mañana, K. se sintió mucho más fresco y resistente que de costumbre^[260]. Apenas pensaba en el tribunal, pero cuando lo recordaba, le parecía que toda aquella enorme organización, completamente impenetrable, podía ser fácilmente agarrada sirviéndose de alguna palanca oculta que tendría que buscar a tientas en la oscuridad, y podía ser destruida y erradicada. Su estado poco habitual indujo a K. a invitar al subdirector a su despacho para discutir con él un asunto de negocios que urgía desde hacía algún tiempo^[261]. En semejantes ocasiones, el subdirector hacía siempre

como si sus relaciones con K. no se hubieran alterado en lo más mínimo durante los últimos meses. Venía tranquilo, como en los tiempos anteriores de continua rivalidad con K., escuchaba con calma las explicaciones de K., mostraba su interés con breves observaciones confidenciales, incluso de camaradería, y solo desconcertaba a K., aunque no había que ver en ello intención alguna, que no se dejaba desviar por nada del asunto principal, para el cual se sentía positivamente dispuesto desde lo más hondo de su ser, mientras que los pensamientos de K., ante aquel modelo de conciencia profesional, empezaban inmediatamente a dispersarse en todas direcciones, obligándolo a confiar el asunto, casi sin resistencia, al subdirector. Una vez, las cosas fueron tan mal que K. solo se dio cuenta en definitiva de que el subdirector se levantaba de repente y, en silencio, volvía a su despacho. K. no sabía lo que había ocurrido: era posible que la conversación hubiera terminado normalmente, pero era posible asimismo que el subdirector la hubiese interrumpido porque K., inconscientemente, lo había ofendido, o porque había dicho alguna insensatez, o porque el subdirector se había percatado, sin lugar a dudas, de que K. no lo escuchaba y estaba pensando en otras cosas^[262]. Incluso era posible que K. hubiera tomado una decisión ridícula o que el subdirector se la hubiera arrancado y que ahora se apresurara a ponerla en práctica en detrimento de K. Por lo demás, no volvieron sobre ese asunto: K. no quería recordarlo y el subdirector se mantuvo impenetrable; como quiera que fuese, de momento no se advirtieron otras consecuencias visibles^[263]. En cualquier caso, el incidente no había asustado a K.; bastaba que se presentara una ocasión propicia y que se sintiera un poco en forma, para que se plantase ante la puerta del subdirector para entrar en su despacho o invitarlo al suyo. Ya no era tiempo de esconderse de él, como había hecho antes^[264]. No esperaba ya un éxito decisivo e inmediato que lo liberase de una vez de todas las preocupaciones y restableciera por sí mismo la antigua relación con el subdirector. K. veía que no debía desistir; si retrocedía, como tal vez exigían los hechos, existía el peligro de que, posiblemente, nunca podría avanzar de nuevo. No había que dejar creer al subdirector que K. estaba acabado, que pudiese permanecer tranquilamente sentado en su despacho con esta creencia; había que inquietarlo, tenía que saber, tan a menudo como fuera posible, que K. vivía y que, como todo lo que vivía, un día podía sorprenderle con nuevas facultades, por inofensivo que hoy pareciera^[265]. A veces se decía K. que con ese método no hacía otra cosa que luchar por su honor, puesto que no podía reportarle ninguna utilidad oponerse una y otra vez, en su debilidad, al subdirector, reforzando así la sensación de

poder de este, y dándole la oportunidad de hacer observaciones sobre el estado actual de los negocios y de disponer las medidas correspondientes. Pero K. no podía cambiar de conducta; se engañaba a sí mismo: a veces creía con seguridad poder enfrentarse sin preocupación al subdirector, las experiencias más desafortunadas no le enseñaban nada; lo que no había logrado en diez intentos creía poder hacerlo en el undécimo, a pesar de que todo se había desarrollado siempre con absoluta uniformidad, en perjuicio suyo. Cuando, después de uno de tales encuentros, se quedaba exhausto, bañado en sudor, con la cabeza vacía, no sabía si era la esperanza o la desesperación lo que le había empujado hacia el subdirector, pero a la vez siguiente era claramente de nuevo solo la esperanza la que le hacía precipitarse hacia la puerta del subdirector^[266].

Así ocurrió también hoy. El subdirector entró enseguida, se quedó luego de pie junto a la puerta, según una costumbre recién adquirida, limpió sus gafas, y miró primero a K. y luego, para que no fuera demasiado visible que se ocupaba de K., observó detenidamente toda la habitación. Era como si aprovechara la oportunidad para poner a prueba su vista. K. resistió las miradas, sonrió incluso un poco e invitó al subdirector a sentarse^[267]. Él mismo se dejó caer en su sillón, acercándolo lo más posible al subdirector, tomó enseguida de la mesa los papeles necesarios y comenzó su informe^[268]. El subdirector apenas parecía escuchar al principio^[269]. La superficie del escritorio de K. estaba rodeada de una balaustrada baja de madera tallada. Todo el escritorio era de excelente factura y también la balaustrada se veía resistente. Pero el subdirector hizo como si viese un punto débil y tratara de corregir el defecto golpeando en la balaustrada con el dedo índice^[270]. K. quiso entonces interrumpir su informe, pero el subdirector no se lo permitió, porque, según explicó, podía oír y entender todo perfectamente. Sin embargo, mientras K. no podía, por el momento, arrancar del subdirector ninguna observación objetiva, la balaustrada pareció exigir medidas especiales, pues el subdirector sacó su navaja, cogió la regla de K. como palanca y trató de levantar la balaustrada, probablemente para clavarla después con más facilidad y más profundamente^[271]. K. había incluido en su informe una propuesta completamente nueva, que esperaba produjera un efecto especial en el subdirector y cuando ahora llegó a esta propuesta, no pudo detenerse, tan absorto le tenía el propio trabajo, o mejor dicho, tanto lo alegraba la conciencia, cada vez más rara, de que seguía teniendo alguna importancia en el banco y de que sus ideas tenían fuerza para justificarlo. Tal vez ese modo de defenderse, no solo en el banco, sino también en el proceso, fuera incluso

el mejor; probablemente mucho mejor que cualquiera de las defensas que hasta entonces había intentado o proyectado^[272]. Con la precipitación de su discurso, K. no tuvo tiempo de disuadir expresamente al subdirector de su trabajo en la balaustrada; solo dos o tres veces, mientras leía, pasó la mano libre por la balaustrada, como con un gesto tranquilizador, indicando así al subdirector, casi inconscientemente, que la balaustrada no tenía ningún defecto, y que, aunque lo tuviera, en ese momento era más importante y mucho más decente escuchar la información que intentar repararla. Pero el subdirector, como suele ocurrir a menudo con las personas enérgicas que trabajan solo intelectualmente, se sentía entusiasmado por aquel trabajo manual; un trozo de la balaustrada estaba ahora realmente levantado y ahora se trataba de volver a encajar las columnitas en los agujeros correspondientes. Esa era la parte más difícil de toda la operación. El subdirector tuvo que levantarse y con ambas manos trató de apretar la balaustrada contra la tabla. Sin embargo, a pesar de utilizar toda su fuerza, no lo consiguió. Durante la lectura, K. —que por otra parte mezclaba muchas frases improvisadas—, percibió solo vagamente que el subdirector se había levantado. Aunque casi nunca había perdido por completo de vista la ocupación accesoria del subdirector, había supuesto que el movimiento del subdirector estaba relacionado de algún modo con su exposición, y se puso también en pie y, con el dedo bajo una cifra, tendió un papel al subdirector^[273]. Pero, entretanto, el subdirector había comprendido que la presión de las manos no bastaba y entonces, tomando una rápida decisión, se sentó con todo su peso sobre la balaustrada. Enonces lo consiguió, las columnitas penetraron chirriando en los agujeros, pero una de ellas se desvió de su sitio, y el frágil listón superior, se rompió en dos.

—Mala madera —dijo el subdirector con enojo, se levantó del escritorio y se sentó.

Capítulo XV

UN SUEÑO



Figura 5. Monolito de la tumba de K. en Praga. Fuente: Ferran Cornellà, bajo la licencia [CC BY-SA 3.0] <https://commons.wikimedia.org>.

Josef K. soñó:

Era un hermoso día, y K. quiso ir a pasear. Pero apenas hubo dado dos pasos, estuvo ya en el cementerio. Había allí senderos muy artificiosos, entrecruzados de manera muy poco práctica...

Raskolnikov tuvo un sueño extraño:

Él soñó que iba con su padre a lo largo del camino que conducía al cementerio... El día era cálido y asfixiante... El camino serpenteaba unos trescientos metros y llegaba al cementerio del pueblo.

Josef K. soñó^[274]:

Era un hermoso día, y K. quiso ir a pasear^[275]. Pero apenas hubo dado dos pasos, estuvo ya en el cementerio^[276]. Había allí senderos muy artificiosos, entrecruzados de manera muy poco práctica^[277], pero él se deslizaba con un imperturbable porte flotante sobre uno de tales senderos como sobre un

torrente. Ya desde lejos, su mirada advirtió un túmulo reciente, junto al cual quiso detenerse^[278]. Ese túmulo ejercía sobre él casi una fascinación^[279], y creía no poder llegar lo suficientemente rápido. A veces, apenas sí veía el túmulo, oculto por banderas que flameaban y se entrechocaban con fuerza; no se veía a los portadores de las banderas, pero era como si allí reinara un gran júbilo^[280].

Mientras tenía la vista dirigida aún a la lejanía vio de pronto el mismo túmulo a su lado, junto al sendero, ya casi a su espalda. Saltó rápidamente al césped. Como en el momento del salto el sendero se movía velozmente bajo sus pies, se tambaleó y cayó justamente frente al túmulo, de rodillas^[281]. Dos hombres estaban parados por detrás de la tumba y sostenían entre sí una lápida en el aire; apenas hubo aparecido K., arrojaron la lápida al suelo y él quedó como si lo hubieran emparedado. De inmediato surgió de un matorral un tercer hombre, al que K. en seguida reconoció como un artista. Solo vestía pantalones y una camisa mal abotonada; en la cabeza tenía un gorro de terciopelo; en la mano sostenía un lápiz común, con el que dibujaba, al acercarse, figuras en el aire. Se colocó con el lápiz arriba, sobre la piedra; la piedra era muy alta; no tuvo que agacharse nada, pero si inclinarse hacia adelante, porque el túmulo, al que no quería pisar, lo separaba de la piedra. De este modo, permanecía sobre las puntas de los pies y se apoyaba con la mano izquierda en la superficie de la piedra. Gracias a un manejo especialmente hábil logró, con el lápiz común, obtener letras de oro; escribió: «Aquí yace...». Cada letra era clara y hermosa, profundamente grabada y de oro purísimo. Cuando hubo escrito las dos palabras, se volvió hacia K. que esperaba ansioso la continuación de la inscripción, apenas se preocupaba por el hombre, solo miraba la piedra. En efecto, el hombre se dispuso nuevamente a seguir escribiendo, pero no pudo, algo se lo impedía; bajó el lápiz y nuevamente se volvió hacia K. Ahora miró también K. al artista y advirtió que éste se encontraba en una gran confusión, pero no podía decir la causa de la misma. Toda su anterior vivacidad había desaparecido. También K. quedó confuso; intercambiaban miradas desoladas; había un odioso malentendido, que ninguno podía aclarar. A deshora, comenzó entonces también a repicar una pequeña campana de la capilla fúnebre^[282], pero el artista hizo un ademán con la mano y ella cesó. Poco después comenzó nuevamente; esta vez en un tono muy bajo y sin insistencia; inmediatamente cesó; era como si quisiera solamente probar su sonido. K. estaba inconsolable por la situación del artista, comenzó a llorar y sollozó largo rato en el hueco de las manos^[283]. El artista esperó hasta que K. se hubo calmado y decidió luego seguir

escribiendo, ya que no encontraba otra salida. El primer breve trazo que dibujó fue una liberación para K., pero el artista lo logró solo, evidentemente, con la más extrema repugnancia; la escritura ya no era tan bella, sobre todo parecía faltar oro, el trazo surgía pálido e inseguro, la letra quedaba demasiado grande. Era una J; estaba casi terminada ya, cuando el artista, furioso, pisoteó la tumba, de tal modo que la tierra voló por los aires. Por fin, K. le comprendió; ya no había tiempo para pedirle disculpas; con todos los dedos escarbó en la tierra, que casi no le ofrecía ninguna resistencia; todo parecía preparado; para disimular, habían colocado esa fina capa de tierra; inmediatamente se abrió debajo de él un gran hoyo, de paredes escarpadas, en el cual K., puesto de espaldas por una suave corriente, se hundió. Pero mientras él, con la cabeza todavía recta sobre la nuca, ya era recibido por la impenetrable profundidad, su nombre era inscrito con poderosos ornamentos en la piedra. Encantado con esta visión, se despertó^[284].

Capítulo XVI

VISITA A CASA DE LA MADRE



Fotograma 22. Raskolnikov en casa de su madre. Fuente: *Crime and Punishment*, UK (1979). Dir. Michael Darlow.

K. reflexionaba con la frente fruncida. ¿Había quizá precipitado los preparativos del viaje? ¿No era mejor quedarse aquí? ¿Qué quería allá? ¿Quería viajar allí acaso por sentimentalismo?

Raskolnikov subió, no sin detenerse a cada paso para preguntarse si entraría o no. Mas por nada del mundo hubiera retrocedido: su decisión estaba tomada (7, VI, p. 323).

De repente, durante el almuerzo, se le ocurrió que debía visitar a su madre^[285]. Por entonces la primavera tocaba ya a su fin y, con ella, concluían tres años desde la última vez que vio a su madre^[286]. En aquella ocasión ella le había pedido que fuera a verla el día de su cumpleaños de él. K. había accedido a esta petición, a pesar de los inconvenientes, e incluso le había hecho la promesa de pasar con ella todos los cumpleaños, una promesa que, sin embargo, había incumplido ya dos veces. Por eso ahora no quiso esperar a su cumpleaños, aunque faltaban catorce días, sino partir inmediatamente^[287]. Se decía que no existía ningún motivo especial para emprender el viaje

precisamente ahora; al contrario, las noticias que recibía regularmente cada dos meses^[288] de un primo, que tenía en la pequeña ciudad un negocio y administraba el dinero que K. enviaba a su madre^[289], eran más tranquilizadoras que nunca. Era cierto que la madre estaba perdiendo la vista^[290], pero K. lo esperaba desde hacía años, pues los médicos ya lo habían diagnosticado; en cambio, en lo demás su estado de salud había mejorado, y los distintos achaques de la edad, en vez de acentuarse, habían disminuido, o por lo menos ella se quejaba menos. En opinión del primo, eso estaba relacionado quizá con el hecho de que, en los últimos años —K. había observado casi con repugnancia ligeros síntomas de ello en su visita—, ella se había vuelto excesivamente devota^[291]. El primo había descrito en una carta de un modo muy gráfico cómo la anciana, que antes se arrastraba con grandes esfuerzos, ahora caminaba bastante segura, apoyada en su brazo, cuando él la conducía los domingos a la iglesia. Y K. podía creer a su primo, porque acostumbraba a ser temeroso y, en sus informes, más bien exageraba lo malo que lo bueno^[292]. Pero, sea como fuere, K. se había decidido a hacer ahora el viaje; recientemente había notado, entre otras cosas poco satisfactorias, cierta tendencia a lamentarse, una propensión casi irreprimible de ceder a todos sus deseos. Bien, en este caso, esa mala tendencia servía al menos a un buen propósito.

Se acercó a la ventana para ordenar un poco sus pensamientos, inmediatamente mandó que se llevaran el servicio de la comida, envió al ordenanza a casa de la señora Grubach para anunciarle su partida y recoger el maletín con las cosas que la señora Grubach estimara necesario poner, dio al señor Kühne algunas instrucciones comerciales para el período de su ausencia; en esta ocasión, apenas se enfadó al ver que el señor Kühne, con una grosería que, en él, se había convertido ya en habitual, recibiera sus instrucciones sin mirarlo, como si supiera perfectamente lo que tenía que hacer y solo soportara aquellas instrucciones como una ceremonia, y finalmente fue a ver al director. Cuando le pidió un permiso de dos días porque tenía que visitar a su madre, el director preguntó, naturalmente, si la madre de K. estaba enferma.

—No —dijo K., sin más explicaciones.

Permanecía de pie en el centro de la habitación con las manos cruzadas por atrás. Reflexionaba con la frente fruncida. ¿Había precipitado quizá los preparativos del viaje? ¿No era mejor quedarse aquí^[293]? ¿Por qué quería ir allá? ¿Quería hacer el viaje por sentimentalismo? ¿Y, por sentimentalismo, perderse posiblemente algo importante aquí, una oportunidad de intervenir

que podía presentarse cualquier día a cualquier hora, en aquellos momentos en que el proceso parecía estar parado durante varias semanas y apenas si le había llegado una noticia precisa? Y, además, podía asustar a la anciana señora, lo que naturalmente no era su intención, pero que podía muy bien suceder contra su voluntad, pues ahora sucedían muchas cosas contra su voluntad^[294]. Y su madre no estaba clamando por verle. Antes, en las cartas del primo, se repetían regularmente las insistentes invitaciones de su madre, pero ahora, desde hacía tiempo, ya no^[295]. Estaba, pues, claro que no hacía el viaje por la madre. Pero si lo emprendía con alguna esperanza respecto a sí mismo, entonces era un completo necio, y allí, en la desesperación final hallaría la recompensa a su insensatez. Mas como si todas esas dudas no fueran propias sino sugeridas por personas extrañas, se atuvo a su decisión, y las eliminó como si despertase. El director, entretanto, se había inclinado sobre un periódico, por casualidad o, lo que era más probable, por especial consideración hacia K., y ahora levantó la vista, le dio la mano poniéndose en pie y, sin hacerle más preguntas, le deseó buen viaje.

K. esperó un rato más en su despacho a que regresara el ordenanza, paseando de un lado a otro, y alejó casi en silencio al subdirector, que entró varias veces para informarse del motivo del viaje de K., y cuando tuvo por fin el maletín se apresuró a bajar inmediatamente al coche que había encargado de antemano. Se hallaba ya en la escalera cuando en el último instante apareció arriba el empleado Kullich, con una carta empezada en la mano, para la que, evidentemente, quería instrucciones de K. K. le hizo ademán de que se alejara, pero aquel rubio, torpe, de cabeza grande interpretó mal el gesto y se lanzó, dando unos saltos con los que se jugaba la vida y agitando el papel, detrás de K.^[296] Este se enfadó tanto que, cuando Kullych lo alcanzó en la escalinata, le quitó la carta de la mano y la despedazó^[297]. Cuando K. se volvió luego, dentro del coche, Kullych, que probablemente no había comprendido aún cuál había sido su error, seguía en el mismo sitio, mirando al coche que se alejaba, mientras el portero, a su lado, se quitaba la gorra respetuosamente. Así pues, K. seguía siendo uno de los más altos funcionarios del banco; si lo hubiera negado, el portero le habría refutado. Y la madre, a pesar de todo lo que se dijera en contra seguía considerándole director del banco, y eso desde hacía ya varios años. En la opinión de ella no se hundiría, cualesquiera que fueran los daños que hubiera sufrido su prestigio^[298]. Quizá fuera una buena señal que él, precisamente antes de irse, se hubiera convencido de que podía quitar una carta a un empleado que incluso tenía relaciones con el tribunal, y hacerla pedazos impunemente y sin

explicaciones. De todas formas, lo que hubiera preferido hacer no había podido hacerlo: dar dos sonoras bofetadas a Kullych en sus pálidas y redondas mejillas^[299].

Capítulo XVII

FIN



Fotograma 23. La señorita Bürstner aparece en el camino de K. hacia el patíbulo. Fuente: *The Trial*, UK (1993). Dir. David Hugh Jones.

Entonces subió, ante ellos, desde una calleja situada más abajo, por una escalerita, la señorita Bürstner hacia la plaza. No era totalmente seguro que fuera ella, aunque el parecido era grande.

Una sola visión ofrecióse a los ojos de Raskolnikov mientras caminaba a la comisaría, pero no se extrañó: un presentimiento le había indicado que sería de esa manera... Al volver la cabeza hacia la izquierda vio a Sonia a unos cincuenta pasos de distancia.

La víspera de su trigésimo primer aniversario —más o menos a las nueve de la noche, la hora del silencio en las calles—, llegaron dos señores a casa de K. Vestían levita, pálidos y gordos, con unos sombreros de copa en apariencia inamovibles. Tras una pequeña ceremonia junto a la puerta principal, por ver quién pasaba primero, esa misma formalidad, con más énfasis, volvió a repetirse ante la puerta de K. Sin que la visita hubiera sido anunciada, K., igualmente vestido de negro, estaba sentado en una silla cercana a la puerta y se ponía lentamente unos guantes nuevos muy ajustados en los dedos, en la actitud de quien espera invitados. Se puso de pie enseguida y miró a los señores con curiosidad.

—Entonces ¿vienen por mí? —preguntó.

Los señores asintieron, y uno señaló con el sombrero de copa en la mano al otro. K. se confesó que no era aquella visita la que él esperaba. Se dirigió a la ventana y echó otra mirada a la oscura calle. Casi todas las ventanas del otro lado estaban también oscuras, y en muchas habían bajado las persianas. En una ventana iluminada del piso de enfrente, dos niños pequeños jugaban tras una reja, e incapaces aún de moverse de su sitio, se tocaban con sus manitas^[300].

—Me envían viejos actores de segundo orden —se dijo K., y miró a su alrededor para convencerse de que era así—. Quieren acabar conmigo a muy bajo precio. —K. se volvió hacia ellos de pronto y preguntó—: ¿En qué teatro actúan ustedes?

—¿Teatro? —preguntó uno de los señores al otro, torciendo la boca, como pidiéndole consejo.

El otro se comportaba como un mudo a quien su organismo se niega a obedecerle. «No están preparados para que les pregunten», se dijo K., y fue a buscar su sombrero.

Ya en la escalera, los señores quisieron coger a K. del brazo, pero K. dijo:

—No hasta la calle, no estoy enfermo.

Sin embargo, inmediatamente antes de la puerta le agarraron de una forma que no había experimentado nunca con persona alguna. Juntaban los hombros con los de K. por atrás, no doblaban los brazos, sino que los usaban para rodear los brazos de K. en toda su longitud, por debajo, agarraban las manos de K. con una presión irresistible, experimentada, fruto de una larga práctica^[301]. K. andaba rígido entre ellos, los tres formaban tal unidad que, si hubieran derribado a uno de ellos, los hubieran derribado a todos. Era una unidad casi como solo se puede formar con algo inanimado^[302].

Bajo los faroles, K. intentó varias veces, aunque resultaba difícil hacerlo por andar tan apretados, ver a sus acompañantes con más claridad de lo que le había sido posible en la penumbra de su habitación. Quizá sean tenores, pensó al ver sus grandes papadas. Le daba asco ver aquellas caras tan limpias. Se veía aún, literalmente, la mano aseada que las había limpiado, que había pasado por el borde de sus ojos, que había frotado sus labios superiores, que había rascado las arrugas de la barbilla.

Al advertirlo, K. se detuvo y, en consecuencia, se detuvieron también los otros; estaban a la entrada de una plaza abierta, vacía y adornada con jardines.

—¡Por qué los han enviado precisamente a ustedes! —gritó más que preguntó.

Los señores no sabían al parecer la respuesta; esperaban con el brazo libre caído, como enfermeros cuando el enfermo quiere descansar.

—No sigo —dijo K. para probar.

Los señores no necesitaban responder; bastaba con no aflojar la presión de sus manos y trataran de levantar a K. de su sitio, pero K. se resistió. «Ya no tendré necesidad de muchas fuerzas, las gastaré todas ahora —pensó. Recordó las moscas que se arrancan las patas al intentar desprenderse del papel matamoscas—. Estos señores van a tener mucho trabajo».

Entonces, ante ellos, desde una calle situada más abajo, subió por una escalerita hasta la plaza, la señorita Bürstner^[303]. No era totalmente seguro que fuera ella, aunque el parecido era grande. Pero a K. tampoco le importaba que fuera verdaderamente la señorita Bürstner, aunque tuvo conciencia enseguida de la inutilidad de su resistencia. Nada había de heroico en resistir, en causar dificultades a los señores y en tratar, al defenderse, de gozar de una última apariencia de vida. Se puso en movimiento y algo de la alegría que con ello dio a los señores a él mismo se le contagió también. Entonces toleraron que decidiera la dirección a seguir, y él la decidió siguiendo el camino que la señorita tomaba delante de ellos, no porque quisiera alcanzarla ni porque quisiera verla el mayor tiempo posible, sino simplemente por no olvidar la advertencia que ella representaba para él^[304]. «Lo único que puedo hacer ahora —se dijo, y la regularidad de sus pasos y de los pasos de los otros confirmaba sus pensamientos—, lo único que puedo hacer ahora es conservar hasta el final mi razonamiento sereno. Siempre he querido agarrar el mundo con veinte manos, y además con una finalidad inadmisible. No fue correcto, ¿voy a mostrar ahora que ni siquiera un proceso de un año ha podido enseñarme algo? ¿Debo acabar como un hombre de escaso talento? ¿Deberé dejar que se diga que, al principio del proceso, quise acabarlo, y que ahora, al final del mismo, quiero volverlo a empezar? No quiero que se diga eso^[305]. Estoy agradecido de que, para este camino, me hayan dado por acompañantes a estos señores medio mudos, sin inteligencia, dejándome a mí mismo decir lo necesario»^[306].

Entretanto, la señorita había doblado por una calle lateral, pero K. podía ya prescindir de ella y se abandonó a sus acompañantes. Los tres atravesaron ahora, en perfecto acuerdo, un puente a la luz de la luna; a cada pequeño movimiento que hacía K., los señores cedían gustosos; cuando se volvió un poco hacia la barandilla, también ellos se volvieron formando un solo frente. El agua, resplandeciente y trémula a la luz de la luna, se dividía en torno a una pequeña isla, en la que las masas de follaje de los árboles y arbustos se

amontonaban como apretadas^[307]. Bajo ellas, invisibles ahora, había senderos de grava con cómodos bancos, en los que K., muchos veranos, se había estirado y desperezado^[308].

—No quería detenerme —dijo a sus acompañantes, avergonzado por su buena voluntad.

Uno pareció hacer al otro, a espaldas de K., un leve reproche por aquella parada equivocada; luego continuaron su marcha.

Subieron por unas calles empinadas, en las que había policías, quietos o en movimiento, unas veces a lo lejos y otras muy cerca. Uno de bigote espeso, con la mano en el pomo del sable, se acercó de un modo que parecía intencionado a aquel grupo algo sospechoso^[309]. Los señores se detuvieron; el policía pareció abrir la boca, pero K. arrastró con fuerza a los señores hacia adelante. A menudo se volvía con precaución para ver si el policía los seguía; pero cuando doblaron una esquina que los separaba del policía, K. echó a correr y, casi sin aliento, los señores tuvieron que correr también.

Así muy pronto estuvieron en las afueras de la ciudad, que en esa dirección lindaba casi sin transición con los campos. Una pequeña cantera, desierta y abandonada, se hallaba en las proximidades de una casa de aspecto enteramente urbano^[310]. Allí hicieron alto los señores, fuera porque aquel lugar había sido su meta desde el principio, fuera porque estaban demasiado agotados para continuar corriendo. Entonces soltaron a K., que esperó en silencio, se quitaron los sombreros de copa y, mientras echaban una ojeada a la cantera, enjugaron con el pañuelo su frente sudorosa. Por todas partes se difundía la luz de la luna, con su naturalidad y su silencio, que ninguna otra luz tiene.

Tras intercambiar algunas cortesías sobre quién tenía que ejecutar las siguientes tareas —los señores parecían haber recibido el encargo indistintamente—, uno de ellos se dirigió a K. y le quitó la chaqueta, el chaleco y, finalmente, la camisa. K. se estremeció involuntariamente, y entonces el señor le dio una ligera palmada en la espalda para tranquilizarle. Luego dobló con cuidado las prendas de ropa, como cosas que hubiera de utilizar todavía, aunque no de forma inmediata. Para no exponer a K., inmóvil, al aire de la noche, que no dejaba de ser fresco, lo tomó del brazo y paseó con él un poco, mientras el otro señor buscaba en la cantera un lugar apropiado^[311]. Cuando lo encontró hizo una seña, y el otro señor llevó consigo a K. Era un lugar muy cerca de la escarpada pared y había allí una piedra desprendida^[312]. Los señores sentaron a K. en el suelo, lo apoyaron contra la piedra y pusieron su cabeza encima. A pesar de todo el esfuerzo que

hacían y a pesar de toda la buena disposición de K., su postura resultaba forzada e inverosímil. Por ello, uno de los señores pidió al otro que, durante unos momentos, le dejara acomodar a K. solo, pero las cosas no fueron mejor. Finalmente dejaron a K. en una posición que ni siquiera era la mejor de las que antes habían logrado. Después, uno de los señores abrió su levita y de una vaina que llevaba colgada a un cinto que le ceñía el chaleco, sacó un cuchillo de carnicero largo y delgado, afilado por ambos lados, lo sostuvo en alto y comprobó el filo a la luz. De nuevo comenzaron aquellas repugnantes cortesías, uno alargó el cuchillo al otro, por encima de K., y el otro volvió a alargárselo por encima. K. sabía muy bien ahora que su deber hubiera sido tomar él mismo el cuchillo que pasaba de mano en mano por encima de él y clavárselo él mismo. Pero no lo hizo, sino que movió el cuello, todavía libre, y miró a su alrededor. No podía satisfacer del todo aquella exigencia ni librarse a las autoridades de su trabajo; la responsabilidad de aquel último error cabía a quien le había quitado sus últimas fuerzas que hubiera necesitado. Su mirada cayó en el último piso de la casa lindante con la cantera. Al igual que brota una luz, los batientes de una ventana se abrieron, un hombre delgado y débil a esa distancia y a esa altura se inclinó violentamente hacia afuera y tendió los brazos aún más hacia adelante^[313]. ¿Quién era? ¿Un amigo? ¿Una buena persona? ¿Alguien que sentía compasión? ¿Alguien que quería ayudar? ¿Era uno solo? ¿Eran todos? ¿Cabía esperar ayuda aún? ¿Había objeciones que se habían olvidado? Seguro las había. La lógica es sin duda inconmovible, pero no resiste a un hombre que desea vivir. ¿Dónde estaba el juez que nunca había visto? ¿Dónde estaba el alto tribunal al que nunca había llegado? Levantó las manos y separó todos los dedos.

Pero las manos de uno de los señores estaban ya en su garganta, mientras el otro le clavaba el cuchillo en el corazón, haciéndolo girar allí dos veces^[314]. Con los ojos vidriosos, K. vio aún cómo los señores, cerca de su rostro, mejilla contra mejilla, observaban la decisión.

—¡Como un perro! —dijo; era como si la vergüenza debiera sobrevivirlo^[315].

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

IMÁGENES

- Imagen 1. Guía de personajes de *El proceso*.
Imagen 2. Sobres del manuscrito de *El proceso* con sendos capítulos escritos secuencialmente.
Imagen 3. Ejemplos de estructuras internas con sus respectivas radiografías.
Imagen 4. La mariposa y la llama: alegoría de *El proceso*.
Imagen 5. Monolito de la tumba de K. en Praga.
Imagen 6. Gregor Samsa es un quasi-anagrama de Sacher-Masoch.
Imagen 7. Recorrido de *Crimen y castigo* en la escritura de «Detención».
Imagen 8. Nombres de *El proceso* que ocultan el apellido BROD.
Imagen 9. Relación entre personajes de la novela con personajes de la vida real.

FOTOGRAMAS

- Fotograma 1. El inspector se dispone a interrogar a Josef K.
Fotograma 2. Encuentro de la señorita Bürstner y Josef K. en la habitación de ella.
Fotograma 3. Encuentro de Sonia y Raskolnikov en la habitación de ella.
Fotograma 4. Svidrigailov pide ayuda a Raskolnikov para concertar una cita con su hermana Dunia.
Fotograma 5. Josef K. es increpado por llegar tarde al tribunal.
Fotograma 6. Raskolnikov es increpado por llegar tarde a la comisaría.
Fotograma 7. Jose K. se desmaya en el Tribunal.
Fotograma 8. Rodia se desmaya en la comisaría.
Fotograma 9. Los guardianes son torturados por querer robar la ropa de Josef K.
Fotograma 10. Raskolnikov da la dirección de su casa a la hermanita de Sonia.

Fotograma 11. Inauguración del apartamento de Razumikin y su tío con la presencia de amigos y funcionarios de la justicia.

Fotograma 12. El tío de K. llega de visita.

Fotograma 13. El tío de Razumikin llega de visita.

Fotograma 14. El abogado le habla a K. de su experiencia en casos semejantes al suyo.

Fotograma 15. El juez le habla a Raskolnikov de un caso semejante al suyo.

Fotograma 16. El abogado reprocha a K. su impaciencia.

Fotograma 17. Porfirio reprocha a Raskolnikov su impaciencia.

Fotograma 18. Raskolnikov sueña con una multitud que lo juzga en silencio en el lugar del crimen.

Fotograma 19. Diálogo de Josef K. con el capellán de la prisión.

Fotograma 20. Porfirio le demuestra a Raskolnikov que él es el asesino.

Fotograma 21. Ebrio, Svidrigailov discute con Raskolnikov a causa de Dunia.

Fotograma 22. Raskolnikov en casa de su madre.

Fotograma 23. La señorita Bürstner aparece en el camino de K. hacia el patíbulo.

ÍNDICE DE TABLAS

- Tabla 1. Referencias de *Crimen y castigo* en el capítulo 15 «Un sueño».
- Tabla 2. Capítulos con un orden secuencial relativo conocido.
- Tabla 3. Orden secuencial de los capítulos sin orden establecido.
- Tabla 4. Estructura de *El proceso*.
- Tabla 5. Notas capítulo 1.
- Tabla 6. Notas capítulo 2.
- Tabla 7. Notas capítulo 3.
- Tabla 8. Notas capítulo 4.
- Tabla 9. Notas capítulo 5.
- Tabla 10. Notas capítulo 6.
- Tabla 11. Notas capítulo 7.
- Tabla 12. Notas capítulo 8.
- Tabla 13. Notas capítulo 9.
- Tabla 14. Notas capítulo 10.
- Tabla 15. Notas capítulo 11.
- Tabla 16. Notas capítulo 12.
- Tabla 17. Notas capítulo 13.
- Tabla 18. Notas capítulo 14.
- Tabla 19. Notas capítulo 15.
- Tabla 20. Notas capítulo 16.
- Tabla 21. Notas capítulo 17.

REFERENCIAS

- Canetti, E. (1981). *El otro proceso de Kafka*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Dostoievski, F. (1974). *Crimen y castigo*. Barcelona: Editorial Bruguera, S.A.
- Dostoievski, F. (1981). *Crimen y castigo*. México: Editorial Porrúa, S.A.
- Kafka, F. (1984). *Cartas a Felice*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Kafka, F. (2006). *Diarios*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Robert, M. (1970). *Acerca de Kafka. Acerca de Freud*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Stach, R. (2003). *Kafka, Los años de las decisiones*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.



FRANZ KAFKA (Praga, 1883 - Kierling, Austria, 1924). Escritor checo en lengua alemana. Nacido en el seno de una familia de comerciantes judíos, Franz Kafka se formó en un ambiente cultural alemán, y se doctoró en derecho. Pronto empezó a interesarse por la mística y la religión judías, que ejercieron sobre él una notable influencia y favorecieron su adhesión al sionismo.

Su proyecto de emigrar a Palestina se vio frustrado en 1917 al padecer los primeros síntomas de tuberculosis, que sería la causante de su muerte. A pesar de la enfermedad, de la hostilidad manifiesta de su familia hacia su vocación literaria, de sus cinco tentativas matrimoniales frustradas y de su empleo de burócrata en una compañía de seguros de Praga, Franz Kafka se dedicó intensamente a la literatura.

Su obra, que nos ha llegado en contra de su voluntad expresa, pues ordenó a su íntimo amigo y consejero literario Max Brod que, a su muerte, quemara todos sus manuscritos, constituye una de las cumbres de la literatura alemana y se cuenta entre las más influyentes e innovadoras del siglo xx.

En la línea de la Escuela de Praga, de la que es el miembro más destacado, la escritura de Kafka se caracteriza por una marcada vocación metafísica y una síntesis de absurdo, ironía y lucidez. Ese mundo de sueños, que describe paradójicamente con un realismo minucioso, ya se halla presente en su

primera novela corta, Descripción de una lucha, que apareció parcialmente en la revista *Hyperion*, que dirigía Franz Blei.

En 1913, el editor Rowohlt accedió a publicar su primer libro, *Meditaciones*, que reunía extractos de su diario personal, pequeños fragmentos en prosa de una inquietud espiritual penetrante y un estilo profundamente innovador, a la vez lírico, dramático y melodioso. Sin embargo, el libro pasó desapercibido; los siguientes tampoco obtendrían ningún éxito, fuera de un círculo íntimo de amigos y admiradores incondicionales.

El estallido de la Primera Guerra Mundial y el fracaso de un noviazgo en el que había depositado todas sus esperanzas señalaron el inicio de una etapa creativa prolífica. Entre 1913 y 1919 Franz Kafka escribió *El proceso*, *La metamorfosis* y *La condena* y publicó *El chófer*, que incorporaría más adelante a su novela *América*, *En la colonia penitenciaria* y el volumen de relatos *Un médico rural*.

En 1920 abandonó su empleo, ingresó en un sanatorio y, poco tiempo después, se estableció en una casa de campo en la que escribió *El castillo*; al año siguiente Kafka conoció a la escritora checa Milena Jesenska-Pollak, con la que mantuvo un breve romance y una abundante correspondencia, no publicada hasta 1952. El último año de su vida encontró en otra mujer, Dora Dymant, el gran amor que había anhelado siempre, y que le devolvió brevemente la esperanza.

La existencia atribulada y angustiosa de Kafka se refleja en el pesimismo irónico que impregna su obra, que describe, en un estilo que va desde lo fantástico de sus obras juveniles al realismo más estricto, trayectorias de las que no se consigue captar ni el principio ni el fin. Sus personajes, designados frecuentemente con una inicial (Joseph K o simplemente K), son zarandeados y amenazados por instancias ocultas. Así, el protagonista de *El proceso* no llegará a conocer el motivo de su condena a muerte, y el agrimensor de *El castillo* buscará en vano el rostro del aparato burocrático en el que pretende integrarse.

Los elementos fantásticos o absurdos, como la transformación en escarabajo del viajante de comercio Gregor Samsa en *La metamorfosis*, introducen en la realidad más cotidiana aquella distorsión que permite desvelar su propia y más profunda inconsistencia, un método que se ha llegado a considerar como una especial y literaria reducción al absurdo. Su originalidad irreductible y el

inmenso valor literario de su obra le han valido *a posteriori* una posición privilegiada, casi mítica, en la literatura contemporánea.

Notas

[1] En realidad, son diecisiete porque el primer capítulo en la edición de Brod proviene de la unión de dos capítulos. <<

[2] *Crimen y castigo* de Franz Kafka. *Anatomía de El proceso* (Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana, 2002); *El crimen* de Kafka (Medellín: La Carreta Editores, 2006); *Los secretos de Kafka* (México: Siglo XXI, 2012). <<

[3] Por último, Raskolnikov recuperó del todo la noción de las cosas. Fue una mañana, a eso de las diez, hora en que el sol penetraba en el cuarto, proyectando una ancha faja de luz sobre la pared de la derecha e iluminando el rincón cercano a la puerta. Anastasia se encontraba junto al diván en compañía de un hombre al que no conocía y que lo observaba con atención. Era más bien joven, vestido con un caftán, usaba una barbilla en punta y su aspecto era de empleado de comercio. Raskolnikov se levantó.

—¿Quién es este señor, Anastasia? —preguntó designando con un ademán al joven.

—¿Quién es usted? —insistió Raskolnikov dirigiéndose al desconocido (3, II, p. 75). <<

[4] En *Crimen y castigo*, Anastasia la cocinera no ha vuelto a llevarle comida a Raskolnikov desde hace tres semanas por orden de la patrona que le tiene suspendida la alimentación en la pensión porque le adeuda una suma de dinero. Josef K., en cambio, solo tiene que tocar la campanilla para que la cocinera le lleve el desayuno a la cama y, como veremos en el próximo capítulo, en *El proceso* es la patrona la que le adeuda una fuerte suma a Josef K. A lo largo de la novela, Kafka hace todo el tiempo este tipo de inversiones dándole a *El proceso* un tono humorístico. <<

[5] Apenas se cerró la puerta detrás de Anastasia, el enfermo arrojó el gabán que lo cubría y saltó del lecho como enloquecido (3, II, p. 80). <<

[6] [...] todo parecía a primera vista casi igual que la noche anterior... esta frase, con una ligera variación, la repite Kafka en el segundo capítulo: *Por lo que se podía ver, todo estaba realmente en su sitio*. La primera frase está fuera de contexto, a diferencia de la segunda que hace parte de la escena en la que Raskolnikov regresa en sueños al lugar del crimen y entra a la habitación de Alena la anciana asesinada. Este *lapsus calami* es un indicio de la forma como trabajaba Kafka, probablemente con citas y apuntes escritas en fichas o cuadernos. <<

[7] [En este capítulo, el agente Willem es Razumikin]: En ese mismo instante se abrió la puerta y apareció Razumikhin, quien al entrar inclinose un poco en razón de su elevada estatura.

—¡Qué cuarto infame! —gritó desde el umbral—. ¡Siempre me golpeó la cabeza contra el techo! ¡Y a esto le llaman una habitación! (3, II, p. 75). <<

[8] Contrario a Josef K., Raskolnikov iba muy mal vestido, y solían confundirlo con un mendigo. Razumikin decide comprarle ropa de segunda en buen estado a Raskolnikov para que su amigo salga presentable a la calle. Aprovecha que Raskolnikov está dormido y se lleva su ropa para comprarle la talla exacta. Pero Raskolnikov, al despertar y ver que su ropa no está, cree que ha sido la policía la que se la ha llevado para buscar pruebas de su crimen, huellas de sangre y cosas así: «¿Dónde están mis ropas? ¡Mis botas no están aquí! ¡Me las han quitado! ¡Escondido! ¡Lo comprendo! ¡Ah, han olvidado el abrigo! ¡También olvidaron el dinero, gracias a Dios!...» (3, II, p. 152). Así, pues, Raskolnikov cree que la policía se ha llevado su ropa, y en *El proceso*, la policía le quiere robar la ropa a Josef K. <<

[9] Raskolnikov cree que le están jugando una broma muy pesada: «Dios mío, dime solamente una cosa: ¿lo saben ya, o aún lo ignoran? Tal vez lo saben, pero aparentan ignorarlo para engañarme mientras guardo cama; después dejarán de fingir para decirme que estaban enterados desde un principio... ¿Qué hacer ahora? Ya no lo sé... Hace apenas un minuto lo sabía». (3, II, p. 81). <<

[10] Raskolnikov no oponía la menor resistencia, aun cuando notara que se encontraba en plena posesión de sus medios, por lo menos para sostener una cuchara o una taza, y quizá hasta para caminar. Pero por una especie de astucia, de instinto casi animal, se le había ocurrido que era preferible ocultarlo por el momento, fingir, simular, llegado el caso, una incomprendición total. Mientras tanto escucharía y observaría lo que ocurriera a su alrededor (3, II. p. 78). <<

[11] [Esta escena nos dice que las patronas de Raskolnikov y Josef K. son la misma mujer]: Por la puerta entreabierta, la patrona miraba hacia el interior. Raskolnikov se levantó... la patrona cerró la puerta, desapareciendo. Era una mujer muy tímida y le causaba pavor las entrevistas y las explicaciones (3, II, p. 75). <<

[12] —¡Bravo! Ahora, amigo mío, ¿quieres comer alguna cosa?

—Sí —respondió Raskolnikov.

—¿No queda un poco de sopa?

—Tenemos un poco de ayer —dijo Anastasia, silencioso testigo de la escena anterior.

—¿Sopa de arroz con papas?

—Sí, de arroz con papas.

—Ya me parecía. Trae la sopa y sírvenos un poco de té.

—Voy corriendo (*3, II, p. 77*). <<

[13] Razumikhin se sentó a su lado en el diván. Con delicadeza de oso amaestrado levantó con el brazo izquierdo la cabeza del enfermo, que, sin embargo, no tenía necesidad de ayuda, mientras con la mano derecha llevaba a sus labios una cucharada de sopa, después de soplarla varias veces para que no quemara, aunque apenas estaba tibia. Con verdadera avidez Raskolnikov sorbió una cucharada, luego otra: pero de pronto Razumikhin se detuvo inopinadamente y declaró con solemnidad que antes de darle más alimento era preciso consultar al médico (3, II, p. 77). <<

[14] Razumikhin se sentó en una silla y se acercó el plato de sopa, comenzando a devorar los trozos de carne cocida que la misma contenía como si hiciera tres días que no probaba bocado.

—Pues sí, amigo, es así; ahora como todos los días en esta casa —dijo con dificultad, hablando con la boca llena—. (3, II, p. 77). <<

[15] Anastasia, ¿quieres un vaso de cerveza?

—¡No se burle de mí!

—¿O un poco de té? (3, II, p. 77).

—Eso sí. <<

[16] Porfirio también compara a Raskolnikov con un niño: «¡Vaya tarea la que tengo con usted! —exclamó Porfirio, con tono alegre, malicioso y tranquilo —. ¿Por qué diablos está usted empeñado en saberlo, si hasta ahora aún no se le ha molestado? Es usted como un niño: ¡quiero que me traigan la luna inmediatamente! ¿Por qué se inquieta de esa forma? ¿Por qué quiere imponerse a mí? ¿Por qué razón? ¡Eh? ¡Je, je, je!» (5, IV, p. 418). <<

[17] —¿Qué es esto? ¿Té? También quedó cerveza, media botella bien fresca. Se apoderó de la botella y se sirvió un vaso hasta el borde, vaciándolo de un trago con verdadero deleite, sintiendo que mitigaba el ardor de su pecho. Pero, apenas transcurrido un minuto, el alcohol subiósele a la cabeza, y un leve estremecimiento, casi agradable, le recorrió la espalda (3, II, p. 81). <<

[18] [Razumikin hace una exhibición de las prendas que le consiguió a Raskolnikov cuando este estaba dormido:]

—Comencemos por arriba: ¿ves este gorro? —dijo sacando del paquete uno de buen aspecto, aunque ordinario y barato—. Permíteme que te lo pruebe.

—Ahora no, más tarde —exclamó con cierta rudeza Raskolnikov.

—No puede ser, amigo Rodia, no insistas; si no te lo pruebas ahora, esta noche no podré dormir, porque lo compré sin saber la medida. ¡Te queda a las mil maravillas! —gritó con entusiasmo después de habérselo encasquetado—. ¡Justo a la medida! (3, II, p. 82) Antes de nada, te prevengo que estoy orgulloso de este pantalón —y extendió frente a Raskolnikov un pantalón gris de tela liviana—. Ni un agujero, ni una mancha, completamente digno de ser usado aunque lo haya usado otro antes... Y es del mismo color que el chaleco, como lo exige la moda (3, II, p. 82) [Pasemos a los zapatos. ¿Cómo los encuentras? Se ve a simple vista que han sido usados, pero tirarán satisfactoriamente un par de meses, por lo menos... (3, II, p. 83)] [Respecto a la ropa blanca, me entendí con tu patrona: aquí tienes tres camisas de hilo, con plastrones a la moda... (3, II, p. 83)]. <<

[19] [A Raskolnikov lo obligan a vestirse de manera presentable:] Y ahora, querido, si me lo permites, vamos a cambiarte la camisa; no sería extraño que toda tu enfermedad estuviese radicada en ella...

—¡Déjame en paz! ¡No quiero! —exclamó haciendo un gesto de disgusto Raskolnikov, que había escuchado con frialdad y desdén la charla de su amigo para explicarle con fingida ironía la adquisición de la nueva indumentaria.

—¡Eso no es posible, Rodia! ¡Que no resulte que me he gastado los zapatos en balde! —insistió Razumikhin—. Vamos, Anastasia, no te hagas la melindrosa, ayúdame... ¡Así! Ya está...

Y a pesar de la resistencia de Raskolnikov, procedió a cambiarle la camisa. El enfermo, visiblemente contrariado, dejóse caer de nuevo en el diván y durante dos minutos guardó silencio (3, II, p. 83). <<

[20] Fräulein Bürstner —la señorita Bürstner— tiene las mismas iniciales que Felice Bauer —F. B.—. Es esta la primera alusión directa a Felice, y no muy amable porque lo hace de manera procaz, pues el apellido de la señorita Bürstner proviene de la palabra *Bürsten*, cepillar, lo que le da una connotación obscena. No es gratuito entonces que esta señorita represente a Sonia, la joven prostituta de *Crimen y castigo*. <<

[21] Esa blusa blanca es la segunda alusión directa a Felice.

26, XII, 12, jueves por la mañana

... De hecho, yo te recuerdo a veces así, y también está tu sombrero, el que, ciego que estoy, me parecía ser blanco en su parte inferior. Pero eso sí la blusa no es la misma, la que llevabas en Praga era blanca.

(en una hoja adjunta) Se me ocurre otra cosa inaplazable: mi amor, no habrás regalado a tu hermana al final aquella blusa que llevabas en Praga, ¿verdad?

Kafka, que tardó siete meses en volver a ver a Felice desde aquella primera vez en Praga, siempre la recordaba con la blusa blanca, que se le convirtió en un fetiche: Kafka no se imaginaba a Felice sin la blusa blanca, la blusa blanca era Felice. <<

[^{22]} [Kafka ensambla la detención (*3, II*) y el interrogatorio (*5, IV*) haciendo pasar a Josef K. al cuarto de la señorita Bürstner ante la presencia del inspector, tras una larga espera, como fue la espera de Raskolnikov antes de pasar a la oficina de Porfirio para ser interrogado, donde este le tenía preparada una sorpresa a Raskolnikov para hacerlo confesar:]].

—¿No quiere recibir una pequeña sorpresa? —exclamó con tono zumbón el juez, tomándolo del brazo en el momento en que iba a salir de la habitación. Cada vez demostraba mayor alegría y regocijo, lo que acabó de exasperar a Raskolnikov.

—¿Qué sorpresa? ¿Qué quiere decir? —preguntó deteniéndose de súbito y mirándolo con inquietud.

—Una pequeña sorpresa que tengo reservada para usted detrás de esa puerta. ¡Je, je, je! —manifestó Petrovich, señalando la puerta cerrada del tabique, que daba acceso a sus habitaciones—. Hasta cerré con llave por temor de que pudiera escaparse. (*5, IV, 221*). <<

[23] Porfirio le da a entender a Raskolnikov que sabe que él es el asesino, pero que no le importa que siga libre porque sabe que él es su víctima y no se le va a escapar:

«¿Ha visto usted alguna vez una mariposa delante de una vela? Pues bien, él dará sin cesar vueltas en derredor mío, como una mariposa en torno a la llama; la libertad le resultará odiosa, estará cada vez más inquieto, cada vez más trastornado, se enredará, enloquecerá hasta morir...» (5, IV, p. 408).

A diferencia de Porfirio, el inspector no necesita decir nada a K.; para eso son los objetos que tiene sobre la mesa (la vela, la caja de cerillas, el libro y los alfileres), cuyo significado Josef K. conoce bien: tiene que confesar. <<

[24] —Porfirio Petrovich —comenzó con sequedad, en un tono que transparentaba viva irritación— ayer manifestó deseos de conversar conmigo para someterme a cierto interrogatorio —recalcó esta última palabra—. Aquí me tiene; si necesita interrogarme, estoy a su disposición. En caso contrario, permítame que me retire. No puedo perder tiempo..., tengo que hacer... sírvase interrogarme o autoríceme a irme ahora mismo. Pero, si me pregunta, hágalo en la forma establecida por los procedimientos legales; de otro modo, no se lo permitiré. Por el momento, nada tenemos que hacer juntos (5, IV, p. 212). <<

[25] —¡Señor! Pero, ¿qué le sucede? ¿A propósito de qué voy a interrogarlo? —exclamó Porfirio Petrovich, cambiado de tono y de actitud y dejando de pronto de reír—. No se incomode usted, se lo ruego —añadió, mientras iba y venía de un lado a otro y trataba de lograr que el joven se sentara de nuevo. (5, IV, p. 212). <<

[26] [Kafka hace alusión a la terrible lección que Porfirio le da a Raskolnikov:]

—Usted seguía la carrera de jurisprudencia, ¿no es cierto, Rodión Romanovich?

—Sí, estudiaba Derecho.

—Bien; voy a presentarle un ejemplo que acaso pueda serle de utilidad más adelante. No crea que me permito erigirme en su maestro, sobre todo teniendo en cuenta que escribe usted artículos acerca de la criminalidad. No; de ninguna manera. Someto este ejemplo a su consideración. (5, IV, p. 214). <<

[27] En esta escena, Kafka parodia la entrada del Diario en la que describe el comportamiento de Felice en el Askanischer Hof, donde se dio la ruptura del compromiso matrimonial, que Kafka llama «El tribunal en el hotel»:

23 de julio de 1914: «*El tribunal en el hotel. La ida en el coche de caballos. La cara de Felice. Se alisa el pelo con las manos, se limpia la nariz con la mano, bosteza. De pronto reacciona, dice cosas bien pensadas, largo tiempo guardadas, hostiles*».

Es probable que la lectura de esta escena provocara la hilaridad de Kafka y sus amigos, como cuenta Brod que sucedía cuando Kafka leía apartes de *El proceso*, pues no es difícil imaginar a Kafka mientras leía imitar los movimientos de Felice en el Askanischer Hof, de la misma manera que imitaba las películas de cine mudo delante de sus hermanas. <<

[28] [En el interrogatorio a Raskolnikov en la oficina de Porfirio, hay una escena similar en la que aparecen unos curiosos:] Apareció en la puerta un grupo de curiosos, y hasta algunos trataron de colarse en la habitación. Toda la escena descrita se desarrolló en menos tiempo del necesario para contarla. El juez de instrucción pareció meditar por un momento; luego se sacudió con violencia y con un gesto indicó a los testigos inesperados que se retiraran. Estos obedecieron en seguida, la puerta se cerró (5, IV, 223). <<

[29] «Me tendió las dos manos y no me dio ninguna: las retiró a tiempo», pensó Raskolnikov con desconfianza (*5, IV, p. 211*). <<

[30] ¿Qué puede importarme entonces que el presunto culpable se pasee en libertad? ¡Que pasee cuanto le venga en gana; mientras tanto yo sé que es «mi pequeña víctima» y que no se me escapará! ¿A dónde podría ir? ¿Al extranjero? (5, IV, p. 214). <<

[31] —Por mi parte no sé qué voto formular por usted —dijo Raskolnikov comenzando a descender la escalera—. Le desearía de todo corazón un gran éxito; pues, como no se le escapará, desempeña usted una función muy ridícula (5, IV, 224.) <<

[32] Frau Grubach fue el primer personaje femenino de *El proceso* que Kafka concibió, cuyo origen se remonta exactamente al 15 de agosto de 1913, cuando salido de casillas por asuntos relacionados con el matrimonio o, mejor, con la ruptura del compromiso que lo tenían agobiado, escribió en el *Diario* la siguiente pieza dramática en la que describe, con sarcasmo, una escena de su imaginaria vida matrimonial con Felice:

El hombre de ojos oscuros y mirada severa que llevaba sobre el hombro el montón de abrigos viejos.

LEOPOLD S., un hombre alto y robusto, de movimientos desmañados, ropas demasiado holgadas, arrugadas, a cuadros blancos y negros, entra corriendo en la gran habitación por la puerta de la derecha, da una palmada y llama: «¡Felice! ¡Felice!». Sin esperar ni un instante el resultado de su llamada, corre hacia la puerta del centro, que abre gritando nuevamente «Felice».

Felice S., aparece por la puerta de la izquierda, se detiene en el marco de la puerta, es una mujer de cuarenta años, que lleva un delantal de cocina:

—Estoy aquí Leo. ¡Qué nervioso te has puesto en los últimos tiempos!

—¿Qué es lo que quieres?

Leopold, se vuelve bruscamente, luego se detiene y se muerde los labios:

—¡Vaya, por fin! ¡Ven aquí! —Va hacia el canapé.

Felice, no se mueve:

—¡Rápido! ¿Qué quieres? Tengo que volver a la cocina.

Leopold, desde el canapé:

—¡Deja la cocina! ¡Ven aquí!, tengo que decirte algo importante. Vale la pena. ¡Anda, ven!

Felice, se le aproxima lentamente, levantando las tiras del delantal:

—¿Qué es esto tan importante? Si vas a tomarme el pelo, me enfado, de verdad. —Se queda de pie frente a él.

Leopold: «Anda, siéntate».

Felice: «¿Y si no quiero?».

Leopold: «Entonces no puedo decírtelo. He de tenerte cerca».

Felice: «Bueno, ya me siento» (Diarios, p. 304)

Esta Felice era como Kafka imaginaba a su futura esposa..., y Leopold S. es Leopold von Sacher-Masoch, alias Gregor Samsa, protagonista de *La metamorfosis*, obra cumbre del masoquismo en la que Kafka conjuga La Venus de las pieles y *Crimen y castigo* para rendir un homenaje a sus maestros Sacher-Masoch y Dostoievski (En el capítulo «El flagelador» asistimos con K. a una escena sadomasoquista en la que un «dominador», ataviado con un «traje de cuero oscuro que dejaba al descubierto el cuello hasta el pecho y los brazos totalmente desnudos», látigo en mano, castiga a los guardianes Franz y Willem, quedando a la imaginación del lector el látex, las cadenas y el sexo...). En esta pieza de la literatura erótica, escrita en la cima de su entusiasmo por Felice y cuando atravesaba el período más intenso y fecundo de su vida literaria, Kafka vive un fantástico matrimonio con su musa que es parodia del contrato de La Venus de las pieles donde el esclavo Gregorio se transforma en un monstruoso insecto —de inspiración dostoievskiana— y Wanda Dunaiev está representada por el retrato de la Dama de las pieles que Gregorio pone en un lindo marco dorado y cuelga enfrente de su cama.

Pero esa orgía ultrasensualista no tiene nada que ver con el matrimonio, en la prosaica y dura realidad, donde la opulenta Venus es una mujer de cuarenta años, que, en vez de un látigo y un abrigo de pieles, lleva un delantal de cocina, cuyas tiras levanta al caminar.



Imagen 6. Gregor Samsa es un cuasi-anagrama de Sacher-Masoch. Fuente: elaboración del autor. <<

[33] Kafka suele variar el orden de las escenas de los capítulos de *Crimen y castigo* con las que construye los capítulos de *El proceso*. El orden de las escenas del primer capítulo de *El proceso* no se corresponde con el orden de las respectivas escenas de *Crimen y castigo*. Kafka no sigue linealmente el texto de Dostoievski, sino en zigzag, pero al final las escenas se sincronizan. Por ejemplo, en *Crimen y castigo* Razumikin primero se come el desayuno y después se lleva la ropa de Raskolnikov; en cambio, en *El proceso* primero se quieren llevar la ropa y después se comen el desayuno. Tomando solo estas dos escenas, podemos hacer el siguiente arreglo:

<i>El proceso:</i>	<i>Crimen y castigo:</i>
1. escena de la ropa	1. escena del desayuno
2. escena del desayuno	2. escena de la ropa

Esta correspondencia entre la escena 1 de *El proceso*, con la 2 de *Crimen y castigo*, la podemos representar por el par ordenado (1,2) y la correspondencia de la 2 con la 1 por el par (2,1). De ahí que el cuadro anterior, lo podemos representar como: {(1,2), (2,1)}.

El problema con la lectura de *El proceso* hasta el presente es que se desconocía la segunda coordenada, y se hacía una lectura lineal de la novela, como si se pudiera seguir a lo largo de una línea recta, cuando en realidad se mueve es a través de un plano, definido por el conjunto de pares ordenados dostokafkianos que, aunque numerosos, fáciles de construir.

Si graficamos los pares ordenados que salen de las correspondencias entre las dos novelas —poco más de treinta en el capítulo uno—, obtenemos la Figura 3 —en la que el eje de las X corresponde a *El proceso* y el de las Y a *Crimen y castigo*—, que nos permite seguir la manera como Kafka recorre la novela de Dostoievski escribiendo el primer capítulo de *El proceso*.

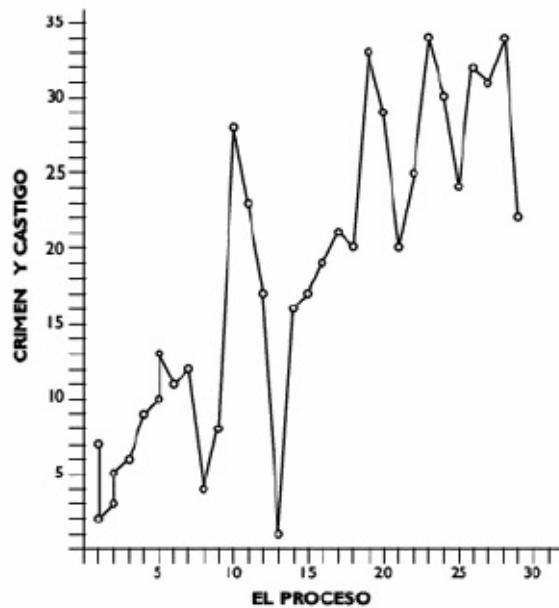


Imagen 7. Recorrido de *Crimen y castigo* en la escritura de «Detención».
Fuente: elaboración del autor.

No.	II	IV	RADIOGRAFÍA
1	(3,II,p.75)		[3,II]
3	(3,II,p.80)		[5,IV]
5	(3,II,p.75)		
6	(3,II,p.152)		
7	(3,II,p.81)		
8	(3,II,p.78)		
9	(3,II,p.75)		
10	(3,II,p.77)		
11	(3,II,p.77)		
12	(3,II,p.77)		
13	(3,II,p.77)		
14		(5,IV,p.418)	
15	(3,II,p.81)		
16	(3,II,p.82)		
17	(3,II,p.83)		
20		(5,IV,221)	
21		(5,IV,408)	
22		(5,IV,p.212)	
23		(5,IV,p.212)	
24		(5,IV,p.214)	
26		(5,IV,p.223)	
27		(5,IV,p.211)	
28		(5,IV,p.214)	
29		(5,IV,p.224)	

Tabla 5. Notas capítulo 1. <<

[34] Sonia Marmeladova también recibía sus visitas en la cama: De pronto (Raskolnikov) palideció, levantóse de su silla, con los ojos puestos en Sonia, y sin proferir una sola palabra se sentó en la cama... Sonia acercóse lentamente, sentándose a su lado en el lecho, y esperó sin apartar su mirada de él. Su corazón latía como si fuera a estallar (4, V, p. 259). <<

[35] [Raskolnikov en sueños regresa al lugar del crimen]: «¡Ah! El departamento está abierto» (6, III, p. 175). <<

[36] La antecámara estaba oscura y desierta... penetró en la sala, bañada con viva luz por la claridad de la luna... (6, III, p. 175). <<

[37] ... todo estaba dispuesto como antes: las sillas, el espejo, el diván amarillo y los cuadros (*6, III, p. 175*). <<

[38] [...] en el rincón entre el armario y la ventana, vio algo como un abrigo de mujer que pendía de la pared. «¿Por qué está ahí ese abrigo? —pensó—. Antes no estaba». Aproximándose con precaución adivinó que alguien debía ocultarse allí detrás. Apartando lentamente el abrigo, vio que había una silla...; en ella estaba sentada la vieja, acurrucada sobre sí misma y con la cabeza muy inclinada, en forma tal que no era posible ver su rostro; ¡sin embargo, era ella! (6, III, p. 175).

[La blusa blanca no solo representaba a Felice, sino que la ocultaba; según la lógica del sueño, Felice estaba en el tribunal de la pensión de cuerpo presente, escondida tras la blusa blanca. Otra conclusión es que las mujeres viven en la misma habitación —el lugar del crimen—: Alena y Fräulein Bürstner son dobles, las víctimas de Raskolnikov y Josef K.] <<

[39] Según la señora Grubach, la señorita Bürstner es una callejera, opinión que comparte Kafka al hacer de Sonia la prostituta su contraparte de *Crimen y castigo*. Además, Sonia es obligada a salir de la pensión donde vivía con su familia en razón de su oficio, que es lo que pretende la señora Grubach con la señorita Bürstner. <<

[40] Estos pensamientos son uno de los tantos chistes que Kafka hace en *El proceso* al entremezclar los textos de las dos novelas, pues estas no son otras que las palabras de Raskolnikov a Sonia pidiéndole que partieran los dos juntos: «*Partiremos juntos... He venido a buscarte. ¡Tú y yo estamos malditos; partiremos, pues, los dos juntos!*». (4, IV, p. 395) Pero la idea de pedirle a Fräulein Bürstner que abandonen juntos la pensión, le pareció a K. una exageración, un verdadero despropósito, pues era comparar su «crimen» con el de Raskolnikov, pues, al fin y al cabo, él no había asesinado a la «vieja», solo la había abandonado. <<

[⁴¹] [El encuentro de K. y la señorita Bürstner es una parodia de los dos primeros encuentros de Raskolnikov y Sonia]:

—He venido tarde..., son las once lo menos... —dijo Raskolnikov sin mirarla.

—Sí —murmuró Sonia—; son las once, es cierto —añadió con repentino apresuramiento, como si eso fuera un medio de salir de la situación—. Hace poco dieron las once en el reloj del encargado...; yo oí. (4, IV, p. 200). <<

[42] Raskolnikov se encaminó hacia el lado del canal, donde quedaba el domicilio de Sonia. Era un edificio de tres pisos, pintado de verde. Logró hallar al portero, no sin trabajo, y obtuvo de él vagas indicaciones acerca del departamento ocupado por el sastre Kapernaumov, y comenzó a subir por la escalera angosta y sombría que desembocaba en un rincón del patio. Llegado al segundo piso, tomó por un pasillo que contorneaba el patio, preguntándose con perplejidad cuál sería el departamento del sastre. De pronto abrióse una puerta a dos pasos de él, y con gesto maquinal se asió a la hoja (*4, IV, p. 199*).

<<

[43] —¿Quién es? —preguntó una alarmada voz femenina (*4, IV, p. 199*). <<

[44] —Soy yo...., ¡vengo a verla! —respondió Raskolnikov, y entró en una minúscula antesala. Sobre una silla desfondada ardía una vela colocada en un estropeado candelero de cobre (4, IV, p. 199). <<

[45] —¿Es usted? ¡Dios mío! —exclamó débilmente Sonia, permaneciendo como clavada en su sitio (4, IV, p. 199). <<

[46] Al levantar la vista [Raskolnikov], notó que estaba sentado y que Sonia permanecía de pie frente a él.

—¿Por qué no se sienta? Hágame el favor... —dijo con tono dulce y suave (4, IV, p. 200). <<

[47] Sonia le pide a Raskolnikov que sea más directo: «Háblame con franqueza, sin ejemplos» (4. V, p. 501). <<

[48] —¡Cállese! ¡No se ría, blasfemo! No comprende nada de nada (*4, V, p. 264*). <<

[49] —No, Sonia, no me río. Sé muy bien que es el demonio el que me ha arrastrado (4, V, p. 264) <<

[50] En ese momento alguien dio tres golpecitos en la puerta... (4, V, p. 267)

<<

[51] Presa de agitación y temor, Sonia fue hacia la puerta y abrió (4, V, p. 267).

<<

[52] —Nada, Sonia, no te asustes... (4, V, p. 259). <<

[53] —Detrás de la puerta de la derecha, la que daba al departamento contiguo, ocupado por Gertrudis Karlovna Resslich, se encontraba una pieza vacía desde tiempo atrás que la nombrada deseaba alquilar, como lo testimoniaban el cartel colocado en la puerta cochera de la casa y los papeles pegados en los vidrios de las ventanas que daban al canal. Sonia sabía que esa habitación estaba desalquilada (4, IV, p. 210). <<

[54] ¡Oh Dios mío! ¡Qué miserable soy! (4, V, p. 260). <<

[55] Sin embargo, Svidrigailov había permanecido escuchando junto a la puerta durante todo ese tiempo. A la partida de Raskolnikov, volvió en puntas de pie a su propio cuarto, inmediato a la pieza deshabitada, tomó una silla y llevóla junto a la puerta que comunicaba con el cuarto de Sonia, sin hacer el menor ruido. La conversación le pareció interesante y digna de ser recordada; había experimentado vivo placer, y aquella silla era para poder instalarse con toda comodidad en la primera ocasión que se presentara, al día siguiente, por ejemplo, con el fin de que el placer fuera esa vez completo desde todo punto de vista (4, IV, p. 210).

No.	III	IV	V	RADIOGRAFÍA
1			(4,V,p.259)	[6,III]
2	(6,III,p.175)			[4,IV]
3	(6,III,p.175)			[4,V]
4	(6,III,p.175)			
5	(6,III,p.175)			
7		(4,IV,p.395)		
8		(4,IV,p.200)		
9		(4,IV,p.199)		
10		(4,IV,p.199)		
11		(4,IV,p.199)		
12		(4,IV,p.199)		
13		(4,IV,p.200)		
14			(4,V,p.501)	
15			(4,V,p.264)	
16			(4,V,p.264)	
17			(4,V,p.267)	
18			(4,V,p.267)	
19			(4,V,p.259)	
20		(4,IV,p.210)		
21			(4,V,p.260)	
22		(4,IV,p.210)		
23		(4,IV,p.203)		

Tabla 6. Notas capítulo 2. <<

[56] Hubo un prolongado silencio. Raskolnikov recorría la habitación de uno a otro extremo sin mirar a la joven. Por último, acercóse a ella con los ojos llameantes y la tomó por los hombros, mirando con extraña fijeza su rostro desolado. Su mirada era dura, inflamada, vidriosa; sus labios se estremecían espasmódicamente. De pronto, con un gesto rápido, prosternóse y la besó en los pies. Sonia retrocedió como lo hubiera hecho ante un demente. En efecto, Raskolnikov tenía toda la apariencia de un insano.

—¿Qué hace, qué hace usted? ¡A mí! —balbuceó palideciendo, en tanto que sentía oprimírselle el corazón. El joven se incorporó en seguida (4, IV, p. 203-204) <<

[57] Deseo entrevistarme con su hermana por intermedio suyo, en su presencia si lo cree necesario, para expresarle de viva voz que no solo no debe esperar la menor ventaja de ese enlace, sino que, por lo contrario, le acarreará los mayores disgustos. A renglón seguido, pidiéndole que me perdonara los sinsabores que le he ocasionado, le solicitaría permiso para ofrecerle diez mil rublos, con el fin de facilitar de este modo la ruptura con el señor Lujin, ruptura que aceptaría de buen grado, estoy seguro, si entreviera la posibilidad de efectuarla sin desmedro para sus intereses y los de los suyos (*1, IV, p. 184*).

<<

[58] De cualquier modo, le agradeceré quiera poner esta conversación en conocimiento de Abdoccia Romanovna.

—No, no le diré nada.

—En tal caso, Rodión Romanovich, me veré obligado a tratar de obtener una entrevista con ella, lo que, como es natural, no dejará de inquietarla.

—Y si le comunico nuestra conversación, ¿no tratará de verla en persona?

—En verdad, no sé qué decirle. Desearía hablar con ella siquiera una vez más.

—No lo espere.

—Tanto peor. Pero tiempo al tiempo. Usted no me conoce. (...)

—No obstante, me complacería muchísimo ver antes a Abdoccia Romanovna; le ruego no lo olvide (*1, IV, p. 185*). <<

[59] [Con el paso arrastrado de la señorita Montag, introduce Kafka en la novela la historia de la cena fúnebre que se inicia con la llegada del cementerio de los duelos a la pensión]: Ya deben haber regresado del cementerio... Me parece oír rumor de pasos. Quisiera conversar con ella un momento (1, V, p. 235). <<

[60] —Desearía que me dijera —dijo Lujin al cabo de unos instantes, con aire de desdeñosa superioridad— si le es posible o, mejor dicho, si sus relaciones con la joven a que nos referíamos le permiten solicitarle que venga aquí ahora mismo, a esta habitación (1, V, p. 235).

[Kafka se muestra implacable con Grete Bloch al caracterizar a la señorita Montag, su doble en la novela, como Gertrud Resslich, una mujer de pasado tenebroso, alemana y aliada de Svidrigailov —el capitán Lanz—, que Kafka adorna además con la cojera del sastre Kapernumov, en recuerdo de un defecto físico de la propia Grete. El apellido Montag se le ocurrió a Kafka porque Grete nació un día lunes, en alemán «Montag».] <<

[61] La señora Lippewechsel, en ausencia de Catalina Ivanovna, que se encontraba entonces en el cementerio tomó a su cargo la tarea de poner la mesa. Por ella se enteró Pedro Petrovich de que se trataba de una comida de gran solemnidad, a la que estaban invitados casi todos los inquilinos de la casa, aun algunos que no habían conocido al extinto (1, V, p. 229). <<

[62] —Jamás hubiera creído que, reducida a tal miseria, esa estúpida gastara en una comida todo el dinero que recibió de ese otro imbécil... Raskolnikov. Me extrañó mucho, hace un rato, ver esos preparativos: hay hasta vinos... Han invitado a muchas personas..., el diablo sabe por qué... —continuó Pedro Petrovich, que parecía haber iniciado aquella conversación con alguna finalidad determinada (1, V, p. 231). <<

[63] Sonia paseó una mirada a su alrededor, deteniéndose escasos segundos en Lebeziatnikov y en el dinero colocado sobre la mesa, y por último miró a Pedro Petrovich. A partir de ese instante su mirada no se apartó del rostro de este, como si algo inexplicable le impidiera desviarla [...]. Sonia se apresuró a sentarse. Los billetes de banco multicolores que estaban sobre la mesa se ofrecieron de nuevo a su vista, pero levantó los ojos, fijándolos en Pedro Petrovich: le parecía una terrible incorrección mirar el dinero de otro, sobre todo tratándose de una persona como ella [...]. Contempló los lentes de armazón de oro que Lujin tenía en la mano izquierda y el anillo de oro macizo con una piedra amarilla que brillaba en el dedo mayor de la misma mano, pero de pronto desvió su mirada y, no sabiendo dónde posarla, la clavó en el rostro de su interlocutor (1, V, p. 236). <<

[64] —Creo no equivocarme al suponer que, si me presentara a ella solo, sin recomendación alguna, se negaría a recibirmé, dado que está prevenida contra mí, mientras que con su apoyo sería distinto...

—No base sus cálculos en un apoyo que no me siento dispuesto a prestarle — interrumpió Raskolnikov (*1, IV, p. 177*). (8). <<

[65] Svidrigailov y el capitán Lanz se parecen físicamente: son de una estatura mayor que la normal, con la piel de quien vive al aire libre, de maneras desenvueltas, y si bien Svidrigailov tiene cincuenta años, aparenta muchos menos, como cuarenta, que era la edad del capitán Lanz. El rango de capitán le viene a Lanz por el hecho de que Svidrigilov sirvió dos años en la caballería. <<

[66] Durante toda esta escena Andrés Semionovich, deseoso de no ir la conversación, había permanecido cerca de la ventana, dando de cuando en cuando breves paseos. Al retirarse Sonia, aproximóse a Pedro Petrovich y le tendió la diestra con ademán solemne:

—He visto y oído todo —dijo pronunciando con énfasis la última palabra— (1, V, p. 238).

No.	IV	V	RADIOGRAFÍA
1	(1,IV,p.184)		[1,IV]
2	(1,IV,p.185)		[1,V]
3		(1,V,p.235)	
4		(1,V,p.235)	
5		(1,V,p.229)	
6		(1,V,p.231)	
7		(1,V,p.236)	
8	(1,IV,p.177)		
10		(1,V,p.238)	

Tabla 7. Notas capítulo 3. <<

[67] —Se trata de una citación —dijo el hombre.

—¿Una citación? ¿De quién?

—De la policía. Lo citan en la comisaría.

—¿En la comisaría? ¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Vaya y lo sabrá (*1, II, p. 59*). <<

[68] —Si me interrogan, tal vez lo confiese todo —dijo entre dientes al aproximarse a la comisaría, que se encontraba a un cuarto de versta de su domicilio. Hacía poco que la habían trasladado al tercer piso de un edificio nuevo. Raskolnikov estuvo ya en una ocasión en el antiguo local con anterioridad, para una gestión relacionada con sus estudios (*1, II, p. 60*). <<

[69] Raskolnikov también quería acabar de una vez con el proceso:

—¡Señor, haz que esto termine lo más pronto posible! Iba a hincarse para orar, pero no lo hizo.

—¡Cuanto antes termine, mejor! (*1, II, p. 60*).

—Entraré, me pondré de rodillas y confesaré todo... —pensaba mientras subía hasta el tercer piso (*1, II, p. 60*). <<

[70] Sin poder evitar un estremecimiento, abrió el papel, y después de concentrar su atención comprendió de qué se trataba. Era una citación ordinaria de la comisaría policial del barrio. Se le comunicaba que debía presentarse ese mismo día a las nueve y media (1, II, p. 60). <<

[71] [Raskolnikov] Varias veces hizo esfuerzos para abandonar el diván, tratando de levantarse, pero no pudo. <<

[⁷²] [Raskolnikov también se fue sin desayunar]:

—¿Quieres té? Si quieres, te traigo un poco que ha sobrado...

—No, yo mismo bajaré en seguida —murmuró el joven poniéndose de pie (*1, II, p. 59*). <<

[73] La acción de *Crimen y castigo* transcurre en los alrededores de la Plaza del Heno, un sector de inquilinatos habitados por gente pobre, prostíbulos de mala muerte y bares. <<

[⁷⁴] [Raskolnikov, que conocía la vieja Comisaría, pero no la nueva donde lo habían citado, al buscarla tuvo más suerte]: Al franquear la puerta cochera vio a mano derecha una escalera por la cual descendía un individuo con un libro en la mano. «Debe ser un portero; por lo tanto, las oficinas están de este lado» (*I, II, p. 60*). <<

[75] Como no quería preguntar nada a nadie, comenzó a subir (1, II, p. 60). Raskolnikov empezó a subir, al azar. *Bruguera* (p. 112) [A K. se le ocurrió lo de «carpintero» porque las oficinas del Tribunal se encuentran en el desván del quinto piso —la buhardilla de Raskolnikov—, situada en la Stoliarny Perelouk o calle de los carpinteros.] <<

[76] [El edificio del tribunal es un montaje de varios planos (locaciones) de *Crimen y castigo*. Aquí Kafka hace un corte y pasa de la enorme casa de proporciones colosales donde vivía la vieja Aliona, al edificio donde funcionaba la comisaría]: la escalera era estrecha, empinada, y ya estaba sucia y llena de agua. Las cocinas de todos los departamentos daban a ella, permaneciendo abiertas casi todo el día y despidiendo olores nauseabundos. Subían y bajaban empleados con libros y papeles, y numerosas personas de ambos性es que iban allí para evacuar asuntos de toda índole (1, II, p. 61).

<<

[⁷⁷] [A Raskolnikov] Una gran impaciencia le impulsaba a seguir adelante (*I, II, p. 61*). <<

[⁷⁸] [Al entrar Raskolnikov a la oficina]: Nadie reparaba en él (*I, II, p. 61*). <<

[79] Después de esperar un rato, Raskolnikov juzgó oportuno pasar a la otra habitación. Todas las piezas eran pequeñas y bajas (*1, II, p. 61*). <<

[80] Allí también el calor era sofocante, y la pintura, todavía fresca, exhalaba un repugnante olor (*1, II, p. 61*). <<

[81] [En este capítulo se alternan las escenas salidas de la ida de Raskolnikov a la comisaría con las de la cena fúnebre, que van aumentando hacia el final]: Ni una ni otra vestían de luto, por carecer de ropas negras: Sonia llevaba un vestidito castaño oscuro, y Catalina Ivanovna un vestido estampado, también oscuro, el único que poseía (2, V, p. 243). <<

[82] —¿A qué hora lo habíamos citado, caballerito? —interrogó el ayudante del comisario, que se exaltaba cada vez más sin razón plausible—. ¡Le indicamos que viniera a las nueve y son más de las diez! (1, II, p. 62). <<

[83] —Hace solamente un cuarto de hora que me entregaron este papel — replicó Raskolnikov alzando la voz y adoptando una actitud desdeñosa. También él sentía súbita cólera, inesperada para sí mismo, que le causaba un acre placer. (1, II, p. 62) —Demasiado he hecho con venir; estoy enfermo..., tengo fiebre... (1, II, p. 62). <<

[84] [En la cena fúnebre, a Catalina, la viuda] De pronto su risa convirtióse en una tos intolerable que duró cinco minutos (2, V, p. 243). <<

[85] En ese momento se abrió la puerta que daba al departamento, y apareció Pedro Petrovich. De pie en el umbral, paseó por toda la asamblea una mirada inquisidora y severa (2, V, p. 247). <<

[86] Otra circunstancia desagradable contribuyó en parte a acrecentar el malhumor y la mortificación de Catalina Ivanovna: de todos los inquilinos invitados a las exequias, casi ninguno acompañó los despojos mortales de Marmeladov hasta el cementerio, con excepción del polaco; por el contrario, cuando se trató de sentarse a la mesa, los más pobres e insignificantes no dejaron de hacerse presentes, algunos con ropas rotas, que clamaban agua y jabón en abundancia. Los vecinos más serios, los que podían considerarse de condición un tanto superior, parecían haberse confabulado para no asistir (2, V, p. 241). Le rogué que invitara en mi nombre a las personas distinguidas, y en especial a los que conocían al difunto, y vea lo que ha hecho: ¡qué colección de desharapados y de pobretones! Observe a ese individuo; ni siquiera se ha lavado las manos... ¡Qué asco! ¿Y esos inmundos polacos? ¡Ja, ja, ja! ¡Ji, ji, ji! Nadie los ha visto jamás en esta casa, y ni si quiera sé quiénes son. ¿Por qué vinieron? ¡Mire qué serios están! ¡Eh! (2, V, p. 242). <<

[87] [También Pedro Petrovitch expresó sus sentimientos de piedad]: Por piedad, por compasión, estoy dispuesto a perdonar aún, a pesar de las injurias personales que me han sido dirigidas (3, V, p. 251). <<

[88] [Catalina] Arrancó el billete de las manos de Sonia, lo estrujó entre sus dedos y lo arrojó a la cara de Pedro Petrovich. La bolita de papel alcanzó en un ojo a Lujin y rodó por el suelo. Amelia Ivanovna se precipitó para levantarla (3, V, p. 250). <<

[89] Pedro Petrovich se inclinó, levantó el papel con dos dedos y lo desplegó a la vista de todos. Era un billete de cien rublos cuidadosamente doblado. Lujin alzó la mano y lo mostró a todos los circunstantes (3, V, p. 251). <<

[90] En estos o parecidos términos habló Raskolnikov, interrumpido con frecuencia por las exclamaciones del público, que lo había escuchado con suma atención. No obstante las interrupciones, habíase expresado en un tono neto, calmo, con una precisión y una claridad imperturbable. Su voz vibrante, su acento firme y su rostro severo llevaron el convencimiento al ánimo de todo el auditorio (3, V, p. 255). <<

[91] Si no estuviera seguro de lo que afirmo, me guardaría muy bien de arriesgarme a formular una acusación directa contra usted en público; mi experiencia es mucha, y si esta acusación fuese falsa, tendría que responder de ella, no lo ignoro... (3, V, p. 249). <<

[92] [En esta escena aparece el tema de la ruptura del matrimonio en el texto oculto de *Crimen y castigo*]: Ruego a ustedes me escuchen; este señor — designó a Lujin— solicitó hace poco la mano de una joven, mi hermana, Abdocia Romanovna Raskolnikov. Llegó anteayer a San Petersburgo, y en nuestro primer encuentro tuvimos un altercado al que puse término despidiéndolo sin miramientos en presencia de dos testigos. Este hombre es perverso (3, V, p. 254). [...] En seguida envió una carta a mi madre, expresándole que yo había entregado todo mi dinero, no a Catalina Ivanovna, sino a Sonia Semionovna, sirviéndose de expresiones innobles para calificar a esta joven y dando a entender que mis relaciones con ella eran de carácter íntimo e inconfesable. Todo esto con la intención de indisponerme con mi familia, insinuando que despilfarraba de manera vergonzosa hasta el último kopeck de que mi madre y mi hermana se privan para subvenir a mis necesidades (3, V, p. 254). <<

[93] [Esta parte sale de la cena fúnebre]: Amelia Ivanovna, enloquecida de rabia, asestó un puñetazo sobre la mesa... (2, V, p. 247). <<

[94] Se hizo un silencio absoluto. Hasta los niños cesaron de llorar (*3, V, p. 248*). <<

[95] Lebeziatnikov guardó silencio. Estaba extenuado, y gruesas gotas de sudor rodaban por su frente... semejante esfuerzo oratorio lo dejó agotado. No obstante, su intervención produjo un efecto extraordinario. Había hablado con tanta sinceridad, con tanto convencimiento, que el auditorio no puso en duda sus palabras; era evidente que todos lo creían (3, V, p. 253). <<

[96] —¿Quiere más asado? ¿Le sirvieron Oporto? —El viejo no respondió, por no oír lo que se le preguntaba, aunque sus vecinos, para mofarse de él, le repetían a gritos las frases de Catalina Ivanovna. Miraba a todos con la boca abierta, lo que desencadenó general hilaridad (2, V, p. 244). <<

[97] —Permítanme, señores; no me rodeen de esta manera —dijo Lujine mientras trataba de abrirse paso a través del cerco—, y absténganse de injuriarme y amenazarme. Les aseguro que es inútil; con esto no adelantarán nada. No soy una criatura, y si recurren a la violencia para encubrir un delito tendrán que responder ante la justicia. El robo está más que probado, y haré la denuncia son ciegos ni borrachos, y no creerán las patrañas que puedan decir dos manifiestos impíos revolucionarios y librepensadores, que me acusan con fines de venganza personal, como ellos mismos acaban de reconocer... ¡Vamos! ¡Apártense! (3, V, p. 255).

No.	II	V	V	RADIOGRAFÍA
1	(1,II,p.59)			[1,II]
2	(1,II,p.60)			[2,V]
3	(1,II,p.60)			[3,V]
4	(1,II,p.60)			
5	(1,II,p.59)			
6	(1,II,p.59)			
8	(1,II,p.60)			
9	(1,II,p.60)			
10	(1,II,p.61)			
11	(1,II,p.61)			
12	(1,II,p.61)			
13	(1,II,p.61)			
14	(1,II,p.61)			
15		(2,V,p.243)		
16	(1,II,p.62)			
17	(1,II,p.62)			
18		(2,V,p.243)		
19		(2,V,p.247)		
20		(2,V,p.241)		
21			(3,V,p.251)	
22			(3,V,p.250)	
23			(3,V,p.251)	
24			(3,V,p.255)	
25			(3,V,p.249)	
26			(3,V,p.254)	
27		(2,V,p.247)		
28			(3,V,p.248)	
29			(3,V,p.253)	
30		(2,V,p.244)		
31			(3,V,p.255)	
32			(3,V,p.255)	
33		(2,V,p.240)		
34			(3,V,p.257)	

Tabla 8. Notas capítulo 4. <<

[98] La cara más estúpida era la de Amelia Ivanovna, que con la boca abierta parecía no comprender; solo veía que Pedro Petrovich estaba colocado en una situación nada agradable. Raskolnikov intentó hablar de nuevo, pero no logró terminar: todos los presentes, agrupados en derredor de Lujin, gritaban y amenazaban a la vez. Al ver que la partida estaba perdida, éste optó por recurrir al descaro (3, V, p. 255). <<

[99] [En la cena fúnebre]: Los vinos no eran muy numerosos ni de marcas muy variadas; no había madera, como asegurara Pedro Petrovich. No obstante, había vino, aguardiente, ron y algunas botellas de Oporto, de calidad inferior, pero en cantidad suficiente (2, V, p. 240) <<

[100] [En la cena fúnebre, tras la precipitada salida de Lujine]: Los inquilinos comentaban el suceso en diversos sentidos; unos discutían, otros entonaban canciones (3, V, p. 257) <<

[101] [Josef K. hace todo lo que Porfirio le advirtió a Raskolnikov que hacen los culpables]: —*Él mismo se encargará de adelantarse a los acontecimientos; comenzará a mezclarse en lo que no le incumbe, a charlar sin reparo acerca de lo que haría mejor en callar, se aventura a formular hipótesis* (5, IV, p. 217). <<

[102] —A determinados individuos no vacilaría en detenerlos; a otros, que difieren de los primeros por su carácter y sus condiciones, ¿por qué no dejarlos un tiempo en libertad? Veo que no me comprende del todo; voy a expresarme con mayor claridad. Si detengo a un presunto culpable cuya mentalidad está por sobre el nivel común, le proporciono con este simple hecho una especie de ayuda moral. ¡Je, je! ¿Le hace gracia, no es verdad? (5, IV, p. 214). <<

[103] —En el tribunal saben que Josef K. está viviendo las «aventuras» de Raskolnikov en la comisaría y saben que de un momento a otro se va a desmayar. <<

[104] —¿No puede escribir? La pluma se le cae de la mano... —observó el secretario mirando a Raskolnikov con curiosidad—. ¿Está enfermo?

—Sí, la cabeza me da vueltas... Continúe... (1, II, p. 66). <<

[105] [Dice Porfirio]:

—Admitamos que existe una enfermedad, que otras veces ocurra que el ambiente sofocante de una habitación provoca un desmayo en una persona débil; pero de cualquier manera..., ¡de cualquier manera ha suministrado un indicio! Ha llevado todo el asunto con incomparable habilidad, pero no ha contado con la naturaleza. Todo su maquiavelismo se derrumba (*5, IV, p. 217*). <<

[106] Raskolnikov tomó su sombrero, dirigiéndose a la puerta, pero no pudo llegar hasta ella... (*1, II, p. 67*). <<

[107] [los bigotes del ayudante del comisario se convierten en las puntas del chaleco]: [...] usaba gran bigote rojizo que sobresalía horizontalmente de cada lado de la cara; sus rasgos eran finos, pero carecían de expresión, denotando tan solo cierta arrogancia (*I, II, p. 62*). <<

[108] Cuando recuperó el conocimiento encontró sentado en una silla; alguien lo sostenía por la derecha, y a su izquierda otra persona le ofrecía un vaso de agua; Nicomedes Fomich, de pie frente a él, lo miraba con fijeza. Raskolnikov se levantó.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo? —preguntó con sequedad Nicomedes Fomich.

—Mientras escribía la declaración apenas podía sostener la pluma —observó el secretario, volviendo a sentarse para continuar con su trabajo (1, II, p. 66).
<<

[109] [El hombre elegante]: El secretario atraía toda su atención y procuraba descifrar su carácter por sus rasgos fisonómicos, encontrando en ello una especie de amargo placer. Era un joven de unos veintidós años, a pesar de que su rostro curtido y movedizo aparentaba mayor edad. Vestía con elegancia, y sus cabellos estaban separados en el medio por una raya sumamente derecha que le llegaba hasta la nuca; en los dedos de sus manos blancas y cuidadas ostentaba varias sortijas, y una gruesa cadena de oro cruzaba su chaleco. Raskolnikov observó que cambiaba unas palabras en francés con un extranjero que se encontraba allí, y que lo hacía con bastante perfección (I, II, p. 61). <<

[110] Eran tan miserables sus ropas que otro cualquiera, a pesar de la costumbre, habría tenido reparos en salir de día con aquellos andrajos (1, I, p. 2) En la segunda habitación [de la comisaría] trabajaban varios amanuenses, poco mejor vestidos que él, cuyo aspecto tenía algo de extraño (1, II, p. 61).

<<

[111] —Probablemente usted se habrá sentido molesto y no habrá podido contenerse, pero le aseguro que se ha equivocado con respecto a él; es el mejor de los hombres, aunque su carácter es demasiado vivo. Se enciende, estalla, y luego todo pasa como por encanto. Queda solo un corazón de oro. En el regimiento le llamábamos «el teniente Pólvora». (1, II, p. 65). <<

[112] El secretario miraba sonriendo con superioridad y con una especie de indulgente piedad a aquel novicio al que se iniciaba en el complicado mecanismo de la justicia, y parecía decir: «*¿Qué tal, muchacho, cómo te sientes ahora? ¿Somos o no somos importantes?*» (1, II, p. 63). <<

[113] [la tempestad]: —*¡Siempre los rayos, truenos y relámpagos, la tromba y el huracán!* —dijo con voz suave y amistosa Nicomedes Fomich dirigiéndose a su ayudante— (1, II, p. 64). <<

[114] Ya en la calle, recuperó por completo el dominio de sí mismo (*I, II*, p. 68). <<

[115]

No.	II	IV	RADIOGRAFÍA
1		(5,IV,p.217)	[1,II]
2		(5,IV,p.214)	[5,IV]
3	(1,II,p.66)		
4		(5,IV,p.217)	
5	(1,II,p.67)		
6	(1,II,p.62)		
7	(1,II,p.66)		
8	(1,II,p.61)		
9	(1,II,p.61)		
10	(1,II,p.65)		
11	(1,II,p.63)		
12	(1,II,p.64)		
13	(1,II,p.68)		

Tabla 9. Notas capítulo 5 <<

[116] [El cuarto trastero donde azotan a los guardianes es un montaje de dos espacios: el lote abandonado con escombros donde Raskolnikov esconde los objetos robados a la anciana y la habitación de Razumikhin]: No le fue preciso llegar hasta las Islas; al desembocar en la plaza donde terminaba la avenida V..., vio a su izquierda un terreno desocupado, en medio de dos grandes edificios, cerrado por una valla de tablas que dejaba solo una pequeña entrada junto al portón de la casa de la derecha; en el interior veíanse toda clase de materiales abandonados; más lejos, en el fondo, había un cobertizo de ladrillos medio derruido que probablemente formaba parte de algún taller vecino. Desde la entrada el suelo estaba cubierto de polvo de carbón (2, II, p. 69). <<

[117] [Del cuarto de Razumikhin sale el tintero, el papel, los impresos inútiles]: Veamos: ¿quieres traducir la segunda hoja de *Es la mujer una criatura humana?* Si te conviene, toma pluma, papel, todo por cuenta del librero, y acepta tres rublos (2, II, p. 72). <<

[118] En el puente Nicolás volvió a recuperar una vez más plena conciencia de sus actos a consecuencia de un desagradable incidente. Un cochero que conducía un vehículo particular le aplicó un violento latigazo porque estuvo a punto de dejarse atropellar por los caballos, a pesar de que el auriga había dado repetidos gritos para llamar su atención. Aquel latigazo lo exasperó de tal manera que se plantó de un salto en la mitad del puente, por donde pasaban los vehículos, rechinando los dientes de furor, mientras en torno suyo se oían risas y exclamaciones (2, II, p. 72). El dolor se apaciguó, olvidando Raskolnikov el latigazo que acababa de recibir; un pensamiento, una vaga inquietud, apoderóse de él (2, II, p. 73). <<

[119] [Raskolnikov también se desnudó]: En qué forma y por qué camino llegó, no habría sabido decirlo. Después de desnudarse temblando como un azogado, tendióse sobre el diván y, envolviéndose con el abrigo, poco tardó en quedar sumido en profundo sueño (2, II, p. 73). <<

[120] [Pesadilla de Raskolnikov con el que Kafka construye el capítulo. Todos estos elementos: el espacio, el látigo, la tortura salen del mismo capítulo de «*Crimen y castigo*» (2, II): Un fuerte alarido le despertó; la oscuridad era completa. Al alarido siguió un estruendo infernal, rugidos, sollozos, rechinazos de dientes, golpes y maldiciones. Jamás hubiera podido imaginar parecido salvajismo y ferocidad tan inaudita. Presa del espanto, incorporóse a medias; sintió que su corazón se detenía y que esa tortura aumentaba de segundo en segundo (2, II, p. 73) Los golpes, los sollozos y las invectivas hacíanse cada vez más fuertes. Con gran estupor reconoció de pronto la voz de su patrona; chillaba, gemía e imploraba con voz desgarradora, entrecortada y tan rápida que no le era posible descifrar lo que decía; probablemente suplicaba que cesaran de maltratarla, pues la molían a golpes en la escalera. La voz de quien la golpeaba estaba tan cargada de ira que se transformaba en una especie de sonido ronco; el brutal personaje vociferaba, asimismo, frases ininteligibles (2, II, p. 73). <<

[121] Los vecinos de todos los pisos se agolpaban en las escaleras, y se sentían exclamaciones y excitados comentarios; otros bajaban o subían, abrían y cerraban las puertas... (2, II, p. 74). <<

[122] La puerta de su habitación cerróse con estrépito... (2, II, p. 74). <<

[123] Poco a poco aquél infernal griterío fue decreciendo... La patrona gemía y suspiraba. Ilia Petrovich continuaba amenazándola y cubriéndola de invectivas. Por fin dejó de oírse... (2, II, p. 74). <<

[124] «¡Señor!», es el aterrorizado grito de Raskolnikov que repiten los guardianes como un eco (2, II, p. 74).

No.	II	RADIOGRAFÍA
1	(2,II,p.69)	[2,II]
2	(2,II,p.72)	
3	(2,II,p.72)	
4	(2,II,p.73)	
5	(2,II,p.73)	
6	(2,II,p.74)	
7	(2,II,p.74)	
8	(2,II,p.74)	
9	(2,II,p.74)	

Tabla 10. Notas capítulo 6. <<

[125] —¡Espera, espera! —rugió con redoblada furia al ver que Raskolnikov hacía de nuevo ademán de irse—. Escucha hasta el fin. Ya sabes que esta noche se reúnen en casa unos amigos: tal vez ya hayan llegado, pero los recibirá mi tío. Si tú no fueras un imbécil, un imbécil incorregible, rematado, una traducción de algún idioma extranjero... Oye, Rodia, reconozco que eres inteligente, lo que no te impide ser un estúpido... Si no fueras un imbécil, harías mejor en venir mi casa en lugar de andar vagando por las calles sin objeto alguno. Ya que has salido, no tienes por qué volver a tu cuchitril. Te traeré un buen sofá, bien muelle, los dueños de casa tienen uno... Vendrás, ¿no? (6, II, p. 107). <<

[126] —Oye, Razumikhin —comenzó con suavidad Raskolnikov, en apariencia tranquilo por completo—, ¿no ves que no aprecio en lo más mínimo tus servicios? ¿Qué manía tienes de hacer bien a quien se le importa un comino de lo que puedas hacer por él? ¿No ves que me molestan?... ¿Qué derecho tiene para fiscalizar mis actos a la fuerza?... Soy un ingrato, lo acepto. Soy un grosero, pero por lo menos déjame tranquilo. Por el amor de Dios, ¡déjame! ¡Déjame! (6, II, p. 106). <<

[127] —No iré, Razumikhin—. Raskolnikov dio media vuelta y alejóse. —Apuesto a que vendrás —le gritó Razumikhin—. Si no vienes, si no..., ¡te juro que no vuelvo a mirarte más a la cara! (6, II, p. 107). <<

[128] —Significa que todos ustedes me hastían y que quiero estar solo — respondió con calma Raskólnikov (6, II, p. 106). <<

[129] —¡Dejarte! ¿Te atreves a decir «déjame pasar» después de lo que acabas de hacer? ¡Bien! ¿Sabes lo que voy a hacer contigo, sin perder un minuto? ¡Te voy a atar como un paquete y te voy a llevar al hombro a tu casa para encerrarte con llave! (6, II, p. 106). <<

[130] —A propósito: la casa Pochinkov queda a dos pasos de aquí; no dejaré de ir a lo de Razumikhin; iría, aunque tuviese que caminar mucho más. ¡Que gane su apuesta! ¡Que se burle de mí, poco importa! La fuerza, la fuerza es necesaria; sin ella a nada se llega; ahora bien, la fuerza se adquiere por medio de la voluntad y el esfuerzo personal; esto es algo que ellos ignoran, agregó con orgullo y seguridad, y con paso firme abandonó el puente (*7, II, p. 120*).
=<

[131] En el medio de la calle estaba detenido un elegante coche particular, tirado por un tronco de fogosos caballos grises; en el interior no se veía a nadie, y el cochero, que había descendido del pescante, estaba de pie junto al coche. (7, II, p. 112). <<

[132] «¿Iré o no iré?», preguntábase mientras tanto Raskolnikov, llegado a una bocacalle, y mirando en derredor suyo como si esperara que alguien dijera la palabra decisiva. No hubo respuesta: todo estaba sordo e inanimado como las piedras del piso, muerto para él, para él tan solo... (6, II, p. 111). <<

[133] —Edificio Pochinkov, N.^o 47, departamento Babuchkin. ¡No lo olvides! (6, II, p. 107). <<

[134] Raskolnikov dio su nombre y dirección, desplegando la mayor actividad para que trasladaran al herido lo más pronto posible a su domicilio, como si se tratara de un hermano suyo (*7, II, p. 112*). <<

[135] «¡Basta ya! —se dijo con decisión y entereza—. ¡Fuera todos los espejismos, atrás los vanos terrores y las visiones! La vida existe... ¿Acaso no estoy vivo en esta hora? ¡Mi vida no terminó con la de aquella ieja! Ella está en el otro mundo... ¡Basta ya, vieja, deja a los otros en paz! ¡He ganado ahora la razón y la luz!..., ¡la voluntad!..., ¡la fuerza!... ¡Vamos a ver! ¡A nosotros, ahora!» —agregó con aire de altanero desafío, como si se dirigiera a alguna oscura potencia— (7, II, p. 120).

Nº.	II		RADIOGRAFÍA
	6	7	
1	(6,II,p.107)		[7,II]
2	(6,II,p.106)		
3	(6,II,p.107)		
4	(6,II,p.106)		
5	(6,II,p.106)		
6		(7,II,p.120)	
7		(7,II,p.112)	
8	(6,II,p.111)		
9	(6,II,p.107)		
10		(7,II,p.112)	
11		(7,II,p.120)	

Tabla 11. Notas capítulo 7. <<

[136] —¡Por fin lo tengo! ¡Cayó en la trampa! Entonces lo había creído antes, puesto que ahora «lo cree menos que nunca»... —De ningún modo — exclamó Zamiotov visiblemente conturbado—. Usted me impresionó con sus palabras para llevarme a esto (*6, II, p. 105*). <<

[137] No puedes darte una idea de lo confuso que se halla ese necio de Zamiatov: «No le llego al tobillo», declara refiriéndose a ti. Es un buen muchacho en el fondo, pero la lección que le diste hoy en el Palacio de Cristal fue una consumada prueba de inteligencia y maestría. Lo asustaste, jugaste con él, lo hiciste temblar. Casi lo habías convencido de que su teoría era acertada, alentando su espantosa sospecha, y de pronto, en un santiamén, lo dejaste con un palmo de narices, burlándote de él. ¡Fue colosal! (7, II, p. 122).

<<

[138] «Le dije unas cuantas cosas a Zamiatov, esto en confianza, entre nosotros, no des a entender que lo sabes; pude notar que es un poco quisquilloso. Fue en lo de Luisa..., pero hoy todo está aclarado.» Raskolnikov escuchaba con avidez. Razumikhin, bajo los efectos de la bebida, acababa de traicionarse al hablar (*7, II, p. 122*). <<

[139] ¡Adiós! —¿Qué dices? De ningún modo, te acompañaré hasta arriba; entraremos juntos (*7, II, p. 121*). <<

[140] ¿Sabes lo que voy a hacer contigo, sin perder un minuto? ¡Te voy a atar como un paquete y te voy a llevar al hombro a tu casa para encerrarte con llave! (6, II, p. 106). <<

[141] En una mesa veíanse dos grandes samovares, botellas, platos llenos de emparedados y pastelillos, tazas y copas procedentes de la cocina de la dueña de casa. Dos muchachas, sirvientas de la dueña, se ocupaban del servicio. (7, II, p. 121). <<

[142] A simple vista podíase apreciar que había bebido con exceso, y aunque Razumikhin no se embriagaba con facilidad, esa vez las apariencias no inducían a error (*7, II, p. 121*). <<

[143] ¿Y tus invitados? ¿Quién es hombre de cabellos rizados que mira para aquí? (7, II, p. 121). <<

[144] (Sonia) Estaba bastante mal vestida, aunque de acuerdo con las reglas en vigor en determinado círculo, con fines evidentemente ignominiosos. Se detuvo cerca de la puerta, sin atreverse a ir más lejos. Miraba con aire contrito y cohibido, al parecer inconsciente de lo ocurrido. Traía puesto su vestido de seda, adquirido de ocasión y cuyos colores llamativos y larga cola desentonaban en aquel lugar; su inmenso miriñaque, que ocupaba todo el vano de la puerta; sus zapatitos blancos, su sombrilla a todas luces inútil, puesto que era de noche, y su estrafalario sombrero de paja adornado con una pluma roja como una llamarada (*7, II, p. 117*). <<

[145] Sí, Rodia, el hecho es que... En este momento estoy un poco ebrio, pero no importa... (7, II, p. 121). <<

[146] Raskolnikol se adelantó con decisión y, al abrir la puerta, quedó clavado en el umbral, su madre y su hermana estaban sentadas en el diván. Esperaban allí hacía más de una hora. [...] La aparición de Raskolnikov fue saludada con vivas demostraciones de alegría y exclamaciones de entusiasmo. Ambas se arrojaron sobre él, que permaneció inmóvil, rígido, sin que sus razos se abrieran para estrecharlas, como herido por un rayo. Su madre y su hermana lo abrazaban, cubríanlo de besos, reían y lloraban a la vez... El joven dio un paso hacia adelante, se tambaleó y cayó desvanecido en el piso. Alarma, exclamaciones de terror, gemidos... (7, II, p. 123).

No.	6,II	7,II	RADIOGRAFÍA
1	(6,II,p.105)		[7,II]
2		(7,II,p.122)	[6,II]
3		(7,II,p.122)	
4		(7,II,p.121)	
5	(6,II,p.106)		
6		(7,II,p.121)	
7		(7,II,p.121)	
8		(7,II,p.121)	
9		(7,II,p.117)	
10		(7,II,p.121)	
11		(7,II,p.123)	

Tabla 12. Notas capítulo 8. <<

[¹⁴⁷] [Razumikin también tiene un tío que vive en el campo:] Yo no tengo madre; mi único pariente es un tío que viene a verme todos los años, y apenas me reconoce cuando me ve, aun exteriormente. Se encuentra desde ayer en San Petersburgo por asuntos de negocios... (2, III, p. 136). <<

[¹⁴⁸] [Raskolnikov vivía de muy mal genio; sus explosiones de ira son constantes en la novela] «Me pareció que hablaba usted muy sensatamente y con mucha sutileza, sí... Pero le encontré irascible en exceso», declaró Zamiatov, muy secamente (*5, III, p. 160*). <<

[149] Raskolnikov se volvió hacia Razumikhin y le preguntó:

—¿Conoces a ese..., cómo se llama..., Porfirio Petrovich?

—¡Claro que sí! Es algo pariente mío... ¿Qué hay con él? —preguntó con vivo interés.

—Ese asunto..., ¿sabes?, lo del asesinato... ¿Ayer decíais vosotros que está a cargo de la instrucción del sumario? (4, III, p. 152). <<

[150] [Lo mismo Raskolnikov y Razumikhin camino a casa de Porfirio]:
—¡Y bien! Puesto que es vergonzoso, no hablemos más del asunto. —Los dos
guardaron silencio (*4, III, p. 155*). <<

[151] —¡No hay necesidad de recurrir a la policía; basta con Porfirio! — exclamó Razumikhin presa de extraordinaria agitación—. ¡Oh, qué contento estoy! ¿Por qué no ahora? ¡Vamos ahora mismo; es a dos pasos de aquí! Seguro que lo encontraremos. —Sea... ¡Vamos! (4, III, p. 153). <<

[152] —Es en esa casa gris —dijo Razumikhin (*4, III, p. 155*). <<

[153] Para ocultar su nerviosismo, Raskolnikov pensó que lo mejor era entrar riendo a carcajadas y puso como tema de conversación en el camino a su hermana Dunia, de la que estaba muy enamorado Razumikin, que ahora andaba bañado, peinado y perfumado. Raskolnikov le hace chistes a Razumikin calculando que este se enoje justo cuando lleguen a la puerta, entrando Raskolnikov muerto de la risa y Razumikin hecho una furia: *Raskolnikov reía de tal modo, que hubiérase dicho que no podía contenerse, y riendo entraron ambos en casa de Porfirio Petrovitch* (4, III, p. 156). <<

[154] Al llegar al cuarto piso notaron que la puerta de la patrona estaba entreabierta, y que dos ojillos negros las observaban desde la oscuridad. Cuando las miradas se cruzaron, la puerta se cerró de súbito con tal estrépito que Pulkeria Alejandrovna estuvo a punto de lanzar un grito de espanto (2, *III*, p. 140). <<

[155] Porfirio vestía ropas de casa: «robe de chambre», camisa muy limpia y pantuflas (*5, III, p. 157*). <<

[156] La vela en la mano de Leni no presagia nada bueno para K., pues responde la pregunta que se hiciera Raskólnikov al ir a casa de Porfirio: «¿Hago bien o mal en ir allá? La mariposa vuela por sí misma hacia la llama..., tengo palpitaciones... mal síntoma» (4, III, p. 155). <<

[157] Su rostro mofletudo, redondo y un tanto achatado, de tinte enfermizo, casi verdoso, no carecía de vivacidad y hasta de buen humor (*5, III, p. 157*).
<<

[158] —Un segundo todavía, Sonia Semionovna; no tenemos secretos, y su presencia no nos molesta. Antes de que se vaya, quiero conversar unos instantes con usted... (*4, III, p. 152*). <<

[159] Este es mi amigo Rodión Romanovich Raskolnikov, que ha oído hablar de ti y desea conocerte; además, tiene que arreglar un asunto contigo (*5, III, p. 157*). <<

[160] Cuando supo que Raskólnikov tenía un asunto que tratar con él, indicóle que se sentara en el diván, haciendo lo propio en el otro extremo, y, demostrando el mayor interés, esperó que el joven le expusiera el objeto de su visita (5, III, p. 157). <<

[161] ¡Si supiera usted cuánto me interesa esta conversación! Es curioso observarlo, oírlo a usted, y le confieso que siento gran satisfacción de que al fin se haya decidido a formular su reclamación (5, III, p. 160). <<

[162] El indescriptible furor de Razumikhin ante las sonoras carcajadas de su amigo dieron a la escena una apariencia de alegría natural, y, lo que es más, sincera por completo. Razumikhin, sin proponérselo, contribuyó a acentuar esa impresión. —¡Oh, que el diablo te...! —rugió haciendo un violento ademán y derribando una mesita alta sobre la que había un vaso de té. —¡Señores, no destrocen el moblaje! Están perjudicando al Estado —exclamó Porfirio en tono jocoso (*5, III, p. 156*). <<

[163] —Tendrá sumo agrado en conocerte. Le he hablado mucho de ti en diversas oportunidades... Todavía ayer... ¿De modo que conocías a la vieja? ¡Vaya, vaya! ¡Cómo se encadena todo ad-mi-ra-ble-men-te! (4, III, p. 153).

<<

[164] [Se trata de la misma situación en las dos novelas, pues al fin y al cabo son los mismos personajes en el mismo lugar. Razumikhin (el tío) lleva a Raskolnikov (Josef K.) a casa de Porfirio el juez de instrucción (el abogado) donde encuentran en un rincón al secretario de la comisaría (el director de la secretaría) hablando del caso de Raskolnikov (Josef K.): ¡Está aquí como en su casa! ¡Y es la primera vez que viene! Porfirio no lo considera un visitante; permanece sentado dándole la espalda. ¡Ambos se entienden! ¡Se han entendido en lo que me concierne! Es seguro que hablaban de mí antes de nuestra llegada (5, III, p. 160-61). <<

[165] En un rincón, sentado en una silla, encontrábase Zamiatov (*5, III, p. 157*). <<

[166] [...] y contemplaba a Raskolnikov con singular curiosidad. Su presencia causó una desagradable sorpresa al joven, que no esperaba encontrarlo allí. (5, III, p. 157). <<

[¹⁶⁷] [El uno no respira y el otro estornuda]: Zamiatov estornudó en su rincón. Raskolnikov no lo miró siquiera (5, III, p. 167). <<

[168] Zamiatov pareció turbado, pero esa impresión no duró mucho (*5, III, p. 157*). <<

[169] «Lo peor es que ni siquiera tratan de fingir y no guardan el más leve miramiento. Si Porfirio no me conocía, ¿cómo habló de mí con Nicomedes Formich? ¡No disimulan que están sobre mi pista como una jauría de perros de presa! ¡Me escupen en la cara! ¡Por lo menos, que muestren sus cartas en lugar de jugar conmigo como el gato con el ratón! ¡Eso es falta de nobleza y de cortesía, Porfirio Petrovich, y tal vez no le permita que siga adelante! ¡Me levantaré enrostrándoles la verdad, toda la verdad; así se enterarán de la amplitud de mi desprecio!» (5, III, p. 160). <<

[170] Porfirio calló por un instante, como reflexionando. —Sus cosas no pueden perderse de ningún modo —prosiguió con calma y frialdad—. Por otra parte, esperaba su visita hace tiempo—. Al decir esto, arrimó un cenicero a Razumikhin, que sacudía sin reparos la ceniza de su cigarrillo sobre la alfombra. Raskolnikov estremeciése, pero Porfirio pareció no advertirlo, ocupado por el cigarrillo de Razumikhin (5, III, p. 159). <<

[171] [Aquí empieza la segunda parte del capítulo: Leni. Lo que sigue es una fantasía incestuosa que siempre acompañó a Kafka: Raskolnikov y su hermana Dunia haciendo el amor]: (Raskolnikov) ...extendió la mano a su hermana en silencio, pero con una sonrisa que denotaba sincera emoción. Dunia tomó la mano ofrecida y la oprimió entre las suyas con alegría y gratitud. Era la primera vez que Raskolnikov se dirigía a ella después de la borrascosa escena de la víspera (3, III, p. 142). <<

[172] Razumikhin, definitivamente aterrado por la caída de la mesita y la rotura de vaso, miraba atontado los pedazos de vidrio... (5, III, p. 157). <<

[173] —¡Ya apareció el juez de instrucción! ¡Que el diablo cargue con todos ustedes! —exclamó Razumikhin, recobrando el buen humor y avanzando hacia Porfirio con el rostro iluminado por una franca sonrisa (*5, III, p. 157*).

<<

[174] Era más bien fea... En verdad, no sé qué fue lo que me atrajo hacia ella; tal vez el hecho de que siempre estuviese delicada. —Sonrió como absorto en sus reflexiones, y continuó—: Fue algo así como un delirio de primavera (3, III, p. 146).

Nº.	III			RADIOGRAFÍA
	2-3	4	5	
1	(2,III,p.136)			[3,III]
2			(5,III,p.160)	[4,III]
3		(4,III,p.152)		[5,III]
4		(4,III,p.155)		
5		(4,III,p.153)		
6		(4,III,p.155)		
7		(4,III,p.156)		
8	(2,III,p.140)			
9			(5,III,p.157)	
10		(4,III,p.155)		
11			(5,III,p.157)	
12		(4,III,p.152)		
13			(5,III,p.157)	
14			(5,III,p.157)	
15			(5,III,p.160)	
16			(5,III,p.156)	
17		(4,III,p.153)		
18			(5,III,p.160-1)	
19			(5,III,p.157)	
20			(5,III,p.157)	
21			(5,III,p.167)	
22			(5,III,p.157)	
23			(5,III,p.160)	
24			(5,III,p.159)	
25	(3,III,p.142)			
26			(5,III,p.157)	
27			(5,III,p.157)	
28	(3,III,p.146)			
29	(3,III,p.146)			

Tabla 13. Notas capítulo 9. <<

[175] [Raskolnikov hubiera querido más a la novia si hubiera tenido un defecto físico. Por eso Elsa, cree que su defecto físico le ayudará a seducir a Josef K., y le muestra con orgullo su hermosa garra]: Creo que, si hubiera sido coja o jorobada, la habría querido más aún (3, III, p. 146) <<

[176] La imagen de Raskolnikov, nervioso y agotado —después de reflexionar sobre la entrevista que acababa de tener con Porfirio—, sentado en el sofá, con la cabeza baja, los codos sobre las rodillas, y el rostro entre las manos, es la que emplea Kafka para iniciar el capítulo (6, IV, p. 225) Porrúa. <<

[177] Raskolnikov habla de los motivos que tuvo para matar a la anciana usurera cuando le confesó a Sonia su crimen. Svidrigailov, que escuchó la confesión tras la puerta de la habitación vecina a la de Sonia, le hace un resumen a Dunia de los motivos en los siguientes términos:

—Sería muy largo referírselo todo en detalle, Abdocia Romanovna. ¿Cómo podría explicarle? Invocó esa famosa teoría que autoriza a cometer cualquier desatino si el fin perseguido es noble y justo, borrando esa injusticia con cien acciones buenas. Pensaba que era humillante que un joven dotado de talento tuviese que soportar estrecheces, y que, si hubiera poseído, aunque más no fuese tres mil rublos, su carrera y todo su porvenir se presentarían de manera muy distinta. Agregue a esto el enervamiento causado por el hambre, lo reducido de la buhardilla que ocupaba, los harapos y el pensamiento de la situación en que se encontraban su madre y su hermana. Pero por sobre todas las cosas la vanidad, el orgullo y la vanidad, unidos acaso a otros buenos sentimientos... No quiero acusarlo, le ruego que no lo crea, ni me corresponde hacerlo. Tenía asimismo su pequeña teoría, para él tan buena como otra cualquiera, según la cual la humanidad se divide en materiales y en hombres de excepción, es decir, individuos para los cuales, dado su nivel intelectual, no existe ley alguna, y que, por lo contrario, son los que dictan las leyes a los otros hombres, a los que componen los materiales, el polvo humano. Sí, es una teoría como otra cualquiera. Napoleón influyó mucho en él; llegó a la conclusión de que los hombres de genio no prestan jamás atención a los casos personales de injusticia, sino que los dejan de lado. De acuerdo con lo que creo, se imaginó que era un hombre de genio, o por lo menos estuvo convencido de ello durante algún tiempo. Ha sufrido mucho y sufre todavía al pensar que supo concebir una teoría, y que no pudo llegar más lejos del caso particular, percatándose por consiguiente de que no era un genio. Esto es humillante para un joven lleno de amor propio, sobre todo en nuestra época... (5, VI, 309-310) Porrúa. <<

[178] Las mismas reflexiones de Raskolnikov, que no sabía qué era lo que Porfirio se traía entre manos: En verdad había pasado ya bastante tiempo desde aquel día (cuando se vieron por última vez en la comisaría), sin que Porfirio hubiera dado señales de vida. Y esto era mala señal (2, VI, p. 537).

<<

[179] —Sí, en nuestra historia judicial existe un caso muy parecido, un caso psicológico y morboso como este —continuó Porfirio, hablando muy de prisa—. Un individuo se acusó de un asesinato: describió todo un estado de alucinación, presentó los hechos, relató las circunstancias y mixtificó a unos y otros (5, IV, 219). <<

[180] —¿Sabe usted —preguntó de pronto, casi con insolencia, como sí experimentara una especie de voluptuosidad al mostrarse impertinente— que existe una regla jurídica, una modalidad de procedimiento de todos los jueces de instrucción, que consiste en hablar en primer lugar de tonterías, o aun de cosas serias, pero fuera de cuestión, con el fin de alentar o de distraer al que se interroga, adormecer su prudencia, para formularle luego bruscamente la pregunta más fatal y peligrosa? ¿No es así? Parece que hasta ahora ha observado usted religiosamente ese precepto (5, IV, p. 212). <<

[181] El chiste de la «bolsa», no es de la «Bolsa de Valores», sino de la bolsa que Raskolnikov le arrancó del cuello a la prestamista, sin que ni siquiera mirara su contenido antes de esconderla:

—*Concerniente al otro dinero..., ni siquiera sé si lo había —agregó el joven con calma, cual si su mente estuviera en otra parte—. Arranqué del cuello de la vieja un portamonedas de piel de camello..., una bolsita repleta..., pero no miré su contenido..., acaso por falta de tiempo... Había además otros objetos, gemelos de camisa, cadenas...; me apoderé de todo y lo fui a esconder en un terreno baldío de la avenida V... Allí estarán todavía.*

Esta confesión a Svidrigailov le parece muy chistosa, y en el momento de la muerte de Catalina Ivanovna en lo de Sonia, le hace saber a Raskolnikov que conoce su secreto:

Después de todo, esa no era un «gusano» —añadió indicando con un ademán el rincón donde reposaba la difunta—, como cierta vieja usurera. Pronunció estas palabras con malicia y reticencia, sin apartar su mirada de los ojos de Raskolnikov. Este palideció; y sintió un escalofrío al oír las mismas frases que había empleado para dirigirse a Sonia. Retrocedió un paso, contemplando a Svidrigailov con extravío.

—*¿Cómo sabe usted eso?* —murmuró con voz apenas perceptible.

—*Vivo en la habitación de al lado, detrás de esa pared, en lo de la señora Resslich. Aquí vive Kapernumov, y allí la señora Resslich, una antigua y devota amiga. Soy su vecino.*

—*¿Usted?*

—*Yo* —continuó Svidrigailov, riendo a mandíbula batiente—.

Eso explica «la gran carcajada» con la que entró el subdirector a la oficina de K. una mañana, recién oído el chiste de la Bolsa, «un chiste que, para su comprensión, requería un dibujo» con la descripción que hizo Svidrigailov de la disposición de las habitaciones en casa de la señora Resslich. <<

[182] Cuando al día siguiente, a las once en punto, Raskolnikov se presentó en la comisaría, en el departamento reservado al juez de instrucción, y se hizo anunciar a Porfirio Petrovich, se extrañó de que se le hiciera esperar tanto tiempo. Pasaron por lo menos diez minutos antes de que vinieran a llamarle, y, según sus conjeturas, habrían debido hacerlo pasar en seguida (5, IV, p. 210). <<

[183] —¿Qué? ¿Qué escrito? ¡Ah, sí! Quede tranquilo, está bien... —dijo Porfirio como si estuviera apremiado por el tiempo, y solo después de haber pronunciado estas palabras tomó el papel y lo recorrió de un vistazo—. Sí, está bien. Basta con esto —agregó con la misma precipitación, y colocó el papel sobre el escritorio. Al cabo de un minuto, cuando habían cambiado ya de conversación, volvió a tomar el escrito, guardándolo en uno de los cajones (5, IV, 211). <<

[184] [Las pesadillas de Svidrigailov en el hotelucho en el que pasó la noche antes de suicidarse las utiliza K. en este capítulo]: «Svidrigailov se despertó sobresaltado, se levantó y, aproximándose a tientas a la ventana, buscó la falleba y abrió. Una ráfaga de viento se engolfó en la reducida habitación, azotándole el rostro y el busto, apenas protegido por la camisa, con un soplo glacial» (6, VI, 320). <<

[185] Svidrigailov se despertó sobresaltado, se levantó y, aproximándose a tientas a la ventana, buscó la falleba y abrió (6, VI, 320). <<

[186] En medio de las tinieblas y de la noche, retumbó de pronto un cañonazo, seguido a los pocos segundos por otro (6, VI, 320). [Svidrigailov escuchó los cañonazos y Josef K. sintió el olor a pólvora. Eso se llama trabajar en equipo].

<<

[187] En el encuentro de Raskolnikov y Porfirio en la buhardilla el juez entra, como el comerciante, sin ser advertido: ¿Cómo es posible que haya llegado hasta aquí, tan silenciosamente como un gato, sin que yo haya oído nada? (1, VI, p. 537). <<

[188] —Vine con el propósito de explicarme, mi estimado Rodión Romanovich. Le debo una serie de explicaciones, y no quiero dejar de dárselas —continuó con una leve sonrisa, dando una palmadita familiar en la rodilla del joven (2, VI, p. 283). <<

[189] Además, todo el mundo sabe que ese hombre [el pintor de brocha gorda] es un charlatán y que se embriaga como un verdadero cerdo (2, VI, p. 288).

<<

[190] [El pintor se atribuye el crimen de Raskólnikov]:

—¡Vamos, lo que yo pensaba! —gritó Porfirio encolerizado—. Repite al pie de la letra lo que le han sugerido —murmuró como hablando consigo mismo (5, IV, p. 223). <<

[191] Raskolnikov sabe que tiene que enfrentar inevitablemente a Svidrigailov: «Es preciso acabar con Svidrigailov —pensaba—, hay que hacerlo a cualquier precio y cuanto antes. También éste parece que espera mi visita» (2, VI, p. 537). <<

[192] [La última morada de Svidrigailov tiene muchos elementos comunes con la buhardilla de Titorelli]: La atmósfera del cuartucho era sofocante. La vela ardía con una llama mortecina. El viento silbaba con furia en el exterior, y en algún rincón se oían chillidos de ratas (6, VI, p. 318). <<

[193] [Svidrigailov] Por algún tiempo recorrió el pasillo largo y estrecho sin hallar a nadie. Iba a llamar en voz alta, cuando de improviso, en un rincón sombrío, entre un viejo armario y una puerta, divisó un objeto extraño, algo que parecía dotado de vida. Inclinóse, adelantando la luz, y vio a una criatura, una niñita de no más de cinco años, con el vestido empapado y pegado al cuerpecillo, que tiritaba de frío y lloraba (6, VI, p. 321). <<

[194] Inclinóse, adelantando la luz, y vio a una criatura, una niñita de no más de cinco años, con el vestido empapado y pegado al cuerpecillo, que tiritaba de frío y lloraba. Svidrigailov la tomó en sus brazos, volvió a su cuarto, dejóla sobre la cama y empezó a desvestirla. Sus zapatos estaban tan mojados como si hubiesen permanecido toda la noche dentro de un charco, y no llevaba medias. Una vez desvestida; la acostó, envolviéndola hasta el cuello con la frazada. La criatura no tardó en quedar profundamente dormida. «¡Bah! ¿Qué me importa esta criatura?» Lanzó un juramento, pero cuando iba a abrir la puerta volvió junto a la cama para ver si la niña dormía. Apartó la frazada con precaución. La chiquilla reposaba con un sueño profundo y tranquilo; había entrado en calor, y sus pálidas mejillas habían recuperado los colores. Una cosa le llamó la atención: esos colores eran mucho más vivos que los que se notan en los niños en estado normal. «Es el rojo de la fiebre», pensó Svidrigailov. Se hubiera dicho que aquella criatura había bebido, que le habían hecho tomar un gran vaso de vino. Sus labios escarlatas parecían arder. De pronto le pareció advertir que las largas pestañas de la niña se movían, y que, detrás de los párpados semicerrados, sus pupilas le dirigían una mirada maliciosa, burlona, que nada tenía de infantil, como si tratara de aparentar que estaba dormida para divertirse observándole. En efecto, era eso: sus labios esbozaban una sonrisa, sus extremidades se agitaban como si tratara de contener la risa... De repente no pudo fingir más, y prorrumpió en una carcajada..., apareció en su rostro una expresión desvergonzada, impudica, provocativa..., el reflejo de la depravación, los rasgos de una dama de las camelias, de una mujer de vida airada... (6, VI, p. 322). <<

[195] Sus ojos se abrieron del todo, envolviéndolo en una mirada ardiente y acariciadora, llamándolo y riendo... Algo espantosamente abyecto y repugnante... Aquella risa, aquellos ojos y aquel rostro pueril reflejaban a las claras la ignominia...

—¡Cómo! ¿A los cinco años? —murmuró Svidrigailov, presa de verdadero horror—. ¿Qué quiere decir esto? La criatura volvió hacia él su rostro ardoroso, ofreciéndole los labios y tendiéndole los brazos. —¡Ah! ¡Maldita! —exclamó asqueado y horrorizado, levantando la mano sobre ella. Se despertó en ese instante (6, VI, p. 323). <<

[196] Temblando de fiebre se inclinó para examinar el lecho; no vio nada. Sacudió las frazadas y apareció un ratón que comenzó a correr por sobre la cama. Trató de atraparlo, pero el inmundo roedor iba de un lado a otro y, describiendo zigzags en todos sentidos, escapábasele de entre los dedos y corría sobre su mano, hasta que por último buscó refugio debajo de la almohada (6, VI, p. 319). <<

[197] Se hubiera dicho que aquella criatura había bebido, que le habían hecho tomar un gran vaso de vino. Sus labios escarlatas parecían arder (6, VI, p. 322). <<

[198] Se estaba quedando dormido; su temblor febril había desaparecido, cuando de pronto le pareció que algo corría a lo largo de su pierna y de su brazo debajo de la frazada. «¡Puah! Parece un ratón... dejé la carne sobre la mesa». Le desagradaba infinito tener que destaparse, levantarse y tomar frío, mas de repente una desagradable sensación le cosquilleó en un pie. Arrojó la manta y encendió la vela (6, VI, p. 319). <<

[199] Lo recibo aquí, pero mis habitaciones están ahí, detrás de ese tabique. El Estado me da alojamiento, pero en la actualidad vivo provisionalmente en otro lado. Era necesario efectuar algunas reparaciones, pero ahora están casi terminadas... Es una gran cosa que el Estado nos proporcione alojamiento, ¿no es cierto? ¿Qué le parece? (5, IV, p. 211). <<

[200] Apenas Raskolnikov penetró en el gabinete, Porfirio Petrovich se apresuró a cerrar la puerta por la que había entrado, y los dos quedaron frente a frente. El juez de instrucción acogió a su visitante con aire risueño y afable... (5, IV, p. 210). <<

[201] Encendió la vela y púsose a inspeccionar la habitación con mayor detenimiento. Era tan estrecha y pequeña que un hombre de su talla apenas podía mantenerse erguido; tenía una sola ventana. Un lecho muy sucio, una mesa de pino color castaño y una silla ocupaban casi todo el espacio (5, IV, p. 317). <<

[202] —¿Qué? ¿Qué escrito? ¡Ah, sí! Quede tranquilo, está bien... —dijo Porfirio como si estuviera apremiado por el tiempo, y solo después de haber pronunciado estas palabras tomó el papel y lo recorrió de un vistazo—. Sí, está bien. Basta con esto —agregó con la misma precipitación, y colocó el papel sobre el escritorio. Al cabo de un minuto, cuando habían cambiado ya de conversación, volvió a tomar el escrito, guardándolo en uno de los cajones (5, IV, p. 211). <<

[203] El cuadro representa la victoria de la Justicia, pues como dice Porfirio en el encuentro de la buhardilla: ¿Cómo no inclinarme hacia cierto lado? (2, VI, p. 284). <<

[²⁰⁴] [Svidrigailov] Se sacó el gabán y la chaqueta... (6, VI, 318). <<

[205] [...] envolvióse en la frazada y se tendió sobre la cama. Se sentía mortificado (6, VI, 318). <<

[206] [Nicolás] Ante todo, es un niño, que no ha llegado a la mayoría de edad... Es cándido, impresionable... Se ha dejado arrastrar por el vicio, las mujeres y el alcohol... De un momento a otro declarará que todo ha sido una farsa lucubrada por su imaginación exaltada (2, VI, p. 287). <<

[207] ...pero al cabo de contados segundos Raskolnikov notó, por ciertos indicios, que el magistrado experimentaba alguna contrariedad y embarazo, como si lo hubieran hecho perder el hilo de sus pensamientos o lo hubieran interrumpido en medio de una tarea absorbente (5, IV, p. 210). <<

[208] ¿Qué importa que ahora pase a formar parte de otra categoría de gente?
[la de los feos, la de los hombres ordinarios] (2, VI, p. 290). <<

[209] Soy un hombre franco. ¿Soy o no soy un hombre franco? ¿Qué le parece? Nada más evidente, creo yo; le confío todas estas cosas sin exigir la más mínima remuneración (5, IV, p. 216). <<

[210] Pero, ¿por qué está tan pálido, Rodión Romanovich? Tal vez el ambiente de esta habitación sea demasiado sofocante... ¿Quiere que abra la ventana? —Porfirio irguióse con presteza y corrió a abrir la ventana—. ¡Un poco de aire fresco! Le convendría tomar un poco de agua, estimado amigo... (5, IV, p. 217-18). <<

[²¹¹] En la pared, o, mejor dicho, en el tabique del fondo, se veía una puerta cerrada, lo que indicaba la existencia de otras habitaciones posteriores. (5, IV, p. 210). <<

[²¹²] [Porfirio tenía la llave de la puerta cerrada]:

—Aquí tiene la llave... —dijo con suavidad Porfirio, enseñándole una que había sacado del bolsillo. (5, IV, 222). <<

[213] [El pintor se confiesa culpable y el acusado es declarado inocente]: Sin que nada hiciera preverlo, Nicolás [el pintor] cayó de rodillas.

—¿Qué haces? —exclamó estupefacto Porfirio Petrovich.

—¡Soy culpable! ¡Perdón! ¡Soy un asesino! —profirió Nicolás con voz estrangulada y ronca, pero bastante fuerte.

—¿Qué dices? —gritó Porfirio, cuando su estupefacción y aturdimiento le permitieron hablar.

—Soy... un asesino... —repitió Nicolás después de un instante.

—¡Cómo! Tú... ¿Cómo? ¿A quién has asesinado? —Porfirio Petrovich perdía la cabeza. Nicolás demoró unos segundos en contestar.

—Aliona Ivanovna y su hermana Isabel..., las maté a hachazos..., perdí la razón... —agregó, siempre de rodillas (5, IV, 223). <<

[214] Raskolnikov fue en derechura a su casa. Sentíase tan abatido y desamparado que prestamente se arrojó en el diván y permaneció un cuarto de hora tratando de reponerse y de coordinar sus ideas. No pretendía explicarse la conducta de Nicolás, intuyendo que en su confesión había algo inexplicable, asombroso, cuyo sentido era en vano buscar en ese momento. Las consecuencias de ese hecho se le aparecieron con nitidez: no podía dejar de surgir la falsedad de la confesión, y entonces las sospechas volverían a recaer sobre él. Pero mientras tanto estaba libre, y debía adoptar alguna medida, pues amenazábale un peligro inminente (5, IV, 225). <<

[215] El joven fue hacia la ventana y esperó con febril impaciencia a que el juez de instrucción, según sus cálculos, se hubiera alejado lo suficiente. Luego abandonó la habitación a su vez, con gran apresuramiento (2, VI, p. 291). <<

[216] [Los cuadros son una alegoría de la cárcel, de Siberia. Titorelli es el negociador de la justicia y le propone a K., como Porfirio a Raskolnikov, que e entregue para que salve la vida]: Rodión Romanovich se halla colocado en una situación tal que solo le quedan dos caminos: levantarse la tapa de los sesos o ir a Siberia (6, VI, p. 315). <<

[^{217]} La cama en la que Svidrigailov pasó su última noche era] «Un lecho muy sucio...» (6, VI, p. 317).

No.	IV	VI	VI	RADIOGRAFÍA
1	(6, IV, p.225)			[5, IV]
2			(5, VI, 309)	[2, VI]
3		(2, VI, p.537)		[6, VI]
4	(5, IV, 219)			
5	(5, IV, p.212)			
7	(5, IV, p.210)			
8	(5, IV, p.211)			
9			(6, VI, 320)	
10			(6, VI, 320)	
11			(6, VI, 320)	
12		(1, VI, p.537)		
13		(2, VI, P.283)		
14		(2, VI, P.288)		
15	(5, IV, p.223)			
16		(2, VI, p.537)		
17			(6, VI, p. 318)	
18			(6, VI, p. 321)	
19			(6, VI, p. 322)	
20			(6, VI, p. 323)	
21			(6, VI, P.319)	
22			(6, VI, P.322)	
23			(6, VI, P.319)	
24	(5, IV, p.211)			
25	(5, IV, p.210)			
26	(5, IV, p.317)			
27	(5, IV, p.211)			
28		(2, VI, p.284)		
29			(6, VI, p. 318)	
30			(6, VI, p. 318)	
31		(2, VI, p.287)		
32	(5, IV, p.210)			
33		(2, VI, p.290)		
34	(5, IV, 216)			
35	(5, IV, 217)			
36	(5, IV, 210)			
37	(5, IV, 222)			
38	(5, IV, 223)			
39	(5, IV, 225)			
40		(2, VI, p.291)		
41			(6, VI, p. 315)	
42			(6, VI, p. 317)	

Tabla 14. Notas capítulo 10. <<

[^{218]} [Siempre se ha discutido, si los escritos de Kafka pertenecen a la tradición literaria hebrea o alemana, discusión que adquirió relevancia a la hora de decidir el destino final de su legado. Al margen de la disputa por los manuscritos de *El proceso* entre los Estados de Alemania e Israel, que tiene tanto o más de político y económico que de literario, la novela de Kafka es una exégesis de *Crimen y castigo*, la cual Kafka escribió a la manera de los talmudistas, en los que *Crimen y castigo* representa la *tradición escrita* [Torá] y los capítulos de *El proceso* una compilación y comentario de dicha *tradición* como lo son la Mishná y la Guemará del Talmud. El proceso de Raskolnikov será el arquetipo de todos los procesos y todos los acusados serán en mayor o menor medida Raskolnikov, lo mismo las circunstancias, detalles o pormenores relacionados con el caso que pasarán a la tradición oral como leyes, leyendas o supersticiones. En resumen, el modelo literario del que se sirvió Kafka para escribir la novela alemana más importante del siglo xx, y quizás la más experimental y moderna de la literatura, es el libro que recoge la tradición oral judía. En este capítulo encontramos una superstición y dos leyendas que pertenecen a la «tradición oral» de *Crimen y castigo*.]

[Josef K. vuela por sí mismo hacia la llama]: ¿Ha visto usted las mariposas en tomo de la llama? Dará vueltas continuamente alrededor de mí como alrededor de una bujía encendida; su libertad comenzará a pesarle; se pondrá a reflexionar, se aturullará, se enredará cada vez más, la angustia y el miedo no le darán un instante de reposo... No cesará de revolotear, de debatirse a mi alrededor, estrechando el círculo cada vez más, hasta que ¡paf!, entrará solito en mi boca y me lo tragará, lo que es muy agradable. ¡Je, je, je! ¿No le parece? (5, IV, 215). <<

[219] Nadie duda de la amistad de Franz Kafka y Max Brod, quien fuera su confidente, compañero de viajes y biógrafo, además de albacea literario. Mucha gente se escandalizó al ver como Brod traicionaba la confianza de su amigo al publicar la obra de Kafka contra su voluntad, pero cabe la posibilidad que Kafka buscara precisamente eso, cosa que además sabía con seguridad que iba a suceder, al dejar a su mejor «amigo» y entusiasta admirador encargado de los manuscritos. ¿Acaso no pasó Kafka las últimas horas de su vida corrigiendo un libro para la publicación? De todos modos, en la actualidad no existe duda de que Brod hizo lo correcto al salvar del fuego la que muchos consideran hoy día la mejor obra en lengua alemana, y quizá de la literatura universal, del siglo xx (Stach, 2003).

Pero con Kafka nunca se sabe. A su prometida Felice Bauer no le fue bien en su obra, pues el personaje F.B. pasó de «gansa asquerosa» —*widerliche Ganz*— en *La condena* a «señorita cepilladora» —*Fräulein Burstner*— en *El proceso*. A Max Brod no le fue mejor, pues en *El proceso* aparece como Bertold el «estudiante» y más adelante como el «Comerciante Block». Ambos son detestables. En el caso de Bertold, Kafka enfatiza su aspecto físico, que recuerda el de Brod: «era pequeño, no tenía las piernas totalmente derechas y buscaba darse dignidad mediante una corta barba rojiza, poco poblada, por la que guiaba los dedos continuamente»; para la mujer del ujier era «un pequeño monstruo», «horrible», bastaba «solamente mirar sus piernas torcidas». K. a «este estudiante lastimoso, este niño engreído, este torcido barbudo» estaba «dispuesto a agarrarlo y, si era necesario, a estrangularlo»; y el ujier sueña desde hace mucho con «aplantar al estudiante aquí en la pared. Aquí, junto a la hojita de aviso. Siempre sueño con eso. Aquí, un poco por encima del suelo, se queda aplastado, los brazos extendidos, los dedos separados, las piernas torcidas formando un círculo, y salpicaduras de sangre a su alrededor. Pero hasta ahora solo ha sido un sueño». K. promete al ujier «ocuparme del estudiante cuando llegue la ocasión».

Cuando K. encuentra al comerciante Block en casa del abogado, le pregunta a Leni «¿Quién es este hombre?». «Un hombre digno de lástima, un pobre comerciante, un tal Block. Basta con mirarlo», dice ella. En el momento en que K. y el comerciante conversaban el uno al lado del otro, «estaban verdaderamente muy cerca el uno del otro; al menor movimiento, sus cabezas hubieran chocado; el comerciante, que aparte de pequeño mantenía la espalda

encorvada, había obligado a K. a inclinarse también profundamente si quería oír todas sus palabras». Brod era giboso. Leni llama al comerciante «charlatán». «Lo que debes hacer —añadió Leni dirigiéndose a K.—, es no creerle una palabra. Es tan amable como chrlatán. Quizá por eso no lo puede soportar el abogado». «Es cierto que —le dice a K. el abogado—, personalmente, no es agradable, tiene unos modales detestables, además es sucio, pero desde el punto de vista procesa es intachable ese miserable gusano».

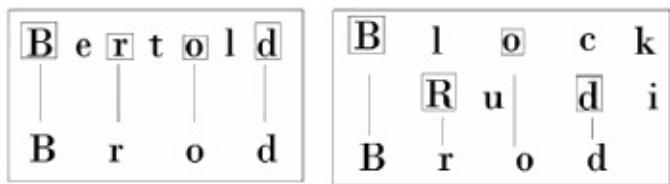


Imagen 8. Nombres de *El proceso* que ocultan el apellido BROD. Fuente: elaboración del autor.

Una cosa es cierta, Kafka no escogía los nombres de sus personajes al azar, y menos los de *El proceso*:

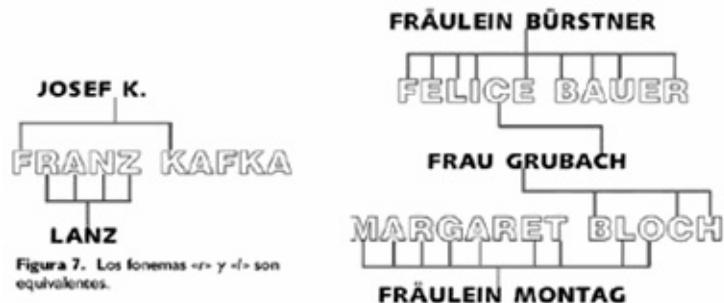


Imagen 9. Relación entre personajes de la novela con personajes de la vida real. Fuente: elaboración del autor.

Pero, si BERTOLD y RUDI BLOCK no son nombres escogidos al azar, sino construidos, entonces ¿qué significan? Kafka no era agradecido, y es probable que Brod abrumara y fastidiara a Kafka con su solicitud. Por eso lo llama el «abrepuertas». <<

[220] Una Superstición: Dice *El proceso* que las opiniones supersticiosas datan desde tiempos inmemoriales y proliferan de un modo espontáneo en los tribunales y trae como ejemplo una superstición que se conoce como «la sentencia en los labios» que circula en los tribunales desde el momento en que Raskolnikov acudió a la oficina de Porfirio para ser interrogado y le temblaban los labios, delatando su culpabilidad. Otro testimonio de este mismo hecho, lo trae la escritura cuando irrumpió el pintor Nicolás y se confiesa el asesino de las dos mujeres: «una palidez mortal cubría su rostro, que parecía el de un hombre llevado al cadalso. Sus labios, completamente blancos, temblaban ligeramente [6, IV, p. 422]. Pero el pasaje más citado por los jueces es el de la buhardilla, cuando Porfirio le demostró a Raskolnikov que él era el asesino: *Raskolnikov se levantó bruscamente, y permaneció en pie por espacio de unos segundos, y volvió a sentarse sin decir nada. Ligeras convulsiones agitaban los músculos de su rostro*». «*Le tiemblan a usted los labios como el otro día*», murmuró Porfirio Petrovitch como si lo compadeciese [2, VI, p. 548]. <<

[221] —Sí, en nuestra historia judicial existe un caso muy parecido, un caso psicológico y morboso como este —continuó Porfirio, hablando muy de prisa—. Un individuo se acusó de un asesinato: describió todo un estado de alucinación, presentó los hechos, relató las circunstancias y mixtificó a unos y otros (5, IV, 219). <<

[222] En un principio empezaron a circular rumores. Estimo superfluo decirle cuál era la naturaleza de los mismos, de dónde procedían, cuándo empezaron a circular y en qué oportunidad terminaron por tocarle a usted de cerca (2, VI, p. 284). <<

[223] Esta risa es la de Porfirio cuando se encontró con Raskolnikov en la comisaría: «Pero cuando Porfirio, al ver que él también reía, fue presa de un acceso de risa tan violenta que le hizo enrojecer, el asco de Raskolnikov le hizo olvidar desde aquel momento toda prudencia; cesó de reír, frunció el ceño y miró largamente a Porfirio, sin retirar los ojos de él durante todo el tiempo que duró su risa prolongada y sin duda sostenida intencionadamente. La imprudencia era manifiesta por ambas partes: Porfirio Petrovitch daba la impresión de burlarse a la cara de su visitante, el cual acogía su risa con odio, y de no sentirse desorientado en absoluto por aquella circunstancia» (5, IV, p. 402). <<

[224] «¿Se propone comenzar de nuevo con sus majaderías?», pensó Raskolnikov experimentando una sensación de disgusto. Volvían a su memoria los detalles de la entrevista anterior, y la cólera que sintiera entonces se apoderó nuevamente de él (2, VI, p. 282) «¡Vuelve a insistir en lo mismo, Porfirio Petrovich! ¡Siempre igual procedimiento! ¿Cómo es posible que no se aburra por fin?» (2, VI, p. 288). <<

[225] Porfirio tampoco siente vergüenza al decirle a Raskolnikov lo mucho que lo estima:

—Sí, lo estimo y lo aprecio —continuó Porfirio, tomándolo del brazo, un poco más arriba del codo—; y se lo digo de una vez por todas: tenga cuidado con su enfermedad. Su familia ha llegado más que nada con el propósito de cuidarlo; piense en ella. Debería tranquilizar a su madre y a su hermana, demostrarles afecto, y no hace sino espantarlas (5, IV, p. 220). Desde el primer día que lo vi me sentí atraído hacia usted. Tal vez le causen gracia mis palabras, pero es así. Me consta, en cambio, que la impresión que le causé no ha sido favorable. Mas, a pesar de esta circunstancia, trataré de demostrarle que, después de todo, también yo soy un hombre de corazón y de conciencia. Le hablo con entera sinceridad (2, VI, p. 284).

—Se lo dije antes: le debía una explicación. No quiero que me tome por un monstruo, tanto más cuanto que me siento inclinado sinceramente hacia usted, créalo o no. En consecuencia, y este es el tercer punto, vine para formularle una proposición franca y sin doble intención: haga reventar el absceso yendo a denunciarse. Será mucho, más ventajoso para usted, y también para mí, que me veré libre de esta carga (2, VI, p. 288). <<

[226] Porfirio dice lo mismo: «Lo repito, Rodion Romanovitch, es usted impaciente, y está enfermo» (2, VI, p. 543). «No estoy impaciente», dijo K. un poco irritado. «Es usted muy irritable, querido Rodion Romanovitch» (2, VI, p. 541). <<

[227] Me consta que no me cree, pero pongo a Dios por testigo de que la vida concluirá por triunfar. Aprenderá usted a amarla de nuevo. Hoy le falta aire solamente, aire, aire. Raskolnikov se estremeció (2, VI, p. 290). <<

[228] —¡Ah, estos cigarrillos! —dijo por fin Porfirio Petrovich, después de arrojar una bocanada de humo—. Son un veneno, un verdadero veneno, pero no puedo pasar sin ellos. Toso de continuo, tengo la garganta destrozada y sufro ahogos y palpitaciones. No hace mucho me asusté de tal manera que fui a consultar al doctor B... un especialista que examina a cada paciente por lo menos durante media hora. Al principio se burló de mí, calificándose de aprensivo, pero después de auscultarme y revisarme varió de opinión: «El tabaco le hace un daño inmenso —me dijo entre otras cosas—. Tiene una dilatación pulmonar que puede ser de graves consecuencias» (2, VI, p. 282).

<<

[229] —¿Qué importa mi convicción? Hasta ahora está fundada solo sobre mis pensamientos. ¿Para qué voy a ponerlo allá en reposo? Usted mismo lo comprende, puesto que lo solicita casi (2, VI, p. 288). <<

[230] Ha matado, y no obstante se considera hombre honrado; desprecia a los demás, se hace la víctima (2, VI, p. 287). <<

[231] ¿Cómo no inclinarme hacia cierto lado? Cien conejos no hacen un caballo; cien sospechas no forman una prueba, dice un proverbio inglés (2, VI, p. 284). <<

[232] Sé que considera cuanto le digo en este momento como un sermón aprendido de antemano, pero acaso más tarde recuerde usted estas palabras, y es posible que le sea de alguna utilidad (2, VI, p. 290). <<

[233] «Cuando conocí la historia de la campanilla creí desfallecer; un estremecimiento recorrió todo mi cuerpura la pequeña prueba que me faltaba» (2, VI, p. 285). <<

[234] Vea, por ejemplo, volviendo a la historia de la campanilla: es un hecho de suma importancia, no puede negarse, y yo no tengo el menor reparo en revelárselo, yo, que soy el juez de instrucción (5, IV, p. 220).

No.	IV	VI	RADIOGRAFÍA
1	(5,IV,215)		[5,IV]
3		(2,VI,p.287)	[2,VI]
4	(5,IV,219)		
5		(2,VI,p.284)	
6	(5,IV,p.402)		
7		(2,VI,p.288)	
8		(2,VI,p.284)	
9		(2,VI,p.543)	
10		(2,VI,p.290)	
11		(2,VI,p.282)	
12		(2,VI,p.288)	
13		(2,VI,p.287)	
14		(2,VI,p.284)	
15		(2,VI,p.290)	
16		(2,VI,p.285)	
17	(5,IV,p.220)		

Tabla 15. Notas capítulo 11. <<

[235] [El capítulo se inicia con el principio del sueño de la «casa»]: Raskolnikov caminaba triste y taciturno; recordaba muy bien que había salido de su casa con cierto propósito, con algo urgente que hacer, pero en realidad había olvidado de qué se trataba (6, III, p. 174). <<

[236] —¿Hoy le dijo usted a Porfirio que yo había estado allí? —preguntó de repente a su visitante, asaltado por una súbita idea. —Cuando vi que los porteros no me hacían caso y se negaban a ir a la comisaría so pretexto de que era muy tarde y que el juez les reprocharía no haber ido en seguida llevándolo a usted, me puse frenético de rabia y resolví obrar por mi cuenta. Le conté las cosas como habían pasado, y entonces se puso a saltar como un loco, golpeándose el pecho con los puños y gritando: ¡Bribones, estúpidos! ¿Es así como cumplen sus deberes de honrados ciudadanos? ¡Mal rayo los parta! (6, IV, 226-27). <<

[237] Pero dígame un poco, mi estimado Rodión Romanovich, ¿qué fue a hacer en el departamento de la víctima a las diez de la noche, y no lejos de las once? ¿Por qué tiró del cordón de la campanilla? ¿Por qué esas preguntas acerca de la sangre? ¿Por qué trató a continuación de intrigar a los porteros, y qué se proponía al decir que lo acompañaran a la comisaría? (5, IV, p. 220). <<

[238] —Sí..., lo he injuriado con mis necias sospechas.

—¿De modo que usted estaba en esa casa?

—Sí, en la puerta cochera, con los demás. ¿No se acuerda de mí? Tengo mi negocio allí desde hace tiempo; soy peletero... [...] (6, IV, 226). <<

[239] —¡Vea cómo le tiemblan las manos! ¡Je, je!

—Usted también tiembla, Porfirio Petrovich.

—Sí, debo confesar que esto no entraba en mis cálculos.

Estaban cerca de la puerta. Porfirio esperaba con impaciencia que Raskolnikov se retirara.

—¿Y su pequeña sorpresa? ¿No me la muestra? —inquirió con sorna el joven.

—¿Quiere burlarse? Y eso que todavía le castañetean los dientes... ¡Je, je!
¡Qué espíritu más irónico! Bien, bien, hasta la vista.

—Creo que más bien debemos decirnos adiós (6, IV, 224). <<

[240] «Solamente pruebas de dos filos», se dijo para sí Raskolnikov, con más aplomo y seguridad que nunca. Salió de la habitación, y, ya en la escalera, pensó: «Ahora estoy en condiciones de luchar todavía» (6, IV, 227). <<

[241] Luego, agotadas todas sus energías, tendióse sobre el diván, estiró sus miembros temblorosos y exhaló un penoso suspiro: sus ojos se cerraron. En esa posición estuvo por espacio de media hora (6, III, p. 172). <<

[242] Algunas ideas, o, más bien dicho, fragmentos de ideas, se presentaron a su espíritu sin orden ni cohesión; rostros de personas que había visto en su infancia o encontrado luego en alguna parte, y a las que no vio más... (6, *III*, p. 172). <<

[243] [El sueño es una premonición del juicio que se avecina]: Quiso huir, pero la antecámara hallábase ya llena de gente, la puerta que daba al rellano estaba abierta y en la escalera, en todos los peldaños, hasta la entrada, veíase aglomerada una verdadera multitud; sólo se percibían cabezas y cabezas... Todo el mundo miraba, pero todos trataban de disimular y permanecían en silencio... (6, III, p. 176). <<

[^{244]} [Josef K. está soñando el sueño de Raskolnikov]: Cosa extraña, aquella escalera no le era desconocida; aquellal primer piso... La luz de la luna se filtraba, triste y misteriosa, a través de los vidrios opacos. El segundo piso..., aquel era el departamento en que trabajaban los pintores... ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Los pasos del hombrecillo cesaron de oírse (6, III, 175).

No.	III	IV	RADIOGRAFÍA
1	(6,III,p.174)		[6,III]
2		(6,IV,p.226)	[6,IV]
3		(5,IV,p.220)	
4		(6,IV,p.226)	
5		(6,IV,p.224)	
6		(6,IV,p.227)	
7	(6,III,p.172)		
8	(6,III,p.172)		
9	(6,III,p.176)		
10	(6,III,p.175)		

Tabla 16. Notas capítulo 12. <<

[²⁴⁵] [Cuando K. llegó a la buhardilla de Titorelli, el pintor estaba trabajando en un cuadro cuyo tema era la victoria de la justicia, pero cuando vio la actitud de K. de seguir haciéndose el de las nuevas, empezó a recomponer el cuadro para que representara la diosa de la caza. El ciclo se cierra en la catedral ante el representante del más alto tribunal, el de la justicia divina, que es el que finalmente le da caza]:

—¡Bah, no se preocupe! Poco importan mis procedimientos. Otra cosa sería si hubiera testigos aquí, pero nos encontramos solos. Como puede ver, no vine para cazarlo como si se tratara de una liebre (2, VI, 288). <<

[246] [En la catedral está la vieja, pero no oculta detrás de un abrigo como en el sueño de Raskolnikov, sino con el abrigo puesto]: «¿Por qué está ahí ese abrigo? —pensó—. Antes no estaba». Aproximándose con precaución adivinó que alguien debía ocultarse allí detrás. Apartando lentamente el abrigo, vio que había una silla...; en ella estaba sentada la vieja, acurrucada sobre sí misma y con la cabeza muy inclinada, en forma tal que no era posible ver su rostro; ¡sin embargo, era ella! (6, III, 175). <<

[247] [El sacristán vestido de negro es el hombre que le gritó a Raskolnikov en la calle ¡asesino!, que luego se le apareció en sueños a Raskolnikov y, haciéndole señas con la mano, lo condujo hasta la casa de la vieja, para luego desaparecer]: Raskolnikov se introdujo acto seguido en la casa, pero al llegar al patio notó con sorpresa que el hombrecillo había desaparecido. «Se ha detenido u ocultado en alguna parte» (6, III, p. 175). <<

[248] «¡Dios mío, qué oscuridad! Ese individuo debe haberse ocultado en alguna parte, en un rincón cualquiera. ¡Ah! El departamento está abierto» (6, III, p. 175). <<

[249] De súbito se detuvo al ver que del otro lado de la calle un hombre le hacía señas con la mano. Atravesó la calzada para dirigirse hacia él, pero el hombre dio media vuelta y reanudó su marcha con la cabeza gacha, sin mirar atrás, como si para nada se hubiera cuidado de Raskolnikov (6, III, p. 175).

<<

[250] [A K. se le ocurre sobornarlo]: «Pero veamos, ¿me habrá llamado o no?» preguntóse el joven, y presa de gran incertidumbre comenzó a seguirle. No había dado diez pasos cuando, reconociendo al individuo, quedó petrificado de espanto; se trataba del hombrecillo de antes, con el mismo traje, siempre encorvado. Raskolnikov lo siguió a distancia, mientras su corazón latía como si fuera a estallar; entraron en un callejón sin que el desconocido volviera la cabeza. (6, III, 174-75) «¿Sabrá que voy detrás de él?», pensó Raskolnikov. El hombrecillo penetró en un edificio. El joven avanzó con rapidez hasta la puerta cochera y miró; ¿persistiría en no mirarlo el desconocido? ¿No lo llamaría? Pero, ya en el patio, el desconocido, girando la cabeza bruscamente, repitió su ademán de llamada (6, III, 175). <<

[251] Sé que considera cuanto le digo en este momento como un sermón aprendido de antemano, pero acaso más tarde recuerde usted estas palabras, y es posible que le sea de alguna utilidad (2, VI, p. 290). <<

[252] «¿Seguiré subiendo? ¡Qué silencio más lúgubre!. No obstante, ese pensamiento, prosiguió la ascensión; el ruido de sus propios pasos causábale miedo, le angustiaba (6, III, p. 175). <<

[253] —Entonces... ¿quién... ha matado? —balbuceó con voz entrecortada y apenas perceptible—. Porfirio Petrovich se echó hacia atrás, como estupefacto al oír semejante pregunta.

—¡Cómo! ¿Quién ha matado? —repitió como negándose a dar crédito a sus oídos—. ¡Pues usted! Usted es el asesino, Rodión Romanovich, usted... — agregó casi en un murmullo, en tono de absoluta convicción (2, VI, p. 287).
<<

[254] —¡Yo no he matado! —tartamudeó Raskolnikov, con el aire de un niño sorprendido al cometer una falta (2, VI, p. 287). <<

[255] —Sí, fue usted, Rodión Romanovich; usted, y nadie más que usted — replicó Porfirio en tono grave y convencido (2, VI, p. 288). <<

[256] [...] el culpable se ha decidido como si cayera de lo alto de una montaña o de un campanario; parece haber sido llevado al crimen por otros pies que los propios (2, VI, 287). <<

[257] Ambos callaron, y se registró un extraño silencio, que se prolongó por espacio de varios minutos (2, VI, p. 288). <<

[258] Bien, Rodión Romanovich; no me crea bajo mi palabra; no crea cuanto le digo. Desempeño mis funciones, de acuerdo (2, VI, p. 290).

No.	III	VI	RADIOGRAFÍA
1		(2,VI,288)	[6,III]
2	(6,III,p.175)		[2,VI]
3	(6,III,p.175)		
4	(6,III,p.175)		
5	(6,III,p.175)		
6	(6,III,p.174)		
7		(2,VI,p.290)	
8	(6,III,p.175)		
9		(2,VI,p.287)	
10		(2,VI,p.287)	
11		(2,VI,p.288)	
12		(2,VI,p.287)	
13		(2,VI,p.288)	
14		(2,VI,p.290)	
15	(6,III,p.174)		
16	(6,III,p.173)		

Tabla 17. Notas Capítulo 13. <<

[259] ¡Oh! ¡Cómo comprendo al «Profeta» a caballo, blandiendo su cimitarra! ¡Alá lo quiere: obedece y sométete, trémula criatura! ¡Tiene razón, tiene razón el Profeta cuando coloca en alguna parte una batería en una calle y barre con el bueno y el malvado, sin condescender a dar explicaciones! ¡Obedece, trémula criatura, y guárdate de querer, porque ése no es asunto tuyo! ¡Oh, jamás perdonaré a esa maldita vieja!

Lo de la vieja es una futesa; admitamos que sea un error, pero no era ella la que estaba en juego. Era simplemente un obstáculo que yo quería franquear lo antes posible; no asesiné a una criatura humana, sino un principio. Asesiné el principio, pero no logré pasar sobre él: quedé del otro lado. Todo lo que pude hacer fue matar. Y ni siquiera supe hacerlo, a lo que parece... (6, III, p. 173) Olvidó cerrar la puerta tras de sí, y mató a dos personas obedeciendo a su teoría (2, VI, 287) (6, III, p. 174). <<

[260] Su cabeza [de Raskolnikov] estaba despejada, y sintióse más fresco y tranquilo que en los tres días anteriores, asombrándose de los insensatos terrores que lo habían asediado (1, VI, p. 278) [...] Por primera vez desde hacía mucho tiempo, encontrábase en un estado de ánimo satisfactorio (1, VI, p. 281) Experimentaba además un inmenso cansancio moral, aun cuando esa mañana estuviese en mejores condiciones para razonar que en los días precedentes (3, VI, p. 291). <<

[261] No te preocunes por el momento, quédate tranquilo. Todo se aclarará a su debido tiempo. Ayer alguien me dijo que el hombre necesita aire. Me propongo ir ahora mismo a su casa para saber qué entiende por eso (*I, VI*, p. 280). <<

[262] —¿Qué le sucede, Rodión Romanovich? No parece el mismo de siempre... Mira y escucha como si no comprendiera lo que se le dice... Vaya, será preciso que charlemos un rato; lamento de veras estar tan ocupado con los asuntos de los demás y los míos. ¡Ea, Rodión Romanovich! —agregó en forma brusca—. Todos los hombres necesitan aire..., aire, aire, antes que nada (*1, VI, p. 277*). <<

[263] Ambos cambiaron breves frases, absteniéndose de hacer referencia al punto esencial, cual si existiera entre ellos un acuerdo tácito para no tocarlo hasta que llegara el momento propicio (1, VI, p. 277). <<

[264] Sentía un imperioso deseo de encontrarse con Svidrigailov. Ignoraba lo que podía esperar de aquel hombre que ejercía una misteriosa influencia sobre él. Desde el momento en que se cercioró de este hecho, Raskolnikov no conoció reposo; había llegado el momento de aclarar las cosas (3, VI, p. 291).

<<

[265] —¡Terminemos de una vez! —exclamó de pronto Raskolnikov con febril impaciencia—. Aun cuando usted sea el más peligroso de los hombres cuando se propone hacer daño, no trataré de disimular más, y voy a demostrarle en el acto que estoy decidido a afrontar cualquier situación. Vine para decirle que, si persiste en sus anteriores designios acerca de mi hermana, si piensa aprovechar para ello el secreto que ha descubierto recientemente, lo mataré antes de que me detengan (3, VI, p. 295). <<

[266] No obstante, se apresuraba ir en busca de él. Acaso esperaba que le proporcionase algo *nuevo*, alguna indicación, un medio cualquiera de terminar. Los seres humanos suelen asirse a una brizna de paja cuando se ven en una situación angustiosa. ¿Era el destino o el instinto lo que los impulsaba el uno hacia el otro? En Raskolnikov era quizá solo el cansancio, la desesperación; tal vez necesitaba de alguien en quien confiarse, y recurría a él a falta de otro mejor (3, VI, p. 292). <<

[267] Ocurría entre ellos algo análogo a la escena de su primera entrevista, en el cuarto de Raskolnikov, cuando este fingía estar dormido. Ambos se sabían observados uno por el otro. En el rostro de Svidrigailov apareció una maliciosa sonrisa que cada vez se hizo más amplia, hasta que por último prorrumpió en una ruidosa carcajada.

—¡Vamos, Rodión Romanovich! Entre si le place..., estoy aquí —gritó desde la ventana. Raskolnikov penetró en el establecimiento (3, VI, p. 293). <<

[268] Y Svidrigailov dio comienzo a su relato (3, VI, p. 293). <<

[269] Noto que me escucha con mucha atención... ¡Qué joven interesante! (4, VI, p. 301). <<

[270] Svidrigailov asestó un puñetazo a la mesa. Estaba un poco congestionado, y Raskolnikov advirtió que el champaña, aun tomado en poca cantidad, comenzaba a producir en él un efecto desastroso; resolvió aprovechar esa circunstancia. Estaba tratando con un individuo peligroso, del que tenía que desconfiar (4, VI, p. 301). <<

[271] Tomó la botella de champaña y, sin adoptar mayores precauciones, la arrojó a la calle por la ventana (4, VI, p. 302). <<

[272] Con una sola palabra puedo ponerlo contra la pared y disipar todas sus sospechas. ¿Sabe usted, por ejemplo, que estoy por casarme? (4, VI, p. 302).

<<

[273] Svidrigailov se echó a reír a mandíbula batiente. Felipe, pagó la adición y se levantó para salir.

—Estoy un poco alegre...; ese champaña... —dijo Svidrigailov—. Pero le aseguro que sus reacciones me producen verdadero placer...

—Lo comprendo perfectamente —declaró Raskolnikov, levantándose a su vez— (4, VI, p. 304).

No.	VI			RADIOGRAFÍA
	1	3	4	
1	(1,VI,p.281)			[1,VI]
2	(1,VI,p.280)			[3,VI]
3	(1,VI,p.277)			
4	(1,VI,p.277)			
5		(3,VI,p. 291)		
6		(3,VI,p.295)		
7		(3,VI,p.292)		
8		(3,VI,p.293)		
9		(3,VI,p.293)		
10			(4,VI,p.301)	
11			(4,VI,p.301)	
12			(4,VI,p.302)	
13			(4,VI,p.302)	
14			(4,VI,p.304)	

Tabla 18. Notas capítulo 14. <<

[²⁷⁴] Raskolnikov tuvo un sueño extraño (5, I, p. 35). <<

[275] El día era cálido y asfixiante... (5, I, p. 35). <<

[276] Él soñó que iba con su padre a lo largo del camino que conducía al cementerio... (5, I, p. 36). <<

[277] El camino serpenteaba unos trescientos metros y llegaba al cementerio del pueblo (5, I, p. 35). <<

[²⁷⁸] Al lado de la tumba de su abuela se hallaba la de su hermano pequeño... (5, I, p. 36). <<

[279] Le habían dicho que allí reposaba su hermano (*5, I, p. 36*). <<

[280] Se celebraba una especie de fiesta popular... Todos se hallaban ebrios, y cantaban y gritaban (5, I, p. 36). <<

[281] Cada vez que visitaba el cementerio se persignaba con respeto y reverencia, se inclinaba y besaba la tumba (5, I, p. 36). <<

[282] Se alzaba una iglesia de piedra, con una cúpula verde (5, I, p. 35). <<

[283] Se le apenó el corazón y se puso a llorar (5, I, p. 37). <<

[284] Despertó cubierto de sudor, con los cabellos mojados. Se levantó sin aliento, presa de un gran temor (*5, I, p. 38*).

No.	I	RADIOGRAFÍA
1	(5,I,p.35)	[5,I]
2	(5,I,p.35)	
3	(5,I,p.36)	
4	(5,I,p.35)	
5	(5,I,p.36)	
6	(5,I,p.36)	
7	(5,I,p.36)	
8	(5,I,p.36)	
9	(5,I,p.35)	
10	(5,I,p.37)	
11	(5,I,p.38)	

Tabla 19. Notas capítulo 15. <<

[285] Aquel mismo día, entre las seis y las siete de la tarde, Raskolnikov se trasladó a la casa de su madre y su hermana, al departamento que les había indicado Razumikhin en el edificio Bakaleiev (7, VI, p. 323). <<

[286] Mi muy querido hijo, tal vez muy pronto estaremos todos reunidos y nos podremos abrazar después de una separación de cerca de tres años. Ya está decidido que Dunia y yo vayamos a San Petersburgo (3, I, p. 25). <<

[287] [El proceso de Raskolnikov dura exactamente catorce días, hasta el día en que se entrega a la justicia, que es cuando visita a la madre] <<

[288] «Mi querido Rodia —escribía su madre—: hace ya dos meses que no me comunico contigo por carta, lo que me ha hecho sufrir mucho». (3, I, p. 20).

<<

[289] ¿Cómo ayudarte con mi pensión de ciento veinte rublos por año? Los quince rublos que te envié hace cuatro meses los pedí prestados, como bien lo sabes, a un comerciante de nuestro pueblo, Vassili Ivanovich Vakruchin (*3, I, p. 20*). <<

[290] Pasa los inviernos tejiendo pañoletas y mitones, cansando sus pobres ojos. Pero yo sé que su trabajo no agrega más de veinte rublos por año a los ciento veinte de su pensión (4, I, p. 27). Dentro de diez años tu madre habrá tenido tiempo para gastar del todo sus pobres ojos tejiendo pañoletas y quizá derramando ardientes lágrimas; las privaciones la habrán consumido... (4, I, p. 29). <<

[291] La enfermedad de Pulkeria Alejandrovna era una afección nerviosa bastante extraña, acompañada por una especie de trastorno cerebral, si no del todo caracterizado, por lo menos parcial. [...] De todos modos, Dunia veía muy bien que Pulkeria Alejandrovna no estaba en su sano juicio (*Epílogo*, p. 338). <<

[292] Sonia les describía en forma simple y clara el género de existencia que llevaba Raskolnikov en el presidio. Nada decía de sus propias esperanzas, de sus sueños para el porvenir o de sus sentimientos personales. En lugar de esforzarse en exponer las impresiones de Rodia u ocuparse de la vida íntima del penado, consignaba los hechos, vale decir, las propias palabras de este último, los detalles relativos a su estado de salud, lo que le había preguntado en sus entrevistas, lo que deseaba tener, lo que le había encargado decirles o que se le procurara. Todas estas noticias eran minuciosas y detalladas (*Epílogo*, p. 340). <<

[293] Raskolnikov subió, no sin detenerse a cada paso para preguntarse si entraría o no. Mas por nada del mundo hubiera retrocedido: su decisión estaba tomada (*7, VI*, p. 323). <<

[294] —No sé lo que te sucede, Rodia —dijo por fin—. Hasta ahora había creído que éramos nosotras las que te molestábamos, pero en este momento comprendo que te aguardan grandes dolores y que esa es la causa de tu tristeza. Me lo imaginaba desde hace tiempo, Rodia. Perdóname que te hable de este modo, pero no hago más que pensar y no puedo dormir. Anoche tu hermana hablaba en sueños; casi todas sus palabras se referían a ti; no pude entender de qué se trataba, pero esta mañana me sentía como el condenado que marcha hacia el suplicio; esperaba una desgracia, la presentía, y ahora veo que no me equivocaba... ¡Rodia! ¡Rodia! ¿A dónde vas? ¿Estás por ausentarte, no es cierto? ¿Vas a partir? (7, VI, p. 325). <<

[295] El extraño silencio de Pulkeria Alejandrovna acerca de ciertos puntos concluyó por preocupar a uno y otro. Ni siquiera se quejaba de no recibir carta de su hijo, mientras que antaño, en su pueblo, vivía solo con la esperanza y en espera de noticias de su bien amado Rodia. Esta última circunstancia era demasiado inexplicable, y Dunia llegó a alarmarse: se le ocurrió que su madre tenía el presentimiento de la espantosa tragedia que pesaba sobre su hijo y que temía interrogarlos por miedo de saber algo más terrible todavía (*Epílogo*, p. 338). <<

[296] «Un minuto después la carta estaba en sus manos. Como habíalo imaginado, era de su madre, que residía en la provincia de R... Al recibirla, palideció. Desde hacía tiempo no llegaban cartas para él, pero en ese instante otra cosa le atenaceaba el corazón». (3, I, p. 19). <<

[297] Al leer la carta, Raskolnikov se enfureció: «Mientras yo viva no se realizará ese matrimonio; que se vaya al diablo el señor Lujin» (4, I, p. 26).

<<

[298] —Por ignorante que sea, Rodia, puedo darme cuenta, sin embargo, de que pronto ocuparás un lugar destacado en el mundo científico. ¡Decir que se han atrevido a suponer que estabas loco! ¡Ja, ja, ja! Tú no lo sabes, pero lo pensaron. ¡Ah! ¡Pobre gente! ¿Cómo podrían comprender lo que es la inteligencia? [...] Mas ahora veo que he sido la misma tonta de siempre, pues con solo desearlo habrías tenido todo lo que se te antojara, merced a tu inteligencia y a tu talento. Es indudable que por ahora no quieres hacerlo, y que te ocupas en cosas mucho más importantes (7, VI, p. 324).

No.	I	VI	Epílogo	RADIOGRAFÍA
1	(3,I,p.25)	(7,VI,p.323)		[3,I]
2	(3,I,p.20)			[4,I]
4	(3,I,p.20)			[7,VI]
5	(3,I,p.20)			Epílogo
6	(3,I,p.27)			
7			(Ep.,p.338)	
8			(Ep.,p.340)	
9		(7,VI,p.323)		
10		(7,VI,p.325)		
11			(Ep.,338)	
12	(3,I,p.19)			
13	(4,I,p.26)			
14		(7,VI,p.324)		
15	(4,I,p.27)			

Tabla 20. Notas capítulo 16. <<

[299] Lo que más hubiera gustado a Raskolnikov hacer, no había podido hacerlo: matar a Lujine] «Sentíase invadido por violenta cólera, y si se hubiera encontrado con aquel señor Lujin, tal vez lo habría matado» (4, I, p. 27) <<

[300] [Esta escena hace parte de la primera salida de Raskolnikov a las afueras de la ciudad]: (Raskolnikov) a veces deteníase ante *una villa literalmente sepultada bajo grandes masas de verdura y de follaje, y miraba a través de la verja, niños que jugaban en los jardines* (5, I, pp. 34-35). <<

[301] [A Raskolnikov también lo sujetan fuertemente por detrás, cuando encolerizado con un hombre que quería abusar de una joven ebria que encontró en el camino, se abalanzó sobre él]: En ese instante alguien le sujetó vigorosamente por detrás. Era un agente de policía que tomaba intervención en el asunto (4, I, p. 31). <<

[302] [Raskolnikov] «Penetró en el Mercado del Heno, con una sensación en extremo desagradable al verse entre tanta gente, pero se dirigió hacia el lugar donde la multitud era más densa» (8, VI, p. 331). <<

[303] Una sola visión ofrecióse a los ojos de Raskolnikov mientras caminaba a la comisaría, pero no se extrañó: un presentimiento le había indicado que sería de esa manera... Al volver la cabeza hacia la izquierda vio a Sonia a unos cincuenta pasos de distancia. La joven trataba de disimularse detrás de una de las barracas de madera que se encontraban allí. ¡Así, pues, lo acompañaba en todo su doloroso calvario! Su corazón dio un vuelco...; mas ya llegaba al sitio fatal (8, VI, p. 332). <<

[304] Sonia representaba la sentencia irrevocable, una decisión inapelable. Ir hacia ella significaba abdicar (3, VI, 292). <<

[305] Una única idea laceraba el corazón de Raskólnikov. «¿Haré en realidad lo que debo hacer? ¿No habrá medio de volver atrás y de arreglarlo todo? ¿No tendrá otra alternativa que ir allá?». A pesar de estas reflexiones proseguía su marcha, sintiendo en forma definitiva que ya no era tiempo de formularse preguntas (8, VI, p. 330). <<

[306] [Raskolnikov no está agradecido]: «pensar que todos esos estúpidos, esos individuos con caras de bestias, formarán círculo alrededor mío, me mirarán como idiotas y me harán preguntas más idiotas todavía, a las que tendré que responder...; me señalarán con el dedo... ¡Puah!» (8, VI, p. 329). <<

[307] [Raskolnikov] Atravesó así toda la isla de San Basilio, llegando al pequeño Neva, franqueó el puente y dobló después hacia el lado de las islas. A veces detenía ante una villa literalmente sepultada bajo grandes masas de verdura y de follaje... (5, I, pp. 34-35). <<

[308] [Raskolnikov] Miró en derredor, buscando algún lugar donde sentarse. Se encontraba en el paseo K... A cien pasos de distancia un banco ofrecíase a su vista, y se apresuró a dirigirse hacia allí (4, I, p. 30). <<

[309] Raskolnikov observó con detenimiento al gendarme. Parecía inteligente, y sus patillas grises dabán a su rostro una expresión simpática (4, I, p. 31). <<

[310] [Kafka hace aquí un corte, y deja la primera caminata de Raskolnikov a las islas, y toma el viaje que hace Raskolnikov a las afueras de la ciudad para esconder los objetos robados a la anciana usurera]: No le fue preciso llegar hasta las Islas; al desembocar en la plaza donde terminaba la avenida V..., vio a su izquierda un terreno desocupado, en medio de dos grandes edificios, cerrado por una valla de tablas que dejaba solo una pequeña entrada junto al portón de la casa de la derecha; en el interior veíanse toda clase de materiales abandonados; más lejos, en el fondo, había un cobertizo de ladrillos medio derruido que probablemente formaba parte de algún taller vecino. Desde la entrada el suelo estaba cubierto de polvo de carbón (2, II, p. 69). <<

[311] [Raskolnikov también halló el lugar apropiado]: «He aquí un lugar apropiado para dejar esto», murmuró Raskolnikov. Cercioróse de que nadie lo miraba, y penetró en el terreno (2, II, p. 69). <<

[312] Después de mirar por última vez a su alrededor, introducía ya la mano en el bolsillo cuando de improviso vio que, entre la entrada y el caño de desagüe, en un espacio que medía todo lo más dos pies de largo, había un gran bloque de piedra sin desbastar que podía pesar unas veinte libras, adosada contra el muro (2, II, p. 69). <<

[313] [Esos brazos tendidos hacia delante son los de Sonia, cuando Raskolnikov, tras entrar en la comisaría, decidió no confesar, y descendió la escalera, encontrándose con Sonia, que pálida como una muerta, le miraba con expresión desesperada. Raskolnikov comprendió lo inútil de su resistencia; entró de nuevo en la comisaría, y se entregó]: «Afuera, cerca de la puerta, Sonia, pálida como un cadáver, lo miró con expresión desesperada. Se detuvo ante ella. Una expresión de indescriptible dolor transfiguró los rasgos de la joven. Abrió los brazos con un gesto de infinita congoja, y sus labios convulsos no pudieron articular una sola palabra» (8, VI, p. 335). <<

[314] [Los verdugos hacen con K., lo que hizo Raskolnikov con la piedra, que la sujetó por la parte alta (la garganta), y la hizo girar dos veces, como giró dos veces el verdugo el cuchillo en el corazón de K]: (Raskolnikov). «Se inclinó sobre la piedra, la sujetó fuertemente por su parte alta y, reuniendo todas sus fuerzas, la hizo girar. Bajo la piedra apareció una pequeña cavidad; allí arrojó el contenido de sus bolsillos... Seguidamente, sujetó de nuevo la piedra y la hizo girar; con un solo movimiento, cayó esta sobre el mismo lugar en donde estaba antes, con precisión exacta» [Bruguera (2, II, p. 129)] [Porrúa (2, II, p. 69)]. <<

[315] [En el momento en que Raskolnikov vacila en entregarse y trata de huir]
 «Le pareció que un portero, que llevaba un expediente en la mano, le daba un empellón al pasar, que un perro ladraba en el primer piso y que una mujer le arrojaba algún objeto, gritando para hacerlo callar» (8, VI, p. 335).

No.	I	II	VI	RADIOGRAFÍA
1	(5,I,p.34)			[4,I]
2	(4,I,p.31)			[5,I]
3			(8,VI,p.331)	[2,II]
4			(8,VI,p.332)	[8.VI]
5			(3,VI,p.292)	
6			(8,VI,p.330)	
7			(8,VI, p.329)	
8	(5,I,p.34)			
9	(4,I,p.30)			
10	(4,I,p.31)			
11		(2,II,p.69)		
12		(2,II,p.69)		
13		(2,II,p.69)		
14			(8,VI,p.335)	
15		(2,II,p.69)		
16			(8,VI,p.335)	

Tabla 21. Notas capítulo 17. <<